

PRIMOGÉNITO

La muerte de Arnold Zeleznik,
a los nueve años:
Asesinato, locura
y lo que vino después

JOHN KATZENBACH

LIBROS DE JOHN KATZENBACH

Primogénito 1984
En el calor del verano 1982

PRIMOGÉNITO

PRIMOGÉNITO

La muerte de Arnold Zeleznik, a los nueve años: Asesinato, locura y lo que vino después

JOHN KATZENBACH

Atheneum Nueva York 1984

DATOS DE CATALOGACIÓN DE LA BIBLIOTECA DEL CONGRESO EN LA PUBLICACIÓN

Katzenbach, John.

Primogénito

1. Walford, Vernal. 2. Crimen y criminales-Florida
- Biografía. 3. Zeleznik, Arnold, 1964 o 5-1974.
4. Víctimas de delitos-Florida. I. Título.

TRADUCCIÓN NO OFICIAL SIN FINES DE LUCRO

JAGH josexalexweb@yahoo.com.mx



Dedicado a Carter, Elizabeth y Robert Zeleznik

Hay algunos crímenes tan irracionales, tan impredecibles, tan -explosivos... que no pueden prevenirse ni protegerse más que los terremotos o los maremotos....

- *El reto de la delincuencia en una sociedad libre,* informe de la Comisión Presidencial para la Aplicación de la Ley y la Administración de Justicia, 1967

La gente *necesita poder dar* sentido a su entorno; de lo contrario, la vida sería intolerable. "Vivir con miedo", como lo llaman las víctimas, sospechar de cualquier sonido y persona, convierte los aspectos más -elementales y rutinarios de la vida en un ejercicio de terror.

Así, el impacto emocional de ser agredido por un desconocido trasciende el incidente en sí; alcanza una capa primordial de miedo….

-Charles E. Silberman, *Violencia criminal, Justicia penal*

Contenido

Nota del autor

Los hechos descritos en este libro son reales. No se ha cambiado ningún nombre. Las reconstrucciones de los hechos y las conversaciones se han extraído de los informes policiales, las actas judiciales, los memorándums del gran jurado las transcripciones de las audiencias, las grabaciones realizadas en su momento por los participantes o los recuerdos de los protagonistas. Para efectos narrativos, reconstruí las entrevistas en varios pasajes breves sobre la base de los informes sinópticos presentados a varios jueces por los psiquiatras.

Este libro no habría sido posible sin la colaboración de muchas personas. Michael Korvick, antiguo miembro de la Oficina del Fiscal del Condado de Dade, merece un agradecimiento especial. Sin la ayuda de Jack Denaro, Roy Black, Michael Tarkoff, Michael Von Zamft y Barry Weinstein, todos ellos ex miembros de la Oficina del Defensor Público de Dade, el libro no habría sido un proyecto factible. El detective de Homicidios de Miami Edward Carberry fue excepcionalmente útil durante una larga entrevista, en la que describió el comportamiento de Vernal Walford después de la detención.

Gregory Torres, del Comité Especial de Investigación del Senado en Boston, también merece mucho crédito y agradecimiento por proporcionar los documentos necesarios. Norman Gorin, del programa "60 Minutos" de la CBS, también fue de gran ayuda.

Nunca se puede entrevistar a todo el mundo, ni siquiera a todos los que no quiere.

Hay otras personas que merecen ser mencionadas. William Reiss, de Paul R. Reynolds, Inc., creyó en este proyecto desde el principio, y le agradezco su sensibilidad y apoyo. Neil Nyren, de Atheneum, fue todo lo que se puede pedir a un editor. Los editores del *Miami Herald* ayudaron a disponer de tiempo para este proyecto, pocos diarios serían tan flexibles. Emma Kada también fue fundamental para conseguirme las horas necesarias para mirar fijamente la pantalla verde del ordenador personal IBM en el que escribí esta obra. Mi amada esposa y mi hijo hicieron muchos más sacrificios que yo para llevar a cabo esta obra.

Y, por último, quiero dar las gracias a Carter, Betty y Bobby Zeleznik. En última instancia, es su historia. Me han enseñado mucho. Son, francamente, las personas más valientes que conozco. A ellos está dedicado este libro.

CAPÍTULO 1
“La peor cosa...”

Fue lo peor que he visto en mis siete años en el departamento de policía....
-El detective de homicidios

1. Lo que pasó

Sus recuerdos siguen siendo distintos: una fría claridad.

Una nieve espesa y húmeda se arremolinó en Filadelfia el día que se fueron de vacaciones. Carter lo recordó después; eso explicaba en parte por qué los chicos estaban tan emocionados cuando sintieron las primeras ráfagas de calor del invierno tropical de Miami. Con esa soltura infantil insistieron en darse un baño momentos después de que la familia se hubiera registrado en el hotel. Arnold, con nueve años, mayor que su hermano Bobby, estaba listo primero, como siempre. Pedía a gritos a Carter y Betty que se dieran prisa, como si cada segundo de calor del día fuera precioso. Los padres recogieron las toallas y, en masa, la familia salió a la gran piscina del hotel. Betty recuerda haber estado sentada al lado, con los pies colgando en el agua, observando cómo los chicos chapoteaban con entusiasmo, con sus cuerpos lisos y brillantes a la luz del sol de la tarde.

Después del baño, los chicos querían explorar. Arnold y Bobby parecían llenos de energía después de haber pasado la noche encerrados en el tren. Una vez más, Arnold estaba listo primero. Carter se dirigió a Betty y le dijo que él se adelantaría con Arnold y que ella podría llevar a Bobby en uno o dos minutos y alcanzarlos en el vestíbulo del hotel.

Padre e hijo caminaron juntos por el pasillo del hotel. Seis metros. Cincuenta pies. Tenía forma de L con el banco de ascensores en la intersección. Carter metió la mano en el bolsillo y se dio cuenta de que aún llevaba la llave de la habitación. Frunció el ceño ante su olvido, pensando:

Betty no podrá cerrar la puerta. Un hombre de precisión, sintió un instante de frustración. Miró a Arnold. Sus ojos se fijaron por un momento. Carter lo recordaría más tarde: el rostro del pequeño volteado, sus ojos brillantes, abiertos, inquisitivos,

llenos de emoción, enmarcados por su cabello oscuro. "Espera aquí", dijo Carter. "No tardaré más de un minuto".

Recuerda haber visto a Arnold esperando. Solo.
Diez segundos.
Carter volvió a entrar en su habitación. Número 216.
Veinte segundos.
Le entregó a Betty la llave de la habitación.
Treinta segundos.
Ella notó una mancha en sus pantalones.
Sesenta segundos.
Cogió una toallita húmeda del baño.
Setenta segundos.
Empezó a restregar la mancha.
Noventa segundos.
Y entonces oyeron el grito.

Fue un único, prolongado y agudo sonido de pánico e impotencia que rompió el ritmo del día tranquilo y se alojó permanentemente en sus recuerdos: Ayuda, oh, ayúdenme por favor, ayuda.

Sin dudarlo, los tres, Carter, Betty y Bobby, irrumpieron en el pasillo del hotel. Arnold había desaparecido.

El 20 de diciembre de 1974, aproximadamente a las 4:45 pm, Arnold Frank Zeleznik, de nueve años de edad, fue asesinado en la habitación 206 del Crossways Airport Inn de Lejeune Road en Miami, Florida. Era el hijo mayor del doctor Carter Zeleznik, psicólogo, educador y director adjunto de la Oficina de Educación Médica de la Facultad de Medicina de la Universidad Thomas Jefferson de Filadelfia, y de la esposa de Carter, Elizabeth. La familia viajaba a unas vacaciones previstas de dos semanas en Centroamérica. Tenían previsto reunirse con otra pareja y volar de Miami a Costa Rica, para alojarse en la estancia de otros amigos. El viaje en tren a Miami era la culminación de la primera etapa. La elección del Crossways se hizo pensando en la comodidad; era un hotel grande y moderno, junto al aeropuerto internacional de Miami.

* * *

Una cosa que no pudieron entender después fue la mera casualidad, el accidente de la sincronización y el destino y la mala suerte, que había puesto a Arnold, solo, en ese pasillo en ese preciso momento. Carter y Betty siempre habían sido cuidadosos y

protectores, pero no asfixiantes, con sus hijos. Arnold y Bobby habían sido educados para reconocer las rarezas y el peligro y para no asustarse, para ser capaces de enfrentarse a ellos. Arnold, especialmente, había mostrado un sentido de la independencia templado por una madurez inusual, incluso cuando era un bebé. Era un niño curioso, que acogía con agrado las experiencias y los cambios, pero no era de los que se metían en problemas o se metían en líos. Era, según ellos, un niño con una -gracia desmedida.

La familia se precipitó por el pasillo hacia el lugar donde Carter había dejado a Arnold. Al principio Carter pensó que habían secuestrado a Arnold; bajó a toda prisa la escalera del hotel hacia el aparcamiento, con la idea de que tenía que ver el coche de la huida reverberando en su mente. Betty, luchando contra el repentino ataque de pánico que estaba arraigando en su corazón y extendiéndose, agarró con fuerza la mano de Bobby. Las cabezas comenzaron a asomar desde las otras habitaciones. "¿Habéis visto a mi pequeño?", gritó. "Le he oído gritar". Nadie respondió. La miraban sin comprender. Más tarde esto la perturbaría. No podría razonar por qué. En el ascensor paró a un hombre negro, enjuto, muy musculoso y de piel clara, y le hizo la misma pregunta. Él la miró a ella, a Bobby, luego ignoró la pregunta y bajó corriendo la escalera.

Él era el asesino.

El gerente del Crossways, Ray Barbarino, también había oído el grito de Arnold. Vio al hombre negro de piel clara cruzar el vestíbulo y salir por la puerta principal, moviéndose rápidamente. Barbarino sabía que era el ocupante de la habitación 206. Su atención se desvió rápidamente hacia Carter, Betty y Bobby, que entraron corriendo en el vestíbulo, pidiendo ayuda en su búsqueda. Barbarino ya había comprobado los huecos del ascensor y de la lavandería; cuando oyó el grito, sospechó que el niño había resbalado y caído por uno u otro. Pero no había ni rastro del niño. Barbarino buscó la llave de paso, y uno de los otros empleados, nadie sabía exactamente quién, dijo: "Pruebe en la habitación dos-seis". Era el primer lugar en el que buscarían.

Barbarino giró la llave de paso en el pomo de la puerta del 206 y entró. A su izquierda estaba el baño. Sus ojos lo recorrieron. En una mirada rápida, inolvidable y horrorizada, contempló toda la escena del crimen. No debo dejar que vean esto, pensó, y se dio la vuelta, extendiendo los brazos como si quisiera atrancar la entrada, con la voz repentinamente perdida, disfuncional.

Pasaron corriendo a su lado presas del pánico. Imparable.

Arnold estaba en el baño, con el cuerpo iluminado por la implacable dureza de la lámpara fluorescente superior. La sangre cubría su cuerpo. Salpicaba las paredes, el inodoro y el suelo.

Con un gemido, medio grito, Betty se arrojó sobre Arnold y sus brazos rodearon rápidamente a su hijo. "Lo siento", susurró. "Oh, Arnold, lo siento mucho".

Carter se quedó mirando un instante, golpeó la pared y luego cayó precipitadamente en shock. La temperatura de su cuerpo se desplomó; sus propios latidos estuvieron a punto de detenerse por completo. Quedó inconsciente antes de caer al suelo.

Los ojos de Bobby se fijaron en su madre y su hermano, una *Piedad* de horror. Se quedó inmóvil, con los ojos muy abiertos, absorbiéndolo todo sin palabras.

Barbarino, asfixiado, se apresuró a llamar a la policía y a la brigada de salvamento.

2. La detención

El patrullero en motocicleta de la ciudad de Miami, Harold Bishop, estaba sentado en su Harley-Davidson cuando escuchó el primer anuncio del despachador de la policía sobre el crimen y el posible sospechoso. La descripción escueta y entrecortada llegó por la radio de la policía unos minutos después de las 5:00 pm. Nombre del sujeto: V. Walford. Hombre negro, de piel clara. Aproximadamente 1,80 metros, entre 160 y 170 libras. Pelo corto. Lleva chaqueta oscura y pantalones claros. Se le busca en relación con un homicidio. Posiblemente armado, peligroso.

Bishop pensó en el Crossways y en su proximidad al aeropuerto. Pensó enseguida: Ahí es donde se dirigirá. Con el instinto de un policía veterano, condujo la motocicleta a través del tráfico de la hora pico de la tarde y subió a toda velocidad la rampa de entrada al aeropuerto. Sus ojos escudriñaron la zona.

Cuando Bishop atravesó la zona de almacenamiento de taxis, junto al edificio de la terminal, vio al sospechoso caminando hacia un taxi. Bishop vio cómo el hombre hacía señas a un taxi amarillo y se metía en el asiento junto al conductor. Cuando el taxi empezó a alejarse de la zona, Bishop hizo un rápido giro en U y alcanzó al taxi en una señal de stop. Hizo un gesto al conductor para que se hiciera a un lado.
Bishop observó cómo el sospechoso salía del taxi.

Vio manchas de sangre marrón oscuro en los pantalones.

Se llevó la mano a su revólver de servicio y exigió saber el nombre del sospechoso.

"Vernal Walford", respondió el sospechoso.

Hacía menos de veinte minutos que Arnold había gritado pidiendo ayuda. Bishop esposó al sospechoso y llamó a la central para pedir un coche patrulla de refuerzo que ayudara a transportar al sujeto a la estación de policía municipal. Bishop leyó al

sospechoso sus derechos en una tarjeta *Miranda*. Le registró en busca de armas, pero no encontró ninguna. El sospechoso permaneció dócil, sin quejarse, pero sus ojos iban de un lado a otro, observando al policía de forma penetrante.

En el bolsillo del sospechoso había esta nota:

> "El Dios de Israel, lo dice. El Dios de Israel dice que este templo no debe ser usado para ninguna *voilencia* ni ninguna oficina de policía ofrece sacrificio de niños".

Estaba escrito a mano con una letra distintiva y retorcida.

3. La escena

En el Crossways, la reunión sobre la muerte violenta había comenzado. Los primeros agentes en llegar al hotel habían llamado inmediatamente a los detectives de homicidios, al personal de la brigada de rescate, al Departamento de Medicina Forense y a un representante de la Fiscalía del Condado de Dade. Además, se había convocado a los técnicos forenses, que estaban en camino en cuestión de minutos: los encargados de las huellas dactilares, los especialistas en la búsqueda de la escena del crimen y los encargados de recoger las pruebas.

También se había solicitado la ayuda de miembros auxiliares de la policía, en su mayoría agentes en formación, para buscar el arma homicida. Decenas de personas, que se dirigen rápidamente hacia el Crossways, movidas por el tema del asesinato. Un asesinato puede ser tal vez repentino, abrupto y dramático, pero lo que sigue inmediatamente es la cautela, un ritmo de investigación medido. Trabajar en casos de homicidios no es normalmente para gente con prisa.

Los detectives de homicidios de la ciudad de Miami, Edward Carberry y Walter Martínez, se encontraban en el lugar de otra muerte cuando recibieron el aviso del agente despachador para que se dirigieran de inmediato al Crossways. Dejaron el otro cuerpo con el personal de rescate; era el de un hombre mayor, un aparente suicidio. Estaban a pocas manzanas de distancia y llegaron al hotel minutos después de las 5:00 pm. Los agentes uniformados y los miembros del equipo de rescate ya estaban en el lugar, acordonando la escena para preservar las pruebas. La orden de búsqueda con la descripción de Walford ya estaba en la radio. El agente no había informado a Carberry ni a Martínez sobre el tipo de homicidio del que tenían que ocuparse; Carberry vio a un miembro del escuadrón de rescate con el que tenía amistad, le hizo un gesto para que se acercara y le preguntó: "¿Qué tenemos?".

El hombre de la brigada de salvamento sacudió la cabeza. Su rostro era sombrío, el primer indicio de que a los detectives les esperaba un horror excepcional. "Un niño",

dijo el hombre. "Un niño pequeño. Sólo un niño". Acompañó a los detectives a la pesadilla de la habitación 206.

Ronald Keith Wright, jefe adjunto del servicio de medicina forense del condado de Dade, se dirigía a su casa en la parte sur del condado ese viernes por la tarde cuando se produjo el asesinato. Apenas había entrado en su casa cuando le llamaron de su oficina, indicándole que regresara y se dirigiera al Crossways. Wright, un hombre intelectual que fuma en pipa, supuso que era algo inusual que la oficina le llamara a él en lugar de asignárselo a uno de los asistentes.

Volvió a su coche y tomó la autopista Palmetto de vuelta a la ciudad desde los suburbios. El tráfico era mucho más liviano en esa dirección, y se hizo un buen tiempo.

A los treinta años, Leonard Glick era nuevo en la sección de delitos graves de la Fiscalía del Condado de Dade. El 20 de diciembre fue asignado al destacamento de homicidios; en el sistema rotatorio de esa oficina, se delegaba a un fiscal diariamente para que asistiera a cualquier escena de homicidio en la que los detectives consideraran que podían necesitar conocimientos jurídicos. También se consideraba una forma de dar a los fiscales formación *in situ*; un fiscal familiarizado con la particular depravación de las escenas de asesinato será mucho más eficaz a la hora de transmitir el horror del crimen a un jurado. Una cosa es mirar las fotos y otra, ver la carne y la sangre derramada.

Glick estaba en el Departamento de Seguridad Pública de Dade, donde está el sheriff del condado, cuando recibió la notificación de que había una escena en la que se le necesitaba. Salió a la calle en una noche todavía cálida y esperó a que un coche patrulla de la ciudad de Miami lo recogiera. Estaba ligeramente nervioso. Era sólo la segunda escena de un homicidio en la que estaría. No sabía qué pensar; le habían dicho que era el asesinato de un niño. Por un momento pensó en sus dos hijas. El coche de la policía se acercó de golpe, con las luces y las sirenas encendidas. Saltó al asiento trasero y se preguntó por qué viajaban en código 3, y pisando el acelerador, hacia la escena de un cadáver. Aguantó mientras el conductor lanzaba el coche a través del tráfico previo a las vacaciones.

Los Zelezniks apenas eran conscientes de lo que les estaba ocurriendo mientras los policías y los miembros del equipo de rescate vestidos de naranja los sacaban con delicadeza de la habitación 206. Los trasladaron a otra suite en otra planta; más tarde no recordarían cuál. Les quitaron la ropa de la 216 y la llevaron a la nueva habitación. La ropa de Betty estaba manchada con la sangre de Arnold, pero no se dio cuenta del macabro espectáculo que presentaba. Durante unos segundos los dejaron en el vestíbulo, antes de acompañarlos a la nueva habitación. Al principio, los tres se

acurrucaron en un sofá. Un fotógrafo *del Miami Herald* les hizo una foto que saldría en los cables y en los periódicos de todo el país por la mañana. Estaban en estado de shock avanzado, mirando con ojos apagados la actividad que les rodeaba. Funcionando más por la oscuridad de la histeria que por cualquier razonamiento de la mente, Betty se acercó a un teléfono del vestíbulo y comenzó a marcar números. La operadora del hotel se puso al teléfono y pidió el número de la habitación de Betty. "No lo sé", dijo ella. "No puedo decirlo. Lo están cambiando. No puedo recordarlo. Es una emergencia, verá, mi hijo ha muerto. Lo han matado. Han matado a mi hijo". La operadora insistió, exigiendo un número de habitación antes de pasar la llamada, y Betty continuó suplicando al teléfono que no podía recordar, que su hijo había sido asesinado y que era una emergencia. De repente, una mujer, una desconocida, le quitó el teléfono de la mano y le dio a la operadora su propio número de habitación. Luego puso en la mano de Betty una tarjeta con su nombre y su número de teléfono y le dijo que, si necesitaba hablar con alguien, la llamara. Betty se preguntaría más tarde qué pasó con la tarjeta. Tampoco olvidaría nunca a aquella telefonista. Pero ahora, con la línea abierta, no recordaba a quién había insistido en llamar. Sólo sabía que era alguien de su casa, un vecino, un amigo, parte de su familia, alguien que estaba en Fort Washington. Nunca completó la llamada. Con impotencia, volvió a colgar el auricular. Luego se dejó llevar a la nueva habitación, donde ella, Carter y Bobby yacían juntos en una cama, abrazados.

Glick no estaba preparado para el espectáculo que le esperaba.

Sabía que la víctima era un niño, pero desconocía la naturaleza del asesinato o el lugar real. Cuando llegó al Crossways, el vestíbulo estaba lleno de policías, técnicos y curiosos. La prensa de Miami empezaba a llegar, aunque las emisoras de noticias de la tarde estaban peligrosamente cerca de sus plazos de entrega de las 6:00 pm y la primera edición del *Herald* ya salía de las prensas. Vio a Martínez y a Carberry en el vestíbulo y se acercó a ellos. Martínez le dijo que a los dos agentes que lo habían trasladado al Crossways les habían dicho por error que él era el padre del niño; eso explicaba las prisas por el tráfico y su silencio y falta de comunicación. Ninguno de los dos había querido ser el que le contara al padre lo que había pasado en el Crossways.

Glick dijo que quería ver la escena, y Carberry dijo: "Es malo". Glick siguió a los dos detectives hasta el segundo piso, deteniéndose en el ascensor para observar una mancha de lo que parecía ser sangre seca en la pared junto a los ascensores. Mientras caminaba por el pasillo, a Glick le llamó la atención la tranquilidad, las caras desencajadas de los policías y los analistas de la escena del crimen que ya estaban buscando huellas dactilares y catalogando las posibles pruebas. Había poca conversación y nada del jocoso humor negro y los chistes de horca -la ligera defensa contra la recurrente rutina de la brutalidad- que casi siempre acompañaban el -

procesamiento de la escena del crimen. Dios mío, pensó Glick, qué sombrío es todo el mundo.

Entonces entró en la habitación 206.

Fue una escena de horror trascendental en un lugar muy pequeño. El fiscal no podía creer que un niño tan pequeño pudiera sangrar tanto. Parecía que las vetas granates de la sangre seca estaban salpicadas por todas partes. Decoloraban la camiseta y los pantalones cortos verdes del niño. Glick apartó rápidamente los ojos, tragando con dificultad. Salió del baño y echó un vistazo a la habitación del hotel.

En la cabecera de la cama, abierta y apoyada en las almohadas, había una gran Biblia de Jerusalén con cubierta roja. Estaba abierta en las páginas 1426 y 1427. El libro de Daniel. La cubierta de la Biblia estaba doblada hasta la página 1184. Las páginas 1185-1186 estaban perdidas, arrancadas del lomo. Esta sección era Isaías 28:3 hasta 29:17.

Los ojos de Glick se dirigieron a la cómoda del dormitorio. Sobre la superficie, estaba intacta una cena de pollo para llevar.

Mientras observaba, Glick vio que uno de los analistas de la escena del crimen sacaba con cuidado una caja de cartón azul y papel de regalo de una esquina de la habitación. También se dio cuenta de que el ocupante de la habitación se había ido sin llevarse su ropa. Una simple bolsa de lona marrón estaba olvidada en el suelo del armario.

A su alrededor, el proceso estaba en marcha. Ron Wright había llegado y estaba en el baño inspeccionando el cuerpo de Arnold. Todavía no había tocado nada. El fiscal mantenía las manos en los bolsillos; le habían enseñado a hacerlo. No tenía sentido añadir a la escena del crimen huellas dactilares que luego habría que eliminar. Recordó haber oído el chasquido del obturador de una cámara; todo estaba siendo -fotografiado. Decidió irse con Carberry y Martínez. Pasó por delante del baño, donde Wright estaba levantando un trozo de gasa del cuello de Arnold. La había colocado allí uno de los primeros miembros del equipo de rescate. Glick se apresuró a salir.

La policía y los fiscales apodaban a Wright, el Doctor Muerte. Era una cara familiar en la escena de casi cualquier homicidio. Su superior inmediato, el Dr. Joseph Davis, estaba considerado uno de los patólogos más destacados del país, si no del mundo. Tras décadas de cuerpos desgarrados, destrozados y desbaratados, Davis se había adentrado en los aspectos teóricos de la patología, dejando gran parte del trabajo diario a Wright y a los asistentes. Wright era generalmente el primer llamado. Tenía un irónico sentido del humor y un voluminoso conocimiento de la medicina y el derecho (también tenía su título *de doctor en derecho*). Era un experto en transformar los fríos hechos de la muerte en términos humanos desde el estrado. Entendía el juego de la ley y los tribunales mejor que muchos de los participantes.

Y supo al instante, al entrar en la escena, a qué tenía que enfrentarse. Un loco, pensó. Sólo un loco. Eso significa una defensa por locura. Eso significa un juicio en el que el estado mental del asesino se vuelve más importante que lo que realmente sucedió aquí. Vio todo esto como una ecuación, y vio su primer deber como preservar, dentro de su memoria y con una cámara, el horror en ese baño.

Disparó docenas de fotografías, descontento con cada una de ellas. Podía imaginarse fácilmente la secuencia en la sala del tribunal. Él estaría en el estrado, el fiscal sacaría la pila de fotografías y el abogado defensor objetaría. En la barra lateral, fuera de la vista del jurado, el juez y los abogados discutirían sobre las fotos. Demasiado explícitas. Inflaman las pasiones de los jurados. Hacerlos incapaces de medir un veredicto basado en la ley y no en la emoción. Vio que el abogado defensor ganaría fácilmente esa pelea y que las fotos serían descartadas. Así que, pensó entonces, voy a encontrar la manera de que esas fotos se conviertan en pruebas. Se concentró en el problema de forma analítica. Finalmente, se encaramó sobre el cadáver y miró hacia abajo a través del objetivo de ojo de pez que había acoplado a la cámara. Eso entrará, pensó, y hará el trabajo. Verán lo que realmente ocurrió aquí.

Glick, Carberry y Martínez recorrieron el pasillo y salieron a un pequeño balcón. Glick aspiró el aire fresco del atardecer, como si tratara de limpiar sus pulmones de los residuos de la muerte; luego se unió a los detectives para buscar en el pasillo el arma homicida o cualquier otra prueba. El cuchillo, pensó, debe estar en algún lugar cercano. Observó otra mancha de sangre seca cerca del ascensor y la señaló a uno de los técnicos que pasaba por allí. Luego bajó las escaleras y se dirigió al exterior, donde algunos agentes uniformados y auxiliares estaban buscando el arma homicida entre la maleza y los jardines cercanos. No tuvieron suerte.

Poco después abandonó la búsqueda y se unió a los dos detectives. Decidieron que había llegado el momento de hablar con los Zelezniks, y el trío se dirigió a la suite donde esperaba la familia. Glick se sobresaltó cuando vio a Bobby, acurrucado en los brazos de su madre; salvo por el color del pelo, se parecía mucho a su hermano, hasta el mismo atuendo de pantalones cortos y camisa verde. Sacudió la cabeza, tratando de despejar la inquietante sensación.

Carter tenía un paño blanco humedecido que le cubría los ojos, como una venda que cubre una herida. Glick y los detectives se presentaron. No hablaron mucho, pero Carberry dijo a la familia que se había detenido a un sospechoso. Glick le dijo a Carter que el asesino sería sometido a las más rígidas normas de la ley. Era todo lo que podía decir, pensó.

Carter se levantó de la cama. Su semblante cambió entonces, de un lienzo estirado de daños a la ira. "Más vale que no la caguen", dijo. Su voz se elevó, forzando los límites de su control. "Será mejor que no lo estropeéis. No quiero que este tipo se salga con la suya. No quiero que lo arruinéis vosotros". Luego se disolvió de nuevo,

su pena sustituyendo con la misma rapidez a la indignación. Los detectives asintieron, dijeron poco y dejaron a la familia sola. Sabían que las declaraciones formales podían esperar hasta más tarde.

Cuando salieron de la habitación, la familia había vuelto a la cama, con los brazos entrelazados por el dolor.

4. En la Oficina de Homicidios

Bishop había acompañado a Walford a la estación de policía de la ciudad de Miami, que albergaba la oficina de homicidios. Era un edificio mugriento que gritaba tristeza por la pintura descolorida de sus paredes; dentro de dos años el departamento se trasladaría a una fortaleza ultramoderna en la periferia del distrito céntrico de Overtown. Bishop cogió una robusta silla de madera y esposó las muñecas de Walford a cada lado; había visto lo que creía que era sangre bajo las uñas del sospechoso, y no quería que se destruyeran las posibles pruebas antes de tomar una muestra. Los dos hombres se miraron: Bishop, enorme, pecho de barril, y Walford, musculoso, enjuto, con los ojos que seguían revoloteando. "¿Sabes de qué quiero hablar?" preguntó Bishop.

"Sí", respondió Walford.

"¿Hablarás de ello?

"No."

Los dos hombres se miraron fijamente. Al cabo de unos instantes, Bishop volvió a sacar la tarjeta *Miranda* de su bolsillo y volvió a leer la letanía de derechos que le garantizaba a Walford. "¿Comprende sus derechos?", preguntó.

"Sí".

"¿Cómo llegaste del hotel al aeropuerto? ¿Corrió? ¿Ir a caballo?"

"Caminé".

"¿Llevabas algo?" Bishop estaba pensando en un cuchillo.

"No lo recuerdo", dijo Walford.

Y entonces Walford empezó a temblar.

Su cabeza empezó a moverse de delante a atrás, de un lado a otro, cada vez más rápido. El resto de su cuerpo, todavía esposado en posición sentada a la gruesa silla de madera, permanecía rígido, como si estuviera separado. "¿Qué estás haciendo?" exigió Bishop, pero los temblores continuaban. "¡Contrólate!" gritó Bishop, pero sin efecto. Bishop hizo gala de su mayor voz: "¡Maldita sea! He dicho que te controles".

Los ojos de Walford se volvieron lentamente hacia el oficial, y el temblor comenzó a disminuir, a retroceder. Bishop volvió a hacer preguntas. "¿Tienes familia?"

"Oh, sí", respondió Walford. Su voz cambió bruscamente entonces, volviéndose rápida, incoherente, saliendo de su boca con un acento caribeño agudo y cantarín. "Oh, sí, tengo una esposa en casa, en Kingston, sí, y tenemos diez hijos; diez hijos que tuvimos, pero ahora no, no, no. Ya no hay diez hijos porque cinco de ellos murieron. ¡Murieron! Sí, ¡muertos! Y yo estaba en el aeropuerto para volver a casa, pero nadie me daba el dinero, el dinero para volver a casa. ¡Pero Dios! ¡Les hablé de la Palabra! ¡De Dios! ¡Pero no quisieron pagar! ¡Les hablé de la Palabra, pero no quisieron pagar! ¡Dios! ¡Dios!", interrumpió Bishop, "¿Cómo murieron sus hijos?"

"Oh", dijo Walford, repentinamente tímido, "no lo sé".

"¿Mataste al niño en el Crossways? ¿Tomaste un cuchillo y le cortaste el cuello?"

Walford sonrió.

Walford se rió.

Sacudió la cabeza lentamente, deliberadamente, de un lado a otro. "¡Conozco mis derechos!", dijo. Extendió, alargó la palabra conocer*: coonoooceeer.* "Veo mis derechos, justo ahí". Señaló con la cabeza enérgicamente la tarjeta de derechos. "¡No puedes hablarme si no lo quiero! ¡Y no lo quiero! ¡No tengo que hablar con usted! ¡Dios! Sólo me interesa hablar con mi" -hizo una pausa- "mi abogado". Su voz se alzó en una victoria cantarina. "¡Mi a-bo-ga-do!" dijo Walford, alargando y acentuando cada sílaba.

"Tú", dijo, atravesando a Bishop con su mirada, "no puedes hablar".

Bishop se tragó su frustración y su ira. No mostró ninguna emoción. Era difícil. Esperó en silencio, con los ojos clavados en Walford, hasta que llegaron los detectives, acompañados por los técnicos del laboratorio.

Cuando Carberry y Martínez vieron por primera vez a Walford, éste seguía esposado y hacía muecas y sonrisas alternativamente. Hablaron brevemente con Bishop, que les informó del comportamiento de Walford, de sus exigencias de un abogado y de lo que había dicho al policía motorizado. Al principio, Carberry pensó que se trataba de un acto, una farsa: otro asesino que decidía montar un espectáculo para los detectives. El detective era un hombre joven, de unos veinte años, con dos hijos pequeños en casa. No podía arrancar de su mente la imagen de Arnold en el baño; sintió por un instante la impotencia del niño mientras observaba cómo los técnicos del laboratorio retiraban la ropa manchada de sangre de Walford para procesarla como prueba. ¿Qué posibilidades tenía? pensó el detective al ver los sinuosos músculos que marcaban los brazos y los hombros de Walford. El cuerpo de Walford era impresionante; los músculos estaban fuertemente agrupados y estriados, una figura de atleta.

Walford recibió los pantalones vaqueros holgados y la camisa de trabajo de la cárcel del condado. Larry Stamper, un técnico, tomó fotografías durante todo el proceso. Clic. Walford estaba de pie, con la cabeza echada hacia atrás, altivo, con las

manos esposadas ante él, pero con una mirada que no conocía limitaciones. ¡Clic! Los ojos de Walford estaban abiertos de par en par por la ira, los músculos se tensaban, sobresalían, estaban tensos como los de un animal antes de saltar. ¡Clic! Tenía los dientes al descubierto, gruñendo, furioso.

Carberry observó a Walford. Luchó contra el impulso básico del policía, ese deseo tan común de actuar como vengador de la sociedad. Que intente hacer una pausa, pensó. En su mente, volvió a ver a la familia Zeleznik, derrumbada en el dolor y la tristeza, y pensó que, en cierto modo, un disparo igualaría el marcador. Entonces, tan rápido como llegó el deseo, huyó. Apretó los dientes y pensó en cambio No vamos a dejar que este animal se salga con la suya. No va a haber ninguna metedura de pata. Ningún lío legal. No voy a ver a este animal salir de un juzgado porque consiga un abogado inteligente. Lo voy a clavar y lo voy a ver en el corredor de la muerte. Carberry se acercó lentamente a Walford. Sonrió. "Señor Walford -dijo entre dientes apretados-, soy el detective Carberry. Me gustaría hacerle algunas preguntas".

Carberry y Martínez llevaron a Walford a una sala de interrogatorios. Sacaron un formulario de derechos estándar de la ciudad de Miami; en él se repetían de forma más detalladas las advertencias de *Miranda*.. Walford y los detectives leyeron juntos cada uno de los puntos, haciendo sólo una pausa para asegurarse de que Walford sabía lo que implicaba cada derecho. Al final, Walford miró a los dos detectives y asintió con la cabeza.

"Lo entiendo", anunció.

"¿Qué pasó en el hotel?" Preguntó Carberry.

Walford sonrió ampliamente. Tenía las manos esposadas delante de él. Levantó las manos, señalando con un dedo, y luego lo golpeó contra el formulario de derechos que había en la mesa ante él. Golpeó la sección que comienza: "Tiene derecho a un abogado..."

Y entonces se rió. "Conozco mis derechos, oh, sí, oh, sí, mis derechos, mis derechos, mis derechos. No puedes". Su risa no era alegre, estaba llena de ira. Mientras reía, su cabeza empezó a temblar de nuevo, una y otra vez, de un lado a otro, con movimientos eléctricos, como si estuviera cargada por una corriente invisible.

Poco después, en la sala principal de la brigada, le quitaron las esposas a Walford para tomarle las huellas dactilares. Escuchó a los detectives, a Bishop y a los técnicos hablar. Cuando el fotógrafo giró el objetivo de la cámara hacia él, enseñó los dientes en un gruñido. "¡Ya basta!" gritó Bishop. Walford, sonriendo de nuevo, obedeció. Unos segundos después, todavía escuchando a los policías, se levantó de un salto, enfurecido.

"¡Dios! ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios, no el hombre! ¡El Dios de Israel lo dice! ¡Dios lo dice! ¡Dios de Israel!"

Y entonces levantó los brazos, extendiéndolos a los lados, continuando la llamada a Dios, sostenido rígidamente en su propia cruz imaginaria.

Walford fue sacado de la oficina de homicidios y colocado en una celda de detención mientras los detectives completaban el papeleo que acompañaba a la detención y el interrogatorio. Había varios hombres más en la celda con Walford. Cuando Bishop pasó por delante de la celda unos minutos después de que Walford estuviera dentro, uno de los hombres le saludó. "Oye", dijo el delincuente, "quiero hablar". Bishop se acercó a él.

"¿Qué pasa?", preguntó.

El detenido se detuvo, mirando por encima del hombro. "Oye", dijo, "No quiero problemas, pero el tipo que metiste aquí, el raro, dice que va a matar a unos policías esta noche. Pensé que querrías saberlo".

Bishop miró más allá del hombre hacia Walford, que permanecía rígido en la esquina, como si estuviera en posición de atención militar, con la barbilla apretada contra el pecho, los brazos sujetados rígidamente a los lados y los talones juntos. El policía de la motocicleta fue a comunicar la información a Carberry y Martínez. Los tres volvieron a ver a Walford.

"Señor Walford", preguntó Carberry sin rodeos, "¿dijo que quería matar a un policía?". Bishop se acercó, con los músculos tensos.

Walford abrió la boca de par en par, enseñando de nuevo los dientes. Se rió. "No, agente, no he dicho eso".

A continuación, le colocaron en una celda de aislamiento. Los policías podían oírle hablar para sí mismo con su acento cantarín sobre Dios.

5. Noche

Carter, Betty y Bobby pasaron la noche en Crossways.

Carter había conseguido llamar a un amigo suyo, un médico del Jefferson Medical College, donde trabajaba Carter, y el amigo había accedido rápidamente a volar y ayudar a organizar el traslado del cuerpo de Arnold a Filadelfia. Betty había hablado con su hermana gemela en Michigan, y ella iba a volar al este para reunirse con la familia cuando volvieran a su casa en el suburbio de Fort Washington. Las conversaciones habían sido breves, explicaciones de otro mundo sobre lo que había sucedido; la conmoción del suceso había dejado exhaustos a ambos padres. No sabían realmente lo que decían ni lo que hacían; una especie de piloto automático tomó el control. Esa noche no comieron, aunque la dirección del hotel les instó a que

intentaran meterse algo en el estómago. Permanecieron juntos, los tres, en su habitación en todo momento. Tenían miedo de perderse de vista, aunque fuera un segundo. También era una necesidad física; se tomaban de las manos, sin palabras, siendo el tacto la única herramienta tranquilizadora que tenían para continuar durante la noche.

Pocos pensamientos penetraban en la espesura de su dolor.

Intentaron medir el tiempo que Arnold había estado fuera de su vista. Segundos. Intentaron pensar en él vivo, pero la imagen fue arrancada de su imaginación, sustituida por el retrato indeleble de su cuerpo, inundado de sangre, con las piernas retorcidas de forma grotesca. Les aterrorizó, un gemido mental.

Bobby, pensaron. No hay que dejarlo solo. El hermano menor se quedó acurrucado en la cama. Necesitaba que lo tocaran y lo abrazaran. Lo hacía.

Durante gran parte de la noche, un joven, un aprendiz de policía que había estado antes en la escena del crimen, se quedó con ellos. Llevaba el uniforme, estaba tranquilo, fuera de la puerta o sentado en la esquina. Más tarde no supieron su nombre, pero su presencia era palpable y tranquilizadora. Años más tarde hablarían con gratitud del joven y de lo que hizo por ellos aquella noche: les hizo sentirse seguros en un mundo repentinamente lleno de terror.

No hablaron de lo sucedido durante la noche. No durmieron mucho, tal vez robando algunos minutos al azar de la oscuridad. Más tarde, Betty recordó el silencio en la habitación, la sensación de Bobby y Carter a su lado, su respiración mezclada con los sonidos nocturnos de la calle, el ruido de la realidad, distante, cerrado más allá de las paredes y las ventanas, pero aún apenas distinto, como si fuera un recordatorio. Observó durante toda la noche cómo las sombras se hacían más profundas y luego empezaban a aclararse con la llegada de la mañana. Sin embargo, se preguntó si alguna vez saldrían realmente de la oscuridad.

6. Buenos días

Por la mañana, un patrullero de la policía recogió a la familia en el Crossways y la condujo lentamente a la cárcel del condado de Dade. Los detectives de homicidios habían dispuesto que Walford apareciera en una rueda de reconocimiento: el sospechoso y cinco guardias y policías negros de la cárcel, todos vestidos igual. La patrulla recorrió las calles de la ciudad lentamente, sin prisa. La larga noche había dejado a la familia pálida y temblorosa. Carberry observó a los tres entrar en el edificio, preguntándose cómo podrían aguantar la tensión. Había trabajado hasta altas horas de la noche, escribiendo los informes del asesinato, y luego se había sentado

con su mujer hasta casi las tres de la madrugada, bebiendo, repitiendo las escenas del día que le marcaban la mente. Acompañó a la familia a una sala de espera.

El fiscal Glick llegó poco después. Él también había pasado una noche inquieta, luchando contra el sueño y una y otra vez entrando suavemente en las habitaciones de sus dos pequeñas hijas, para escuchar su rítmica respiración y asegurarse de que dormían tranquilamente.

Roy Black y Jack Denaro también estuvieron presentes.

Los dos hombres eran miembros de la Oficina del Defensor Público de Dade. Ambos jóvenes ya se habían labrado una reputación considerable como abogados defensores en materia penal. Cada uno llegaría a la cima de su profesión en la práctica privada. Con personalidades muy diferentes -Black, despreocupado e ingenioso; Denaro, cerebral y antiguo estudiante de seminario-, ambos compartían despacho en la suite de la DP en la octava planta del Palacio de Justicia, en el centro de Miami.

Cada uno de ellos había empezado a trabajar en el caso por separado en cuanto se enteró del mismo el viernes por la tarde. Se había corrido la voz en el Palacio de Justicia sobre un asesinato poco común, un niño y un acusado inusual. En la madrugada del sábado, habían persuadido a un juez del condado para que los designara para la defensa de Walford, trabajando bajo la suposición correcta pero legalmente prematura de que no podría obtener su propio abogado. Ambos hombres estaban decididos a que se respetaran los derechos de Walford. Ambos estaban decididos a llegar a Walford antes de que hiciera cualquier declaración incriminatoria a los detectives.

Para cada uno de ellos era como si el horror inherente al crimen hubiera exigido una respuesta mucho más rápida, como si, por la naturaleza y calidad horrendas del asesinato, fuera mucho más importante velar por la protección del asesino.

Su primer encuentro con Walford fue instructivo.

Antes de que la familia llegara a la cárcel, Walford estaba recluido en una pequeña habitación, justo al lado del estudio de las ruedas de reconocimiento. Los dos -defensores públicos saludaron a Carberry, a quien conocían bien de otros casos de homicidio, y pidieron reunirse con Walford.

"Queremos ver a nuestro cliente. A solas. Ahora mismo", dijo Black.

Carberry se encogió de hombros. "Ha estado actuando un poco extraño. Creo que ustedes podrían querer tener algo de protección allí con ustedes..."

Black le cortó con una rápida negativa. No querían que ningún detective espiara sus conversaciones. Carberry dijo: "Como quieras", e indicó al personal de la cárcel que dejara entrar a los dos abogados en la sala. Black fue el primero en cruzar la puerta, con la mano extendida en señal de saludo. Denaro iba un paso por detrás de él.

"Hola, señor Walford", dijo Black alegremente. "Mi nombre es Roy Black, y este es Jack Denaro. Estamos aquí para representarle".

Mientras la mano de Black vacilaba, sin ser reconocida, en el aire, vio que la expresión de Walford cambiaba, de Jekyll a Hyde. Se transformó en una mueca y sus dientes se mostraron de repente como los de un perro amenazador. Se puso en pie de un salto y sus manos, aunque esposadas, se alzaron apuntando al techo. Gritó: "¡Dios, no el hombre, me representará! Dios, no ¡"Yo", hombre!

Con cada repetición de "¡Dios, no el hombre!" El rostro de Walford se contorsionó aún más y avanzó hacia los dos sorprendidos abogados. Éstos retrocedieron al ver que Walford se recomponía antes de saltar hacia delante. Denaro saltó a través de la puerta, tratando de cerrarla tras de sí. Black, con el faldón volando, agarró la puerta y la abrió de un tirón, saltó a través de la puerta y la cerró de golpe tras él con el mismo movimiento. Durante un instante sólo se oyó el grito de Walford: "¡Dios, no el hombre! ¡Dios, no el hombre!", repetido una y otra vez, desvaneciéndose a través de la puerta cerrada y ajustada.

"Jesucristo", dijo Denaro, "ese tipo está loco".

Pero eso no alteró su deseo de defenderlo. De hecho, sólo aumentó su interés.

Los Zelezniks no sabían nada de Walford ni de su comportamiento cada vez más extraño. Se movían por todas partes, enlazados entre sí, con las manos y los brazos tocándose, como si de alguna manera pudieran sumar sus recursos internos lo suficiente como para pasar el día. Fueron escoltados a la sala de observación; una típica zona de armario oscura con un espejo de cristal de un solo sentido que daba a un escenario en una sala contigua. La pared trasera estaba marcada con alturas. Les presentaron de nuevo a los detectives, a Glick y a Roy Black. Luego se separó a la familia; Betty se quedó en la sala de observación mientras Bobby y Carter esperaban fuera.

Se le explicó que cada uno de los hombres de la rueda de reconocimiento se adelantaría a la orden y giraría, giraría y giraría, haciendo un círculo de 360 grados frente a ella. Se le dijo que esperara hasta que se completara la rueda de reconocimiento antes de hacer cualquier selección. Un taquígrafo del tribunal se sentó discretamente en la entrada, con su máquina de dictar haciendo pequeños clics mientras copiaba la conversación.

"Se van a poner delante de este espejo, ¿vale?" El detective Martínez dijo. "No pueden verte. ¿Verdad?"

"Sí", respondió Betty. "¿Serán estos los únicos hombres?" Los detectives pudieron ver la ansiedad que crecía en su rostro, y también la oían en su voz.

"Estos serán los únicos hombres que verás. ¿De acuerdo?"

"Sí", dijo Betty. Se había colocado de espaldas al espejo mientras se hacía la rueda de reconocimiento.

"Muy bien", dijo Martínez. "Date la vuelta".

Betty se volvió lentamente y miró a través del cristal. Palideció al instante y su voz empezó a temblar. "Oh, Dios, ayúdame", dijo.

"Ahora espera hasta que veas cada uno de ellos, ¿de acuerdo?" El detective estaba tratando de mantenerla bajo control.

"Sí", respondió ella. Pero su voz seguía temblando, y continuaba hablando mientras cada hombre se adelantaba, haciendo piruetas delante de ella, tan cerca que pensó que podría alcanzarlos y tocarlos a través del cristal. "No estaban vestidos así", dijo confundida. "Oh, que Dios me ayude. Oh, que Dios me ayude, que Dios me ayude", suplicó.

El número uno dio un paso adelante. "Que Dios me ayude a elegir". Su voz era desesperada.

El número dos se adelantó. "Que Dios me ayude. Que Dios me ayude a elegir".

El número tres siguió su ejemplo. "Que Dios me ayude, que Dios me ayude, que Dios del cielo me ayude". Comenzó a gemir suavemente por la tensión.

El número cuatro se enfrentó al espejo. "Que Dios me ayude, que Dios me ayude, que Dios del cielo me ayude".

El número cinco se puso al frente. Sus movimientos eran nítidos, militares. Cada movimiento que realizaba era tan ajustado como la orden de un sargento instructor. Su rostro parecía fijo, los ojos al frente, sin emoción. "Que Dios me ayude", continuó suplicando Betty. "¿Por qué no lo sabría? ¿Por qué no lo sabría?" El número cinco retrocedió hasta la pared y se puso a desfilar.

El número seis se acercó a la ventana. "Oh, que Dios me ayude", dijo Betty de nuevo, pero la derrota recorrió su voz.

Se apartó de la ventana y sus ojos, rojos por las lágrimas y el esfuerzo, se fijaron en los dos detectives. "Parecía tan delgado ayer", dijo. "Oh, y si no estoy segura, ¿debo dar una suposición?"

"Inténtalo", dijo Martínez.

"Ayer parecía tan delgado".

"¿Intentarás recordar lo que viste ayer?", indagó el detective, tratando de obligar a su mente a concentrarse en los pocos segundos que asesino y madre se habían encontrado fuera del ascensor.

"Parecía ser más alto. Me pareció que era delgado, como en los costados", dijo. Su voz se llenaba de frustración y desesperación, y se quebraba rápidamente. Quería desesperadamente señalar al asesino. Parecía tan importante.

"¿Reconoce a alguno de estos hombres?", preguntó el detective.

"No estoy segura. No estoy segura. Podría... ¿está bien si doy un podría? Podría ser el número seis. No lo sé con seguridad. Tenía miedo de que esto sucediera. Pensé que era más delgado". Su voz se apagó con desesperación.

"Bien, Sra. Zeleznik". Los detectives, conscientes de la presencia del abogado defensor, decidieron sacarla.

"¿Es posible volver a verlos?", preguntó, pero los policías negaron con la cabeza. Betty fue conducida fuera de la sala. La rueda de reconocimiento había durado siete minutos.

Cuando trajeron a Bobby, Carter caminó a su lado. Roy Black dijo rápidamente: "Si su padre quiere quedarse aquí, no tengo ninguna objeción, si no dice nada". Glick y los detectives asintieron.

"Ahora, Bobby", dijo Carter, "déjame tomar tu mano". A Glick le llamó la atención de nuevo el extraño parecido entre los dos hermanos. Bobby parecía casi un calco del niño asesinado, pensó.

Martínez colocó a Bobby de espaldas al estudio de la formación. Se inclinó, poniendo la mano en el hombro del chico, adoptando un tono amistoso. "Si reconoces a alguien, no quiero que me lo cuentes hasta que los veas a todos, ¿vale?". Bobby asintió con la cabeza. "No digas nada hasta el final, Bobby", dijo Glick. De nuevo el niño asintió.

"Ahora no puede verte, así que puedes subir aquí, ¿vale?" El detective acercó a Bobby al cristal. Bobby se agarró con fuerza a la mano de Carter, que se puso a su lado. Bobby observó en silencio cómo los seis hombres se acercaban a él, uno tras otro, realizando el ballet de la identificación.

Bobby no dijo nada hasta que terminó la alineación.

"Bobby", preguntó Martínez con suavidad, "¿reconoces a alguno de esos hombres?".

"Creo que podría ser el número cinco. Creo que podría ser él. No lo recuerdo", dijo el niño.

"De acuerdo". El policía empujó suavemente, su cara no registraba ni aprobación ni desaprobación. "¿Estás seguro?"

"No estoy seguro", dijo Bobby, pero su tono era decidido y fuerte. "Pero creo que podría ser él".

"De acuerdo, Bobby", dijo el detective. "Es suficiente".

Martínez, por supuesto, sabía que el número cinco era Vernal Walford. Y sabía que, a pesar de las dudas declaradas por el niño, Bobby había hecho una identificación positiva.

Ese sábado por la mañana, en la morgue del Departamento de Medicina Forense del Condado de Dade, el Dr. Wright condujo al Dr. Daniel Ashler a la sala refrigerada donde se almacenaban los cuerpos antes de las autopsias y a la espera de los trabajadores de la funeraria. Ashler era amigo y compañero de trabajo de Carter. Miró hacia abajo mientras Wright retiraba la sábana que cubría el rostro de Arnold, un movimiento visto en tantas películas que era casi un cliché. Asintió con la cabeza

mientras sus ojos recorrían los rasgos cerosos y rígidamente congelados que tenía ante sí. "Sí", dijo, "ése es Arnold". Pensó por un momento mientras su cuerpo se llenaba de una pena inefable: Pobre Arnold. Y luego sus pensamientos se dirigieron a los vivos: Pobre Carter. Pobre Betty. Pobre Bobby. ¿Cómo van a sobrevivir a esto?

El Dr. Wright bajó la sábana y los dos médicos discutieron el traslado del cuerpo de Arnold de vuelta a Filadelfia.

La autopsia se realizó a primera hora de la tarde. Fue más que nada una formalidad; Wright y todos los demás que habían estado en la habitación donde se descubrió el cuerpo de Arnold sabían que había sido asesinado por puñaladas en el cuello, administradas con saña. Wright estaba acompañado por el técnico Sam McMullin. Querían ver si podían encontrar alguna señal de heridas de defensa. Había un corte profundo en la mano derecha de Arnold, un hematoma en el labio y otro en el brazo izquierdo. No hay otros signos de lucha. Se hizo una prueba de fosfato ácido para determinar si Arnold había sido agredido sexualmente. El resultado fue negativo.

Cuando terminó la rueda de reconocimiento, Glick y los dos detectives se unieron a un grupo de guardias de la cárcel para escoltar a Walford de vuelta a una celda de aislamiento en la cárcel del condado. Al principio Walford no dijo nada, marchando a paso rápido. Glick observó el rostro de Walford lo mejor que pudo. Vio cómo los ojos se movían de un lado a otro, fijándose repentinamente en un objeto, penetrando en él, absorbiéndolo, y luego, con la misma rapidez, mirando fijamente al espacio. Glick casi se sintió abrumado por las emanaciones de malevolencia que brotaban de aquellos ojos. Se estremeció de alivio cuando vio a Walford encerrado en una celda.

Meses más tarde, Glick, su mujer y sus dos hijos visitaban a unos amigos alojados en un hotel de Miami Beach. Cuando salieron de la suite de sus amigos, las dos niñas se adelantaron corriendo, riendo y corriendo por el largo pasillo enmoquetado. Por un segundo, las dos niñas desaparecieron de su vista y sintió que su corazón se aceleraba. Pidió con miedo que las niñas se detuvieran, y sus propios pies aceleraron de repente el paso y se precipitaron tras ellas. Una noche, años más tarde, estaba en el salón de su casa, viendo la televisión con las niñas. Una de ellas se deslizó de su asiento al suelo, con las piernas en alto, bajo el torso, con la cabeza echada hacia atrás. Durante un instante la miró fijamente; luego, de repente, incontroladamente, gritó: "¡No te sientes así! Siéntate derecha". La niña le miró con curiosidad, y su mujer le dijo: "¿Qué te molesta?". No fue hasta más tarde esa noche, en su cama en la oscuridad, que se dio cuenta de que su hija se había puesto en la misma posición en la que años antes había visto a Arnold Zeleznik.

Carberry trabajó en los informes de homicidio. Hizo una lista de las pruebas incautadas:

La Biblia
La nota
El paquete y el papel
La caja de cerillas manchada de sangre
La ropa manchada de sangre
Unos diecinueve juegos de huellas dactilares levantados en la escena
Muestras de sangre tomadas de Arnold y de debajo de las uñas de Walford
Una libreta de direcciones

Ocho días después del asesinato de Arnold dictaría un informe complementario de trece páginas a un solo espacio sobre el crimen. En él se incluiría la información obtenida el lunes siguiente al asesinato de una mujer que trabajaba en una tienda de regalos de Sirgany International en la zona del vestíbulo del Aeropuerto Internacional de Miami. Había visto la fotografía de Walford en el *Miami Herald,* llamó a la policía y les dijo que Walford le había comprado un cuchillo la mañana del asesinato. Había sido un cuchillo de caza con hoja de 15 centímetros. Firmó un ejemplar del *Herald* junto a la foto de Walford: "Este es el hombre al que le vendí el cuchillo".

Al principio del informe de Carberry, escribió: "Este caso se aclaró con el arresto de Vernal Walford, NM, 31, de 33 Penn Street, Jonestown, Jamaica…"

Cinco años después del crimen, Carberry se sentaba en la mesa de su comedor, revisando su archivo de notas y pruebas, las palabras que había escrito años antes. Cuando miraba la pila de fotografías brillantes tomadas en la escena del crimen, se le llenaban los ojos de lágrimas.

También años después, Ron Wright diría: "Recuerdo el caso, pero sólo vagamente". Luego se reclinaba en la silla de su escritorio, meditaba el recuerdo y, sin notas, recordaba con precisión todos los detalles del caso. "Se me quedó grabado, supongo", era su explicación.

Una patrulla llevó a Carter, Betty y Bobby al Crossways cuando terminó la rueda de reconocimiento. No había nada más que pudieran hacer o decir para aportar al caso; no había nada para ellos en Miami. El Dr. Ashler había dispuesto que el cuerpo de Arnold fuera enviado en un vuelo de Delta esa misma noche, y también les entregaron sus billetes. No había que tomar más declaraciones, ni hacer más identificaciones. Se les había dicho que se les mantendría al tanto de la evolución del caso a medida que éste se abriera paso a través del proceso judicial de acusación, imputación, audiencias y juicio.

Betty recordó más tarde que todo el mundo en el vuelo fue muy amable. Les recibió un representante de Delta que los llevó a una sala de espera separada donde podían sentarse solos. Les hizo entrar personalmente en el vuelo. Las azafatas

parecían revolotear sobre ellos con comida y bebidas. La familia intentó comer las cenas que les pusieron delante, pero no pudieron. Betty trató de recordar cuándo había comido por última vez, pero tenía la garganta demasiado seca y la comida sólo sabía a pena.

El sordo y siempre presente rugido de los motores del avión servía de telón de fondo a los pensamientos que corrían por sus mentes embotadas por las emociones. - Las imágenes del asesinato, la rueda de reconocimiento, los policías, los abogados, se agolpaban en sus pensamientos. Las preguntas parecían gritar a través de las imágenes desde los recovecos de su dolor: ¿Por qué les había ocurrido esto? ¿Cómo pudo ocurrir? ¿Quién era este asesino, este hombre que había arrebatado a Arnold del pasillo y sus vidas al mismo tiempo? Una y otra vez: ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Cómo?

Y Betty también se preguntaba qué pasaría ahora con todos ellos. ¿Qué les depararía el futuro? ¿Dónde encontrarían la justicia? ¿Dónde encontrarían la paz?

¿Y serían capaces de seguir adelante?

Cuando la avalancha de preguntas empezó a desaparecer lentamente de sus mentes, sólo pudieron sentir una frialdad, como si no hubiera calor dentro del avión ni en el mundo. Y Betty rezó entonces para que el avión se estrellara y todos murieran en el mismo instante fulgurante, para no tener que seguir enfrentándose al dolor incomparable de cada nuevo segundo.

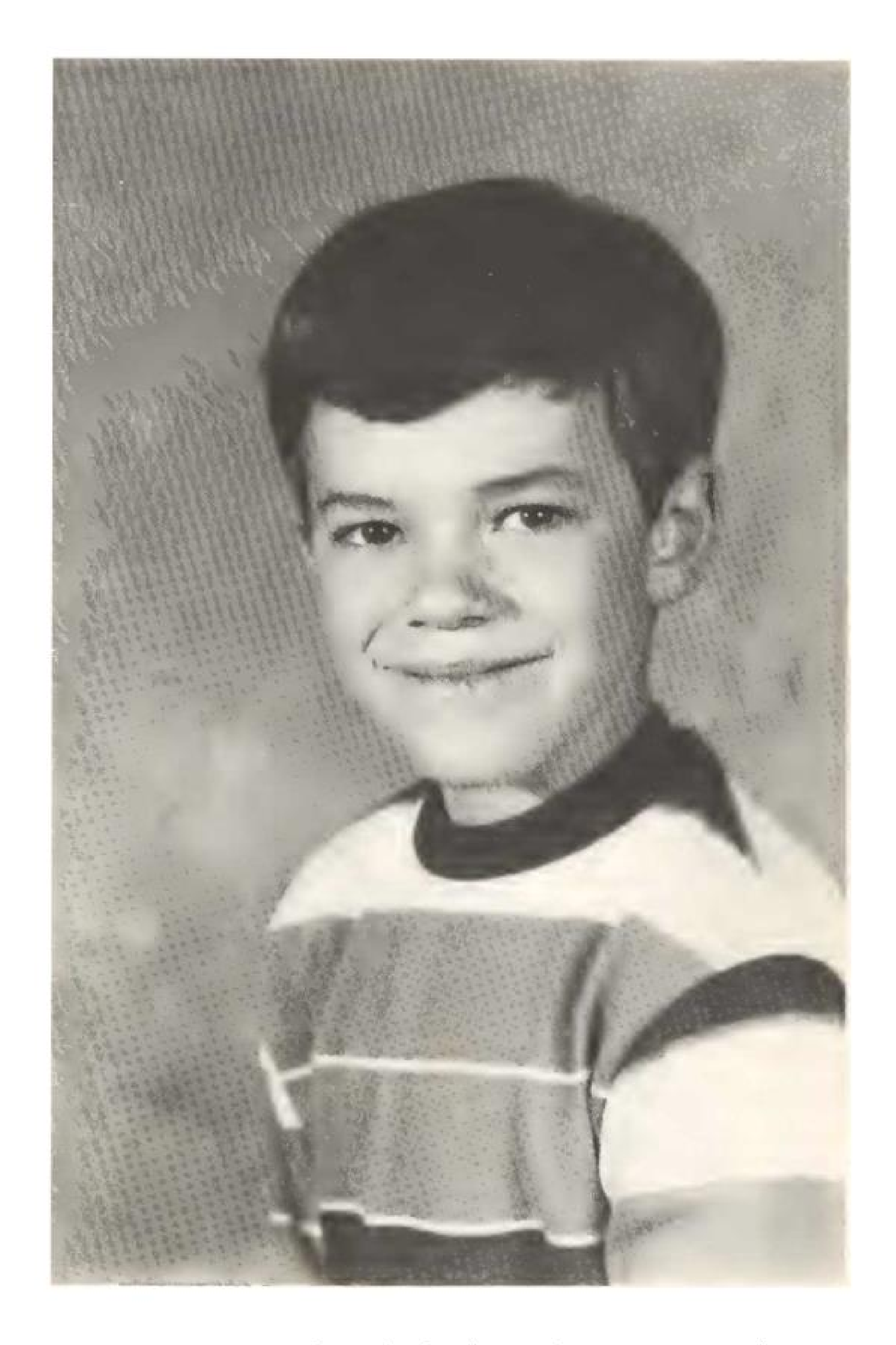


Foto de Frank Zeleznik, tomados tres meses antes de su muerte.
CORTESÍA DE CARTER ZELEZNIK.



Vernal Walford, poco después de su arresto,
CORTESÍA DE LA OFICINA DEL FISCAL DEL CONDADO DE DADE.



Betty, Carter y Bobby Zeleznik, minutos después de descubrir el asesinato de Arnold.
FOTO DE JOE RIMKUS, JR., MIAMI HERALD.



Los Zelezniks hoy, FOTO DE G. LOIE GROSSMAN.

CAPÍTULO 2

Arnold

1. *Carter*

Carter Zeleznik es un hombre corpulento, de barba gris, con el pelo ralo retirado de la frente, lo que le da un aire de monje loco a lo Rasputín. Tiene los hombros redondeados y su pasado de atleta hace tiempo que se ha olvidado. Lleva trajes que parecen confeccionados por casualidad y que cuelgan de sus grandes extremidades. Cuando camina, lo hace con un propósito, una marcha rápida, desgarbada, como si quisiera decir que los destinos son importantes, los viajes un retraso apenas tolerable.

Su mirada es penetrante, intensa, con una severidad que parece complementar su carácter académico. Tiene unos modales precisos, como si hubiera investigado y estudiado a fondo las consecuencias de cada nuevo paso que da. Su voz está llena de las locuciones y el lenguaje del psicólogo y el educador. A veces cae en la monotonía de un hombre que parece haber pasado demasiado tiempo al frente de un aula, pero cuando Carter se adentra en un tema más cercano a su corazón, su voz adquiere un entusiasmo, un gran impulso emocional, una absorción. Su tono transmite una constancia de determinación; es un hombre comprometido -de pensamiento independiente, intelectualmente autosuficiente- que disecciona su camino a través de cualquier problema. Si un método no funciona, encuentra otro. Examina los elementos del problema. Delimita los parámetros. Inspecciona la interacción de cada factor. Y luego, cuando aclara el camino, lo sigue con firmeza hasta su conclusión.

Sin embargo, no es rígido ni distante.

Es rápido para las bromas y tiene la enorme espontaneidad de un cachorro; sus grandes y largos brazos se levantan de repente y levantan a Bobby en el aire y lo cuelgan en su hombro. Su apretón de manos tiene un agarre y una fuerza, envolvente.

Lleva sus emociones y sus creencias al exterior. Es un hombre que no cree en ocultar ningún sentimiento o pensamiento. Cuando ríe, lo hace en breves estallidos de felicidad incontrolada. Se mueve en la superficie, una extraña mezcla de precisión matemática y flexibilidad sin ataduras. Y cuando se vio empujado a la extraordinaria vorágine del 20 de diciembre de 1974, se vio obligado a recurrir a todos los recursos adquiridos a través de su inusual vida.

Carter Zeleznik nació el 24 o el 25 de abril de 1925 en Detroit, Michigan. Siempre celebró su cumpleaños en la primera fecha, pero cuando solicitó por primera vez un pasaporte unos veintitantos años después de su nacimiento, descubrió que su partida de nacimiento llevaba la segunda fecha y que su nombre estaba mal escrito. Corrigió el error del nombre, pero dejó la fecha. Más tarde bromearía con sus hijos diciéndoles que realmente merecía dos fiestas de cumpleaños, y ellos gruñirían en señal de protesta.

Carter creció en el acomodado suburbio de Grosse Pointe, hijo de un abogado acomodado. El recuerdo de la infancia de la *Gran Depresión* llena sus primeros recuerdos. En un día vio a su padre pasar de la riqueza y la comodidad a una vida en la que él era otro luchador que intentaba sobrevivir a los tiempos difíciles. Esto no quiere decir que la familia tuviera que formarse en las filas para recibir pan. Su padre seguía teniendo su profesión y su capacidad, y si la Depresión significaba tiempos difíciles, se traducía en menos en la mesa y no que no tuvieran nada.

Destaca un recuerdo: Carter era un niño de ocho o nueve años cuando acompañó a su padre a cobrar un pagaré que le debía un empresario local. La suma era de 4.000 dólares, una gran cantidad en aquellos tiempos, suficiente para mantener a una familia durante meses, sino años. Carter vio cómo su padre se dirigía al dueño de la tienda para reclamar el pagaré. La familia del dueño de la tienda también estaba allí, observando, con su tenue control sobre su negocio, sus posesiones, sus vidas. Observó a su padre hablar con el dueño de la tienda mientras los dos caminaban por el negocio, un poco alejados. No oyó lo que decían, pero al cabo de unos instantes vio que su padre se detenía y rompía la

nota. Luego se acercó, tomó la mano de Carter y los dos salieron de la familia con el negocio intacto.

Pensó que era el acto de un hombre grande.

Carter se graduó en el instituto de Grosse Pointe a finales de la década de 1930 y fue a la Universidad de Michigan en Ann Arbor. La guerra estalló mientras él era estudiante. No se presentó como voluntario, sino que esperó a que le llegara el aviso de reclutamiento.

Mientras tanto, corría en el equipo de atletismo como velocista y estudiaba antropología. Pensó que se convertiría en arqueólogo además de antropólogo: un estudioso de las sociedades y las formas del hombre.

Cuando fue reclutado, la guerra en Europa había entrado en su fase final. Fue asignado a una brigada de reemplazo, entrenado en Fort Dix como fusilero y enviado al teatro de operaciones europeo poco después de que la Batalla de las Ardenas llegara a su sangrienta conclusión en el invierno de 1944. Las columnas de avance del Tercer Ejército de Patton ya avanzaban hacia el río Ruhr. Pasó su tiempo en el escalón de retaguardia, sin ver el combate real, pero sus ojos se acostumbraron a las impresiones creadas por el combate y las secuelas de la batalla. Pasó a formar parte del ejército de ocupación.

Una visión en tiempos de guerra acabaría persiguiendo su memoria. Poco antes de su reasignación a los Estados Unidos, se tomó un permiso y viajó a Suiza. La diferencia entre esa nación, que se había librado de los daños de la guerra, y el resto de Europa era sorprendente. También había algo en la forma de ser de los suizos, su sentido del orden, su protección y su obstinada independencia. Miró las hileras de jardines de montaña escrupulosamente cuidados, las casas de madera tallada y pan de jengibre y vio la paz. A lo largo de los años, se le quedó grabada en la mente la fantasía de un mundo pintoresco y protegido, alejado de la violencia, la delincuencia y los disturbios. Albergaba el sueño de volver a vivir allí.

Después de la guerra, Carter entró en un nomadismo académico que le llevó a la Universidad de Michigan, la Universidad McGill de Montreal, la Universidad de Yale en New Haven y otros lugares. Siguió estudiando antropología y arqueología, pero descubrió que dedicaba más tiempo a actividades orientadas a la psicología.

Pasó años en Etiopía, enseñando disciplinas que iban desde las matemáticas hasta los estudios sociales en una academia de lengua

inglesa. Viajó por África, inquieto por su carrera y su futuro, y recordaría más tarde el calor abrasador del Golfo de Omán mientras miraba desde la cubierta de un pequeño vapor en ruta hacia Adén y contaba las aletas de los tiburones que seguían pacientemente la estela del barco.

También pasó tiempo en una excavación arqueológica en Asia Menor, en Irán. Más tarde se convertiría en una de las historias favoritas; la expedición a la que estaba adscrito fue financiada, al menos parcialmente, por la Agencia Central de Inteligencia, un hecho que la mayoría de los miembros del grupo desconocían. Especialmente Carter. La agencia trató de interrogar a los miembros después. El interrogatorio de Carter fue impresionantemente breve. No sabía que se suponía que estaba buscando los tipos de cosas que interesan a los recolectores de inteligencia y, en consecuencia, no tenía mucho que aportar. Fue, según dijo más tarde, riéndose, un espía muy inepto y sin logros.

Los años de Carter pasaron rápidamente, siguiendo las actividades académicas, buscando becas y viajando. Siguiendo la recomendación de un amigo cercano, solicitó un puesto en la Oficina de Educación Médica del *Jefferson Medical College*. En esencia, el departamento supervisaba la formación continua de los médicos egresados del colegio. Era un trabajo que se ajustaba más a su interés por la psicología; un día Carter se reiría y se jactaría de que nunca se había visto obligado a aceptar un trabajo para el que realmente se había formado. Decidió cambiar de disciplina, dejar la antropología y hacer un doctorado en psicología de la educación. Esa renovación académica estaba muy avanzada cuando decidió ir a Michigan en la Semana Santa de 1961, para visitar a su familia.

Al subir al avión para regresar a Filadelfia después de las vacaciones, se vio a sí mismo como un hombre entrado en años, rodeado de libros, papeles y estudios, un ermitaño académico, solo salvo por las ideas que brotaban de su imaginación.

2. *Betty*

Elizabeth Mosca nació en marzo de 1928 en Filadelfia. Ella y su hermana gemela, Rita, eran las más jóvenes de una familia numerosa. Había cinco hermanos mayores.

Su padre había llegado a Estados Unidos más de una década antes, siendo un adolescente, sin dinero, sin idioma y sin profesión, pero con el sueño del inmigrante y las ganas, el ingenio y el entusiasmo de hacerlos funcionar. Emigró solo desde la pequeña ciudad de Abruzzi, al norte de Roma; sus dos hermanos mayores ya estaban en Filadelfia, trabajando como canteros, parte de la afluencia de inmigrantes que trabajaban en los oficios de la construcción en aquellos años. El padre de Betty se inclinó por esa profesión, pero en realidad era un comerciante de corazón, y tener su propio negocio era el núcleo de su sueño.

La madre de Betty, en cambio, era hija de una familia establecida y próspera del norte de Filadelfia, de clase media y propietaria de una tienda de comestibles.

Su madre y su padre se conocieron cuando él hacía entregas en la tienda. Su noviazgo era el material de *Norman Rockwell America*. Su padre venía de visita y pasaba la mayor parte del tiempo intentando convencer a los padres de la madre de Betty de su valía, mientras la madre de Betty, debidamente acompañada, escuchaba en silencio, atentamente, una parte olvidada del ritual. La joven pareja salía a pasear en el coche de la familia los fines de semana por la tarde, el padre de Betty delante, la madre de Betty detrás, un acompañante junto a cada uno.

Cuando tuvieron la oportunidad de enamorarse fue un misterio, recordaba Betty, riendo. Sin embargo, lo hicieron. A la antigua usanza, el padre de Betty pidió permiso para casarse con su madre en 1915, lo obtuvo de su suegro y la pareja se casó ese mismo año. Formaron una familia y se hicieron cargo del negocio de comestibles.

La tienda de comestibles estaba en la planta baja, con estrechos pasillos de alimentos apilados en un lugar pequeño. Betty y su familia vivían en un apartamento en los pisos superiores. La tienda estaba en la avenida Glenwood de Filadelfia, que entonces era un barrio políglota, con mezcla de negros, italianos, irlandeses y alemanes, una zona de familias de bajos ingresos en casas adosadas de ladrillo. La tienda de comestibles era una parte integral del barrio, un lugar de familiaridad y amistad. Sus padres conocían a la mayoría de sus clientes por su nombre. De niña, Betty ayudaba en los pasillos a buscar artículos para los compradores. Todos los niños ayudaban; no les parecía mucho trabajo.

Betty se ha convertido en una mujer pequeña y elegante, de rostro abierto y sonrisa rápida, con una elegante robustez y el pelo corto, alejado de la cara. Es directa y franca, pero al mismo tiempo maneja una especie de deferencia, un sentido del humor que se autoconcede. Su risa es vibrante y contagiosa. Es una mujer entusiasta, contagiosa, simpática, extrovertida, educada, complaciente, siempre la primera en preguntar si su huésped está cómodo y feliz.

Cuando hablaba de su propia historia, la interrumpía frecuentemente con risas. Los recuerdos eran ricos, palpablemente agradables. Incluso cuando hablaba de las dificultades y las frustraciones, lo hacía sin remordimientos; veía todos los elementos de su historia como parte del todo, de la composición de su vida. No habría cambiado ninguna parte de su crecimiento.

Pensaba en su hogar como algo protegido, dominado por la fuerza de su madre y su padre. Los elementos tradicionales estaban ahí: La madre dirigía el hogar; el padre, el negocio, aunque su madre también controlaba los libros. Veía a sus padres como socios, comprometidos en la doble tarea de los negocios y la crianza de la familia. Eran una familia unida, católica, practicante y trabajadora. Había mucho amor en el hogar.

Tuvo una infancia ordenada y feliz, llena de algunos privilegios y algo de buena suerte. Sus hermanos mayores se casaron y formaron sus propias familias, mientras que ella y su gemelo se quedaron en casa. Fue a la *Little Flower Catholic High School* y, tras graduarse, comenzó a asistir a la *Wharton School of Business* de la Universidad de Pensilvania. Asistía sobre todo a clases nocturnas y trabajaba en la tienda durante el día, aunque no lo consideraba realmente un trabajo. También tenía dudas sobre la escuela de negocios, ya que no sabía realmente lo que quería ser.

Con Bobby sentado en el sofá a su lado, le contó una anécdota, introduciéndola con un codazo en sus costillas y las palabras "A Bobby le encanta esta historia". Una vez, cuando era una niña pequeña en la escuela primaria, estaba en la fila con sus compañeros de clase. Por alguna razón, la profesora empezó a preguntar a los niños qué querían ser de mayores. Betty recordaba una sensación de aprensión cuando la maestra se acercó a ella. "Cuando llegó mi turno, me puse a llorar. No podía decírselo. No lo sabía. Dije que quería ser una niña. Y me dijeron

que no podías ser una niña pequeña todo el tiempo. Y yo dije: 'Bueno, supongo que entonces seré una mami'". Su voz se llenó de risas al -recordar el sueño de la niña de ser siempre una niña.

Se consideraba protegida en muchos aspectos de la ira, la tragedia y las dificultades. Sus padres mantenían las "cosas malas" lejos de ella. En el hogar de los Mosca no se hablaba abiertamente de los problemas, ni de los malos momentos y las luchas.

Llegó a ver a su madre como alguien que "todo lo da", el tipo de mujer que cedería una posesión a otra si simplemente pensara que la otra la deseaba de verdad. La entregaba sin pensarlo dos veces. También veía a su madre como la fuerza silenciosa de la familia. Si a su padre se le llamaba jefe, en realidad era sólo una conveniente farsa. Su madre controlaba las operaciones de la familia. Su padre se apoyaba en última instancia en su mujer.

Adquirió de su madre una especie de fuerza interior, una capacidad de absorber, de seguir adelante, de hacerse cargo con sutileza. Pero su propia infancia fue una época de felicidad. No necesitaría emplear esas cualidades durante años.

"Nunca me había pasado nada realmente malo", dijo. "Hasta Arnold. Bueno -dudó-, cuando murió mi madre".

La muerte de la madre de Betty al final de su adolescencia fue la primera dificultad emocional real a la que se enfrentó. Fue una muerte rápida, un ataque al corazón, que terminó sin ningún dolor persistente. El recuerdo hace que Betty se detenga, respire profundamente y continúe lentamente. Como sólo ha conocido unos pocos momentos terribles, los siente con mayor intensidad. Es una mujer que no teme a sus emociones, pero al mismo tiempo las quiere en perspectiva.

"Y eso fue difícil de soportar cuando murió mi madre. Tenía sesenta y dos años, así que no era muy vieja. Y fue inesperado. Y fue duro. Pero podía decirme a mí misma, y podía confiar en el hecho, que ella vivió una buena vida. Y ella hizo casi todo lo que quería hacer. Y en el momento en que murió, pensé: Bueno, ella está realmente mejor. Ella habría ido cuesta abajo, ya ves. Acababan de jubilarse y ella no estaba activa por primera vez en muchos años, y eso no le gustaba. Había estado activa tantos años, tan viva, y la jubilación no le sentó bien. Pero era difícil de aceptar, aun así".

Si hubo una tragedia en ese acontecimiento tan difícil, tan ordinario, fue el efecto que la muerte de la madre de Betty tuvo en su padre. Sufrió mucho con la ausencia de su esposa: demasiados años juntos; demasiados días, horas e instantes compartidos. Sus horas diurnas y nocturnas se mezclaban, llenas de una irreprimible soledad. Su depresión se vio agravada por su diabetes, que lo convertía en un semi-inválido, postrado en cama la mayor parte del tiempo y dependiente de inyecciones de insulina. La familia podía permitirse una enfermera, que pasaba los días con el anciano, pero era Betty, por entonces el único miembro soltero de la familia, quien lo cuidaba por la noche y compartía la casa con él.

Se dio cuenta entonces de que se quedaría solo sin ella, y llegó a la conclusión de que le correspondía cuidar de él. Aunque continuó con algunas de sus clases, cada vez dedicó más tiempo a facilitar la transición del anciano por las etapas degenerativas de la enfermedad hacia la muerte inevitable. Al final, los estudios se evaporaron bajo las exigencias de cuidar a su padre. Era un papel del que no se quejaba, sino que se lo tomaba a pecho, que sentía que debía, una deuda por la felicidad de su propia infancia. Si lamentaba la pérdida de su propio futuro en favor del anciano, no lo dejaba traslucir.

3. *Carter y Betty*

Betty se había resistido a alejarse de su padre inválido, pero su gemela había insistido y finalmente aceptó volar a Detroit en la Semana Santa de 1961. Hacía tiempo que no veía a Rita; como todas las gemelas, habían estado muy unidas durante su infancia. Después de su matrimonio, la hermana de Betty se había trasladado al Medio Oeste, y la separación era dolorosa para ambas. Voló, pasó unos días agradables y luego se embarcó en un vuelo de *United Airlines* de regreso a Filadelfia.

Carter iba en el mismo vuelo. Estaba en la fila de delante de Betty, pero había algunos asientos vacíos, así que pudo conversar con ella y con las personas que estaban a su lado durante todo el vuelo. La mayor parte de la conversación fue con sus compañeros de asiento, pero Betty sabía que él la estaba observando realmente. Se reunió con ella al final de la rampa de la aerolínea tras el aterrizaje en Filadelfia. La acompañó a

la zona de recogida de equipajes, donde le preguntó si podría llamarla alguna vez. Sin animarse, Betty respondió crípticamente: "Estoy en la guía telefónica".

Carter, imperturbable, llamó al día siguiente.

Se casaron en diciembre de 1962.

Se convirtió en una broma familiar, sobre todo después de que los niños dejaran de ser niños. Carter anunciaba que él y Betty estaban "unidos en el *United*".

4. *Los chicos*

Arnold nació el 7 de abril de 1965; su hermano, Robert, aproximadamente un año y medio después. Para Carter y Betty, el nacimiento de Arnold fue la manifestación de la más extraordinaria buena suerte, el tipo de destino que cambia vidas. Allí estaban los dos, dedicados a sus propias actividades y soledades, cuando de repente se conocieron y sus vidas, que parecían estar en una sola dirección, cambiaron abrupta y maravillosamente.

Arnold era el símbolo de ese cambio, de su repentina alegría.

En cuanto a la apariencia, favorecía a su madre. Era moreno, con la franqueza de ella. En cuanto al temperamento, parecía una mezcla de los dos padres. Tenía la inquisición y la curiosidad de Carter y la cortesía y el sentido de la decencia de Betty.

Desde el principio, Bobby idolatraba a su hermano mayor. Los chicos crecieron rápidamente, inseparables, pero muy diferentes. El aspecto de Bobby era más parecido al de su padre. Era rubio y de huesos grandes, mientras que Arnold era más compacto. Mientras que Arnold era enérgicamente extrovertido, locuaz, un torbellino de actividad constantemente ávido de nuevos conocimientos, experiencias y aprendizaje, Bobby era más reflexivo e intenso. Podía concentrar su atención en un tema durante mucho más tiempo que otros niños, absorber más y comprender más. Ambos tenían un intelecto ágil y eran los mejores de sus clases. Cada uno, a su manera, formaba un gran orgullo para sus padres, que los consideraban más que una bendición.

Después de que Carter y Betty se casaran, planeaban mudarse a la zona de la costa de Nueva Jersey, donde a Carter le habían ofrecido un puesto de profesor en una escuela para niños superdotados. Se habían comprometido a traer al padre de Betty con ellos. Pero éste murió, con demasiada pena al coincidir el fallecimiento de su propia esposa con su diabetes. Carter y Betty cambiaron rápidamente de rumbo.

Carter volvió a obtener su puesto a tiempo completo en la Oficina de Educación Médica del *Jefferson Medical College* y continuó trabajando en su doctorado. Encontraron una casa en el área de *Center City* de Filadelfia, donde Betty estableció un hogar y se dedicó a la tarea de ser madre de los dos bebés.

En una de las representaciones académicas de Carter había caído bajo la benigna influencia del filósofo Warren McCulloch. Éste le había enseñado a Carter sobre la dinastía china medieval Sung. Durante ese período, los chinos habían desarrollado un método de crianza que Carter y Betty adaptaron a su vida en el centro de la ciudad. En esencia, sostenía que hasta la edad de cuatro años el niño debía ser tratado básicamente con total libertad. Había que hacer pocos esfuerzos estrictos de disciplina. La idea era crear un sentido de autoconfianza en los niños. No se les permitía llorar y eran libres de hacer casi cualquier cosa, dentro de una lógica evidente. Luego, a los cuatro años, cuando el niño había aprendido a confiar en sí mismo, se podían establecer las reglas rígidas que se quisieran.

Ese fue el enfoque que siguieron Carter y Betty, aunque dentro de los límites que cada niño creó. Ambos niños florecieron con el sistema; aprender era tanto una aventura como un juego. Arnold y Bobby crecieron tanto emocional como intelectualmente.

5. *Recuerdos*

Betty lo recuerda:

Cuando Arnold era un niño de cuatro o cinco años, decidió que era capaz de ir a la tienda a por una botella de leche él solo. Los dos hablaron de ello, de esa forma única que tienen madre e hijo. Él era todo seriedad.

"Mamá, puedo ir a la tienda solo. Ya soy lo suficientemente grande".

"Arnold, ¿estás seguro? No has hecho eso antes; siempre hemos ido juntos. Y tendrás que cruzar la calle tú solo. No estaré allí para tomarte de la mano".

"No, mamá, puedo hacerlo. Sé mirar a ambos lados y esperar a que la luz verde se convierta en roja. Puedo hacerlo".

"Bueno, está bien, Arnold. Si tu padre lo aprueba, puedes ir a la tienda mañana solo". Esa noche los dos padres hablaron sobre el viaje. Era un viaje de sólo una cuadra y media o dos cuadras. La gente de la tienda conocía a Arnold. Sólo quedaba el problema de cruzar la calle, y él tenía muchas ganas de hacerlo; cuando Carter había llegado a casa del trabajo, habían sido las primeras palabras de Arnold mientras corría a los brazos de su padre, un instante antes que su hermano menor. Cuando lo habían acostado esa noche, había tenido una emoción navideña. Betty había visto el rostro del niño iluminarse de orgullo cuando Carter había aceptado el plan.

Por la mañana, Arnold anunció: "Mamá, ya estoy listo". Parte de la excitación desapareció de su voz, sustituida por una solemnidad más adecuada a la visión que el niño tenía de la seriedad del acontecimiento.

Betty preguntó: "¿Estás seguro, Arnold? No tienes que irte. Puedes ir dentro de un mes más o menos si quieres esperar". El niño hizo una pausa, considerándolo.

"No. No, gracias, mamá. Ya estoy listo". Así que Betty le entregó las pocas monedas para una botella de leche y acompañó a Arnold hasta la puerta. Bajó unos cuantos escalones, se giró y saludó. Luego, con paso seguro y decidido, se dirigió a la tienda. Betty, impregnada de la mezcla de alegría y miedo de una madre, le dio a Arnold unos segundos de ventaja para que bajara la calle; luego, tal como había hablado con Carter, lo siguió, manteniendo a Arnold a la vista, pero manteniéndose oculto de él. No fue difícil. Avanzaba con confianza, con el dinero en la mano, con los ojos fijos en la esquina de la calle con su imponente semáforo, su mayor obstáculo, y el "santuario" de la tienda más allá. Betty lo vio dudar en el borde de la acera, observando la luz de la calle, y su corazón se estrujó. Arnold vio que el semáforo cambiaba, miró primero hacia un lado y luego hacia el otro, midiendo el tráfico. No había ninguno. Cruzó la calle con rapidez y decisión y se dirigió a la tienda.

Betty la siguió, mirando cuidadosamente a través de la ventana a Arnold, que se dirigió deliberadamente al mostrador de la leche, tomó una botella y se acercó a la caja. Pagó y salió. Betty se apresuró a bajar a la calle para que Arnold no la viera y volvió a entrar en la casa momentos antes de que él bajara a grandes zancadas por la acera. Puso cara de no saber nada mientras él entraba por la puerta. Lo vio dejar el cambio en la mesa y colocar la leche en el refrigerador. Luego se volvió hacia ella. "Lo hice, mamá, ves, lo hice". Y con un salto y un brinco, se lanzó a sus brazos, donde no pudo ver las lágrimas de felicidad que bordeaban sus ojos.

Carter lo recuerda:

Arnold tenía una dulzura que se mezclaba con la cortesía. No era un niño agresivo, nunca se había peleado, pero al mismo tiempo tenía una insistente curiosidad. Una vez vino de visita un amigo de la familia, un psicólogo. Para divertirse, se llevó a Arnold aparte y le mostró un rompecabezas de los Estados Unidos. Entonces le describió lo que se llama el problema de los cuatro colores. El problema se refiere al número de fronteras que cada estado de la Unión puede tener que toquen a un estado de distinto color. Es una famosa paradoja matemática. El amigo pensó que dejaría perplejo al niño en pocos minutos, pero Arnold prestó mucha atención a todas las explicaciones, probó distintas combinaciones y buscó diferentes soluciones. Una y otra vez proporcionó al amigo de la familia respuestas correctas a las preguntas matemáticas.

Finalmente, devolvió el rompecabezas al psicólogo. Con una sonrisa, el amigo miró a Carter. "Que me aspen", dijo. Y añadió: "Nunca he visto a un niño tan joven lograr una hazaña así".

Arnold tenía cuatro años.

Una vez otro amigo estaba de visita y en la mesa contó un chiste malo. No un chiste feo, sino un chiste sin gracia. Hubo un segundo de silencio incómodo; luego Arnold llenó el silencio con una risa cortés y amistosa. Más tarde, Carter y Betty casi se ahogaron con su propia risa, pensando en el sentido del decoro y los modales que Arnold había mostrado. Él había dicho después que no quería que el invitado pensara que su broma no tenía gracia.

No pasó mucho tiempo hasta que Arnold comenzó a tomar el tren solo.

Los Zelezniks empezaban a sentirse limitados por la vida en el área de *Center City*. Realmente no había espacio para que los chicos jugaran y corrieran; ambos eran excepcionalmente enérgicos, y las compactas calles de la ciudad y el tráfico limitaban sus horizontes. Además, los Zelezniks estaban preocupados por el creciente índice de criminalidad en el centro de Filadelfia. Empezaron a considerar la posibilidad de trasladarse a los suburbios, y como parte de ese plan, Arnold fue inscrito en la escuela New Horizons Montessori de Fort Washington, justo a las afueras de los límites de la ciudad de Filadelfia. Todos los días, Carter acompañaba a Arnold la media docena de manzanas hasta la estación de tren cercana y lo acompañaba hasta la línea. Un profesor de la escuela se ofrecía a recibir a Arnold en la parada de Fort Washington. Carter viajó en el tren con Arnold unas cuantas veces, para asegurarse de que conocía el lugar adecuado para bajarse; luego Arnold empezó a viajar solo.

Carter se había puesto en contacto con los funcionarios de la ciudad encargados de la línea para ver si podía organizar alguna escolta especial, pero había sido rechazado. Sin inmutarse, habló con algunos de los conductores de la línea y les preguntó si podían ayudar a vigilar a Arnold. Los hombres estaban encantados. No pasó mucho tiempo antes de que Arnold conociera a todos los revisores; le dejaban caminar por el pasillo del tren con ellos, permitiéndole llamar a las estaciones cuando el tren se acercaba. Su aguda voz de niño se elevaba con los nombres de las paradas -Filadelfia, Germantown, Fort Washington- en su mejor imitación de los revisores. Y, saludando con la mano, se marchaba. Le encantaba el tren.

Una tarde, después de que Carter se dirigiera a la estación para reunirse con Arnold tras su jornada escolar, el niño bajó del tren, riendo. Varios de los revisores colgaban de los pasillos, observando y sonriendo. Arnold corrió por el andén hacia su padre, agitando su premio en la mano: Los hombres le habían regalado su propia gorra de revisor azul oscuro. A partir de entonces, la llevaba todos los días.

Betty lo recuerda:

Hacía calor, era verano, y la familia había ido a la costa de Nueva Jersey para ir a nadar. En la primera playa a la que fue la familia había un cartel que decía: Prohibido jugar a la pelota. No hay flotadores. Los

niños pudieron ver que otros niños estaban jugando en las olas con flotadores. Arnold señaló y dijo: "Pero si están usando flotadores ahí fuera". Vio al socorrista y se acercó al hombre y le preguntó si los flotadores estaban permitidos. El socorrista se ofreció a alquilarle a Arnold un flotador a pesar del cartel. El niño volvió con sus padres, negando con la cabeza. "No lo entiendo. El cartel dice que no hay flotadores", dijo Arnold, "pero el socorrista los alquila. ¿Quién tiene razón?"

Betty dijo: "Bueno, Arnold, no puedes usar el flotador porque el cartel dice que no lo hagas, aunque los demás lo estén usando. Se equivocan y el socorrista se equivoca". La familia subió entonces a su coche y se dirigió a *Ocean City*, que permitía los flotadores en la playa y en el oleaje. Sin embargo, a Arnold le había molestado la discrepancia, y Betty le había llevado aparte y le había explicado que a veces era difícil seguir las reglas, pero que debían obedecer la ley incluso si eso significaba ir en contra de sus propios deseos.

Carter lo recuerda:

En 1972 Carter llevó a Arnold, que sólo tenía siete años, al centro de la ciudad a uno de los grandes mítines políticos en un gran hotel. Arnold estaba entusiasmado y curioso, y se agarró a la mano de su padre mientras caminaban entre la multitud que llevaba y agitaba pancartas. Padre e hijo se vieron desplazados a un lado, junto a una escalera trasera, cuando de repente se vieron envueltos en la presión del séquito de asesores y personal del Servicio Secreto que rodeaba al vicepresidente Hubert Humphrey. El flujo de gente empujó a Carter y Arnold hasta la pared, pero no antes de que el vicepresidente los viera. Humphrey se detuvo, se acercó a Arnold y se inclinó para estrecharle la mano. Arnold tomó la mano del político con entusiasmo y luego le miró directamente a los ojos.

"¿Cómo estás, hijo?", dijo Humphrey.

"Sr. Humphrey", dijo Arnold, con su vocecita de niño, "si llega a ser presidente, ¿pondrá fin a la guerra de Vietnam?".

Era la pregunta de un niño, sencilla, directa y sin adornos de toda la tragedia y el trauma que acompañaban a la pregunta. Humphrey hizo una pausa, mirando profundamente a los ojos de Arnold. Tras ese segundo de vacilación, sin rencor, pero con una voz de viejo afecto, respondió:

"Sí, lo haré, hijo. Sólo por ti". Volvieron a estrecharse las manos, con entusiasmo, y con un pequeño saludo, el vicepresidente siguió adelante.

Carter y Betty decidieron finalmente que la vida en el área de Center City era demasiado peligrosa; fue una ironía devastadora, más tarde, cuando pensarían que se habían mudado a Fort Washington para escapar de los peligros de la delincuencia violenta.

Alquilaron una casa enorme y desordenada en la avenida Fort Washington. Se llenó rápidamente de juguetes, juegos, guantes de béisbol, pelotas, raquetas, piedras, libros, ropa desparramada, amigos, voces fuertes y felicidad. Carter se desplazaba diariamente al *Jefferson Medical College*; Arnold y Bobby, al *New Horizons Montessori School*. Betty intentaba mantener un cierto sentido de la organización en sus vidas. Era difícil.

A Arnold le encantaba el béisbol y seguía religiosamente a los Phillies. Jugaba de campocorto o *shortstop* en su equipo de la liga infantil. Decía que quería convertirse en jugador de béisbol de mayor. Era lo único de lo que hablaba algunos días.

Fue una época casi idílica. Los chicos crecieron. Bobby era más tranquilo que Arnold, pero seguía los pasos de su hermano mayor; Arnold no paraba de actuar, como si estuviera obligado a aprovechar cada momento de su joven vida por todo lo que valía.

El viaje a Costa Rica surgió de repente. Los Zelezniks fueron invitados sólo unas semanas antes de que tuvieran que partir. Carter y Betty lo hablaron brevemente; sería una oportunidad para que los chicos vieran toda una nueva cultura. El año anterior, la familia había viajado a Europa, donde Carter los había llevado por Suiza. Durante ese viaje, habían elegido un pequeño terreno en una ladera, y mientras los chicos habían corrido por los campos de la montaña, Carter y Betty se habían sentado en la hierba fantaseando con la casa imaginaria que construirían. El porche aquí, con vistas al lago. El jardín al lado, donde capturaría el sol. Un pequeño estudio para Betty, a quien le gustaba pintar, con orientación norte. Un estudio para Carter, forrado con sus libros.

Sin embargo, Costa Rica sería diferente. Se acercaba el invierno y faltaban unas semanas para la Navidad. Los chicos estaban entusiasmados; querían ir. Betty se sintió poco preparada; la oferta, los preparativos y la decisión llegaron demasiado rápido. Se sintió apurada,

pero aceptó con resignación, dejándose llevar por el entusiasmo de los chicos.

Decidieron no volar a Miami, sino tomar el tren. Fue en parte una concesión a la afición de Arnold por los trenes. Estaba encantado, corriendo por la estación de Thirtieth Street en Filadelfia, apenas contenida. Caía una espesa nevada y todos los horarios de Amtrak estaban desajustados. El tren de Florida, el Silver Meteor, se retrasó, pero Carter se dio cuenta de que podían tomar otro tren a Washington, D.C., y hacer varias horas de turismo antes de que el tren de Florida los alcanzara. Era el tipo de decisión espontánea que a Carter le encantaba, algo que los pusiera a todos en movimiento, algo emocionante para los chicos que les hiciera saber que las vacaciones habían empezado de verdad.

En Washington, Carter preguntó a un portero qué lugares de interés podían ver cerca de *Union Station* antes de que llegara su tren de conexión. Les indicó el lugar del Capitolio y el Tribunal Supremo. La nieve seguía cayendo, pero con mucha menos fuerza que en Filadelfia. La familia se dirigió a duras penas al Tribunal Supremo, que estaba a pocas manzanas de distancia.

Fuera del edificio hay una gran escalera de piedra que se extiende hacia arriba, blanca e imponente. Betty la contempló desde la calle, sintiéndose empequeñecida por las enormes columnas de mármol blanco que se alzaban contra el cielo nublado y la imponente arquitectura de la WPA. Observó cómo Carter subía las escaleras hacia la entrada, de la mano de Bobby. Arnold, como siempre, se había adelantado. Por un segundo quedó enmarcado en la entrada, bajo las palabras grabadas en la fachada del enorme edificio: "Igualdad de justicia bajo la ley".

Por un momento, Betty sintió un extraño mareo, una aprensión, y se sombreó los ojos, estabilizándose mientras miraba a Carter, Bobby y Arnold. Luego, sacudiéndose la sensación, siguió a los tres por las escaleras y entró en el edificio, preocupándose más por tomar el tren para no perder sus conexiones en Miami.

CAPÍTULO 3

Cincuenta y cinco grados

1. La vuelta a casa

Pasaron semanas antes de que subieran el termostato.

Cuando los Zelezniks habían salido de su casa en Fort Washington en la oscuridad de la madrugada del día 19 para tomar el tren, había nevado y la temperatura había bajado hasta los treinta grados. A pesar de su necesidad de apresurarse y de la impaciencia de los dos chicos por seguir con las vacaciones, Carter se había tomado el tiempo de recorrer la vieja casa y bajar todos los termostatos a cincuenta y cinco grados. No tiene sentido, había dicho Carter a la familia, calentar una casa cuando no hay nadie. Y cuando los tres supervivientes del viaje a Miami regresaron a casa tan precipitadamente en la oscuridad vespertina del día veintiuno, no parecía necesario introducir calor en la casa; no tenían ningún deseo de devolver el termostato a un nivel confortable. En su lugar, Carter, Betty y Bobby se sentaron acurrucados en el sofá del salón de la fría y oscura casa, mirando fijamente las cenizas de un fuego sin encender en la chimenea. No se molestaron en poner una cerilla a la madera. Betty explicó más tarde que no habían notado realmente la temperatura; el frío en su interior era tan profundo que la escarcha en el aire que apenas les afectaba.

A bordo del enorme Lockheed 1011, Bobby dijo: "Arnold siempre había querido volar en un jet. Ahora nunca tendrá la oportunidad". No dijo mucho más, sino que miró por la ventana mientras las luces de Filadelfia se hacían más brillantes a medida que el avión se acercaba al aterrizaje. Cuando los Zelezniks llegaron al aeropuerto internacional de Filadelfia, les recibieron dos de sus mejores amigos, un psiquiatra y un

abogado, y la hermana gemela de Betty, Rita. Delta se encargó de acompañarlas desde el avión; no habían llevado sus abrigos de invierno en el viaje a Costa Rica, y estaba casi helado cuando el avión aterrizó, por lo que el representante de Delta les dijo que guardaran las mantas que habían recibido en el avión.

Carter, Betty y Bobby salieron del avión, llevando las mantas como si fueran túnicas; parecían mortalmente afectados, con el rostro ceniciento, desconcertados por la profundidad del suceso, como refugiados de algún horror indecible, que era precisamente lo que era. Los acompañaron a través del aire frío hasta la terminal, pasando por un banco de luces de cámaras de televisión y una multitud de reporteros y fotógrafos de periódicos.

Recordaron las luces, como si el brillo hubiera iluminado su tragedia.

Betty, Bobby y Carter no pudieron recordar, más tarde, si dijeron algo a alguno de los periodistas.

Sin embargo, Bobby, agarrando las manos de su madre y su padre, dijo: “Debemos ser valientes”. “Arnold querría que fuéramos valientes". Sus padres pensaron que tenía razón, por supuesto, pero sus palabras, una valoración tan precisa de lo que Arnold habría querido exactamente, les heló más el corazón. Betty volvió a preguntarse de dónde sacarían las fuerzas para continuar; cada instante que pasaba parecía más duro que antes. No se habló en el coche mientras se acomodaban en silencio para el viaje de vuelta a la casa de Fort Washington.

La hermana gemela de Betty había llegado desde Detroit para quedarse con la familia. Unos días después del regreso de Miami, Rita tomó una fotografía de Carter, Betty y Bobby en el gran patio junto a la vieja casa. Los tres están girados, mirando a la cámara. Bobby está sentado en una pequeña bicicleta entre sus padres. Carter está a la derecha, agachado, sujetando el manubrio. Betty está a la izquierda, justo detrás de Bobby. Los tres van vestidos con camisetas naranjas idénticas con el logotipo de la escuela New Horizons Montessori impreso en la parte delantera. Cada uno, en lo alto del brazo izquierdo, lleva un brazalete negro. El obturador de la cámara captó sus rostros, arrugados y tensos por el esfuerzo de sonreír, el esfuerzo de enmascarar la inmutable pena que llevan dentro; jugando en el patio sin alegría.

* * *

Hubo dos servicios para Arnold. El primero fue público, y mucha gente se agolpó en la funeraria *Urban de Bethlehem Pike*. Fue dos días antes de Navidad. Los profesores de Arnold de la escuela primaria, con los ojos enrojecidos por las lágrimas, estaban allí, y los compañeros de clase de Arnold, con un aspecto ligeramente incómodo en sus trajes y vestidos pulcramente planchados, con los rostros marcados por la confusión de la percepción de la muerte de un niño, con las manos fuertemente agarradas a las de sus propios padres. Llegaron los vecinos. Los compañeros de trabajo de Carter del *Jefferson Medical College*. La familia de Betty.

Arnold yacía en el pequeño ataúd, vestido con su uniforme de los *Philadelphia Phillies.*

El segundo servicio, el día veintiocho, ocho días después del asesinato, fue sólo para Carter, Betty y Bobby. Por la mañana, los tres se dirigieron a la iglesia de San Alfonso en Ambler, donde el padre Thomas Kelly ofició una misa de réquiem de los ángeles. Carter, Betty y Bobby se sentaron, con la cabeza inclinada, en el primer banco. Permanecieron en silencio mientras las selecciones de la Quinta Sinfonía de Beethoven los inundaban. Luego, la música se hinchó dentro de ellos, los resurgentes acordes de la Sexta de Beethoven, la *Pastoral,* llenaron el solemne aire de la iglesia.

"Bienaventurados los niños pequeños", dijo el Padre Kelly, "porque ellos entrarán en el reino de los cielos".

Uno de los sentimientos más duros y horribles era que habían dejado atrás a Arnold. De repente se sintieron tan incompletos.

Su dolor tenía aspectos públicos y privados. No se esforzaron mucho por ocultar el desastre que se había apoderado de sus vidas.

Al principio, como forma parte del ritual de la muerte, se vieron inundados de amigos, familiares, simpatizantes y vecinos. La gente llenó la casa de Fort Washington, trayendo comida, bebida y consuelo, si es que se podía dispensar. Betty dijo más tarde que parecía que el timbre sonaba constantemente, que la puerta se abría a otra tarta de queso o a una ensalada o a un asado al horno, como si al comer fueran a aliviar de algún modo su pena. Betty tenía sentimientos encontrados respecto a los invitados que llenaban la casa. Había una parte de ella que reconocía la honestidad y la sentida necesidad de sus amigos de ayudarles, pero se equilibraba con una ira interior que resentía la intrusión. A veces le

daban ganas de gritar a los que pasaban por allí: ¡Dejadnos en paz! ¡No intentéis consolarnos! ¡Dejad de intentar hacernos sentir mejor cuando no queremos!

Le molestaba sentirse obligada con los invitados. La mayoría de las veces, las personas que la visitaban lloraban tan amargamente y sin control por la pérdida de Arnold que le tocaba a Betty consolarlas. Ella recogía sus propias lágrimas y decía: "Está bien, no te preocupes", una y otra vez, pero en sus pensamientos sólo quería que la gente se fuera.

Sin embargo, reconoció que había una impaciencia egoísta en ese sentimiento, y se mordió la lengua y aceptó los regalos y las -condolencias y los abrazos y las lágrimas con gracia y agradecimiento. Mientras escuchaba a medias las palabras de consuelo que sus amigos intentaban reunir para ella, pensó: Nadie puede entenderlo realmente. No pronunció estas palabras en voz alta, sino que las contuvo con el mismo esfuerzo visceral que empleó para intentar contener las lágrimas.

Sin embargo, le resultaba difícil luchar contra la abrumadora sensación en el fondo de su corazón de que lo único que deseaba era que cesaran el ruido y la gente, para poder quedarse a solas con su marido y el hijo que le quedaba en el interior de la oscura y fría casa, donde pudiera simplemente sentarse y dejarse absorber por la pena que la embargaba.

Hubo cientos de momentos perdidos en este dolor.

Betty sentía que no podía hacer nada. Las únicas tareas que podía realizar eran las esenciales. Una carga de ropa, por ejemplo. Cuando Carter se levantaba por la mañana, si no había una camisa limpia que ponerse, simplemente se ponía una sucia sin importarle. A Betty le resultaba difícil hacer incluso la limpieza, lavar los platos o cualquiera de las tareas rutinarias que estaba acostumbrada a hacer.

Ella pensaba que la familia sólo existía. Cuando llegaba la mañana, se llevaban algo de comida a la boca. Pasaban las horas. Luego sería la hora de comer. Luego sería la tarde. Luego sería la noche y la hora de comer de nuevo. Entonces llegaba la hora de acostarse y trataban de dormir, pero la oscuridad de la noche les cerraba los recuerdos y se quedaban despiertos.

Las pequeñas cosas marcan su memoria.

Hubo una mujer, la esposa de un psiquiatra de Filadelfia de gran prestigio y amiga de la familia, que se acercó. El marido había

colaborado activamente en los preparativos de la funeraria, tratando de organizar las tareas de la muerte, tratando de ser solidarios y afectuosos. Sin embargo, lo que Betty recordaba después era haber conocido a la mujer cara a cara, de vuelta a la casa y lejos de los demás simpatizantes. La mujer y su marido tenían un hijo propio, un niño pequeño de una edad parecida a la de Arnold. La mujer había empezado a hablar y de repente se volvió incómoda, tratando de decir algo. Señaló al otro lado de la sala a su marido, el psiquiatra, el hombre que lidiaba a diario con los caprichos de la tragedia y la depresión humanas, y dijo: "Si hubiera sido nuestro hijo, su hijo, lo habría matado. Allí mismo. Habría muerto en el acto. Lo sé. No podría soportarlo".

Betty no pudo responder. Por milésima vez ese día luchó contra las lágrimas en su garganta que se hinchaban como velas llenas de viento.

Pero sus ojos se posaron en Bobby, sentado tranquilamente a un lado.

Betty había considerado a menudo que Bobby era el eco de Arnold; emulaba tanto a su hermano mayor que a veces parecía que cuando Arnold pedía algo, Bobby le seguía en diez segundos con la misma exigencia. Siempre quiso hacer lo que Arnold hacía, ser lo que Arnold era. Ahora, cuando Arnold se ha ido, ¿dónde le deja eso?

Tuvo entonces su pensamiento más fuerte, la idea que la llevaría a través de los días más duros: que, si no hubiera sido por Bobby, el saber que Bobby todavía tenía su vida, su futuro, todo por delante, entonces sí, los habría matado a ellos también, tan seguramente como si el asesino les hubiera clavado su cuchillo en el cuello. Ella pensó: Él es nuestra vida ahora; se lo debemos, debemos seguir adelante por él. Aunque a veces tengamos que fingir, debemos seguir por él.

En las grietas de su imaginación, Carter también tenía la misma idea. Cuando el dolor se volvía demasiado intenso, como un dolor que agarraba los músculos de su corazón con un agarre de malla, miraba a Bobby y tragaba grandes bocanadas de aire, tragándose al mismo tiempo el deseo bilioso de dejar de vivir y sustituyéndolo por una determinación furiosa y sin trabas de seguir adelante.

Unos días después del funeral, Betty recibió una carta del profesor de la escuela primaria de Arnold, Terry Young. A su manera, era típica de las notas y cartas que llegaban a la casa; en el fondo, todas tenían el mismo dolor sin concesiones que provoca la pérdida de un hijo. Sin embargo, Betty recordaría esta carta:

Arnold Zeleznik; Arnold Zeleznik fue alumno de mi clase desde septiembre de 1971 hasta junio de 1974. Llegó a mi clase después de varios años en la Children's House of Green Montessori School en Center City, Filadelfia. Estuvo en mi clase durante los tres primeros años de la escuela primaria, y luego pasó al nivel superior del programa de primaria.

A lo largo de los tres años, Arnold aprendió con entusiasmo. Tenía un interés por todo lo que se aprendía que era contagioso y que a menudo se transmitía a otros niños menos interesados. Le encantaban las matemáticas, la historia, especialmente la americana, la biología y la geografía. Era un ávido lector.

Aprendía rápido y a menudo y pasaba rápidamente por varias piezas de aprendizaje, o bien saltaba por encima de ciertas secciones al llegar al punto final. Esto era muy cierto en matemáticas. A menudo tomaba la iniciativa. En una ocasión, vio un museo mencionado en la parte posterior de una biografía que estaba leyendo, y escribió para pedir información sobre cómo nuestra clase podría hacer una excursión a él.

Socialmente, se llevaba bien con todos los niños. Tenía amigos durante todos los años. Cuando era más joven, era más bien un seguidor social, pero en su tercer año, era definitivamente un líder. Él y su mejor amigo, Andy R., establecieron un tono de cooperación, entusiasmo, participación en el aprendizaje, en todas las actividades de la clase. Este tono positivo era lo suficientemente dominante como para que los otros chicos lo captaran y fueran más cooperativos y menos perturbadores que el año anterior.

La energía y el entusiasmo de Arnold se trasladaron al ámbito de los deportes. Le gustaban todos los juegos, pero sus favoritos parecían ser el béisbol y el hockey. Su sentido de la equidad también estaba muy presente aquí. Intentaba ayudar a los jugadores del otro equipo a jugar mejor.

Me gustaría hacer un último comentario personal sobre Arnold. Nuestra hija mayor, Danielle, tenía cuatro años cuando Arnold empezó en Nuevos Horizontes. Recuerdo muy bien cómo era amable con ella en el patio de recreo. No era una ocasión en la que yo estuviera cerca, así que no se trataba de un caso de complicidad con el profesor.

Además, durante el último año y medio que estuvo en la escuela, mi otra hija, Raquel, también estuvo en la escuela, en *Children's House*. A veces, siendo muy pequeña, venía a buscar a su mamá. Entonces necesitaba que alguien la llevara de nuevo abajo. Muy a menudo, prefería que Arnold la llevara. Parecía ser su gran amigo especial....

Cuando Betty leyó la carta, se ahogó en lágrimas, cada verdad más dolorosa que la anterior. Incluso después de que la carta se sumara a las cajas y cajones que se llenaron de recuerdos de Arnold, no olvidó las palabras que contenía.

* * *

Carter volvió al trabajo el 2 de enero. Betty y Bobby lo llevaron a la estación de tren para despedirlo y llevarlo a Center City y a la facultad de medicina. Miró a través de la ventana manchada a los dos, de pie en el andén, saludando mientras el tren salía de la estación. Su memoria se llenó con la visión de Arnold, cuando era más joven, recorriendo la misma ruta, caminando entre los vagones, con la mano del revisor en la suya, con el sombrero de revisor orgullosamente en la cabeza, diciendo los nombres de las estaciones con su voz alta, clara y emocionada de niño.

Si hizo o dijo algo durante ese día, no lo recuerda. Sin embargo, escribió una carta para sí mismo. Tenía cuatro páginas. Comenzaba con una descripción de la llegada a Miami y repasaba los acontecimientos de la tarde del día 20. Terminaba:

> ... Fue en la muerte como en la vida un niño hermoso.
>
> Desde entonces, y de alguna manera durante el resto de nuestras vidas, hemos estado llorando nuestra pérdida, la pérdida de Arnold, la pérdida del mundo.
>
> Hoy, 2 de enero de 1975, he vuelto por fin al trabajo. Al salir para el tren Bobby le dijo a su madre, que al igual que yo no es tan fuerte como él: Cuando Arnold nos dejó, nos dejó su valor. Ahora todo lo que tenemos que hacer es usarlo…

Sin embargo, la mayor parte de ese día estuvo sentado en su escritorio, dando vueltas en la silla, no inquieto sino aturdido por los sentimientos que le invadían. Un hombre que siempre se había dedicado a la búsqueda de algún conocimiento, a sondear alguna tarea que había que realizar, se encontraba de repente, precipitadamente, atrapado en un letargo desconocido. Miró los papeles y los estudios y el trabajo apilado frente a él y sólo vio los recuerdos de su hijo asesinado.

Pensó, más tarde, que una especie de locura se apoderó de él entonces.

A principios de enero, Carter tuvo que asistir a una conferencia fuera del estado. Betty y Bobby se unieron a Carter en el coche para el viaje; nadie se quedaba solo en casa. Fueron; Carter participó. Sin embargo, sus recuerdos están en blanco en cuanto a lo que se dijo o hizo. Betty no pudo recordar más tarde de qué trataba la conferencia, aunque ella y Bobby deambularon por las salas, siguiendo a Carter. Carter se sentaba

en las salas de audiencias, sin escuchar a los ponentes ni a los paneles, con los ojos puestos en los otros conferenciantes, pensando: No conocen mi dolor; no saben lo vacío que me siento.

No tenían ni idea de lo que estaba pasando con Vernal Walford. No habían tenido ningún contacto con la Fiscalía del Condado de Dade ni con la policía de Miami. Suponían simplemente que les dirían cuándo tenían que ir a Miami y que les mantendrían al tanto de todos los acontecimientos importantes. Al fin y al cabo, eso es lo que les habían asegurado.

Al mismo tiempo, se enteraron de que Walford había salido del Hospital Estatal de Northampton antes del asesinato. Unos amigos que vivían en la zona de Nueva Inglaterra les enviaron recortes de prensa del *Boston Globe* y del *Springfield Union.* Ambos periódicos habían hecho un seguimiento del asesinato con informes sobre la salida de Walford de Northampton; cada periódico descubrió que Walford había sido internado por un psiquiatra con una orden judicial de diez días de observación. Sin embargo, una vez dentro del hospital estatal, a Walford se le había permitido cambiar esa orden involuntaria por un internamiento voluntario, que por ley era de sólo setenta y dos horas. Se le había permitido firmar su salida del hospital después de menos de cuarenta y ocho horas.

Ambos periódicos informaron también de que durante su estancia en el hospital, Walford -entonces bajo el alias de Robert Miller Grant- había alucinado libremente, hecho gestos extraños, murmurado mandamientos extraños y religiosos, hablado con rabia de los hombres blancos y dicho que, como escribió Jean Caldwell en el *Globe,* "... le disgustaban las personas en este orden: los hombres no eran malos, las mujeres eran menos que los hombres y los niños no contaban para nada".

Ambos periódicos también descubrieron rápidamente que, durante su frustrada estancia en el hospital, Walford había atacado a dos de los asistentes, saltando sobre la espalda de uno de ellos e intentando estrangularlo. La rápida ayuda de otros asistentes y de otros pacientes consiguió liberar a Walford antes de que matara al hombre.

Cuando le preguntaron por qué había agredido al asistente, Walford dijo al personal del hospital que unas voces le habían dicho que matara al hombre. A continuación, le pusieron una camisa de fuerza, le inyectaron Torazina y le metieron en una celda acolchada.

Al día siguiente fue puesto en libertad.

Había firmado su salida para poder llegar a casa para la cena de Acción de Gracias, informaron los periódicos. William Goggins, el superintendente del hospital, defendió la acción y fue citado en cada periódico diciendo que la liberación había sido "apropiada" sobre la base de la información que el hospital había tenido en ese momento.

Los informes de los periódicos enfurecieron a Carter.

Todavía sumido en el dolor, empezó a rabiar. ¿Cómo pudieron dejarlo ir? se preguntó.

Había pequeñas cosas que Betty no se atrevía a cambiar. Cuando llegaba la hora de poner la mesa por la noche, cogía automáticamente cuatro cuchillos, tenedores y cucharas del cajón de la plata. La ausencia de Arnold era un vacío palpable; no podía obligarse a poner sólo tres cubiertos, así que durante meses la familia comió en la mesa con un cubierto para Arnold.

Las noches eran los momentos más duros. La oscuridad parecía llenar su imaginación, el recuerdo del crimen y el cuerpo de Arnold ganando sustancia y dimensión en la oscuridad y las sombras. Bobby ya no podía dormir en la habitación que compartía con su hermano, así que se metía en la cama entre sus padres y se quedaba dormido, con la respiración entrecortada. Carter apenas dormía, sino que permanecía despierto hasta la luz de la mañana, mirando con los ojos muy abiertos al techo, escuchando los ruidos de la oscuridad. A Betty le resultó igualmente difícil; no pudo descansar de sus recuerdos y de su dolor hasta la noche en que se escabulló de la cama, dejando atrás a Carter y a Bobby, y entró sola en el dormitorio de los chicos. Miró los juguetes, los juegos y la ropa esparcidos desordenadamente por la habitación. Cada pila, cada ángulo parecía hablar en voz alta de Arnold. Miró su cama en la esquina, recién hecha. Luego bajó las sábanas y las mantas y se metió dentro, sintiéndose por primera vez más cálida, un pequeño paso más cerca y, si no en paz, al menos temporalmente reconfortada. Y se durmió.

Betty odiaba salir de casa. Hasta los recados más sencillos la enfadaban y le parecían inapropiados e irritantes. Bobby seguía a su lado mientras Betty iba inquieta de una habitación a otra. A él no le parecían inusuales estos extraños viajes. Hablaba poco, pero no soportaba estar solo.

Hubo un día, quizá seis semanas después del asesinato, en que Betty se vio obligada a salir de compras. Recuerda lo frustrada que se sentía; necesitaba algunos artículos domésticos sencillos y tenía que ir a uno de los centros comerciales cercanos. No podía cargar a un vecino con esa tarea mundana, y aunque odiaba salir -era como dejar la casa desprotegida- sabía que tenía que hacerlo. Bobby estaba en la escuela, supervisado, vigilado, y Carter estaba en el trabajo en el centro de Filadelfia, y no le quedaba más remedio que vestirse, entrar en el coche y conducir hasta la zona comercial. Entró en la tienda a toda prisa, deseando volver a la casa. Encontró rápidamente los artículos que necesitaba y los llevó a la caja. Una mujer de mediana edad trabajaba en la caja registradora; cogió los artículos de Betty y empezó a contabilizarlos. Betty entregó su tarjeta de crédito para pagar las compras. La mujer miró la tarjeta por un instante y luego se fijó en el nombre grabado en ella. Los ojos de la vendedora se abrieron de par en par y dio un pequeño grito de reconocimiento. Levantó la vista y sus ojos se fijaron en los de Betty. Las dos mujeres se miraron durante un momento al otro lado del mostrador.

La vendedora finalmente rompió el silencio, diciendo: "Usted es la señora del niño que estaba...". Pero fue incapaz de completar su frase, y las dos, desconocidas, en pleno día, bajo las brillantes luces del centro comercial, rompieron a llorar incontroladamente.

2. *Algunas decisiones*

Era necesario reordenar sus vidas.

Carter y Betty llegaron a la misma conclusión de forma independiente; cada uno, dentro de la pena, dentro del dolor, sintiéndose física y mentalmente sacudido por el asesinato de Arnold, reconoció que la familia corría el peligro de dejar de existir. Carter se dio cuenta especialmente de que la visión del cuerpo asesinado de Arnold en la habitación 206 había estado a punto de matarlo. También se dio cuenta de que el shock del asesinato seguía acompañándolos a diario, afectando a cada movimiento, a cada idea. La familia tenía que levantarse, continuar, seguir adelante. Ni él ni Betty sabían exactamente qué significaban esas palabras, cómo se manifestaría el avance físico,

emocional y psicológico, pero estaba convencido de que tenían que hacer algo.

Al mismo tiempo, Betty miró atentamente a Bobby, que la seguía por toda la casa, persiguiendo cada uno de sus pasos. Vio el daño y el peligro. Era un miedo sin forma, algo que no era capaz de precisar, pero sabía dentro de su corazón que se quedarían congelados, paralizados para siempre por aquel horrible momento en que habían irrumpido en la habitación 206, a menos que hicieran algo. Cualquier cosa.

No hubo ningún momento intensamente dramático que marcara esta primera decisión. Betty y Carter hablaron, a la manera de cualquier pareja cercana que se ha enfrentado a una tragedia, y decidieron que debían iniciar un proceso de restauración de sus vidas. De lo contrario, pensaron, perderían a Bobby en un mundo de depresión. Betty dijo después que temía que Walford los hubiera matado a todos con ese único golpe de su cuchillo.

Así que, en medio de la tristeza y la pérdida, Carter y Betty hicieron un voto para volver, si no a la normalidad, al menos a la rutina. Volver a ser una familia.

La cuestión era cómo hacerlo.

CAPÍTULO 4

"¡Ningún hombre habla por mí!"

Fecha: 23/12/74
Hora; 8 A.M.
Silencio en la celda... mirando fijamente. No responde a las preguntas.

Hora: 9:15 A.M.
Permanece en silencio.

Hora: 10 A.M.
Visitado por el investigador de la oficina del fiscal. Poca o ninguna respuesta verbal.

Hora: 10:25 A.M.
Visitado por el Dr. Rothenberg y representantes de la oficina del fiscal. El recluso grita, grita.

Hora: 10:35 A.M.
Visitado por el Dr. Mutter. Gritando. Gritando. Muy hostil. Comenzó a hablar con un patrón de habla deliberado y en voz alta.

Hora: 10:50 A.M.
Tranquilo otra vez. El Sr. Black ha pedido que el paciente no sea medicado hasta que lo vea el Dr. Corwin esta tarde. Se referirá al Dr. Casademont para la orden de medicación.

Hora: 2 P.M.
El recluso declaró "que sólo debe obedecer al Señor" y que "matará" por el Señor.

Hora: 3 P.M.
El paciente recibió 300 mg. de torazina en un zumo de naranja que tiró por el retrete. Se consiguió que ocho agentes sujetaran al paciente y se le administró 100 mg. de torazina por vía intramuscular. El paciente luchó vigorosamente y mordió a un oficial correccional en la pierna. (El Dr. Sanders sugirió que se hicieran estudios de laboratorio cuando fuera posible para determinar la posibilidad de hepatitis). El

paciente no muestra un comportamiento ruidoso o agresivo, excepto cuando se le acerca el personal....

-Hojas de registro de la unidad médica de la cárcel del condado de Dade

1. *La defensa obvia*

Tras su detención, el interrogatorio frustrado, la extracción de muestras de sangre de debajo de las uñas y su fichaje por cargos de asesinato a última hora del día 20 y hasta la mañana del día 21, Vernal Newland - Walford fue ingresado en una celda de seguridad despojada dentro de la unidad médica anexa a la cárcel del condado de Dade, denominada pabellón D. El pabellón estaba asociado al Jackson Memorial Hospital, el gran hospital público del centro de Miami. En la mañana del día 21, antes de la rueda de reconocimiento en la que Bobby Zeleznik lo identificó con exactitud, Walford también fue sometido a una audiencia preliminar de fianza, como exige la ley de Florida. La jueza del tribunal del condado, Ruth Sutton, ordenó su detención sin fianza por los cargos de asesinato en primer grado. También se ordenó que el defensor público lo representara. Walford no hizo nada a la vista, salvo mirar fijamente hacia delante. Black y Denaro estaban allí, concibiendo ya la defensa.

Desde el momento en que se enteraron del crimen la noche anterior, supieron que la locura sería su único argumento posible. Lo habían sabido simplemente por el hecho del crimen. ¿Cómo se podría describir el acto que había ocurrido en la habitación 206 si no es llamándolo locura?

Sin embargo, un mero acto de locura y un comportamiento extraño no se traducirían en lo que Denaro llamó "un veredicto verdadero, un veredicto que dijera la verdad, exactamente lo que la palabra significa". Tendría que ser una construcción de muchos dispositivos y elementos, todos ellos amañados con la inteligencia y la obsesión de los dos buenos abogados.

El lunes siguiente al asesinato habían enviado la siguiente carta a la cárcel, a la policía y a la fiscalía:

A TODOS LOS OFICIALES DE CUMPLIMIENTO DE LA LEY *en relación con:* Vernal Walford

SEA INFORMADO que el Sr. Vernal Walford, alias Bob Grant Miller, arrestado el 20 de diciembre de 1974, y actualmente encarcelado en la Celda de Seguridad #1, Clínica Carcelaria, Cárcel del Condado de Dade, fue designado Defensor Público por el Juez Sutton el 21 de diciembre de 1974. Se informa además que el Sr. Vemal Walford ha sido diagnosticado como psicótico en los últimos tres días y que desde el momento de su arresto ha exhibido abiertamente su enfermedad mental hasta que las Autoridades de la Cárcel le administraron este día el medicamento antipsicótico torazina.

Sepa que por medio de esta carta nosotros, los abogados firmantes, le ordenamos que no hable con el Sr. Walford fuera de la presencia de uno de los abogados firmantes.

s/ Roy E. Black
Defensor público adjunto
s/ Jacob M. Denaro
Defensor público adjunto

Por supuesto, la autoridad legal de la carta para impedir cualquier otro interrogatorio era cuestionable. En particular, los abogados sabían que varios días antes del asesinato de Arnold Zeleznik, otro niño había sido secuestrado en el exterior de su casa en Coral Gables, un suburbio de Miami. Aunque no había pruebas que relacionaran a Walford con la desaparición, a Black y Denaro les preocupaba que los detectives trataran de colgarle el caso a su cliente, sólo para borrarlo de sus libros. La carta estaba diseñada para ser lo suficientemente intimidante como para que cualquier agente se lo pensara dos veces antes de intentar tomar declaración a Walford. Además, los abogados querían que Walford no confesara a nadie, excepto a ellos y a la fila de psiquiatras que se estaba reuniendo para examinarlo, el retorcido razonamiento que había detrás del asesinato. Era un secreto que querían controlar. Denaro, sobre todo, creía que la lógica detrás del asesinato, por muy loco que fuera, era la clave de la defensa.

Necesitaban saber por qué.

Necesitaban saber cómo.

Y necesitaban saber con quién y qué estaban tratando.

De la exclamación sin aliento de Jack Denaro al conocer a Walford, "¡Ese tipo está loco!", se pasó a comprender su locura. Los dos abogados iniciaron una frenética recopilación propia, acumulando hechos, impresiones e información lo más rápidamente posible. La audiencia de competencia de Walford se fijó para el 31 de enero. Su defensa tenía que ser doble y estar preparada para esa audiencia. A partir

de lo que aprendieran de Walford, de los informes psiquiátricos, construirían un argumento de locura: que no entendía lo que estaba bien y lo que estaba mal en el momento del asesinato. Al mismo tiempo, necesitaban poder demostrar que ahora estaba demasiado fuera de control para ser juzgado por el asesinato de Arnold.

2. *Black y Denaro*

A veces, cuando la gente del tribunal en el Palacio de Justicia del condado de Dade hablaba de Roy Black y Jack Denaro, lo hacía como una sola palabra, como si fueran una sola persona: "BlackanDenaro".

Los dos hombres eran una mezcla inusual de similitudes y contradicciones. Sus trayectorias eran sorprendentemente diferentes, pero la suma de sus experiencias creaba una amalgama que funcionaba con notable eficacia en un tribunal. "Juntos", dijo Roy Black más tarde, "creamos una especie de energía sinérgica". Cada uno de ellos se había incorporado a la Oficina del Defensor del Pueblo de Dade en 1971, contratado por Phillip Hubbard al salir de la Facultad de Derecho de la Universidad de Miami, antes de que éste se convirtiera en un juez de apelación muy respetado. A finales de los años sesenta y principios de los setenta, la Oficina del Defensor Público de Dade era un refugio para los iconoclastas e independientes que se graduaban en la facultad de derecho durante esos turbulentos años. Obtuvo atención nacional en 1968, cuando demandó a la policía de Miami Beach por detener ilegalmente a manifestantes en la Convención Nacional Republicana.

La oficina funcionaba en oposición a la afamada Oficina del Fiscal del Condado de Dade, dirigida por Richard Gerstein, un fiscal de amplio renombre. A veces se dice, en torno a los tribunales, que hay dos tipos de personas: las que les gusta meter a la gente en la cárcel y las que les gusta sacarla. La Oficina del Defensor del Pueblo, naturalmente, atraía a estos últimos. Black y Denaro eran los mejores de su clase. Empezaron en lo que se conoce como las fosas, encargándose de los delitos menores, y rápidamente avanzaron a las divisiones de delitos graves. Fue un paso rápido para defender a los asesinos acusados.

Cuando Arnold Zeleznik fue asesinado en Miami, fue antes de que la ciudad se ganara la fama de homicida que actualmente lamenta. Su asesinato fue uno de los menos de 100 que se procesarían durante 1974.

A finales de la década, cuando Miami se convulsionaría con disturbios y refugiados, el total de asesinatos se dispararía a cerca de 700 en todo el condado. La muerte de Arnold, sin embargo, ocurrió en un momento diferente, con un estado de ánimo distinto. Fue tan fuera de lo común que captó fácilmente la atención del público.

Así, también captó la atención de Black y Denaro, y debido a la calidad excepcional del asesinato, los dos hombres pudieron justificar que le dedicaran todo su tiempo. Irónicamente, si el asesinato hubiera tenido lugar cinco o seis años más tarde, los sobrecargados miembros de la Oficina del Defensor del Pueblo habrían tenido sin duda menos recursos para dedicarle. El resultado podría haber sido muy probablemente diferente. De hecho, asignar a los dos mejores abogados exclusivamente al caso habría sido inaudito.

Pero en 1974, eso es lo que ocurrió.

Desde el instante en que la noticia del crimen se filtró en el Palacio de Justicia en la tarde del día 20, el asesinato y la defensa del asesino dominaron la imaginación de Roy Black y Jack Denaro. Les obligaba mucho más que cualquier otro caso que hubieran tenido. Ambos hombres utilizaron la misma palabra: fascinación.

La defensa de Walford los absorbió.

En su vida profesional, los dos hombres llegarían a representar a pirómanos, asesinos a sueldo, violadores múltiples, golpeadores de mujeres, matadores de maridos, capos del narcotráfico, asesinos de drogadictos con pánico, pederastas, asesinos de policías, sádicos-asesinos de bandas de motociclistas, policías corruptos y algún que otro delincuente de cuello blanco. Sin embargo, Walford era algo diferente, algo que a cada uno le costaba poner en palabras. Ser abogado penalista es aceptar un único principio por encima de todos los demás: el derecho del acusado a una defensa enérgica. Este principio requiere que el abogado defensor exija a los fiscales, al juez, al jurado y a la ley el más estricto cumplimiento. Es vivir en un mundo de sombras grises, donde el lenguaje, las acciones y los acontecimientos pueden ser manipulados, donde nada está pintado en blanco y negro. Es una búsqueda constante de las asperezas, de la escasa grieta, en la que se puede crear, sembrar y alimentar una duda. Es un mundo en el que la propia moralidad y el sentido del bien y del mal se ven superados por las exigencias de la Constitución. Es un mundo en el que el sentido moral de la culpabilidad

y la inocencia está subyugado al sentido jurídico: ¿Pueden probarse estas cualidades? Es un mundo embriagador, excitante y poderoso, un concurso teatral de voluntad, hechos y cerebros. Es, en definitiva, el juego más peligroso; las cabezas en la pared son reales.

Para los dos jóvenes abogados, Walford era la prueba absoluta de los principios del abogado defensor. ¿Quién podría estar más marginado de la sociedad que un asesino de niños loco, negro y extranjero? ¿Qué acto, pensaron, podría ser más malvado?

¿Y quién merecía la mayor defensa? ¿La defensa incansable? ¿La defensa sin costo? ¿Las energías e intelectos combinados de los dos mejores abogados de la oficina?

Walford.

En 1974 Roy Black tenía veintinueve años. Había nacido en Nueva York, hijo de un ejecutivo de Jaguar Motors, un inglés que había sido piloto de carreras de Grand Prix, casado con una estadounidense. La familia había vivido primero en la ciudad y luego se trasladó a los suburbios, a Stamford, Connecticut. Cuando Roy era adolescente, su padre decidió que estaba harto de la vida de ejecutivo y trasladó a la familia a "la montaña más alta fuera de Kingston, Jamaica". Vivieron allí y en Nassau. Roy había ido a la escuela preparatoria de Nueva York y luego, en 1963, a la Universidad de Miami con una beca de natación. En 1967 la cambió por una beca académica y asistió a la facultad de derecho de la universidad. Tras su graduación, obtuvo la mejor nota del estado en el examen de abogacía de Florida y fue invitado a pronunciar un discurso ante el tribunal supremo del estado. Había sido la época del infame juicio de los Siete de Chicago. Black había elegido hablar sobre los derechos de los acusados.

Era un hombre alto, de complexión atlética, que llevaba gafas gruesas, con el pelo liso y arenoso colgando sobre la frente. Extrovertido, bromista, le encantaba contar la broma jurídica, el momento del contrainterrogatorio en el que el testigo es sorprendido en una mentira. Se llenaba de historias rápidas de casos salvajes, los sucesos que ocurrían detrás de los momentos más estudiados en la sala. En una ocasión, tras haber defendido a un hombre negro acusado del asesinato en primer grado de un policía blanco, Black salió de la sala ante un banco de cámaras de televisión. El jurado había emitido un veredicto de asesinato en segundo grado; Black había argumentado que el asesinato, que había tenido lugar en una zona boscosa, sin ser visto

por otros policías o testigos, había sido un acto de defensa propia. En lugar de la pena de muerte, su cliente se enfrentaba a una cadena perpetua sin tiempo obligatorio; en realidad, quizá siete años entre rejas. Era una victoria legal excepcional, pero la primera pregunta de la avalancha de periodistas de televisión había sido "¿Piensa apelar?". Él tragó con fuerza y contestó: "Por supuesto, hay elementos que investigaremos". Entonces, mientras las cámaras giraban hacia el fiscal derrotado, Black había carcajeado fuerte. "¿Diablos, apelación? ¡Hemos ganado!" En los telediarios de la noche su risa se podía distinguir de -fondo. Eso le gustaba aún más.

Uno de los chistes, probablemente apócrifos, que les gustaba contar a los jueces del Palacio de Justicia era cómo uno de sus miembros había ordenado finalmente a Jack Denaro que se comprara otro traje. Al parecer, tenía un solo traje marrón. Se lo ponía en cada comparecencia ante el tribunal. Según la historia, fue una decisión del tribunal, por lo que Denaro salió a comprar un traje azul y luego alternó el par.

Denaro, de complexión enjuta y pelo negro alborotado, un hombre intenso e inusual con una mirada férrea pero un ingenio rápido, procedía de una gran familia italiana y había crecido en el norte del estado de Nueva York, cerca de Rochester. Tres años mayor que Roy Black, Denaro había asistido por primera vez al seminario del *St. Bernard's College* de esa ciudad, pensando en ingresar en el sacerdocio católico.

Sin embargo, un sentido innato le había dicho que era la vocación equivocada. En su lugar, había elegido estudiar derecho en la *Union University* de Schenectady, y se graduó en 1967. Se trasladó a la Facultad de Derecho de la Universidad de Miami para realizar un trabajo de posgrado en derecho, y obtuvo un máster y un doctorado en derecho internacional en 1968 y 1970. El tema de su disertación había sido las implicaciones legales de los delitos transfronterizos, las cuestiones jurisdiccionales planteadas por el secuestro de una aerolínea, por ejemplo.

No tenía intención de convertirse en abogado litigante ni en abogado penalista. Sin embargo, había sido reclutado por el persuasivo Phillip Hubbard, quien le había argumentado que era más importante actuar la ley que convertirse en un académico del derecho. Denaro, inseguro, había tropezado con una religión diferente. El otrora monaguillo, que había pasado años estudiando las Escrituras, la filosofía y los grandes

pensamientos de la humanidad, se vio de repente inmerso en un mundo de asesinos, violadores, salvajes y fieras.

Le encantaba.

Lo veía como una forma de arte, una actuación en un escenario junto con un lienzo en blanco en el que pintar su visión de los hechos y acontecimientos. Desarrolló una obsesión monacal por la preparación, por superar y conocer a sus adversarios fiscales. No dormía en un caso y era un maestro del dispositivo. En una ocasión, en un juicio por asesinato muy publicitado contra un fiscal de alto nivel, tergiversó deliberadamente una medida clave que había sido declarada por un testigo crucial. Toda la versión de los hechos de Denaro dependía de esa medida, de la forma en que había sido declarada. Sin pensarlo, el fiscal se puso en pie con una enérgica objeción. Denaro no había dudado, sino que había continuado con su argumento final, la medida clave subrayada en la mente del jurado no por él, sino por su adversario. Una maniobra trascendental, reconoció con pesar el fiscal más tarde, su caso perdió.

Una vez le preguntaron a Denaro en una entrevista por qué había elegido el trabajo de defensa penal. Citó a Camus y el mito de Sísifo. "Está en la naturaleza del hombre esforzarse", dijo.

3. *Una colección de eventos*

La semana siguiente al asesinato, Denaro fue al Crossways. Garabateó notas en un bloc mientras caminaba por la fórmica y las luces fluorescentes del hotel con una gruesa alfombra:

... Ray Barbarino, director residente.

Dicho W. se mostró beligerante durante el desayuno. W. habló con otros comensales, incluidos un hombre y unos niños que se sentaron cerca. Pidió cuatro huevos y hotcakes. El camarero le explicó que el pedido tendría que ser a la carta.

Walford se enzarzó entonces en una airada discusión con el camarero por el importe de la cuenta. En un momento dado, el camarero tocó a Walford en el hombro. W. dio un paso atrás, diciendo que no le gustaba que le tocaran.

Barbarino dijo que varios de los empleados de la casa vieron a Walford pasar gran parte del día sentado en una silla verde frente a las puertas del ascensor del segundo piso.

Otro empleado vio a Walford con la Biblia en la mano unos 15 minutos antes del asesinato. La tapa de la Biblia era roja. Dijo que "tenía un aspecto extraño".

A las 3 de la tarde fue cuando Walford fue a la cocina y habló con el chef mientras éste preparaba la cena de pollo que se encontró... en la habitación.

El chef dijo que Walford dijo que estaba esperando una llamada telefónica.

El chef dijo que W. parecía una persona muy agradable.

Walford (del secretario) se registró a las 8:45 del 19/12. Llamó desde el aeropuerto para pedir una habitación. Llevaba una bolsa, chaqueta y abrigo. Primero me pusieron en la habitación 204, pero como estaba sin hacer, me cambiaron a la 206. Pagó en efectivo hasta el domingo 12/22.

Zelezniks a las 2:30 P.M. del día 20. Tomó la natación.

Barbarino dijo que oyó el grito y pensó primero que había habido algún tipo de accidente. Corrió directamente al hueco del ascensor, lo comprobó y luego se dirigió al conducto de la lavandería. Volvió al frente y el empleado dice que vio a Walford salir corriendo. Fue a la habitación 206 y vio el cuerpo....

A pocos pasos de la policía, Black descubrió que Walford había comprado el arma homicida en la tienda de regalos *Sirgany International*, en la zona del vestíbulo del aeropuerto internacional de Miami, el día 20. Habló con el dependiente de la tienda, que había visto la foto de Walford en el *Miami Herald* y la había identificado para la policía.

Le contó a Black cómo había entrado Walford en la tienda. Era la típica tienda de regalos de aeropuerto con las puertas abiertas de par en par, llena de chucherías, peluches, revistas, juegos y camisetas, un popurrí pensado para atraer todos los intereses. Los cuchillos estaban en una vitrina junto a la caja registradora. Walford, según el empleado, había pasado el día en la zona de la explanada, llevando su Biblia, abordando a los viajeros, predicando y exigiendo que se arrepintieran. Su voz, que a veces se alzaba exhortando al Señor y a veces lamentándose por los pecados de la gente, había llegado hasta la tienda.

Walford había visto el cuchillo nada más entrar en la tienda de regalos. Lo había deseado con insistencia, dijo ella. Cuando se lo entregó para mostrárselo, dijo que lo compraría. Cuando ella le había pedido que le devolviera el cuchillo para envolverlo de nuevo en su caja, él se había negado a entregarlo. Para obtener el precio adecuado, ella había tenido que leer la etiqueta de otra navaja similar. Ella había cogido su dinero y le había entregado la caja. Él había aplastado la caja alrededor del cuchillo salvajemente, dijo ella, con un solo movimiento de rabia.

Luego desapareció. La Biblia en una mano. Cuchillo en la otra.

4. *Competencia*

De acuerdo con la ley de Florida, antes de fijar la fecha del juicio por homicidio, debía celebrarse una audiencia y juzgar a Walford como competente para ser juzgado. Black y Denaro coincidieron inmediatamente en que esta primera vista controlaría, de hecho, toda la experiencia de Walford con el sistema de justicia penal. En Florida, la norma de competencia era significativamente diferente de la famosa norma *M'Naghten* de lo correcto y lo incorrecto que regía un juicio penal en el que se había planteado la locura como defensa. En pocas palabras, para ser competente para ser juzgado en Florida en 1974, un -acusado simplemente tenía que entender la naturaleza de los cargos presentados contra él y ser capaz de ayudar en su defensa.

Era una norma difusa.

Mientras que un psiquiatra podría llegar a cualquier conclusión clínica, basándose en las exageraciones de la locura de Walford, los dos abogados tuvieron que enfrentarse a ciertos hechos: ¿Entendía Walford los cargos que se le imputaban? Había huido del lugar de los hechos para evitar su captura; había escondido el arma homicida para evitar su detección; se había negado a responder a las preguntas de los detectives sobre el asesinato. Se podría argumentar fácilmente que Walford entendía claramente lo que había hecho y la ilegalidad de su acto. ¿Podría Walford ayudar en su defensa? Una pregunta más difícil. En efecto, ya lo había hecho, al exigir un abogado y ejercer sus derechos constitucionales cuando se enfrentó a la policía tras su detención, un ejercicio que la inmensa mayoría de los sospechosos, incluso los más avispados, no realizaban. Pero, ¿podía dar las respuestas detalladas a las preguntas de Black y Denaro que exigía una defensa por asesinato en primer grado? A veces, sí; en otros momentos, no. ¿Era eso suficiente para ordenar un juicio?

Black y Denaro pensaron que era una pregunta cerrada.

A pesar de la extraordinaria calidad de la enfermedad de Walford, un hecho evidente desde el principio, era posible que la curiosa conjunción que hacían la esquizofrenia, la arrogancia e inteligencia innatas de

Walford y las reglas del procedimiento penal, hicieran que un juez ordenara un juicio.

Sabían, dado el asesinato y la publicidad, que no podían esperar fallos discrecionales de ningún juez del condado de Dade. Ninguna pregunta cerrada iba a ir a su favor. Las pruebas de incompetencia tenían que ser abrumadoras.

Tenían pocas dudas de que Walford estaba legalmente loco y que el acto que había cometido era perdonable según el criterio de locura de *M'Naghten*. Tampoco dudaban de que el asesinato de lo que Denaro llamaba "un niño hermoso e inocente" indignaría a un jurado. Si se les diera a elegir entre una garantía de veinticinco años entre rejas (o una sentencia de muerte, las penas por asesinato en primer grado) o entregar a Walford a una división estatal de salud mental plagada de fallos burocráticos, fugas de reclusos y negligencia, sin ningún control legal sobre el tiempo que estaría entre rejas, ¿qué opción elegirían los miembros del jurado? ¿Escucharían a un grupo de médicos que discuten los elementos altamente técnicos de la locura legal, o seguirían sus propios instintos y pensarían en preservar la comunidad?

Cada abogado sabía la respuesta a esas preguntas.

En consecuencia, creyeron que era de suma importancia evitar cualquier juicio. Walford tenía que ser declarado incompetente. Black y Denaro se sentaban en su despacho en lo alto del Palacio de Justicia, tramando el esquema de la defensa hasta altas horas de la noche de cada día. No sabían entonces, al principio, cómo el propio Walford llegaría a controlar lo que sucedería.

Los dos abogados se dieron cuenta de que los cinco psiquiatras ya programados para examinar a Walford llegarían a conclusiones independientes sobre su estado mental. Un juez ya había designado a dos médicos para realizar las evaluaciones. Sin embargo, los abogados querían un examen lo más amplio posible. En consecuencia, Black y Denaro empezaron a enviar a otros médicos para que vieran a Walford, de modo que tuvieran un diagnóstico antes de los informes oficiales y con mucha antelación a la Fiscalía del Estado. Uno de los primeros de los muchos médicos que acabarían viendo a Walford fue el psicólogo Robert Sylvester. Su informe era sólo para Black y Denaro.

Evaluación psicológica de Vernal Walford.

Vernal Walford fue examinado en la cárcel del condado de Dade. Walford fue despertado en su celda en el área del dispensario... por el guardia que me acompañaba. [Desde su detención] se había mostrado violento, agresivo y extremadamente difícil de controlar. Por eso me pidieron que lo examinara a través de los barrotes de su celda.

Estaba desnudo y permanecía sentado sobre una almohadilla de material blando similar al caucho, que servía de colchón. Todos los objetos sueltos, como los artículos de aseo y la ropa, habían sido retirados de la celda, ya que se temía que Walford pudiera intentar suicidarse.

Era bastante agradable, de forma comedida y recelosa, y respondió a mis preguntas en un patois que parecía una mezcla de inglés jamaicano-americano y francés. Sólo pude entender en parte sus largas y farragosas declaraciones. Si le pedía que repitiera una palabra o una frase, se enfadaba al instante, apretaba los dientes y repetía la palabra de una manera lenta y exagerada que hacía aún más difícil entenderla. Es evidente que funciona con un control emocional mínimo. ...

Finalmente, dijo que no me hablaría más hasta que le diera algo de ropa, tras lo cual se acostó y pareció dormirse enseguida. Lo revisé un par de veces durante la siguiente hora, pero no se había movido....

Es evidente que Walford padece un estado psicótico muy grave, de naturaleza claramente esquizofrénica paranoide. A lo largo de mi examen, extendía repentinamente el brazo, señalándome con el índice y el meñique en el gesto simbólico de los "Cuernos del Diablo" para ahuyentar a los espíritus malignos. ...

De sus largos discursos, pude extraer los siguientes datos concretos. Walford dijo que "Dios me ha dado la misión de castigar al hombre por sus pecados, especialmente al hombre blanco". Las palabras "hombre blanco" iban acompañadas del gesto del dedo. La palabra "sacrificio" apareció muchas veces en el discurso, pero sin referencia a la supuesta ofensa....

Dijo que nunca había estado en Miami y describió lo difícil que había sido conseguir un pasaporte y salir de Jamaica. Sólo la intervención de Jesucristo, actuando a través de Dios, le permitió venir a los Estados Unidos. Así fue, dijo enfadado, como el hombre blanco [el gesto del dedo] intentó hacerle el mal e impedirle "cumplir la voluntad de Dios". Era interesante observar que Walford hablaba bien, gramaticalmente, y con un vocabulario inusualmente bueno. La cadencia de su voz subía y bajaba cuando hablaba con reverencia de Dios y de Cristo, y luego subía en odio y rabia por la opresión del hombre blanco y sus pecados....

No me cabe la menor duda de que Walford es un psicótico agudo y está experimentando un episodio psicótico de extraordinaria intensidad....

Sólo actúa y está motivado únicamente por un "mensaje de Dios". Así, expía su propia culpa y sus errores proclamando que todo lo que hace es el resultado de la dirección de Dios hacia él. Por el cuadro que pude observar, podría haber sido

psicótico durante algunos años, ciertamente hasta cinco o diez años. Como tal, su condición es crónica....

El informe de Sylvester también incluía su especulación de que el asesinato podría haber sido algún tipo de "sacrificio humano" provocado por la obsesión bíblica de Walford unida al estrés de la época navideña, la falta de familiaridad de Miami y el dominio de las extrañas culturas religiosas caribeñas de las que había surgido. No había pruebas exactas de ello, advirtió el psicólogo, pero era una posibilidad. Terminó su informe con la petición urgente de que Walford fuera hospitalizado en máxima seguridad sin demora.

La idea de que el asesinato de Arnold fue un "sacrificio humano" caló hondo en la prensa. Desde los primeros informes sobre el asesinato se había insistido en los aspectos "rituales" del homicidio. Parecía la explicación más fácil para el método de asesinato: Arnold había sido sujetado, degollado, la sangre escurría hacia el suelo. Etiquetar el crimen de esta manera también lo alejaba de la corriente principal de cualquier otro tipo de asesinato; era el tipo de sensacionalismo rápido que atraía incluso a los periódicos más aburridos. Black y Denaro no hicieron nada para desalentar ese tipo de especulaciones en los periódicos. Cuanto más loco parecía el acto, más impulso ganaban sus argumentos.

"Es un animal vicioso..." Roy Black le dijo a un inquisitivo reportero *de Miami News*. Hizo hincapié en la palabra *animal.*

Al mismo tiempo, los abogados se esforzaban por descubrir quién era exactamente Walford. Su origen jamaicano era obvio, pero ¿de dónde venía? ¿Qué hacía en Miami? ¿Qué le había llevado a la habitación 206? ¿Adónde iba? La lista de preguntas parecía interminable. Ninguno de los dos sabía qué respuesta a qué pregunta sería crucial, pero era imperativo responder a tantas como fuera posible.

Al igual que la policía, la prensa les informó de que Walford había estado encarcelado en el Hospital Estatal de Northampton, en Massachusetts. Empezaron a reconstruir lo ocurrido en los días anteriores al asesinato. Hablaron con Lucille Fernández, un nombre obtenido de la policía. Era la amiga de Walford en la zona de Hartford, Connecticut-Springfield, Massachusetts.

Era temprano pero ya se acercaba la oscuridad. Con una grabadora conectada al receptor del teléfono, Black y Denaro hicieron la llamada desde el cubículo que compartían en la octava planta del Palacio de

Justicia. Denaro fue quien habló, con Black haciendo de entrenador en el fondo.

"Hola. ¿Cuál es su nombre, señora?"

"Lucille".

"Lucille Fernández, ¿correcto?"

"Bien".

"Bien, mi nombre es Jack Denaro. Nuestra oficina representa a Vernal Walford".

"Uh huh."

"¿Eres la amiga del Sr. Walford?"

"Sí".

"Bien, ¿cuánto tiempo hace que conoce al Sr. Walford?"

"Ya pasé por esto tres veces".

"Es extremadamente importante".

"Bueno, acabo de llegar, entré por la puerta, y estaba tratando de conseguirle a mi hija algo de cenar en este momento. ¿No pudiste conseguir esto en el departamento de policía?"

"No, no podremos obtenerlo del departamento de policía hasta dentro de un tiempo. No te molestaría a menos que fuera de la más alta urgencia".

"Sí. Lo sé. Quiero ayudar".

"¿Cuándo conoció al Sr. Walford?"

"En julio, en Hartford, en una fiesta con amigos".

"¿Cómo era?"

"Como un hombre normal".

"¿Cuánto tiempo estuviste con él?"

"Hasta que se fue. Dijo que tenía que ir a casa. Está casado. Recibió algo de dinero de Detroit. De Shirley Robertson. No éramos amigos. Doscientos dólares. Dijo que era una vieja amiga suya".

"¿Qué más?"

"Bueno, se bautizó anteayer domingo".

"Espera un segundo. ¿De qué día estás hablando?"

"El domingo pasado, y el anterior".

"En otras palabras, el domingo anterior a la muerte del niño".

"Sí. La Iglesia Bautista Alden. Springfield, Massachusetts. A cuatro cuadras de distancia. Cuando vino por primera vez, solíamos ir a la iglesia. Y mi hija".

"¿Cuál dijo que era su origen religioso?"

"No lo dijo. Dijo que le gusta ir a la iglesia. No fumó. Dejó de beber. Así que cuando se golpeó en la cabeza, dejó todo, ya sabes. Sólo quería ir a la iglesia y profundizar en la Biblia. Supongo que lo encontraron con él. Se metió más y más profundamente, y eh, bueno, mejor regreso, porque lo golpearon.

"¿Cuándo fue golpeado?"

"Fue antes de Acción de Gracias. El hombre del trabajo lo golpeó. Estaba trabajando en Milton Bradley aquí en Springfield. Nunca me dijo su nombre. Dijo que fue a trabajar. Cuando llegué del trabajo, él estaba sentado en la mesa. Entonces dice, cuando entré, mi hija y yo, ¿adivina qué? Dijo, este tipo se acerca a mí y me golpea en la cabeza con una muñeca".

"¿Con qué?"

"Una muñeca. Una muñeca de treinta y dos pulgadas".

"¿Qué es eso, una herramienta?"

"Un muñeco de bebé. Trabaja en una fábrica de juguetes".

"Oh."

"Bueno, aquí es cuando empezó todo. Dice que fue un trozo de cristal. Lleva gafas, y dice que un trozo de cristal fue a parar detrás de su ojo, y le cortó el globo ocular".

"¿Fue al hospital?"

"Bueno, no de inmediato porque esa noche empezó a actuar de forma extraña y se fue al centro conmigo. Le dije que quería ir al hospital, pero dijo que no. Voy a perdonar al tipo, ya sabes. Y empieza a hablar raro. Le dije, sí, es bueno olvidar, ¿no? Bien, entonces vamos al centro. Él y yo y mi hija y cuando entramos en la tienda, no sé qué pasó, pero empezó a ir de persona en persona, ¡Arrepiéntete! ¡Arrepiéntete! ¡Arrepiéntete de todos tus pecados! Así que le dije, ¿qué te pasa? Y lo decía tan fuerte. Él dice, tengo que ir, tengo que ir. Dice, si no te apuras te voy a dejar. Le dije que qué te pasaba, porque nunca había actuado así. Ya sabes, es un tipo tranquilo e inteligente. Pero dice, date prisa, date prisa. Mi hija le seguía, y la agarré porque por la forma en que salía corriendo de la tienda, podía seguirle y ponerse delante de un coche. Cuando salimos, empezó a gritar. Gritando fuerte para que algunas personas se rieran de él. Le dije a Bob -no sabía su nombre real, sólo Bob Grant- que la gente te estaba mirando y que iban a hacer que te arrestaran y te metieran en un instituto mental. Así que él dijo, no me

importa. Se supone que debo contarlo. Se supone que debo correr la voz. Dios viene.
Dios quiere que su pueblo se arrepienta. Así que dije, bueno uno hace esto cuando Dios lo llama a ser un ministro. Y vas a la escuela ministerial, luego tienes una iglesia y le dices a la gente estas cosas. Él dijo, ¡no! ¡No! Tengo que salir esta noche y decírselo a todo el mundo. Me puse tan nervioso que conduje a casa. Y él seguía hablando, ya sabes, tienes que arrepentirte de tus pecados. Así que le dije, cálmate, ¿quieres ir al hospital? Dijo que no, que me llevara a casa rápido. Así que volví a mi casa y él se puso su ropa y se puso todo rojo, bueno, no rojo, sino arándano, tenía un traje de arándano. Dice, me voy a vestir de este rojo y a partir de ahora me llamo Rojo. Se puso calcetines rojos, todo rojo. Y salió corriendo de la casa. Dice que tengo que ir a correr la voz. Digo que tal vez deberías ir al hospital. Tal vez ese golpe te molestó. Dijo que no, que tenía que ir a Nueva York y a Hartford a correr la voz. Y dice que si alguien le pide que diga que Red fue a correr la voz. Y él estaba como, riéndose, ya sabes. Así que salió corriendo. Al día siguiente regresa, así que le digo, ¿difundiste la palabra y él dice Oh sí. Y vi el sol en el autobús y le decía a la gente que mirara el sol. Le dije, ¿el sol de noche? Él dice, sí, vi esta gran luz y el conductor del autobús dijo que me iba a bajar si no me callaba. Así que me quedé callado. Así que dije, oh sí..."

"Desde que se mudó contigo hasta que se golpeó en la cabeza, no actuó de forma inusual, ¿verdad?"

"Hasta que se golpeó en la cabeza".

"¿Actuó como un hombre normal?"

"Sí".

"¿Nunca actuó perturbado o inusual o irracional antes de ese momento?" "No."

"¿Qué te ha dicho sobre sus antecedentes?"

"Desde que se golpeó en la cabeza, dice que mi nombre es Vernal Newland Walford. Dice que debo decir la verdad. Dice que debo decir que estoy casado. No pude pronunciarlo. Me dijo que había nacido el 6 de enero de 1943 en Jamaica. Dijo que vivía en Canadá".

"¿Qué más te ha dicho que no te haya dicho antes?"

"Sobre su Dios".

"Esto es muy, muy importante. ¿Qué dijo específicamente?"

"Dios mío. Debo ir y decirle al mundo que Jesús viene. Yo dije, ¿quién? Él dijo, Jesús viene, si no me crees, pero viene. Él dice, debes arrepentirte de tus pecados, arrepiéntete, y debo ir y decirle al mundo, decirles a todos que deben arrepentirse de sus pecados."

"¿Dijo algo sobre un sacrificio?"

"No."

"¿Alguna vez mencionó un sacrificio?"

"No. Nunca".

"¿Qué más dijo?"

"Era difícil hablar con él. Salió corriendo de la casa. Había empacado su ropa porque se fue a Jamaica y luego regresó".

"Estoy confundido".

"Se fue a Jamaica. Estuvo fuera una semana. Dijo que tenía que ocuparse de los negocios y ver a sus hijos. Antes de Acción de Gracias. Antes de ser golpeado. Al día siguiente de volver le dieron un golpe en la cabeza".

"¿Cómo actuó cuando volvió de Jamaica?"

"La forma en que actuó antes. Normal".

"Salió corriendo un jueves y volvió un sábado. ¿Qué dijo?"

"Se quedó sentado. No se puso violento. Fue al libro".

"¿Qué libro?"

"La Biblia".

"¿De qué color era la Biblia?"

"Rojo. Dice Jerusalén en el frente. Le pedí que leyera el Salmo 23. No se leía como nuestra Biblia. Me pareció una basura. No decía El Señor es mi pastor, ya sabes. Lo lee, pero no lo explica como lo hace nuestra Biblia. Así que empezó a explicarlo. Estaba tranquilo, ya sabes. Todo el día quería que me sentara y lo escuchara. Siempre estaba hablando de su Dios".

"¿Cuándo fue a la institución?"

"El lunes. Fue a trabajar y lo mandaron a urgencias del Hospital de Springfield. Me llamaron y me dijeron, tenemos a Bob Grant aquí, y yo dije, bueno, ¿qué pasa? Y me dijeron que en la consulta del médico estaba inventando sonidos. Dije ¿qué sonido? y dijeron que el sonido era como ja, ja, ja, ja, ja. Como si su voz subiera y bajara. Así que lo llevaron a urgencias. Y en urgencias lo llevaron al instituto. Pero salió más tarde esa semana…"

Y así lo pensó Denaro: Un hombre se golpea en la cabeza con un muñeco, y eso lo catapulta a una locura que resulta en la muerte de un niño. Si las piezas iban encajando, en términos de una respuesta legal a la acusación de asesinato, cada pieza sólo añadía otra pregunta al rompecabezas. Comenzó a carcomerlo.

5. *La paradoja*

Mientras tanto, Walford permaneció desnudo en su celda.

Su comportamiento real oscilaba entre el de un loco enérgico, ruidoso, abusivo y furioso, y el de una quietud casi catatónica, en la que miraba fijamente y de forma ausente a la nada. Los registros del pabellón de la cárcel reflejaban esa incómoda discrepancia. Un minuto, la locura; al siguiente, la nada. De vez en cuando había períodos de lucidez, en los que respondía a preguntas, pedía cosas sencillas, como una manta, y permanecía callado y pensativo.

Esos momentos crearon un problema para Black y Denaro. El diseño de su defensa era crear en Walford el hombre más loco que se pueda imaginar. La mayor parte del tiempo Walford actuó precisamente así, pero los momentos de lucidez contradecían el retrato. Si se unían a las acciones de Walford inmediatamente después del asesinato, era posible que se le viera bajo una luz totalmente diferente. A veces las acciones de Walford no eran los actos de un loco. A veces se comportaba como lo haría alguien que supiera que había cometido un acto terrible, que tuviera que eludir la detección y que, al ser capturado, se hubiera refugiado en la locura y en un comportamiento extraño. Parecía que eso le protegía.

Era, en cierto modo, una paradoja.

Una locura, sí. Estúpido, no.

Conocedor. Inteligente. Educado.

Pero aguda y crónicamente psicótica.

Entonces pensaron en la cinta de vídeo.

La idea se les ocurrió a los dos abogados durante una de sus sesiones nocturnas de terapia. Tenían que encontrar un método para captar a Walford en el punto álgido de su locura, en los momentos en que su

control se disipaba y los impulsos eléctricos de su cerebro tomaban el control. Si en realidad Walford experimentaba momentos de lucidez, era necesario que, cuando los dos abogados llevaran a la sala sus argumentos de que era incompetente para ser juzgado, se le viera sin ningún atisbo de cordura. En 1974 había pocos precedentes legales que apoyaran el uso de una cinta de vídeo en un proceso judicial penal. Denaro cree ahora que la cinta de Walford fue el primer caso del país en el que se utilizó el nuevo procedimiento.

Sin embargo, no era tan sencillo como apuntarle con una cámara.

Black y Denaro estuvieron de acuerdo en que lo más importante era la eliminación de todos los medicamentos antipsicóticos que controlaban su sistema. De poco les serviría tener una cinta de vídeo de un Walford drogado durmiendo desnudo en el duro suelo de cemento de una celda de la cárcel del condado de Dade. En consecuencia, necesitaban una orden judicial para retirarle cualquier medicamento antipsicótico. Sabían que el personal de la cárcel, ya impresionado por la fuerza de Walford a través de la locura, gritaría al eliminar las drogas. La celda apenas podía contenerlo; necesitaban la camisa de fuerza química adicional. Obtener una orden judicial no sería difícil; todos los abogados capaces del Palacio de Justicia conocían a suficientes jueces amigos para conseguir las firmas de cualquier orden que tuvieran en mente. Denaro consiguió la firma necesaria acercándose a un juez en medio de la fiesta anual de Navidad del Palacio de Justicia. Sin embargo, también necesitarían la colaboración de los carceleros de Walford.

Los dos hombres fueron a ver al Dr. Carlos Casademont a la cárcel. El Dr. Casademont, un psiquiatra, estaba a cargo del pabellón D. Fue él quien había hecho el diagnóstico inicial de esquizofrenia paranoide que había llevado a Walford a recibir altas dosis de Torazina. Black y Denaro hicieron parecer que su visita era una mera casualidad, que pasaban por allí, por así decirlo, para hablar de su extraño cliente.

Mientras los tres hombres sacudían la cabeza, asombrados por algunos de los caprichos del comportamiento de Walford -en varias ocasiones se le había visto relinchando como un caballo, ladrando como un perro, comiendo sus propias heces, haciendo innumerables flexiones en el suelo mientras recitaba el vigésimo tercer salmo-, Denaro abrió casualmente el tema.

"Sabes", dijo, "sería notable si pudiéramos encontrar algún medio de grabar el comportamiento de Walford".

El Dr. Casademont asintió con la cabeza. "He pensado lo mismo", respondió. "Nunca he visto a nadie que ejemplifique la esquizofrenia paranoide como Walford. Es un caso clásico. Más que un caso clásico. Quizá incluso único".

"¿Quieres decir", remachó Black, "que debemos preservar el comportamiento como herramienta educativa?".

"Correcto", respondió Denaro. "Para que los estudiantes, como los de medicina o los de derecho, pudieran ver el alcance de la locura".

"Eso sería muy valioso. Mis alumnos se beneficiarían de verdad", dijo el Dr. Casademont. “¿Pero, cómo?”

El anzuelo fue plantado.

"Oh, no estoy seguro", dijo Denaro. "¿Fotos tal vez?"

"Eso no captaría realmente su movimiento", se apresuró a decir Black. "Los estudiantes no verían realmente su comportamiento".

"Así es", dijo el médico, entrando en materia. "Tendría que ser algo más elaborado".

"Como una película", dijo Black, asintiendo.

"Lo tengo", dijo Denaro. "Una cinta de vídeo. Una de esas nuevas unidades portátiles".

"Con eso bastaría", aceptó rápidamente Black. Casademont asintió. "Pero", dijo Black, "tendríamos que traerlo cuando esté en su peor momento. ¿Cómo lo arreglamos?"

"Tendría que dejar los medicamentos antipsicóticos", dijo Casademont.

"Así es", añadió Denaro. "¿Pero no sería peligroso?"

"No, si lo hacemos por poco tiempo", respondió Black. De nuevo el doctor asintió con la cabeza.

"Te diré algo", dijo Denaro. "Intentaremos obtener una orden judicial y veremos si podemos encontrar un técnico de vídeo". Ya tenía una orden firmada en el bolsillo. Ya se había contactado con un camarógrafo que estaba a la espera de veinticuatro horas.

"Para los estudiantes", dijo Denaro.

"Para los estudiantes", dijo el médico.

Esa noche Walford dejó de recibir medicamentos antipsicóticos.

Aulló mientras su rabia crecía sin control.

El rodaje propiamente dicho tuvo lugar a los pocos días. Black y Denaro, acompañados por el Dr. Arthur Stillman, un psiquiatra, fueron a

la celda con el camarógrafo. La primera vez que fueron, Walford todavía estaba drogado. Volvieron al día siguiente y fueron recompensados con el tipo de comportamiento que querían. De vez en cuando, Roy Black intentaba preguntar: "Sr. Walford, Sr. Walford..."

Pero Walford siguió corriendo, sin darse cuenta.

6. *Un defecto de la razón*

La imagen final de la cinta no era nítida, los tonos negros y grises se mezclaban, a veces parecían vacilar, otras veces eran indistintos por falta de iluminación adecuada. Sólo había una persona visible en la pantalla, un personaje de este programa de televisión en particular. La cámara había enfocado primero sus ojos, ardientes, eléctricos, mirando fijamente al objetivo. Al principio estaba sentado, pero con una gracia sinuosa y felina, parecía volver a formarse lánguidamente en posición de pie.

Llevaba el pelo muy cortado, al estilo militar. En la cinta se veía su extraordinario físico; sus músculos parecían estar a punto de atravesar su piel. Sus brazos eran gruesos y abultados; su pecho era amplio y se expandía al recoger grandes y profundas corrientes de aire. Su vientre era definido, ondulado como una repentina ráfaga de viento inquieta a un estanque quieto. Las venas de su cuello sobresalían; alguien que observara al hombre de la cinta de vídeo casi podría sentir la sangre bombeada a gran presión por todo su cuerpo y hasta su cerebro.

Estaba desnudo.

Con un movimiento tan repentino que la cámara pareció retroceder, Walford alcanzó los barrotes de su celda y los sacudió violentamente. Sus dientes se mostraron hacia atrás, como los de un animal, y su boca se abrió de par en par con un aullido de ira menos que humana. Con otro movimiento brusco, Walford comenzó una extraña danza, con su energía desbordada. Se lanzó al duro suelo de cemento y empezó a hacer flexiones, con las puntas de los dedos extendidas, con el cuerpo rígido e inflexible, como si estuviera tallado en metal. Se movía arriba y abajo, como un pistón en un motor enloquecido. Su voz cantarina sustituyó al aullido, y las palabras se volvieron claras: "El Señor es mi pastor, no quiero…".

El Salmo 23 se escuchó, una y otra vez. Su lengua parecía saborear el mensaje, y alargaba las palabras, sacándolas, deleitándose en ellas, haciéndolas parte de su aullido: "¡El Señoooooor es m-m-m-m-mi pastor! ¡No voy a quereeeeeeeer!”

Su voz onduló en intensidad, imitando el movimiento de subida y bajada de su cuerpo rígido.

Luego, con la misma rapidez con la que había empezado el ejercicio, terminó. Walford saltó, como una rana, al lado de la taza del baño. Se agachó, en cuclillas como un primate de la selva, y sacó puñados de agua. Se salpicó la cara y el cuerpo, haciendo movimientos de lavado. Bebió y volvió a gritar. "¡Aguaaaaaa!", gritó.

Una voz fuera del alcance de la cámara irrumpió en la cinta. Un enfadado ocupante de otra celda gritó: "¡Que alguien haga callar a ese puto loco, tío!". Walford se giró hacia la voz y sonrió salvajemente. Echó la cabeza hacia atrás con una gran carcajada sin sentido. Volvió a saltar hacia los barrotes, chasqueando los dientes con rabia y sacudiendo los barrotes. Toda la celda pareció temblar con la energía liberada en su interior.

"¡Dios! ¡No, hombre!", gritó. Pronunció la palabra *Diooos.* Repitió la frase varias veces, cambiando las inflexiones de su voz. Luego se apartó de los barrotes, mirando a la cámara, y su semblante volvió a cambiar. Adoptó una expresión casi despreocupada en su rostro, y agitó el dedo hacia el cámara medio amenazante. Luego volvió a cambiar, con la misma rapidez con la que se pasa la página de un libro. Se enfureció. Aulló. Llevó su voz al límite, corriendo por la celda en un frenético e interminable gasto de energía.

La cámara siguió filmando a Walford en silencio. La cinta terminada duraba unos cuarenta y cinco minutos. Terminó, como había empezado, sin introducción ni explicación.

Era Vernal Walford en su peor momento.

Era precisamente la impresión que quería la defensa.

Años más tarde, los fiscales frustrados afirmarían que Black se había quedado fuera de la celda, agitando los brazos, provocando a Walford para que se produjera la furia que se captó en la cinta. No hay pruebas de ello. Cuando se dejó de consumir drogas, era inevitable que la locura de Walford aumentara de forma explosiva.

7. *Una procesión de psiquiatras*

En las semanas previas a la audiencia de competencia, Walford recibió la visita de varios psiquiatras forenses. Se trataba de un simulacro; todos los médicos trabajaban frecuentemente con los tribunales y habían alcanzado un nivel de prominencia profesional gracias a las evaluaciones previas al juicio. Administraron ciertas pruebas cognitivas, diseñadas para demostrar el sentido del lugar, el tiempo y la comprensión del acusado. Luego hablaban, normalmente sobre el crimen, intentando detectar cualquier atisbo de locura o cordura que existiera. Todos los médicos enviados a ver a Walford eran hombres experimentados y respetados; todos habrían reconocido rápidamente cualquier esfuerzo por engañarlos. Sus informes al tribunal tendrían un gran peso.

Uno de los fallos del sistema de justicia estadounidense moderno es que la psiquiatría a menudo tiene que llevar sus puntos de vista y opiniones subjetivas a un escenario diseñado para los hechos. Los psiquiatras y psicólogos que realizan evaluaciones forenses rara vez consideran que la especificidad exigida en un tribunal es apropiada para su especialidad. Se oponen sistemáticamente a la fijación, a la exigencia de juicios absolutos que exigen los abogados.

Pero eso no les impide entrar en los tribunales.

Muchos ven su trabajo como un mal inherente; creen que no hay manera de que las dos profesiones puedan conciliarse realmente. Sin embargo, al mismo tiempo se les exige que aporten sus opiniones. No es raro que en un juicio penal un grupo de médicos se alinee con el equipo de la defensa y otro con el de la acusación y se enfrenten. La elocuencia de una de las partes puede ser el factor que influya en el juez o en el jurado. Un ejemplo reciente de esto, por supuesto, es el juicio de John Hinckley, el intento de asesinato del presidente Reagan.

En el condado de Dade los médicos seguían la misma rutina. -Recibían una llamada de la oficina del juez -o del fiscal o del abogado defensor- y se dirigían a la cárcel. Normalmente, los interrogatorios duraban entre cincuenta minutos y varias horas. Los médicos hacían preguntas sencillas: ¿Qué día es, qué mes, quién es el presidente de los Estados Unidos, de qué se le acusa? Luego podían pasar a las más complejas: ¿Por qué lo hiciste?

Walford, por supuesto, presentaba problemas únicos.

El 6 de enero, Roy Black, Jack Denaro y el Dr. Sanford Jacobson fueron a ver a Walford. Como siempre, estaba desnudo en la celda. El doctor se detuvo y miró a Walford, que estaba de pie en el centro de la celda mirando a los tres visitantes. "¿Sr. Walford?", preguntó.

"Definitivamente", respondió Walford.

"Mi nombre es Dr. Jacobson".

"Lo sé. Te he visto. A otros como tú". Su respuesta fue cortada, su voz llena de la tolerancia que se le muestra a un niño.

"¿Conoce a estos caballeros?" Jacobson señaló hacia Black y Denaro.

"Sí. Los he visto. Son mis abogados".

"Son de la Oficina del Defensor del Pueblo. ¿Entiendes lo que hacen?"

"No. Explícamelo".

"Bueno, tienes que tener un abogado..."

interrumpió Walford con enfado. "¡Oh, tengo que tener un abogado que hable por mí! ¿Por qué debo tener un abogado cuando puedo hacerlo por mí mismo? Estás loco".

"¿Has estado alguna vez en un tribunal?"

"Ohhhhh, ¡conozco el reglamento!"

"¿Has estado en los tribunales antes?"

"¡Definitivamente! No tengo que verlos. Son todos iguales".

"Bueno, en Estados Unidos es diferente que en Jamaica".

"Oh", dijo, como si descartara el tema por considerarlo inferior, "estoy seguro de que tienen algunos procedimientos torcidos".

"¿Puedes decirme algo sobre ti?"

"¿Por qué debería hacerlo?"

"Bueno" -Jacobson dudó- "no tienes que..."

De nuevo Walford interrumpió rápidamente. "Eso es. Eso es todo. No tengo que hacerlo, ¿por qué debería hacerlo?". Su voz se llenó de una carcajada, las palabras fluyendo sin parar en un inglés con acento caribeño y cantarín. "Yo te hablo, tú me hablas. Así que, tómalo y vete".

"El juez quiere que hable con usted..."

"¡Habla!"

¿Dónde naciste?"

"Hablaré muy despacio, de forma muy clara y correcta. Mi fecha de nacimiento es el séptimo día de enero de mil novecientos cuarenta y tres".

"¿Qué día cumplirás treinta y uno?"

"¿Hoy es qué día?"

"Eso es lo que quiero que me digas, si lo sabes".

La ira saltó en la voz de Walford. "¡Hoy es qué día! No preguntaría si lo supiera".

"Hoy es lunes, 6 de enero. ¿Eso significa que tu cumpleaños será mañana?"

"¡Eso es!" Soltó una gran carcajada repentina, como si hubiera disfrutado de una gran broma. "Si conoces la llave, ¿por qué vienes a mí por la cerradura?" Luego dudó un momento. "Creo en Dios, no en el hombre", dijo.

"¿Cuándo llegó a Miami?", preguntó el médico.

"Eso", dijo Walford con precisión, "es una historia diferente. Se lo explicaré. Escúchame con atención. Me trajeron el año pasado. En febrero. Estaba en Jamaica, sentado en mi trasero, alabando a Dios. Pero los americanos en un barco llegaron a Ocho Ríos. Nos preguntaron si teníamos hierba. Les dijimos que sí. Yo y mis dos hermanos. ¡No interrumpas! ¡Te lo voy a contar! Estuve en la penitenciaría. Por alquilar un coche para otro hombre. Y por tener un accidente. El juez dijo: 'Te daré seis meses para que te sientes en la penitenciaría y aprendas sobre Dios'. ¡Todo fue un complot! ¡UN C-O-M-P-L-O-T!"

Jacobson sacudió la cabeza cuando Walford se lanzó a una complicada historia sobre un trato de marihuana con hombres blancos en los días posteriores a su detención por no devolver un coche de alquiler. Al parecer, el negocio de la marihuana le había obligado a venir a Estados Unidos. Sin embargo, Jacobson quería saber sobre Dios. "¿Aprendiste sobre Dios en la penitenciaría?"

"Definitivamente. Dije: 'Padre, te lo juro', y escuché que las palabras eran así: '¿Eres Vernal Newland Walford?' Y dije: 'Definitivamente, Padre'. Y Él dijo: 'Yo soy el Dios de los dioses de los dioses del cielo y de la tierra. Yo soy el único'. Yo estaba temblando. Dije: 'Te obedeceré'. Mi trasero estaba al aire…". Walford apoyó bruscamente la frente en el suelo y lanzó los pies al aire, poniéndose de pie. "Dentro estaba fresco, pero fuera hacía calor. Algo me pasó entonces. ¡Toda mi cara estaba genial! ¡Creo en Dios! ¡Dios! Aprendí desde ese momento. Hablo a todo

el mundo de forma clara, distinta y correcta. Y las cosas me llegan de golpe con entendimiento. ¡Soy inteligente gracias a Dios! Una vez fui tonto, ¡pero Dios me hizo inteligente! Me hizo conocer la Escritura de principio a fin. Me hizo saber cuántas mentiras hay en la Biblia. La Biblia del hombre blanco. Todo son mentiras y trucos".

Escupió con saña en el retrete. Jacobson trató de interponer una pregunta, pero fue interrumpido. Walford, sin control, con su excitación creciente, empezó a pasearse por la celda, relatando su retorcida versión del Jardín del Edén.

"Eva le dio a Adán la manzana. ¡Los hombres blancos escribieron eso! ¡No! ¡Eva le dio a Adán un coño para chupar! ¡Y le chupó la puta polla! Y Adán se la folló por el agujero del culo. ¡Comete Sodoma! Y luego se suicidó. Era un hombre negro".

"¿Quién se suicidó?"

"Adán. Porque estaba avergonzado". Walford se agarró a los barrotes de la celda y los sacudió, echando la cabeza hacia atrás y bramando de rabia.

"¿Por qué estás tan enfadado?"

"¡Porque ustedes me engañan! ¡Me decís que me coma la manzana! ¡Esa es la maldita mentira! ¡Sois unos mentirosos y unos engañadores!"

En un instante, Walford volvió a hablar del negocio de la droga. Se ensañó con los hombres blancos con los que había hecho negocios, pero dijo que Dios le había dicho que hiciera un viaje con los hombres y viniera a Estados Unidos, aunque no se fiaba de ellos y pensaba que su pago era falso. "¿Les diste la hierba?" preguntó Jacobson.

"Escúchame, maldito tonto. Él dijo que hicieran el viaje. Dijo que ustedes lo provocaran. Que le digan mentiras. La palabra de Dios. ¡Padre dijo que encontraras la palabra y los engañaras!" Walford se lanzó a través de la celda, un gruñido animal llenando el aire.

Jacobson cambió de tema. "¿Por qué estás en la cárcel?"

"Ahhhh, me arrestaron".

"¿Por qué te arrestaron?"

"No. Dímelo tú".

"Por asesinato".

Su ira se fue abruptamente, y se rió largo y tendido. "Ahhhh, pueden elegir a cualquiera".

"Bueno, ¿qué pasa con eso? ¿Es cierto?"

"¿Qué pasa con eso? ¿Qué pasa con eso?" Bailó por la celda. "Vete a la mierda. No lo sé. Si no lo sabes, no lo sé. Has venido aquí a preguntar, joder. Pues vete. ¡Vete!"

"¿No estabas allí, donde ocurrió?"

"No lo sabes". Era una afirmación. "Si lo supieras, no vendrías aquí a preguntar".

"Yo no estaba allí", dijo el médico.

"Yo tampoco estaba allí", respondió Walford. Volvió a reírse y sacudió los barrotes de la celda. Luego le dio la espalda bruscamente. "No tengo nada que impartirte. Váyase, he terminado con usted".

"¿No quieres hablar conmigo?"

"No. No más."

"¿Qué tal el hospital del norte?"

"No. Soy más jodido que tú. Si lo supieras, no preguntarías. Tú no lo sabes. No lo saben..." Hizo un gran gesto de barrido con el brazo, los músculos rígidos y tensos. "Estoy aquí como sospechoso, eso es todo. No lo saben". Arrastró la palabra saber*,* enfatizándola.

"Dicen que has matado a alguien".

Walford resopló despectivamente. Escupió en el retrete. "Cualquier hombre puede decir eso. Eso es lo que se oye, no lo que se sabe. Eso es un rumor. Un ruuu-mooor. Ja, ja, ja, ja. Un cuento. No un puto hecho. Así que no me preguntes". Empezó a boxear en la sombra, adoptando la pose de un boxeador profesional. Luego golpeó salvajemente los barrotes, lanzando golpes rectos con una velocidad aterradora. La celda resonó con el ruido de las bofetadas.

"Háblame del hospital de Massachusetts".

"Me enviaron allí otro grupo de psiquiatras. Me golpearon con una muñeca, y eso hizo que un trozo de vidrio saliera volando hacia mi ojo. Estaba trabajando. Le pregunté: 'Padre, ¿debo trabajar?' y me dijo: '¡Por supuesto!'. En el trabajo dijeron: 'Necesitamos algunos Popeyes. Necesitamos algunos Patos Donald. Necesitamos algunos Mickey Mouse'. Dijeron: "¿Puedes hacerlo?" y yo dije: "¡Definitivamente! Tenía un trozo de papel. La esposa de mi hermano me dio un papel que decía que era Bob Miller Grant. Así que podía trabajar. Mi hermano dijo que vendería su alma por dinero. Debería haberlo matado en el acto".

"¿Es correcto matar?"

Walford volvió a resoplar, con las cejas arqueadas, las manos en la cadera y los brazos en alto. "Escúchame. ¿Está bien que me hagas - preguntas? No te encojas de hombros. ¿Te he dicho que yo mato?"

"No sé..."

Saltó, interrumpiendo. "Estás tratando de ser tramposo. *Tricks*". Se rió. "*Tricky*". *Tricky Dick*. Perdonaré al Sr. Nixon por lo que ha hecho, pero todos ellos son unos malditos ladrones". Volvió a reírse, dudó un momento y luego añadió: "Llevé los papeles a Inmigración en Massachusetts y dije: '¡Creo en Dios, no en el hombre! Esto es falso. Envíenme de vuelta a Jamaica. Devuélvanme a mi país. Llegué aquí ilegalmente y conseguí estos papeles. Me compraron aquí ilegalmente. Pero Dios me enseña allí'".

Walford comenzó a inhalar y exhalar con dureza, su voz se convirtió en un gruñido, gruñidos de animalidad que salían de su pecho. Hizo sonar los barrotes salvajemente, como si tratara de liberarse de los frenéticos impulsos que corrían por su imaginación. La importancia de lo que acababa de decir se le escapó al médico y a los dos abogados; no se dieron cuenta de la crucial declaración que había hecho. Pasarían siete años antes de que se conociera lo que Walford había hecho.

Se tiró al suelo de la celda y empezó a hacer flexiones, recitando las Escrituras. Hacia arriba, con los dedos rígidos en el suelo de cemento, "Venga mi reino..."; hacia abajo, con el cuerpo tan recto como una barra de acero, "... líbranos del mal..."

"¡Dios mío!" dijo Jacobson a nadie.

Observó cómo Walford continuaba.

"Vernal, Vernal, ¿por qué te excitas tanto?"

"¡Porque ustedes saben la verdad!"

"¿La verdad en la Biblia?"

"¡Eso es! Te estoy diciendo lo que está en la Biblia". Se puso en pie de un salto y corrió de un lado a otro. Luego empezó a bailar de forma más lenta y pausada. Su voz se volvió aún más cantarina. "¡Eva le dio a Adán su coño para que lo chupara!"

"¿Qué tiene que ver eso con que te arresten?"

Walford se detuvo. Se llevó cómicamente la mano a la barbilla. "Eso es lo que no sé", dijo. Luego se rió. "El policía se acercó a mí. Me dijo: '¡Parece usted un hombre sospechoso! Dijo: '¡Salga del taxi!' Sacó su pistola y la amartilló así". Walford levantó la mano, imitando una pistola. "Dijo: 'Si corres te mataré'. Buscó en su bolsillo lo que llamaban

mis derechos. Le dije: 'No quiero decir nada'. Me dijo: '¿Quieres quedarte callado?'. Le dije: 'Por supuesto'".

"Te arrestaron y te acusaron de asesinato".

"No seas un maldito tonto. Sospechoso. ¡Sólo sospecha!"

"¿Eres mentalmente capaz de soportar un juicio?"

"¡Puedo soportar el juicio!"

"No hablarás con ellos". Jacobson señaló hacia Black y Denaro, que habían permanecido en silencio durante toda la entrevista.

"No tengo que hacerlo. Conozco los procedimientos judiciales. Estos malditos abogados no saben nada. No estaban allí".

"¿Aún habla Dios contigo?"

Walford cantó su respuesta. "Él camina conmigo... Él habla conmigo..."

"¿Por qué?"

"¡Porque Él me ama! ¡Ja, ja, ja, ja!"

"¿Qué piensa Dios de lo que has hecho?"

Walford volvió a reírse. "¿Qué he hecho?" Entonces, de repente, se agarró a los barrotes y acercó su cara a la del doctor tanto como pudo. Durante un segundo miró fijamente a los ojos de Jacobson. "Me doy cuenta", dijo. "Se nota" -su voz estaba llena de regocijo- "que chupas mucho el coño". Volvió a reírse y le hizo un gesto con la mano al médico. "¡Ve y chupa más coños!"

Jacobson se tomó un instante. Luego dijo: "La policía encontró sangre en su ropa".

"¡Eso es irrevelante!" Pronunció mal la palabra, en su prisa por responder. "¡Irrevelante! Irrevelante! No voy a contestar". Le dio la espalda.

"Bien, Sr. Walford", dijo el doctor. "Gracias".

Pero Walford, que empezaba a correr de nuevo por la celda, se limitó a gritar: "¡AhhhhhHahhhhh!" cuando el trío salió del bloque de celdas. Podían oír el eco de los gritos mientras los barrotes y las puertas cerradas con llave se cerraban uno tras otro tras ellos, y se alejaban de la locura, de vuelta al mundo.

Denaro, sin embargo, pensó mucho en la pregunta "¿Qué piensa Dios de lo que has hecho?" Walford había parecido tan locamente confiado en muchas de sus respuestas, pero a esa pregunta había vacilado. Muchas veces había respondido: "¡Definitivamente!" con su extraña

seguridad en sí mismo, pero no a esa pregunta. Denaro se preguntó a qué se debía esa repentina falta de confianza. Se preguntó si no habría alguna grieta en la armadura de la locura de Walford. Y resolvió averiguarlo.

8. Los informes

El informe de Jacobson al tribunal se redactó al día siguiente. Los doctores Arthur Stillman, Charles Mutter, Albert Jaslow y William Corwin siguieron su ejemplo en las siguientes semanas. Los cinco médicos eran los psiquiatras más utilizados y respetados que realizaban evaluaciones forenses en los tribunales del condado de Dade en 1974.

El de Jacobson era el más extenso, pero cada informe reflejaba los caprichos del comportamiento de Walford cuando cada médico había llegado fuera de las rejas a su celda de seguridad encalada. Su extensión oscilaba entre dos y seis páginas, dependiendo de la experiencia del médico cuando intentaba entrevistar a Walford.

No pude obtener el historial pertinente [escribió el Dr. Mutter].... Mostró los dientes y gruñó. Se levantó y realizó una danza nativa. Parecía desorientado. Era autista. Su afecto era muy inapropiado, cauteloso, sospechoso y hostil.... La impresión diagnóstica es de esquizofrenia paranoide aguda.

Es extremadamente peligroso y no debería ser liberado bajo ninguna - circunstancia.

Lo vi en dos ocasiones [escribió el Dr. Corwin]… los intentos de interrogarlo fueron respondidos con hostilidad, gritos y alaridos... De vez en cuando se ponía a bailar, ondulando las caderas de forma muy sexual. En ocasiones, mostraba su trasero hacia los examinadores con gestos obscenos, o rodaba de cabeza por el suelo de la cárcel. Otras veces se tumbaba boca abajo en las alfombras de la celda y parecía indiferente e insensible.

Frecuentemente hacía muecas o poses y presentaba una tendencia a adoptar actitudes y poses sugestivas de comportamiento esquizofrénico. ...

* * *

... A veces se reía de una broma privada [escribió el Dr. Stillman] y era muy reservado en cuanto a la información que daba. Muchas de sus ideas parecían

bastante extrañas, y su comportamiento era extraño, por decir lo menos, lleno de delirios religiosos, pensamientos autistas, visiones de visitas de Dios.... Parecía preocupado por las ideas de Dios y el sacrificio.

Tiene una inteligencia superior, pero demostró una perspicacia limitada.... Su capacidad de razonamiento abstracto y discriminativo parecía adecuada en algunos momentos y podía seguir un argumento en términos lógicos abstractos durante cierta distancia. En otros momentos se volvía muy necio, se colgaba de una palabra e insistía en que se le escuchara....

Clínicamente, se trata de un perturbado grave, esquizofrénico de la variedad paranoide.... Este estado ha existido durante un largo período de tiempo y no puede haber surgido de repente. La historia natural de la esquizofrenia paranoide es que se desarrolla durante un largo período de tiempo, generalmente en una persona inteligente....

El informe de Jacobson analizó las respuestas de Walford durante su -reunión. Una de las conclusiones a las que llegó el médico fue: "En este momento está claro que el acusado es severa y agudamente psicótico. Dentro del rango de mi experiencia clínica, rara vez, o nunca, he visto a un individuo que ofrezca una combinación tan severa y dramática de ira, rabia, agitación, pensamientos extraños, grandiosidad y psicosis…"

No se pidió ningún informe: ¿Qué posibilidades tenía Arnold? Ninguno trató de imaginar la pesadilla, la mueca retorcida en la cara de Walford cuando vio al niño de nueve años solo en el pasillo. No hubo ninguna mención estremecedora del horror al que se había enfrentado el niño. De hecho, su nombre no aparecía en ninguno de los informes.

Y luego estaba el informe del Dr. Jaslow.

En lo que respecta a Black y Denaro, los demás médicos habían llegado a un consenso: Walford era incapaz de ir a juicio y estaba loco en el momento del crimen. Habían llegado a esas conclusiones a pesar de que reconocían que Walford tenía sus momentos de lucidez y que quería ir a juicio. Sin embargo, para cada uno de ellos, Walford había estado en los momentos de su locura cuando fue entrevistado, en mayor o menor grado, pero aún capturado en la psicosis.

La experiencia de Jaslow había sido diferente:

Aunque tengo entendido [el médico escribió] que se había mostrado extremadamente agitado e incluso negativista hasta cierto punto con los

examinadores anteriores, se mostró bastante receptivo y cooperativo conmigo hasta el punto de hablar con bastante libertad en ciertas áreas de implicación....

Estuvo de pie la mayor parte del tiempo durante nuestra conversación, pero a veces se excusaba para sentarse en su colchón.... Durante la sesión hubo ciertos gestos de comportamiento que reflejaban su perturbación básica, y cada vez que tenía la necesidad de escupir en el retrete expresaba la expresión: "Perdóname, Padre".

Parecía ser plenamente consciente de la naturaleza y el significado del proceso, y cuando terminó su extenso recuento de los detalles que habían rodeado toda su historia desde que estuvo en Jamaica hasta que llegó de nuevo a Miami, y cuando se le presionó en el ámbito de las circunstancias que rodeaban el supuesto delito, señaló que tenía todo el derecho a guardar silencio y que tal vez sacaría a relucir estos asuntos en el tribunal.

Todas sus afirmaciones se hicieron con una voz estentórea, con gran claridad y una enunciación deliberada de las palabras, y parecía disfrutar de su control de la situación....

Describió la almohada de nubes que había venido sobre él.... Jesús de Nazaret... parecía guiarle y hablarle a lo largo de su progresión. Describió otras experiencias extrañas, como que su pelo se volvió completamente blanco, incluyendo el pelo de su cara, y hubo una expansión completa de toda su cabeza....

En varias ocasiones describió cómo Dios le hablaba y le decía lo que tenía que hacer, y no pensó en ello. Aun así, se negó a hablar de las circunstancias que rodearon la supuesta ofensa. A continuación, se volvió algo rítmico en sus movimientos y los golpes que daba con las manos acabaron convirtiéndose en una forma de baile y se produjeron risas inapropiadas y conversaciones en voz alta.

Era capaz de ayudar en su defensa... aunque podía responder a los cargos que se le imputaban seguramente estarían muy teñidos por su pensamiento perturbado....

En cuanto a su estado mental en el momento del presunto delito, no puedo dar una opinión verdaderamente objetiva ya que no tengo información del propio paciente....

Cuando Denaro y Black vieron este informe, pensaron: Aquí está el problema. Incluso con los demás alineados en su contra, la visión de Jaslow sobre Walford era más que suficiente para que un juez ordenara un juicio. Empezaron a maquinar, a inventar un método para aislar al doctor y, en última instancia, conseguir que se retractara de su informe.

9. Procedimiento correcto en la sala de audiencias

La primera comparecencia de Walford ante el juez del Tribunal de Circuito de Dade, Gene Williams, el 17 de enero de 1975, fue instructiva. Cuando entró, sus ojos recorrieron la sala 4-1.

A su derecha, a su izquierda, detrás de él y situados en los pasillos, unos fornidos guardias de la cárcel con camisa verde le observaban, esperando su primer movimiento explosivo. Walford tenía las manos y los pies esposados; las cadenas sonaban de vez en cuando, cuando se movía en su asiento en la mesa de la defensa, un contrapunto a los abogados que discutían ante el juez que tenía delante. Era el viernes cuatro semanas después del asesinato en el Crossways y la sala estaba llena hasta los topes, los asientos tipo teatro ocupados por los medios de comunicación de Miami, los fiscales, los abogados defensores y una veintena de curiosos.

Roy Black y Jack Denaro se turnaron para argumentar cada moción en nombre de Walford. Frente a ellos se sentó el ayudante del fiscal Leonard Glick. Esta audiencia preliminar, previa a la audiencia de competencia, sería la única de la que se encargaría Glick en exclusiva. Aunque había estado en la escena del crimen y quizás tenía una mayor apreciación de lo que había sucedido exactamente que cualquier otro fiscal, se consideró que era demasiado inexperto para manejar el caso principal. Por consiguiente, en la siguiente vista, Bernard Yedlin, un fiscal más experimentado, tomaría el mando.

Glick comenzó el proceso leyendo la acusación de asesinato en primer grado. El gran jurado del condado de Dade había acusado a Walford el día de su cumpleaños. Janet Reno, que en los años siguientes se convertiría en la fiscal del estado de Dade, presentó al detective Carberry ante los veintiún miembros del gran jurado. La acusación se produjo segundos después de su recitación de los hechos.

"¿Cuál es la acusación?" preguntó Walford en voz alta. Fue ignorado.

El primer acto de los dos jóvenes defensores públicos fue declararle inocente del cargo de asesinato en primer grado y solicitar un juicio con jurado. El juez Williams anotó la declaración en la hoja del sumario, tomando notas de vez en cuando. La declaración de inocencia y la solicitud de juicio con jurado eran respuestas estándar y formales, una forma legal de decir "jueguen" y de iniciar el caso del *Estado de Florida*

contra *Vernal Newland Walford,* número 75-179 del Undécimo Circuito Judicial.

Black y Denaro conversaron brevemente en el centro de la sala con paneles de madera, y luego iniciaron una serie de mociones rutinarias destinadas a preservar ciertos elementos que podrían plantearse en una apelación si Walford era condenado. Los ojos de Walford se paseaban por la sala, fijándose de vez en cuando en una persona u objeto y clavándose con excesiva intensidad. El juez Williams lo observaba nervioso desde el estrado.

Le pidieron que desestimara la acusación de asesinato en primer grado contra Walford por la inconstitucionalidad de la pena de muerte del estado.

Denegado.

Pidieron que cualquier prueba favorable encontrada por la policía o los fiscales durante el curso de su investigación del asesinato fuera entregada a la defensa.

Concedido.

Solicitaron que se les entregaran los antecedentes penales de Walford, si los hubiera, en Estados Unidos o en su país de origen, Jamaica.

Concedido.

Pidieron una lista de todos los posibles jurados que podrían sentarse para escuchar el caso.

Denegado.

Pidieron más tiempo para presentar más mociones.

Denegado.

En su silla en la mesa de la defensa, Walford comenzó a moverse, su asiento súbitamente incómodo, su paciencia repentinamente agotada. La audiencia casi había concluido cuando interrumpió el procedimiento, -poniéndose de pie abruptamente en la mesa y rompiendo el proceso ordenado que estaba teniendo lugar a su alrededor. "¿Puedo decirle algo?" Más una exigencia que una petición.

Los guardias de la cárcel se tensaron, con los ojos fijos en Walford. El juez Williams miró a Walford por encima del borde del estrado, por encima del borde de sus gafas. "No, usted está representado por abogados aquí". Walford irrumpió en las palabras del juez, como catapultado por la explicación del juez.

"¡No me representa ningún hombre! ¡Por Dios! ¡Ningún hombre habla por mí! ¡Yo hablo por mí mismo! Sólo hablan lo que saben. ¡Pero ellos no saben! Yo sé, así que hablo. ¡Yo era la persona que estaba allí! No pueden hablar por mí. Yo lo sé. No tengo la lengua atada", gritó.

"Muy bien. Manténganse callado", suplicó Denaro.

Pero Walford lo ignoró. Se giró rápidamente, haciendo un gesto con la cabeza a sus dos abogados, con los ojos en blanco. "¡No tengo la lengua atada, de ninguna manera!" Su voz, todavía marcada por el cantarín acento jamaicano, llenó la silenciosa sala. “¡No soy sordo! ¡No soy mudo!”

Walford se apartó de la mesa de la defensa, haciendo sonar las cadenas al moverse. Sus ojos brillaban con justa indignación, clavándose en el juez.

"Esta audiencia ha concluido", dijo rápidamente el juez Williams. Señaló con la cabeza a los guardias de la cárcel, que saltaron hacia Walford y lo agarraron, inmovilizando aún más sus brazos a los lados.

"¡No sé lo que estás diciendo! ¡Escúchame!"

"El acusado queda en custodia del Departamento de Correcciones", dijo Williams, retrocediendo en su silla.

Mientras los guardias le apretaban los brazos, Walford gritó: "¡Si no hablo, nadie podrá condenarme! ¡Sabéis que estoy aquí! Creéis que tengo la lengua atada".

Walford echó la cabeza hacia atrás, su voz bramando, torturada por la rabia, completamente fuera de control. "¡Dios, no el hombre!", gritó. "¡Dios, no el hombre!"

Los guardias le empujaron y tiraron de él hacia una puerta en la parte trasera de la sala que daba a un pasillo y a una celda. El pasillo era la ruta directa a un pasillo entre la cárcel y el edificio del tribunal. Walford luchó contra sus ataduras, contra las manos que lo sujetaban, y su voz penetró en el cuadro congelado de abogados y espectadores. "¡Dios! ¡Dios! Dios, no el hombre". Cuando las puertas de la sala se cerraron detrás de él, su voz continuó penetrando en la sala, resonando en las paredes y en los pasillos, llenando el cuarto piso con su mensaje: "¡Dios, no el hombre! Dios, ¡no el hombre!", repetido una y otra vez, cargado sin cesar por los furiosos pensamientos de Walford.

10. Denaro

Ser abogado defensor es entrar en un estado más allá del cinismo. Para Black y Denaro, el comportamiento de Walford en su primera audiencia, dos semanas antes de la crucial audiencia de competencia, fue ideal.

Había asustado al juez.

Había asustado al fiscal.

Había asustado a todo el personal de la sala.

Había actuado de forma incontrolable.

Había actuado como un completo loco.

En resumen, se había apoderado de la audiencia, había tirado por la puerta toda la razonabilidad de la ley y había hecho que la audiencia fuera tan paranoica y esquizofrénica como él. En efecto, había creado un tono más persuasivo para la visión de la defensa de lo que podían esperar. No podría haber sido mejor si se hubieran sentado con Walford de antemano y hubieran guionizado cuidadosamente su comportamiento. La propia espontaneidad de sus gritos había desbordado el majestuoso ambiente de la sala.

Sin embargo, si el esquema de la defensa se desarrollaba según el plan, había un elemento que faltaba y que preocupaba a Jack Denaro. Repasó lo que habían averiguado sobre Walford, según las -conversaciones con los médicos, Lucille Fernández y Carl, el hermano de Walford, que vivía en Hartford.

Las conversaciones con Carl Walford habían sido en gran medida inútiles. El hermano había hablado en un inglés rápido con acento jamaicano casi imposible de comprender y se había mostrado reticente a responder a las preguntas de Denaro. Sin embargo, el abogado había aprendido de los demás:

Walford estaba casado. Su esposa, Noletha, vivía en Kingston con cinco hijos. Otros cinco hijos habían nacido, pero murieron. ¿Cómo? se preguntaba aún el abogado. Walford había estado en las Fuerzas de Defensa de Jamaica y había alcanzado el rango de cabo. Había sido campeón de boxeo de peso medio, lo que explicaba en parte su extraordinario físico. Había estado involucrado en el tráfico ilegal de drogas en la provincia de Ocho Ríos. ¿Estaba relacionado con los rastafaris? No hay pruebas de ello, pensó Denaro. El Dios de Walford parecía ser exclusivamente suyo. Había llegado a Estados Unidos de forma ilegal, pero tenía los conocimientos y los papeles necesarios para

poder viajar libremente fuera del país y regresar. ¿Qué otros comportamientos ilegales tenían? se preguntó Denaro.

Le habían golpeado en el ojo. Y se volvió loco.

¿Por qué intentaba volver a Jamaica?

¿Hacia dónde corría? ¿De qué huía?

Denaro, como todos los que entraron en contacto con Walford en Miami, no podía entender cómo el hospital psiquiátrico de Northampton, Massachusetts, le había dado el alta. Al abogado le parecía incomprensible, mientras miraba a Walford a través de los barrotes de la celda de seguridad, observando a su cliente boxear con la voz que sólo penetraba en su propia imaginación.

Sin embargo, lo que se convirtió en la mayor preocupación de Denaro y su mayor fuente de fascinación fue la paradoja: Walford había cometido ese atroz crimen por una razón y ahora, cuando se le preguntaba por qué, se negaba a responder, hacía juegos de palabras o se enfurecía.

No tenía sentido. Si Dios le había ordenado matar a Arnold Zeleznik, ¿por qué no reivindicar esa conexión divina? ¿Por qué no gritarlo al mundo?

Ese era el misterio que consumía a Denaro. Si todo dentro del mundo legal progresaba satisfactoriamente, el mundo inferior de la mente de Walford seguía siendo una cuestión abierta, sin resolver, pensó Denaro: Debo saber por qué.

Empezó a ir a la cárcel a horas extrañas, a veces por la mañana, a veces por la tarde, a veces en mitad de la noche. Al principio se limitaba a colocarse justo detrás de los barrotes, fuera del alcance del loco, y miraba fijamente, fijando a Walford con una mirada a medias, a medias interrogativa. Cuando Walford le preguntaba qué estaba haciendo, el loco se sentía repentinamente incómodo bajo su inquebrantable mirada, Denaro no respondía. Se sentaba en silencio mientras Walford deliraba, retorcido y furioso, ante él.

En el centro de la rabia de Walford estaba la Biblia; la "religiosidad excesiva" es una parte integral de la esquizofrenia paranoide. Walford predicaba, rezaba y hacía ejercicio mientras citaba largos pasajes de memoria. Denaro pensó en la súplica: "Dios, no el hombre". Pensó también en la noche en que Walford, vestido de rojo, había corrido por las calles de Hartford, y en que la mañana del asesinato había estado ocupado en el aeropuerto, predicando, tratando de obligar a los

transeúntes a arrepentirse. Así que, pensó el otrora seminarista, si existe un método para llegar a Walford, debe ser a través de la Biblia.

Denaro fue a la celda de Walford unos días antes de la audiencia de competencia. Era de noche, y las duras luces fluorescentes de la cárcel forzaron la confrontación. Los dos hombres se miraron a través de los barrotes. Los ojos de Walford estaban furiosos; Denaro pensó que los suyos también lo estaban. Empezó con el comienzo del Libro de los Salmos: "Bienaventurado el hombre que no anda en el consejo de los impíos, ni se pone en el camino de los pecadores, ni se sienta en la silla de los despreciadores.

"'Pero su deleite está en la ley del Señor…’”

Walford se calló.

"'Los impíos no son así, sino que son como la paja que el viento arrastra'".

Walford se movió incómodo.

"¿Sabes por qué estoy aquí?" Preguntó Denaro.

"Líbranos del mal..." Walford respondió. Tentación.

"Necesito saberlo", dijo Denaro.

"Porque tuyo es el poder", dijo Walford.

"Debemos saberlo", recalcó Denaro la primera palabra.

"-y la gloria".

"Debes decirnos lo que has hecho".

"Por los siglos de los siglos..."

"Me lo vas a decir", dijo Denaro. Citó de su memoria: “‘... Abraham construyó allí un altar y puso la madera en orden, y ató a su hijo Isaac, y lo puso sobre el altar. ...Y Abraham extendió su mano, y tomó el cuchillo para matar a su hijo. Y el ángel del Señor le llamó desde el cielo, y le dijo... no pongas tu mano sobre el lad…’”

Walford echó la cabeza hacia atrás y soltó un largo grito de angustia que resonó por el pasillo. Los demás reclusos empezaron a gritarle que se callara. Denaro ignoró sus gritos y dijo: "Nos dirás lo que necesitamos saber".

Walford gritó: "¡Ponte detrás de mí!" Hizo la señal de los cuernos del diablo con los dedos. Cruzó la celda bailando, pero había una cautela en sus acciones y mantuvo los ojos fijos en Denaro. El abogado le dirigió una última y dura mirada, luego giró bruscamente sobre sus talones y salió a paso ligero, sin volverse. Oyó los gritos de Walford detrás de él y pensó: Una grieta en la armadura de la locura.

Denaro volvió a la celda de Walford al día siguiente. Miró fijamente a Walford durante un instante, el tiempo suficiente para obtener la completa atención del hombre desnudo. Walford guardó silencio, como si esperara. Denaro continuó con otra cita del Libro de los Salmos: "¿Quién subirá a la colina del Señor? o ¿quién estará en su lugar santo? "' Señaló con el dedo a Walford. "'Aquel que tenga las manos limpias y el corazón puro; que no haya alzado su alma a la vanidad, ni haya jurado con engaño'".

Walford se estremeció, todo su cuerpo temblaba.

"¿Quién eres tú?", preguntó.

"Ya sabes quién soy", respondió Denaro.

"¡Usted es mi abogado!" Gritó Walford. Alargó la palabra: *abooo-gaaa-doo.*

"Quizás más", dijo Denaro.

Walford escupió. "Dime", preguntó.

"No", dijo Denaro, "lo tienes que decir tú. Debemos saber lo que has hecho".

"No me abandones", dijo Walford.

Pero Denaro, sintiendo que tenía la ventaja, se dio la vuelta y se alejó.

Justo antes del día de la audiencia de competencia, Denaro se dirigía de nuevo a la celda de Walford cuando fue detenido por una de las enfermeras del pabellón de la cárcel. "Tuvimos que trasladarlo a una celda del fondo", dijo.

"¿Por qué?" Preguntó Denaro.

"Él y los otros reclusos se gritaban. Se estaba saliendo de control. ¿Sabes lo que dijo?"

"¿Qué?"

"Les dijo a los demás: '¡Venid aquí! ¡Os voy a coger! ¡Soy Jesucristo! ' y estaba gruñendo y haciendo sonar la malla metálica de los barrotes. Hicieron falta seis guardias para moverlo, y mordió a uno de ellos en la espalda. Lo que realmente lo hizo enojar fue cuando alguien usó la palabra *"maldito"*. No podía manejar esa profanidad en absoluto.

Hijo de Dios, pensó Denaro. Era lo que había esperado. El comportamiento de Walford era tan grandioso. ¿Por qué no disparar a la cima?

Fuera de la celda de Walford, Denaro dijo: "He aquí que voy a enviar a mi mensajero...

Walford asintió. "¿Pero ¿quién puede soportar el día de su llegada?"

Denaro respondió: "¿Dios te dijo lo que tenías que hacer?"

"Habla conmigo".

"¿Te dijo que tomaras el cuchillo?"

Pero Walford, repentinamente receloso, le dio la espalda.

Eso es, pensó el abogado. No está seguro, no está seguro en absoluto. La voz le dijo lo que tenía que hacer, y ahora le preocupa haber hecho lo que no debía. No lo sabe. Por dentro, Denaro dio un salto de emoción. Debe haber alguna frase, pensó, que desencadene esto. Recordó la reticencia y petulancia de Walford cuando Jacobson le preguntó sobre lo que había hecho. "¿Qué he hecho?" había respondido Walford. Un juego. Pero enmascaraba un temor mayor. Supongamos que Walford temía haber malinterpretado la orden. Eso es, pensó Denaro, eso es.

La pregunta correcta se le ocurrió entonces al ex seminarista. Pero se aguantó las ganas de preguntar.

11. La Audiencia

La audiencia de competencia tuvo un carácter casi surrealista.

Como teatro, quizás Ionesco o Beckett lo habrían disfrutado. Como ejercicio de la ley, fue inusual, por decir lo menos. Comenzó alrededor de las 11:00 am del viernes 31 de enero de 1975. Presidía el juez Gene Williams, jefe de la División Penal del Tribunal de Circuito de Dade. Por parte del Estado, el ayudante del fiscal Bernard Yedlin; por parte de Walford, Roy Black y el omnipresente Jack Denaro.

La vista comenzó con la presencia de la enfermera de la cárcel del condado de Dade, Sandra Cominsky, como testigo. Ella estaba allí para decirle al juez que el personal de la cárcel se negaba a sacar a Walford de su celda y transportarlo a la sala del tribunal. Aunque la distancia era sólo de unos cientos de metros, todo en el interior, las autoridades de la cárcel consideraban que Walford era un riesgo demasiado grande. Demasiados guardias tenían ya moretones y mordiscos por intentar trasladarlo de una celda a otra.

Además, explicó la enfermera Cominsky, después de la audiencia anterior ante el juez Williams, Walford había advertido a los carceleros de manera ominosa que no volvería a ir esposado al tribunal.

La sala estaba abarrotada de gente. Todos los asientos estaban ocupados. Los periódicos, los servicios de noticias y las cadenas de televisión tenían reporteros dentro de la sala, esperando a Walford. Además, unos días antes se había "filtrado" la cinta de vídeo. El *Miami News* había publicado una noticia en primera página en la que se describía lo que habían hecho Black y Denaro, pero sólo con suposiciones veladas sobre el contenido de la cinta. Incluso el grupo estable de hombres y mujeres de edad avanzada que rondaban el juzgado, "los buitres" de Miami, se habían peleado por los asientos.

El juez Williams parecía tenso.

Mientras la enfermera Cominsky terminaba de negarse a llevar a Walford a la sala, Roy Black entró por las puertas que daban al pasillo principal del cuarto piso. Llevaba una plataforma rodante con un gran aparato de televisión, el grabador de vídeo y rollos de cinta de vídeo con camisa negra. Cuando atravesó las puertas, una multitud de camarógrafos de televisión y fotógrafos de periódicos que se encontraban frente a la puerta tomaron imágenes. Las luces de la televisión inundaron la sala durante un instante, mientras la puerta se mantenía abierta para Black.

Williams explotó: "¡Le dije [a un alguacil de la sala] que sacara a todos los camarógrafos de ahí! Y los quiero fuera de allí ahora mismo. Quiero que vengan algunos diputados ahora mismo. Quiero algunos diputados. ¡Quiero a esos camarógrafos fuera de este piso! ¡Sin camarógrafos, sin cámaras en este piso!”

El juez se dirigió a un ayudante de la sala del Departamento de Seguridad Pública de Dade. "Salga de ahí y sáquelos de ahí. Pensé que había dado instrucciones de que ningún camarógrafo estuviera ahí fuera".

"Pedimos que se movieran. Volvieron", respondió el diputado.

"No quiero ninguna petición. ¡Sácalos de este piso! ¡Si se resisten, quítales las cámaras y confíscalas!"

Se volvió hacia Roy Black. "Sr. Black, ¿era necesario hacer eso que hizo en este momento?"

Roy Black permitió que así fuera.

Bernard Yedlin era considerado por sus adversarios como un fiscal de primera línea. Poco después del caso Walford, se convirtió en un abogado penalista muy conocido y respetado. Ya había manejado audiencias de competencia antes -eso no era nada nuevo para él- pero era nuevo en el caso Walford. Glick, que era el que más sabía del caso, había sido reasignado. El caso que tenía el Estado era el proporcionado por la policía: en cuanto a la culpabilidad o la inocencia de Walford en el asesinato, no había lugar a dudas; las pruebas eran evidentes.

Sin embargo, en el ámbito de la competencia, que se centra en la mente de Walford, el Estado estaba significativamente menos preparado.

Black y Denaro no habían invocado la norma de descubrimiento recíproco de Florida, como era su derecho. Si lo hubieran hecho, habrían tenido acceso a la totalidad de los esfuerzos policiales en el caso. Pero invocar la regla también habría expuesto su trabajo: la cinta de vídeo, los informes privados de los médicos, las entrevistas que habían realizado con el hermano y la amiga de Walford. Habrían tenido que entregar ese fondo de información a los fiscales del Estado, poniendo al descubierto su enfoque y su teoría de la defensa. El Estado podría haber contraatacado con sus propios médicos, tal vez incluso con una cinta de vídeo propia, que mostrara a Walford profundamente dormido o comiendo tranquilamente.

Pero los fiscales no tenían nada de eso para mostrar el 31 de enero.

El enfoque del Estado sobre la cuestión de la competencia de Walford se ejemplificó en las primeras preguntas que Yedlin dirigió a la enfermera Cominsky. "Señora, ¿cuál es, exactamente, el comportamiento que exhibió el Sr. Walford?"

"El Sr. Walford muerde. El Sr. Walford grita. Escupe. No coopera al pedirle que deje su celda, que salga de ella. Tuvo que ser sacado por la fuerza".

"Déjame preguntarte esto: ¿Es voluntario por parte del Sr. Walford, el escupir, el morder? ¿Parece ser voluntario?"

"Sí, señor".

"No tengo más preguntas", dijo Yedlin, sentándose.

La audiencia continuó, sin Walford. Permaneció en su celda mientras el caso se ponía en marcha, quizá la falta de su presencia fuera un argumento más fuerte que cualquier comportamiento extraño que pudiera manifestar en la sala. La silla vacía en la mesa de la defensa adquirió una importancia simbólica exagerada, la imaginación se

disparó con las posibilidades de lo que Walford podría haber hecho si hubiera estado allí. Por supuesto, podría no haber hecho nada. Ese era el problema; nadie podía saberlo.

Estaba previsto que cinco psiquiatras testificaran en la vista: Los Dres. Carlos Casademont, Arthur Stillman, Sanford Jacobson, William Corwin y Albert Jaslow. La defensa pidió que Walford fuera declarado incompetente; en consecuencia, la carga de probar esa incompetencia recayó sobre sus hombros.

Su mayor problema seguía siendo el Dr. Jaslow y su informe. Había dicho que Walford podía ser juzgado por el asesinato, con la única salvedad de que la asistencia de Walford a su abogado se vería afectada por los caprichos de su enfermedad.

El informe de Jaslow fue más que suficiente para que el juez Williams fijara la fecha del juicio y descartara los demás informes. Ya había sucedido muchas veces en los tribunales de Dade y volvería a suceder, a menudo con mucha menos información de la que Jaslow había proporcionado.

Black y Denaro habían decidido que tenían que obligar a Jaslow a retractarse cuando subiera al estrado. Entonces idearon un plan para producir ese efecto. En Florida existe una norma de los tribunales penales que establece que los testigos deben estar aislados unos de otros y no pueden escuchar el testimonio de los demás. La regla es invocada por la defensa. No hay revelaciones del tipo Perry Mason por parte de la audiencia.

En esta vista, sin embargo, cuando Yedlin preguntó si se iba a invocar la regla de los testigos, Black y Denaro se apresuraron a decir que no. Como resultado, los cinco psiquiatras programados para testificar se sentaron juntos en las primeras filas de la sala, pudiendo escuchar el testimonio de los demás. El resultado fue, según explicó Black después, que Jaslow iba a tener que escuchar a sus cuatro colegas y luego, frente a ellos, discrepar.

No pensaron que lo haría.

Especialmente después de ver la cinta de vídeo.

Yedlin se opuso enérgicamente a la grabación.

Nunca la había visto, no pudo interrogarla y no tuvo la oportunidad de prepararse, argumentó. Denaro replicó que los fiscales no tenían derecho a la cinta. El juez dictaminó que podía mostrarse.

En medio de los cuarenta y pico minutos de la cinta, Yedlin objetó. "Esto es un espectáculo, no un examen psiquiátrico. Me sorprende que el médico participe en él".

La cinta continuó hasta su conclusión.

* * *

El Dr. Casademont testificó, "Fue mi impresión que... y he tenido muchas horas de contacto con el Sr. Walford... ha estado funcionando bajo la ilusión de que es una especie de enviado de Dios y que ha sido puesto en este mundo para cumplir algún tipo de misión. Siempre ha rechazado qué tipo de misión es…”

En el interrogatorio, el juez tuvo que advertir a Yedlin de que controlara su tono de voz. "Doctor, permítame preguntarle esto", dijo Yedlin. "El acusado se negó a responder a cualquier pregunta sobre el suceso en cuestión, como presunto asesino del niño; ¿es eso correcto?”

"Correcto".

"¿Hiciste una sola prueba objetiva [de su estado mental]?"

"Creo que..."

"Por favor, responda sí o no. ¿Realizó una sola prueba objetiva?"

"No me atrevería a hacerlo con él".

"¿Hiciste una sola prueba objetiva?"

"No, señor. Me basé en observaciones tan subjetivas como un informe de rayos X o de laboratorio, que fueron las cosas que oí y las que vi."

"¿Exactamente las cosas que te dijo y las que quería que vieras?"

"Sí, señor", concedió el médico.

Yedlin se sentó, con su punto de vista hecho.

Pero Denaro respondió. “Doctor, el Sr. Yedlin le hizo una pregunta muy intrigante: ¿Por qué no le hizo el Wechsler [test de inteligencia para adultos] o el Binet [test de Stanford-Binet]? ¿Se ocupa usted de esas cosas o hace que lo hagan los psicólogos?”

"Tengo psicólogos que lo hacen".

"¿Por qué no hicieron que los psicólogos entraran en la celda y administraran, por ejemplo, el test de Binet?"

"No podía garantizar la seguridad de ese psicólogo".

"¿El Sr. Walford puede haberlo matado?"

Yedlin se levantó de un salto, gritando: "¡Protesto!".

Casademont respondió: "Creo que sí".

Denaro se sentó rápidamente. "No hay más preguntas".

El Dr. Stillman fue el siguiente. Mientras repasaba el voluminoso listado de sus cualificaciones para testificar, Yedlin fue advertido por el juez Williams: "¡Deja de hacer comentarios en voz baja!”

Stillman describió las ocasiones en las que había visitado a Walford. Dijo que pensaba que Walford era incompetente porque no podía consultar con el abogado. "Dudo que pueda ser contenido o que pueda contenerse [en la sala]", dijo a Roy Black.

Las únicas preguntas de Yedlin en el contrainterrogatorio se referían a por qué Stillman no había preparado un informe mecanografiado antes de su declaración. Stillman señaló con precisión que había sido contratado inicialmente por el equipo de la defensa y que el tribunal le había pedido que presentara un informe sólo unos días antes. Yedlin se sentó enfadado.

El Dr. Jacobson reiteró lo que había escrito: que Walford representaba una combinación única de emociones. "... una severa gama dramática de miedo y rabia. Creo que es extremadamente psicótico, impulsivo, impredecible".

Añadió que creía que Walford era incompetente para el juicio.

"Creo que sería imprevisible. Podría sentarse tranquilamente [en la sala] durante algún tiempo, pero no creo que fuera de ninguna manera predecible. Podría pasar de una relativa calma a una agitación extrema, dependiendo de lo que se dijera o sucediera, de lo que significara para él y de cómo lo interpretara."

En el contrainterrogatorio, una vez más, Yedlin entró en el aspecto voluntario del comportamiento de Walford. También preguntó cómo había podido Walford mantener un empleo, trabajar y viajar si era tan imprevisible.

"¿No te dijo una vez que sabía lo que había pasado, pero que nadie más lo sabía?"

"Sí, lo hizo".

"¿Estaba bastante contento con eso?"

"No sé si estaba contento. Hizo un gran esfuerzo".

"¿No sintió que había logrado alguna sensación de triunfo, que él sabía lo que había pasado y que nadie más sabía lo que había pasado?"

"Bueno, en el sentido de que alguien puede ser algo presumido por tener un secreto".

"¿Así que lo sabía y se negó a decir nada al respecto?"

"Bueno, no sé si lo sabía. Dijo que lo sabía..."

"¿Sólo más de lo que sabemos si lo pone o no en esa cinta?"

"No sigo tu pregunta…"

.. No sabemos si está bailando en esa cinta para nuestro beneficio, o si está escuchando voces de Dios, ¿verdad?"

"Sigo sin entender su conclusión", dijo el médico.

"Bueno", respondió Yedlin con sarcasmo, "ya sabes lo que intento ilustrar".

El Dr. Corwin también declaró la dificultad que tuvo para entrevistar a Walford. Dijo que creía que Walford era un enfermo mental agudo.

Yedlin limitó sus preguntas en el contrainterrogatorio. Sólo preguntó a Corwin si Black y Denaro le habían dicho al médico, antes de examinar a Walford, que su cliente estaba actuando de forma extraña. El médico respondió que sí.

Denaro se levantó. "¿Algún indicio de que Walford estaba simulando o fingiendo esta supuesta psicosis?"

"No."

Y entonces la defensa descansó, sin llamar a Jaslow. Los abogados sabían que el Estado haría eso. Y lo hizo.

"¿Qué encontró cuando examinó al acusado?" preguntó Yedlin.

"Esencialmente encontré un paciente comparable a lo que se ha -descrito. Aunque en la fecha en que lo vi, estaba mejor armado, mejor organizado, mejor controlado…"

"¿Cuál es su evaluación del acusado, en cuanto a si es competente para ser juzgado y ayudar en su propia defensa?"

Esa era la cuestión crucial. Y Jaslow comenzó a equivocarse.

"Sentí... que sí tenía un trastorno mental importante, y que interfería lo suficiente con su capacidad de asistencia como para que no se le considerara competente, aunque era capaz, inteligentemente, de responder a las preguntas que le planteaba. El proceso esquizofrénico subyacente interferiría de tal manera en su propio concepto de grandiosidad y en su concepto del bien y del mal, que interferirían significativamente…"

Yedlin, frustrado, se volvió hacia el informe que Jaslow había redactado. "¿No es cierto que declaró que era capaz de ayudar a su defensa, que deseaba responder a las preguntas que se le hacían?"

"Sí. Tiene una capacidad intelectual para ayudar... [pero] en cuanto a su trastorno, era tan desenfrenado... se hizo cargo... decidió cómo y

cuándo respondería. Estoy seguro de que habría representado la misma imagen a sus abogados y al tribunal.

"Fue receptivo y libre con usted, ¿no?”

"Él estaba controlando...

"¿No hubo ninguna pérdida de memoria?"

"No."

"¿Parecía tener un buen entendimiento sobre la naturaleza de los procedimientos en los que estaba involucrado?"

"Hasta cierto punto…”

"¿Controló la entrevista?"

"En gran medida".

Enfadado, Yedlin tenía una última pregunta. "Es bastante manipulador, ¿no?"

"Sí. Es bastante agudo, a su manera, a pesar de que tiene este grave trastorno mental".

Yedlin se sentó.

Los argumentos finales sobre la competencia de Walford fueron breves.

Yedlin: "Quiero argumentar en nombre del Estado, que todo lo que hemos escuchado y visto aquí, Su Señoría, huele a una situación cuidadosamente ensayada y construida y guionizada....

"Cuando se trata de un área significativa, el Sr. Walford dice, 'Es mi derecho, y no voy a discutir con usted'. Ahora, Su Señoría, ¿es esto realmente el acto de una persona demente o incompetente, cuando lo ve a la luz de lo que se alega que ha hecho? Pero si se considera el hecho de que el hombre está acusado del homicidio de cortar la garganta de un niño de nueve años, Su Señoría, y lo que él sabe que debe enfrentar aquí es probablemente uno de los crímenes más terribles que han ocurrido en el Condado de Dade. No puede ser particularmente inconsciente de ese hecho.

"... Puede relacionarse con esta gente. Puede hablar... si quiere. Él no quiere, Su Señoría, y en cierto sentido, no lo culpo. Yo tampoco querría, si pudiera bailar alrededor de mi celda, hacer *shadow boxing*, aullar a la pared y ser enviado al South Florida [Hospital Estatal] con una buena posibilidad de escapar de estos cargos....

"Preferiría hacer eso".

* * *

Roy Black tardó menos de cinco minutos.

"En esta audiencia de hoy, hemos presentado numerosos testigos para demostrar que el acusado es incompetente para ser juzgado. Ese testimonio no ha sido refutado. El Estado no ha presentado ningún testimonio. ...creo que, por ley, Su Señoría debe declararlo incompetente para ser juzgado e internarlo en el hospital psiquiátrico del estado".

Eso es exactamente lo que hizo el juez Williams.

Walford fue multado en el South Florida State Hospital de Pembroke Pines, Florida, en el vecino condado de Broward, no muy lejos de Fort Lauderdale.

Fuera de la audiencia, Black y Denaro se dieron la mano, victoriosos. Todo había salido exactamente como estaba previsto. Walford quedaría ahora en manos del sistema estatal de salud mental, pero si alguna vez volvía a un juicio, tendría un inmenso factor a su favor: ¿Qué mejor prueba de locura podría haber que la necesidad de institucionalizar al asesino enloquecido a las pocas semanas del asesinato real?

Yedlin se quejó a la prensa del "espectáculo". No tendría mucho más que hacer con el caso; éste volvería a ser reasignado a otro fiscal.

12. La pregunta

Sin embargo, Denaro no estaba satisfecho.

Con la victoria legal en el bolsillo, se sintió incompleto; tenía que saber, todavía, cuál era el motivo del asesinato. Volvió a la cárcel, solo, y se enfrentó de nuevo a Walford. El loco se detuvo, detenido en el centro de la celda, fijado por la mirada del abogado. Parecía más tranquilo, preparado, pero para qué, Denaro no estaba seguro. Mantuvo su mirada durante minutos, dejando que su silencio dominara el espacio entre los dos hombres. Walford se estremeció y Denaro aspiró una profunda bocanada de aire rancio de la cárcel. Parafraseó de su memoria.

"¿Sois vosotros los enviados de lo alto, o buscamos a otro? ”

Denaro hizo una pausa, observando el efecto que las palabras tenían en Walford. Cualquier estudiante de seminario recordaría la frase, pensó. Era la pregunta que los mensajeros enviados por Juan el Bautista habían hecho a Jesucristo.

Walford se estremeció.

Denaro volvió a preguntar, insistente, exigiendo: "¿Eres tú el enviado de arriba, o debemos buscar a otro?”

Y Walford echó la cabeza hacia atrás y abrió la boca de par en par y gritó sin sonido, sin que saliera nada más que aire. Levantó los brazos, como si estuviera clavado en su propia cruz, y su cuerpo se convulsionó. Luego se sentó, relajado, mirando a Denaro, con los brazos cruzados. Y empezó a hablar, a explicarse. Era, en cierto modo, una inmensa ironía: el abogado que tan elegante y elocuentemente había preparado la defensa de su cliente, basándose en la incapacidad de éste para conversar con él, había descubierto la llave para abrir la memoria y la lengua de ese cliente. Denaro descansó, relajándose, escuchando, intercalando de vez en cuando una pregunta propia, pensando todo el tiempo: Ahora voy a saber por qué murió Arnold Zeleznik.

CAPÍTULO 5

La nueva escuela

1. El mayor engaño

La noticia de que Walford había tenido su audiencia de competencia y había sido declarado incompetente para ser juzgado golpeó a los Zelezniks. No se habían dado cuenta de que podía ocurrir tan rápidamente. El golpe fue doble por el modo en que se enteraron de la decisión del juez Williams. No hubo ninguna llamada de la Fiscalía del Condado de Dade ni de la policía de Miami. En su lugar, recibieron un recorte del *Miami Herald:* "Acusado de matar a un niño es enviado a un hospital mental". El recorte fue enviado al norte por la tía de Carter, que vivía en el sur de Florida y que había visto la historia, despojada en la portada de la sección local del periódico el día después de la audiencia.

Lo que enfureció a la familia no fue tanto el resultado -aunque eso los perturbó- sino la forma en que se celebró la audiencia.

Betty leyó una cita en la historia del detective de homicidios de Miami, Carberry. Él había dicho a Joe Oglesby del *Herald* que la audiencia de competencia era "el mayor engaño que he visto jamás…"

Betty también vio que el juez Williams había ordenado el ingreso de Walford en el Hospital Estatal del Sur de Florida, en Pembroke Pines. El compañero de Carberry, el detective Martínez, había caracterizado el hospital en la noticia del periódico como "Ciudad de la Fuga".

Le hizo ampollas en el corazón.

Leyó que 112 pacientes se habían escapado del hospital durante el año anterior; que el alcalde y los concejales de la pequeña comunidad que rodeaba el extenso hospital exigía más guardias para su protección y garantías de que no se permitiría que el loco asesino de niños escapara. También leyó que el consejo estaba debatiendo el establecimiento de

patrullas de vigilancia armadas en el perímetro del hospital para vigilar a Walford, de modo que pudiera ser abatido antes de que huyera a los -barrios. Los ciudadanos de Pembroke Pines estaban dispuestos a hacer un piquete en el hospital, furiosos porque Walford iba a desembarcar en su entorno.

Betty no podía arrancar de su imaginación la imagen creada por la noticia del periódico. De repente vio a Walford escabulléndose del hospital y corriendo libre por el mundo.

Y matar al niño de otra persona.

Era un pensamiento que iba más allá de una pesadilla para ella, y una y otra vez se le saltaban las lágrimas cuando la visión se le agitaba en la imaginación. Incluso años después, al relatar el recuerdo, cuando le asaltó el repentino temor de que alguna otra madre tuviera que pasar por lo que ella había vivido, sus ojos se llenaron rápidamente y su voz, normalmente tan fuerte, tembló, apenas controlable.

Cuando, horas antes de que Walford fuera entregado al sur de Florida, los funcionarios estatales cedieron a la presión de la comunidad y cambiaron su asignación al hospital estatal de Chattahoochee -en el norte de Florida, a las afueras de Tallahassee-, con una sala forense de máxima seguridad, apenas se sintió aliviada. La visión de que otra persona podría tener una agonía idéntica a la suya casi la venció. También se enteró del cambio de hospitales designados a través del periódico.

Estas cosas empezaron a enfurecer a Carter.

¿Quién había estado a cargo de la liberación de Walford en Massachusetts? ¿Cuál había sido la naturaleza de la audiencia de competencia? ¿Qué pruebas se habían admitido? ¿Por qué se tomó la decisión? ¿Quién había ordenado el ingreso de Walford en una instalación de mínima seguridad? ¿Por qué no se le había dicho nada a él, a Carter? ¿Qué demonios estaba pasando aquí?

En el enfoque académico directo que empleaba Carter, empezó a delimitar áreas de examen. Si nadie le iba a decir lo que estaba pasando, iba a averiguarlo por sí mismo. Necesitaba conocer la locura legal, el sistema de salud mental de Massachusetts y el sistema de justicia penal de Florida. Carter se retrajo. Debo aprender, pensó. El conocimiento es la fuerza, y sabía que necesitaba esa fuerza desesperadamente.

Comenzó a enseñarse a sí mismo aquellas cosas desconocidas, decidido a averiguar lo que necesitaba saber.

En primer lugar, los Zelezniks consultaron a su íntimo amigo Richard Innis sobre una demanda contra el Estado de Massachusetts. Él les proporcionó los nombres de varios bufetes competentes de Boston que podrían encargarse del litigio civil. Poco después de la audiencia de competencia en Florida, la familia viajó a Boston para hablar con los abogados. Tuvieron varias consultas antes de sentarse con Evan Semerjian, un abogado de un bufete destacado y respetado. Fue su introducción al término *inmunidad soberana.*

Semerjian había advertido a la familia de que el Estado probablemente trataría de invocar esta doctrina, que, en efecto, impedía a los particulares demandar al Estado por sus actos ilícitos a título oficial. Sin embargo, el abogado estaba indignado por lo que les había ocurrido a los Zelezniks, y creía que, si conseguía que la familia compareciera ante un jurado, podría persuadirlo de que el Estado había sido negligente en la liberación de Walford. Llegar ante un jurado, advirtió, sería con toda probabilidad un largo camino. Tardaría años, dijo. Sin embargo, aceptó intentarlo. En su nombre, presentó una demanda alegando que el Estado había actuado con negligencia a través de sus agentes, los médicos y administradores del Hospital de Northampton que habían dado de alta a Walford.

Los servicios de cable recogieron la noticia. Una breve historia: "La familia presenta una demanda de cinco millones de dólares por la muerte de un niño de 9 años". La mayoría de los periódicos lo utilizaron como relleno o en las columnas de noticias breves.

De vuelta a Filadelfia, Carter tenía ahora algo concreto a lo que dedicarse. Se sumergió en estudios y tratados sobre el derecho y la locura. Amplió su investigación en el área de la inmunidad soberana y su historia legal. Su despacho comenzó a llenarse de cajas repletas de -documentos, tratados, tablas y papeles sobre la locura y su intersección con el sistema legal. Se dedicó a estudiar estas cosas, tomando notas, marcando páginas y llenando su mente. Era una forma de evitar que la pena lo volviera loco, pensó en su tristeza. O quizás ya estaba loco y esto le ayudaba a recuperar la cordura.

2. Bobby

Parecía sin alegría.

Actuaba de forma aletargada, apática, desinteresada.

No salía a jugar.

No podía soportar estar solo.

Estaba temeroso, precavido, constreñido.

Parecía haber perdido la espontaneidad de su hijo.

Aumentó rápidamente de peso, su complexión delgada se convirtió repentinamente en una gordura desconocida. Su mundo, antes del asesinato tan activo, atlético, lleno de ruido y emoción, se volvió tranquilo, sedentario y pasivo. Seguía a su madre a todas partes. Seguía a su padre. Sus impulsos naturales de independencia y de seguir su propio camino parecían repentinamente cortados y abandonados.

Cuando Bobby era un niño pequeño, había tenido lo que Carter reconoció como una ideación. Pequeño y en su cama, en la oscuridad de la noche, se volvía repentina y desesperadamente temeroso de la muerte y de morir. "¿Qué sería de mí si tú murieras?", les preguntaba a sus padres con lágrimas en los ojos mientras intentaban consolar al pequeño. "¿Adónde iría? ¿Quién cuidaría de mí?". Su miedo era evidente, la ansiedad de un niño pequeño que se había vuelto incontrolable. Carter inventó un juego con Bobby que jugaron durante el tiempo en que el pequeño estaba atormentado por el miedo a la muerte. Carter le dijo a Bobby que lo llamara simplemente el Pensamiento. Cuando el miedo empezaba a invadirle, Bobby corría hacia Carter y le decía: "Papá, ahora tengo el Pensamiento". Carter le cogía de la mano y le tranquilizaba mientras duraba, hasta que el miedo pasaba y se liberaba de la ansiedad.

A medida que crecía, la ideación parecía disiparse, presentarse cada vez con menos frecuencia, hasta que finalmente pareció desaparecer. Hasta el asesinato, cuando reapareció, más virulento, más difícil de controlar. Carter se preguntó si Bobby se libraría alguna vez del Pensamiento.

No quiso hablar de lo ocurrido en Miami.

No iba a las casas de otros niños.

No jugaba al aire libre si no estaba acompañado por su madre o su padre.

Incluso cuando jugaba en su habitación, salía periódicamente para comprobar el paradero de sus padres.

Siempre había sido el más callado de la pareja, sobre todo en contraste con el efervescente, efusivo y extrovertido Arnold. Ahora, les parecía a Carter y a Betty, era aún más reservado, más callado y retraído.

Cuando Bobby era un bebé, recordó Carter, había contraído un grave caso de bronquitis y había estado hospitalizado en el Jefferson durante cuatro días cuando la enfermedad alcanzó su punto álgido. Carter y Betty nunca habían abandonado el hospital durante su estancia; uno u otro habían estado junto a su cama, tanto si estaba dormido como despierto. Carter pensó que lo que se requería ahora era el mismo tipo de devoción; debían permanecer a su lado hasta que pudiera volver a respirar libremente.

Fue instintivo, su reconocimiento de que Bobby se estaba deslizando hacia una depresión cada vez más profunda. A su manera, su comprensión del divorcio gradual pero claro de Bobby con el mundo fue el mayor catalizador para alterar sus vidas tras el asesinato de Arnold. Era imperativo que involucraran a Bobby en la acción, para forzarlo a salir y alejarse de su apatía. En consecuencia, ellos mismos se involucraron en actividades. Cada tarea, incluso la más pequeña, se convirtió en un proyecto familiar. Todos iban a la tienda. Salían todos a los restaurantes. Todos se amontonaban en el coche y conducían por Fort Washington y Ambler.

Empezaron a llevar a Bobby a una escuela de karate en Filadelfia por la noche. Se apuntó a una clase para aprender los rudimentos de las artes marciales. Era bueno para él salir, pensó Betty, aunque ella y Carter se dieron cuenta de que el curso era una manifestación de su propio miedo a la vulnerabilidad. Reconocían libremente que el hecho de que Bobby recibiera clases de karate estaba pensado para darle una ventaja; como si cuando llegara el momento de enfrentarse a un loco armado con un cuchillo, al menos tuviera los recursos de las artes marciales para ganar unos segundos. Tiempo suficiente, quizás, para que llegara la ayuda. ¿Qué maldad hay en eso?

Su escuela habitual estaba fuera.

Bobby estaba a punto de terminar el programa de Nuevos Horizontes el año en que Arnold fue asesinado. Normalmente se habría trasladado a una escuela primaria normal del barrio, pero a ambos padres les pareció demasiado duro. Bobby ya tenía bastantes problemas para levantarse e ir a la escuela en la que había sido alumno durante años, donde las

habitaciones, las paredes, los profesores, los otros niños, todo le era completamente familiar. Una nueva rutina, un nuevo sistema estaban más allá de sus capacidades en ese momento, pensaron: demasiado desplazamiento, demasiado miedo.

A Carter se le ocurrió la solución.

Si la escuela normal no existía, pues formarían su propia escuela. Investigó las leyes de Pensilvania que regían el establecimiento de una escuela privada y se enteró de lo que exigía el plan de estudios según el estatuto estatal. No parecía mucho. Decidió que era posible fundar su propia escuela.

Casi al mismo tiempo encontraron la nueva casa.

Su casa de Fort Washington parecía respirar a Arnold en cada receso. A Betty y a Carter se les ocurrió la idea de mudarse, no tanto para disminuir sus sentimientos hacia Arnold como para liberarse de las asociaciones y de la depresión instantánea que les causaban. Comenzaron a buscar con poco entusiasmo, sintiendo en parte el -imperativo psicológico de la mudanza, pero igualmente culpables por ello. Era como si hubiera una sensación de traición al dejar atrás la casa donde Arnold había crecido y donde los dos chicos habían sido más felices.

En efecto, cuando los propietarios de la casa de Fort Washington, que los Zelezniks habían alquilado durante muchos años, tuvieron que regresar repentinamente del extranjero, se creó una excusa más allá de la culpa. Tenían que encontrar otra cosa. Era una cuestión práctica.

Descubrieron su nueva casa por casualidad. Una tarde de paseo en familia por la cercana Ambler. Vieron el letrero de "Se vende" en una casa grande, blanca, con un patio, un gran árbol y un viejo garaje para carruajes, en una callecita tranquila, a pocas manzanas de la concurrida vía de Bethlehem Pike. Las tiendas y los comercios estaban a pocas manzanas en la otra dirección. Era un barrio lleno de niños, campos de béisbol y casas viejas y acogedoras, ocupadas por maestros, bomberos y trabajadores de la administración pública. Era un barrio sin pretensiones y de clase media. Era el tipo de lugar que da la bienvenida, que hace que uno se sienta instantáneamente como en casa. Llamaron a la puerta y los propietarios les enseñaron la casa. La característica más inusual de la casa era una gran habitación rectangular, justo al lado del salón. Era más larga y más grande que la mayoría de las habitaciones familiares. Tenía

muchas ventanas, era luminosa y ventilada y se extendía a lo largo de toda la casa. Carter la vio y pensó: Aquí está nuestra aula.

Se decidieron rápidamente, hicieron una oferta y compraron la casa.

Betty, sin embargo, odiaba el embalaje.

No se atrevió a tirar nada de Arnold. Su ropa, sus libros, sus papeles y sus trabajos escolares fueron empaquetados en cajas y llevados a su nueva casa en Rosemary Street, en Ambler.

Carter se dedicó a crear la escuela. Se eligió un nombre: la Academia del Renacimiento. Fue un nombre seleccionado por su valor simbólico tanto como cualquier otro. Encontró un vecino que estaba libre para enseñar idiomas; encontró un profesor con tiempo libre que podía enseñar estudios sociales y geografía. Un amigo de la familia era matemático y estaba disponible a tiempo parcial. Carter lo organizó cuidadosamente, equilibrando todas las personas, los horarios y los cursos. El hijo de otro vecino estaba inscrito, de modo que Bobby tendría algo de compañía. Había un parque cerca y, por supuesto, el patio, por lo que había ejercicio adecuado. Había clases de natación en una piscina comunitaria cercana; eso también formó parte del plan de estudios. Carter sumó todos los cursos y actividades y llevó la propuesta que perfilaba la escuela a los funcionarios estatales encargados. La propuesta fue aprobada y se constituyó como tal.

Bobby fue inscrito en su propia casa.

La gran sala de estar se llenó rápidamente de libros, mapas, rompecabezas, una pizarra y pupitres. De un tablón de anuncios colgaban ejemplos de los trabajos de los dos estudiantes.

3. “Nunca gruñón, como yo”

Decidieron que debían crear algún tipo de recuerdo para Arnold. Tras el asesinato, se vieron inundados de peticiones de amigos que les preguntaban qué podían hacer para recordar a Arnold. Carter, sumido en el dolor, se limitó a sugerir la donación de fondos a la escuela Montessori New Horizons, donde Arnold había sido tan feliz. La escuela había acumulado una suma considerable y luego había preguntado a Carter qué creía que debía hacer con el dinero.

Carter no había pensado mucho en ello. Estaba pasando rápidamente del invierno a la primavera, y él estaba empezando a enfrascarse en la doble tarea de comprender la invasión legal en la que se estaba embarcando y los requisitos planteados por Bobby. Pensó en comprar libros para la biblioteca de la escuela. Otras personas sugirieron comprar equipos para el patio de recreo. Se discutió la idea de un fondo de becas.

La idea de un premio se le ocurrió a Carter durante una noche de insomnio y depresión. A Betty y a Bobby les entusiasmó cuando Carter les describió la idea por la mañana.

La familia diseñó juntos una medalla. En una de las caras tenía un retrato de Arnold que Betty había hecho para una clase de escultura. En la medalla están escritas las frases *Love Lives Forever (El amor vive para siempre), Think Good Thereon (Piensa bien)* y -el lema personal de Arnold- With *God, We Can* (Con *Dios, podemos).* Unos meses antes del asesinato, en una clase de la escuela dominical, el profesor había pedido a todos los alumnos que pensaran en una frase que reflejara sus creencias o sentimientos personales. Esa fue la frase que Arnold había seleccionado.

La familia decidió que el premio se otorgaría al alumno de primaria que demostrara valor, bondad, preocupación, amor y amabilidad. Sin embargo, tal y como lo veían Carter y Betty, la clave estaba en que fueran los propios niños los que hicieran la selección. Al involucrarlos en el proceso, estarían premiando a uno de los suyos. Se pidió a los niños de cada clase de la escuela New Horizons que reflexionaran sobre estas cualidades y que nombraran a un amigo que, en su opinión, reuniera las características más adecuadas. Carter y Betty se dieron cuenta de que los niños más pequeños de la escuela tendrían algunas dificultades con los conceptos, y para ellos era más probable que fuera un concurso de popularidad. Sin embargo, los niños mayores, más cercanos a la edad de Arnold, comprendieron mucho mejor lo que se les pedía. Sus ensayos de nominación reflejaban consideración y daban ejemplos de por qué habían elegido su opción.

Los Zelezniks tuvieron grandes problemas para conseguir la fundición de la medalla. Sus primeros esfuerzos fueron infructuosos; muchas de las fundiciones con las que se pusieron en contacto y que eran capaces de llevar a cabo la tarea cotizaban precios exorbitantes para una serie limitada de medallas. Además, muchas de las empresas estaban ocupadas produciendo medallas para conmemorar la victoria de

los Philadelphia Flyers en el campeonato de la Stanley Cup de la Liga Nacional de Hockey.

Los Zelezniks siguieron buscando y finalmente encontraron a un hombre que, debido a una tragedia en su propia familia, se sintió conmovido por la idea del premio y aceptó hacer las medallas a precio de coste. Sin embargo, se retrasó en la finalización del trabajo, y los Zelezniks tuvieron que correr a su estudio para conseguir las medallas y luego apresurarse a volver a las ceremonias de graduación en la Escuela de Nuevos Horizontes, donde se iba a realizar la primera entrega del premio Arnold Zeleznik.

El primer premio fue para Adam Deutchman, de once años.

El joven dijo a un reportero del *Philadelphia Bulletin* que había limpiado el escritorio de su casa para hacer un lugar de honor para la medalla. Adam dijo al reportero: "A él [Arnold] le gustaba escribir composiciones sobre los Flyers y le gustaba el béisbol. Nunca fue gruñón, como yo". Su cita se publicó en un afectuoso artículo en el periódico la semana siguiente.

En la ceremonia de entrega de premios, un acontecimiento típico de la escuela primaria, atestado de niños pequeños que corrían entusiasmados, ansiosos por empezar las vacaciones de verano, sus padres radiantes y el profesorado aliviado, todos reunidos bajo la brillante luz del sol, también se honró a Bobby. Se le entregó la misma medalla con la imagen de su hermano y una mención por el "valor y la compasión que mostró tras la muerte de su hermano".

Sostuvo la pequeña medalla redonda de plata de dos pulgadas y media en su mano y no dijo nada, con una sonrisa nerviosa y débil en su rostro.

CAPÍTULO 6

La obsesión de Carter

... Bueno, sí, supongo que eso es intelectualizar todo el asunto, pero así soy yo. Y no estoy diciendo aquí que sea un intelectual, soy otra cosa. Es una totalidad... una forma de pensar. Es como si alguien estuviera golpeando con un martillo y no martillara bien y se golpeara el dedo. Bien, ahora, lo normal es tirar el martillo y enfadarse con el martillo. ¡Nunca he sentido eso! Bueno, nunca no, pero esto es característico de mí. Miraré más allá de ese martillo. Diré: ¿Cómo es que la mano está haciendo eso? ¿Por qué estoy moviendo el martillo si no sé cómo hacerlo?

-Carter Zeleznik, entrevista del 16 de agosto de 1979

1. *Jack Ruby y el "Informe preliminar"*

Para llegar al despacho de Carter en el Jefferson Medical College, hay que subir un tramo de escaleras y luego bajar otro más pequeño, atravesar un conjunto de puertas de cristal opacas y sin marcas, recorrer un pasillo, pasar por delante de algunos escritorios que custodian los despachos de los administradores, girar bruscamente a la izquierda y maniobrar entre las secretarias que protegen a Carter y a sus compañeros de la intrusión injustificada de profesores, estudiantes u otros visitantes. La oficina en sí es pequeña, con una diminuta ventana solitaria, marcada por la modernidad fluorescente que caracteriza a toda la Oficina de Educación Médica, un bloque de fórmica, paredes blancas y colores brillantes en el centro del ladrillo marrón y el mármol desgastado de la facultad de medicina. El despacho de Carter es algo más que un cubículo de trabajo; hay espacio para su escritorio, un tablón de

anuncios, una silla de escritorio rodante, una silla para las visitas, un teléfono con múltiples líneas y archivadores de acero gris. Los archivadores están apiñados en todos los espacios disponibles. Encima de los archivadores hay pesadas cajas de cartón, llenas de otros papeles, documentos y recortes de periódico. Las cajas están marcadas al azar. Una dice simplemente "Walford". Los papeles fluyen desde la parte superior. Otros dicen "Inmunidad soberana", "Tribunal Superior de Massachusetts", "Esquizofrenia paranoica".

En los meses que se convirtieron en el primer año después del asesinato, Carter aisló su investigación a dos áreas específicas: Walford en Massachusetts y Walford en Florida. Sin embargo, al seguir el rastro de Vernal Walford de la manera errática que era la única ruta abierta, Carter se vio obligado a ampliar las áreas de investigación. Descubrió, por ejemplo, que tenía que entender más sobre la doctrina de la inmunidad soberana contra la que se estaban enfrentando en los tribunales de Massachusetts, y que tenía que entender los elementos de la locura y la ley, para comprender la situación legal de Walford en Miami.

Se dedicó a esas tareas con un celo excepcional. Las cajas y los archivadores de su despacho empezaron a llenarse rápidamente.

En todo momento supo que lo que estaba haciendo era producto de su dolor y su pérdida; eso no hacía que valiera menos la pena para él. Comprendió simplemente que la muerte de Arnold requería acción. Quedarse de brazos cruzados, dejar que otras personas -los abogados de Boston, los fiscales de Miami- asumieran la responsabilidad de los dos casos era, para Carter, más que una evasión. Sería admitir tácitamente que Walford le había robado no sólo a su hijo, sino su esencia. Él puso sus prodigiosas capacidades en esta educación.

En cierto modo, mantuvo a Arnold vivo para él.

Por otro lado, significaba que Arnold no habría muerto simplemente como el horrible resultado de un imprevisible accidente de la naturaleza, una terrible coincidencia en la fracción de segundo en que Dios había parpadeado, o había dado la espalda, o tenía su atención en otra parte, dejando vía libre al mal. Carter se empeñó en encontrar una razón para la muerte de Arnold, una razón más allá de la locura. Nada, pensó, sucede en el vacío. La muerte de Arnold no fue una mera casualidad, sino el resultado acumulado de un increíble número de factores sociales,

psicológicos y legales, de defectos y faltas. Carter se empeñó en conocer la verdad.

Se convirtió en algo más que una insistencia, más que una determinación. Lo consumió.

No mucho después de haber presentado la demanda contra Northampton y los responsables del hospital por la liberación de Walford, Carter y Betty recibieron una llamada anónima. Era de noche, la persona que llamó se negó a identificarse, pero dijo: "¡Hazlo tú, demanda a esa gente! Nunca debieron dejar libre a ese tipo, ¡y lo saben!"

Carter intentó interponer una pregunta, pero fue rechazado.

"No", continuó la persona que llamó, "no puedo identificarme. Perdería mi trabajo. Pero vas por buen camino. Sigue indagando. Descubrirás la verdad. Estaba mal, mal, mal, y ellos lo sabían".

¿Cuál era la verdad?

Se empezaron a esclarecer fragmentos del comportamiento de Walford. Se enteraron de la pelea en la planta de Milton Bradley Company en Springfield y de cómo Walford había acudido a la enfermera de la planta con sus quejas sobre el cristal en el ojo. Más o menos al mismo tiempo había recibido el aviso de despido.

El abogado de Boston había contratado a un investigador privado para investigar el caso. Había rastreado a Walford, descubriendo, al igual que los abogados del loco en Miami, que el jamaicano había tenido todo tipo de comportamientos extraños tras su salida del hospital. El - problema, como reconocería cualquier abogado, era conectar el asesinato en Miami con la liberación en Massachusetts. Si alguna vez conseguían llevar su demanda ante un jurado, tenían que anticiparse a que la oposición argumentara que Walford se había deteriorado precipitadamente, de una manera que ningún médico podía prever.

Uno de los elementos descubiertos en esta primera incursión en la estancia de Walford en Northampton fue el "Informe preliminar" elaborado por el hospital tras la liberación y posterior asesinato de Arnold.

El informe estaba fechado el 11 de enero de 1975. Tenía tres páginas. La primera página estaba ocupada en su totalidad por una lista de los miembros de la comisión de investigación, el alcance de su tarea y los testigos con los que habían hablado.

El comité está encargado de determinar:

1. Si se ha producido alguna negligencia o descuido clínico y, en caso afirmativo, qué medidas deben recomendarse.

2. Si las políticas y los procedimientos de admisión y alta vigentes en la Unidad de Springfield [el ala en la que estaba recluido Walford] eran adecuados para salvaguardar a los pacientes y al público y para garantizar una atención adecuada a los pacientes, y si se llevaron a cabo según lo exigido en relación con Robert Miller Grant.

3. Si las políticas y procedimientos existentes se consideran inadecuados, hacer recomendaciones para cambiarlos.

El comité de seis personas estaba formado por administradores del -sistema de salud mental de Massachusetts. Incluía a William Goggins, el superintendente adjunto de Northampton.

Estas fueron las personas entrevistadas:

Angelina Supan, M.D., el médico de la unidad que había firmado la liberación de Walford

La doctora Shirley Gallup, psiquiatra senior

Marion Miller, M.S.W., directora de unidad en funciones

Robert Sharon, M.S.W., trabajador social de la unidad

James Taylor, M.S.W., trabajador social de admisión

Carol Leeming, enfermera en jefe, turno de día

Jean Travis, enfermera en jefe, turno de noche

Louise Flyn, R.N., directora de enfermería

Jack Bourgeois, encargado del turno de día

Edward Kubasek, encargado del turno de día

Paul Gilbraine, abogado de los Servicios Jurídicos del Oeste de Massachusetts

El comité no había podido entrevistar a la médica que lo admitió, la doctora María Villacorte, porque estaba de baja, y se había hablado por teléfono con el médico que había enviado a Walford a Northampton desde el hospital de Springfield, el doctor William Linson.

El "Informe preliminar" no describía las entrevistas ni incluía citas literales. Se limitaba a llegar a tres conclusiones previsibles:

1. El Comité concluyó que no hubo negligencia clínica. Un médico del personal estaba a cargo del caso, vio al paciente varias veces y tomó la decisión final de darle el alta. Aunque no era la médica habitual de la sala, que estaba de baja por enfermedad, esta médica trabaja regularmente en el hospital y conocía la sala y el

equipo. Se hizo un diagnóstico, se revisó [sic] adecuadamente el comportamiento y el tratamiento del paciente y obviamente se reflexionó mucho sobre la decisión de darle el alta.... Los factores que influyeron en la decisión de dar el alta al paciente fueron que había firmado un ingreso voluntario y que presionaba para salir del hospital, que había una decisión clínica de que su estado no era tal que pudiera ser internado según los estatutos existentes y que parecía mejor animarle a obtener tratamiento en la - comunidad que retenerle contra su voluntad en el hospital durante un tiempo limitado....

2. El Comité concluyó que el ingreso y el alta del paciente se llevaron a cabo de acuerdo con las políticas y procedimientos de la unidad y del hospital en funcionamiento en ese momento. El paciente fue examinado al ingreso por el funcionario del día y se registraron el diagnóstico y el plan de tratamiento inicial... El paciente fue informado de sus derechos y se le permitió cambiar su estado de ingreso en la Sección XII [observación involuntaria de diez días] a un ingreso voluntario... El paciente recibió una atención considerable por parte del equipo de enfermería, además de ser entrevistado varias veces por los miembros del equipo clínico.... Se tuvieron en cuenta las opiniones de los asistentes, las enfermeras y el personal clínico a la hora de tomar la decisión de dar el alta al paciente....

3. El Comité llegó a la conclusión de que algunos aspectos de las políticas y procedimientos existentes en el momento de la visita del Sr. Grant al Hospital Estatal de Northampton no eran adecuados y debían mejorarse....

Esta última sección sugería que se hicieran mejores esfuerzos para contactar con los médicos remitentes, que se celebraran reuniones de personal más frecuentes para discutir las posibles altas y que se concertaran citas en los centros de salud mental de la comunidad para los pacientes que fueran a ser dados de alta y que hubieran aceptado los planes de cuidados posteriores establecidos por el hospital. Walford había aceptado a regañadientes dicho plan. Por supuesto, nunca había hecho un seguimiento del mismo.

Nunca habría un "Informe Final".

El propio informe contradecía las declaraciones que ya habían circulado en el *Boston Globe* y en el *Springfield Union* sobre el comportamiento agresivo de Walford. El informe no reflejaba en modo alguno el carácter real de las cuarenta y pico horas que pasó Walford en el viejo y desgastado hospital. De hecho, era una recopilación de medias verdades, falsedades, declaraciones erróneas, nombres mal escritos y errores gramaticales.

Pero habría que esperar siete años para que se reconociera.

Sin embargo, Carter lo sabía desde el principio. Sabía instintivamente que estaba mal, y lo sabía por los escasos datos que ya había acumulado. En el transcurso de los años siguientes recopilaría lenta y constantemente más y más pruebas que demostrarían que Walford había llegado a ese hospital virulenta y peligrosamente loco y que había empeorado dentro de las viejas paredes encaladas; que, en la agonía de la psicosis homicida, oyendo voces y cantando delirios, Walford había insistido en marcharse y, por miedo o locura, se le había permitido salir del hospital, sin que los hilos que impedían la tragedia se desenredaran rápidamente.

En Miami, Carter obtuvo los informes psiquiátricos que se habían preparado para la audiencia de competencia, ninguno de ellos de más de media docena de páginas. Los leyó metódicamente, con cuidado, examinando cada aspecto de los informes.

Le indignaron.

Un estudiante de tercer año en el Jefferson se habría avergonzado de entregar cualquiera de los informes, pensó.

En el transcurso de sus lecturas, Carter había dado con el informe de la Comisión Warren sobre el asesinato de John F. Kennedy. Lo que más le interesaba era la sección en la que se investigaban los antecedentes de Jack Ruby, el asesino del presidente Lee Harvey Oswald. La Comisión Warren había preparado un extenso perfil biográfico y una historia psicológica de Ruby como parte de su informe. Había profundizado en prácticamente todos los aspectos de los antecedentes de Ruby, desde su amor por los perros hasta sus conexiones con los bajos mundos, pasando por su propensión a la violencia incontrolada. Carter contrastó este retrato total y absorbente con los informes abreviados y desinformados que había obtenido de Miami sobre Walford. Más tarde insistiría en esta discrepancia una y otra vez, no tanto para decir que Walford debería haber sido investigado con la misma intensidad que Jack Ruby, sino para caracterizar la diferencia de enfoque. Lo que le enfurecía de lo ocurrido en Miami era la limitación de la investigación; ¡parecía que nadie quería saber realmente! Parecía que a nadie le interesaba averiguar por qué Walford estaba allí, por qué pensaba como lo hacía y por qué había matado a Arnold. De hecho, las únicas personas que Carter pudo ver que se preocupaban debidamente por el caso eran el equipo de defensa de Walford.

Consideró todas las cosas que no se habían hecho con Walford.

Los médicos no habían tomado el historial del paciente.

No han realizado ninguna prueba física.

No habían realizado ninguna prueba mental.

No se le había hecho un electroencefalograma. Tampoco le habían dado dosis mínimas de Torazina, para determinar el nivel más bajo posible con el que recuperaría el control. Le habían inyectado rápidamente dosis enormes, con la camisa de fuerza del potente - medicamento antipsicótico.

Al principio, Carter ni siquiera estaba convencido de que el diagnóstico de esquizofrenia paranoide fuera correcto. Al igual que los médicos de Miami, sabía que Walford había sido campeón de boxeo en las fuerzas armadas de Jamaica. Podría haber un daño cerebral orgánico. Pensó en un hematoma subdural, un hematoma en el cerebro. Podría producir un comportamiento muy parecido a la psicosis. Sin un electroencefalograma, no había forma de saberlo. Lo mismo ocurría con la epilepsia del lóbulo temporal, una enfermedad física que provoca un comportamiento violento, agresivo y aparentemente psicótico. Le enfurecía que cada médico pareciera encogerse de hombros ante el hecho de que Walford sólo pudiera ser entrevistado a través de los bares, como si eso fuera la excusa para no averiguar el historial adecuado del paciente. Le enfurecía que la duración de los exámenes hubiera oscilado entre una y cuatro o cinco horas. Le parecía insuficiente, independientemente de la experiencia de cada uno. ¿Cómo podía esperar alguien averiguar algo en una hora?

En resumen, consideró que los informes eran cutres, desinformados e inadecuados.

Y no había nada que pudiera hacer al respecto.

No estaba más satisfecho con la Fiscalía del Condado de Dade. Su lectura de la transcripción de la audiencia de competencia le llevó a la conclusión de que la fiscalía había estado lamentablemente poco preparada. Lo que no podía entender era por qué. ¿Cómo podía alguien no considerar el asesinato de Arnold un caso importante? ¿Un caso prioritario?

Carter estudió detenidamente libros y revistas con títulos como: *Lecturas de Derecho y Psiquiatría; Salud Mental y Derecho: Un sistema en transición; Psiquiatría forense, táctica en el interrogatorio; The Journal of Psychiatry and the Law; The Mentally Disordered Offender; The Mind of the Murderer; Law, Psychiatry and the Mental*

Health Sy stem. Leyó obras como *A sangre fría* y *Compulsión.* Estudió los casos famosos: M'Naghten, el caso inglés que dio lugar a los actuales criterios de demencia utilizados en la mayoría de los estados, y Durham, el criterio del impulso irresistible que se empleó en algunas otras jurisdicciones. Leyó transcripciones de juicios y extractos de casos de todo Estados Unidos, casos famosos, como el caso Volbrecht en Kansas, que contenía un ataque al criterio de M'Naghten de conocimiento del bien frente al mal, y el testimonio del Dr. Manfred Guttmacher en el juicio de Jack Ruby. Guttmacher, quizás el psiquiatra forense más importante del país hasta su muerte, había sido conocido por la cautela que empleaba en sus análisis del comportamiento criminal.

Carter ingirió todo eso y más. Leyó estudios médicos sobre la -esquizofrenia paranoide, el comportamiento psicótico y la sociopatía. Se adentró en la literatura de la locura con *Crimen y Castigo* de Dostoievski.

A lo largo de todo el proceso de aprendizaje, la pregunta en el fondo de su propia mente era: ¿Cómo se relaciona esto con la muerte de Arnold?

Empezó a verlo todo como un gran fracaso de la sociedad.

Por ejemplo, leyó una y otra vez, en estudios críticos y tratados jurídicos académicos, sobre la inadecuación del estándar M'Naghten sobre la locura y cómo los psiquiatras, en su mayoría, consideraban que era inapropiado testificar en un tribunal de justicia. La literatura de la conjunción del derecho y la psiquiatría era rica en ataques al estándar M'Naghten de responsabilidad penal. Sin embargo, aunque era popular atacar la norma M'Naghten, ésta seguía siendo ampliamente utilizada, y el sistema de justicia penal parecía encogerse de hombros colectivamente y no sustituirla por algo más apropiado. Carter no podía comprender por qué, dado el descrédito casi universal en el que se encontraba la norma, dado el conocimiento de que los psiquiatras eran reacios a testificar en los tribunales de justicia, por qué a estos médicos de Miami se les había dado un poder tan extraordinario. ¿Por qué se les había permitido venir y testificar sobre la base de lo que eran investigaciones claramente inadecuadas, con sus palabras estampadas como si estuvieran en tablillas, sin ser contradichas, sin ser cuestionadas?

¿Por qué no hubo una respuesta preparada de la fiscalía?

¿Por qué el juez había ordenado el ingreso de Walford en un centro de mínima seguridad?

¿Por qué nadie se había puesto en contacto con él y con Betty y Bobby?

¿Qué pasaría ahora, con Walford en una institución?

¿Conseguirían un día en el tribunal?

¿Y quién estaba allí para defender a Arnold?

A veces la rabia se apoderaba de él, y cerraba la puerta de su despacho y lloraba en silencio por la frustración y la pena.

CAPÍTULO 7
Un paseo en bicicleta

1. Tiempo lento

Durante meses, la familia vivió en un estado de penumbra.

A veces se sentían como si estuvieran actuando, sólo haciendo los movimientos de la vida, como si sus cuerpos reales estuvieran en otro lugar, casi como si se estuvieran viendo a sí mismos en un escenario o en una pantalla de teatro. La conexión con el suceso asesino de Miami era tan fuerte que a veces superaba las rutinas diarias, arrastrando a los Zelezniks, borrando el mundo razonado que les rodeaba y -devolviéndoles a ese excepcional momento de locura. Se deprimían repentinamente, tenían miedo de repente, les invadía una insólita lasitud que no tenía relación con las tareas del día, sino que estaba arraigada en el asesinato de Miami.

Los días pasaron, se convirtieron en semanas, meses, un año, luego dos. La lucha por recuperar un tipo de normalidad sin Arnold era algo constante pero evasivo. Hicieron un viaje a Nueva Escocia, por ejemplo, la nueva y disminuida familia de vacaciones. Condujeron hacia el norte, a través de las salvajes regiones costeras de Canadá, y tomaron el ferry hasta la península. Pero las vistas, las experiencias del viaje apenas se registraron. En años posteriores, Betty apenas podía describir lo que habían hecho y visto. Sólo recordaba la ausencia de Arnold.

También había cosas pequeñas. Carter y Betty nunca comían carne el día 20 del mes, ni cenaban. Era una forma de recordar que el 20 de diciembre de 1974 se habían quedado sin cenar.

A Betty le costó controlar sus lágrimas.

A veces, de forma espontánea, el recuerdo de la pérdida salía de su corazón hacia la garganta y la imaginación, y se sentaba pesadamente,

abrumada por el remordimiento. Intentaba ocultar esos momentos a Carter y a Bobby. Especialmente a Bobby.

También le resultaba difícil ocultar su miedo.

Hubo docenas, cientos de momentos en los que se encontró sola en la cocina. Bobby estaba arriba, en su habitación, haciendo los deberes o leyendo u ocupándose en silencio. Se encontraba de repente paralizada por el silencio, capturada por un miedo informe e inidentificable, y sentía el impulso irrefrenable de correr hacia la escalera y subir de un salto el tramo de escaleras hasta la habitación de Bobby, para asegurarse de que seguía allí, de que seguía vivo.

Ella conocía el peligro inherente a esos momentos.

Una de las ideas más claras y difíciles que reconoció Betty fue que la persona que más se vería perjudicada por la sobreprotección era Bobby. Aunque quería vigilarlo, custodiarlo y protegerlo, sabía que eso también lo encerraría, le impediría crecer y ser independiente. Esa carga, la de no vigilar a Bobby constantemente, recaía sobre todo en los hombros de Betty. Al fin y al cabo, Bobby estaba dentro de la casa la mayor parte del día en la Academia Renacimiento, en la sala familiar. El ámbito de su juego se limitaba a su habitación en el piso de arriba y al patio, pero incluso allí le costaba salir al principio sin que Betty estuviera presente para vigilarlo. Las excursiones, especialmente las relacionadas con la academia, estaban siempre supervisadas y organizadas. En cierto sentido, Betty se encargaba de compensar toda esta protección. Si Bobby no iba a ir a una escuela primaria normal, como tantos otros niños, y no iba a estar protegido de esa manera, dependía de Betty que saliera al exterior y que, en efecto, pudiera actuar como el joven que era.

Así que comenzó una campaña de independencia.

Cuando Bobby se acercaba a ella, queriendo salir al exterior y deseando su compañía, ella se negaba. "No, Bobby, ya eres lo suficientemente grande como para jugar solo al aire libre. Yo voy a estar aquí". Al principio, él lloraba o golpeaba el pie con rabia o le suplicaba. A veces se quedaba pensando y se retiraba a su habitación.

Sin embargo, la atracción del aire libre era demasiado grande para toda su joven energía, y a regañadientes empezó a aceptar, aunque volvía a asomar la cabeza en el interior, minutos después, para gritar: "¡Mamá, estoy aquí!".

Ella respondía: "Bien, yo también estoy aquí".

Esas llamadas empezaron a disminuir poco a poco.

Betty veía esas cosas como pequeñas escaramuzas, pero éxitos al fin y al cabo. Y si conseguir que Bobby jugara fuera de su vista era un momento victorioso, no dudaba en identificar el siguiente. Desde el patio delantero hasta la casa del vecino, desde allí hasta el parque infantil, veía esos pasos, esas pequeñas expresiones ordinarias y rutinarias de libertad, como acontecimientos grandes y trascendentales. Sin embargo, ocultaba sus sentimientos, mostrando una solidez, una fachada de nada fuera de lo común que enmascaraba la mezcla de placer y miedo que sentía.

Bobby engordó después del asesinato, su letargo y pérdida de acción eran directamente atribuibles a la pérdida del hermano al que había seguido constantemente. Cuando Bobby ganó una gordura que no era la verdadera forma de su hijo, Betty finalmente insistió en que se pusiera a dieta. Es difícil hacer que un niño de nueve o diez años limite su alimentación y elimine los dulces, pero Betty se mantuvo firme. Lenta pero perceptiblemente, Bobby empezó a perder peso. Betty le insistió cada vez más en que hiciera más actividades al aire libre. Y funcionó. Bobby empezó a parecerse más a sí mismo.

Hubo contratiempos, por supuesto, que conllevaron una miseria como si fuera un cuchillo. El trabajo de Betty era convertirlos en éxitos. Betty insistió firmemente en que Bobby se uniera al club de natación local. La piscina estaba situada a sólo unas manzanas de distancia, todos los niños del vecindario eran miembros y, de niño, Bobby siempre había sido un fuerte y ávido nadador. Se resistía a salir de casa y aún más cuando Betty le explicó que no estaría con él durante los entrenamientos.

Sin embargo, ella se impuso, explicando que lo dejaría en el coche y lo recogería puntualmente al final de las sesiones. La rutina ordenada pareció tranquilizar a Bobby, que acabó aceptando.

El sistema funcionó excelentemente al principio. Betty y Bobby se subían al coche y se dirigían al club. Ella se bajaba y lo acompañaba al interior; una vez allí, familiarizado con los entrenadores y los demás niños, Bobby se relajaba y se lanzaba con energía a los vestuarios y la piscina. Betty volvía a la casa de Rosemary Street y, vigilando el tiempo, hacía las tareas domésticas o trabajaba en uno de sus encargos de pintura de la Academia de Bellas Artes de Pensilvania, donde estaba matriculada en cursos. Se dejaba tiempo de sobra para conducir las pocas manzanas que separaban el club, donde la esperaban cuando Bobby y los demás niños terminaban.

Un día luminoso y cálido, el tipo de tarde que desmiente los temores y las ansiedades, Betty se tomó unos minutos extra para terminar un trabajo. Cuando salía por la puerta, la vio uno de los vecinos, que la saludó y se puso a hablar con ella. Betty quedó atrapada, junto a la puerta del coche, medio dentro, medio fuera, atrapada en la conversación. El vecino siguió hablando, no de nada, en realidad, y Betty empezó a sentir que su control se disolvía. Seguía intentando - interrumpir: "Tengo que irme. Bobby me está esperando. Tengo que estar allí para recogerlo", pero la vecina, sin darse cuenta de la sensación de urgencia que tenía Betty, siguió hablando. Finalmente, a costa de ser grosera -algo que Betty nunca fue-, cortó a la vecina. "¡Tengo que irme!", dijo. "¡No puedo hablar!"

Se metió en el coche y se apresuró a ir al club de natación. Llegó quizás un cuarto de hora después de la finalización del entrenamiento. Bobby no aparecía por ninguna parte.

Su primer impulso fue gritar: "¡Bobby!". En lugar de eso, respiró profundamente.

Tuvo que tragar con fuerza, para superar las súbitas imágenes que se agolpaban en su conciencia. Luchó contra la sensación de pánico y miedo de la pesadilla y se obligó a caminar despacio, con cuidado, hacia el club.

No había nadie.

Intentó entonces su primer "¿Bobby?", sin levantar la voz realmente, sólo por curiosidad, preguntándose. Sintió que sus puños se tensaban y apretaban cuando no hubo respuesta. Está aquí, pensó. Empieza a buscar.

Empezó a buscar. De vez en cuando gritaba. Se negaba a dejar que su ansiedad penetrara en el tono de su voz, aunque con cada segundo adicional su nerviosismo aumentaba.

Lo encontró, escondido detrás de un tabique en una pequeña habitación trasera. Las lágrimas corrían por sus mejillas. Le abrazó y le miró fijamente a los ojos. "Lo prometiste", dijo él, entre jadeos. "Dijiste que estarías allí. No estabas allí. Me quedé solo. No sabía qué hacer; todos se fueron a casa y tú no estabas. Tenía miedo".

Su primer impulso fue el de abrazarlo, envolverlo con sus brazos y prometerle que no volvería a suceder y que ella siempre estaría allí, para unirse a sus lágrimas y protegerlo de su miedo. En lugar de eso, respiró profundamente y lo alejó de ella.

"Bobby", dijo, "¡escúchame! Sabes que no puedo estar siempre en todas partes. Supón que el coche se pincha. O que recibiera una llamada de papá. O cualquier otra cosa. Eres lo suficientemente grande como para saber qué hacer. Podrías haberle pedido a uno de los entrenadores que se quedara contigo. Podrías haber pedido prestada una moneda a uno de los otros chicos y haber llamado a casa. Podrías haber pedido a una de las otras madres que te llevara a casa. Podrías haber vuelto a casa andando. Son sólo unas pocas cuadras, y conoces el camino. No puedes depender siempre de mí o de papá. Tienes que depender de ti mismo".

Ella le miró fijamente y él asintió.

Los dos se fueron a casa en silencio.

Al día siguiente, cuando Bobby dudó en ir al club, Betty lo sacó de allí antes de que pudiera formular su objeción. Ella pensó: ¡Tenemos que seguir avanzando!

No pasó mucho tiempo después de ese incidente cuando Bobby anunció que empezaría a ir al club en bicicleta. El primer día, Betty le siguió en el coche. Él la saludó cuando llegaron a la piscina. Al día siguiente quiso que le siguiera de nuevo, pero Betty se negó. "Oh, Bobby, tengo que terminar este cuadro, y estoy esperando una llamada, luego tengo que ir a la tienda de comestibles. Ve tú, y te veré más tarde". Utilizó su voz más práctica, un poco cansada, agobiada por las tareas, como si no fuera nada fuera de lo normal.

Bobby la miró por un instante, vacilante, tratando de decidirse. Luego dijo: "De acuerdo", y salió a la calle y se subió a su bicicleta. Betty luchó contra la necesidad de subirse al coche y seguirle. En lugar de eso, saludó a Bobby con un pequeño y despreocupado saludo y observó cómo se alejaba pedaleando, girando y mirando hacia atrás sólo una o dos veces.

Eso, pensó Betty, es una verdadera victoria.

Volvió a sus tareas domésticas, un poco nerviosa, mirando el reloj con demasiada frecuencia, anticipando el sonido de la bicicleta de Bobby cuando por fin sonó en el porche trasero y él anunció su llegada a salvo. Aunque sabía que era una victoria para Bobby, pasaría algún tiempo antes de que se diera cuenta de que era una victoria igual de grande para ella.

2. La decisión de luchar

Las etapas iniciales de las dos luchas legales de los Zelezniks fueron un revolcón. En Miami, Walford había sido declarado incompetente y trasladado al sistema de salud mental. En Boston, la acción civil del Tribunal Superior número 5706, *Carter Zeleznik, administrador de la herencia de Arnold Frank Zeleznik, demandante* contra *el Estado de Massachusetts, Angelina Supan, Shirley Gallup, Irving Jacobs, María Villacorte y Robert Sharon,* también tenía dificultades. La dificultad fue creada por el retraso. El resultado de su demanda dependía, en gran medida, de los resultados de varias acciones pendientes, y tenían que esperar a que esos casos llegaran a su fin.

A Carter le gustaba referirse a la doctrina legal de la inmunidad soberana como "la regla de que el rey no puede hacer nada malo". En su mayor parte, su simplificación era correcta. A mediados de la década de 1970, la mayoría de los estados de la Unión habían eliminado cualquier tipo de inmunidad soberana. Se trataba de una herencia de los principios del derecho consuetudinario inglés que se había instalado en el sistema jurídico estadounidense décadas antes. En efecto, impedía que un individuo demandara al Estado o a los agentes del Estado por un acto ilícito cuando éstos actuaban en el marco de su trabajo. Inmunizaba literalmente a los trabajadores del estado y al gobierno estatal.

La doctrina se había erosionado lenta y constantemente en numerosas decisiones de muchos estados; después de todo, el derecho del pueblo a un tribunal de justicia es fundamental, y la doctrina iba en contra de ese derecho. Sin embargo, todavía estaba en vigor en Massachusetts en el momento de la liberación de Walford y la posterior demanda de los Zelezniks.

Tras la presentación de la denuncia, el asunto descansó mientras se juzgaban otros casos relacionados. Al mismo tiempo, la legislatura de Massachusetts actuaba para disolver la norma. En 1973, en la sentencia *Morash*, el Tribunal Supremo de Massachusetts había expresado su opinión de que la doctrina era injusta y no se aplicaba *(Morash & Sons, Inc.* v. *Commonwealth,* 363 *Mass. 612*). El tribunal recomendó a la legislatura estatal que eliminara la doctrina, pero no abolió la norma declarándola inconstitucional. La legislatura acabaría siguiendo la recomendación del tribunal, pero en las fases iniciales tras la presentación de la demanda de los Zelezniks, la doctrina y las

circunstancias legales que la rodeaban eran confusas. Lo primero que había que conseguir era una aclaración de la ley y si el Estado podía aplicar la doctrina a la demanda de los Zelezniks.

En otras palabras, primero tenían que luchar para ver si podían jugar el juego. Luego -si tenían éxito, y eso era muy discutible desde el punto de vista jurídico- tendrían que volver al punto de partida y empezar a luchar por el fondo de su reclamación, pensó Carter con tristeza: Años. Años. Años. Se necesitarán años.

Sin embargo, la decisión de luchar en los tribunales en primer lugar precedió a todas esas acciones legales. Fue una resolución que toda la familia tomó en conjunto para que, cuando se produjeran contratiempos legales, la familia ya estuviera preparada para continuar y absorbiera los golpes de los tribunales con mayor ecuanimidad. Se acercaban los dos años de la muerte de Arnold cuando la familia se reunió en conferencia.

Carter había acumulado docenas de partículas de información sobre Walford. La redujo a lo que consideraba su esencia.

Un hombre llega a Estados Unidos ilegalmente. Admite haber hecho contrabando de drogas. Obtiene documentos de trabajo falsos. Obtiene un alias. Se vuelve loco. Agrede a sus compañeros de trabajo. Es diagnosticado como peligroso y enviado a un hospital psiquiátrico. Agrede al personal. Muestra todos los signos clásicos de la esquizofrenia paranoide. Muestra todos los signos de peligrosidad y salvajismo incontrolables. Es liberado cuando insiste en ello, sin ningún tipo de advertencia o pensamiento de lo que podría pasar. Continúa actuando como un loco. Nadie, en calidad de funcionario, hace nada. Va a Miami y asesina a Arnold. Luego desaparece en el sistema de salud mental sin apenas un murmullo de las autoridades. Es internado en un hospital de mínima seguridad.

¿Qué querían? pensó Carter. ¿Qué escapara a su casa en Jamaica para no tener que preocuparse más por él?

Carter, Betty y Bobby se sentaron en el salón de la casa de Rosemary Street y examinaron todos los documentos, todos los elementos de la situación. Se dieron cuenta de que la acción penal emprendida por la Fiscalía del Condado de Dade estaba, en su mayor parte, fuera de su control. Aun así, Carter resolvió tratar de presionar a esa oficina para que hiciera algo. Dijo que haría que uno de los amigos íntimos de la familia, un abogado, se pusiera en contacto con la Fiscalía del Condado de Dade y comprobara el caso. Seguía enfurecido por los informes

psiquiátricos y por lo que consideraba la forma displicente en que se habían adoptado.

En consecuencia, anunció que seguiría estudiando ese aspecto. Comenzó a formular la idea de escribir un libro sobre la forma indebida en que se utilizaba a los psiquiatras en los tribunales.

Sin embargo, el verdadero problema era: ¿Qué podían hacer como familia?

¿Y de dónde iban a sacar la mayor parte de la culpa?

"Lo tenían; sabían que era peligroso; lo dejaron ir", dijo Betty. "Si sólo le hubieran escuchado, si lo hubieran tenido en observación o no sé qué, habrían visto lo que iba a hacer. Intentó matar a uno de los asistentes, vea aquí". Sostuvo la historia del *Boston Globe* que describía cómo Walford había saltado sobre la espalda de un asistente y casi lo estranguló hasta la muerte. "¿Cómo pudieron dejarlo ir después de eso? ¿Qué creían que iba a pasar?"

"Le tenían miedo", dijo Carter.

"¡Así que lo dejaron ir!" Betty respondió.

"Creo", dijo Carter, "que en cierto modo son más culpables incluso que Walford. Fueron negligentes. Él estaba loco. Ambos son terribles, pero en cierto modo, lo que hicieron es peor".

Betty asintió. No podía expresar la rabia que le invadía. Cualquiera, pensó, podría haber visto lo que iba a pasar.

"Así que tenemos que luchar", dijo.

"Llevará años", dijo Carter.

"Tenemos años", respondió Betty.

"¿Gastamos dinero?" preguntó Carter retóricamente. "No somos ricos. Nuestros recursos son limitados".

"¿Cuánto va a costar?" preguntó Betty.

Carter se encogió de hombros. "Mucho. Los abogados siempre cuestan mucho".

Betty se quedó callada. Luego dijo: "No tenemos que tomar unas vacaciones…"

Carter sonrió. Se acercó y le cogió la mano. "¿Sabes?", dijo, "¿cuánto costaría si todavía tuviéramos a Arnold? Deberíamos gastarlo".

Los ojos de Betty brillaron con lágrimas y asintió.

Carter miró a Bobby. No había dicho ni una palabra. Por la mente de Carter pasó la preocupación de que, al seguir luchando en los tribunales penales y civiles, estarían prolongando el proceso de recuperación de

Bobby de su propia identidad, de su propia infancia. Se preguntó si sería más prudente dejarlo todo, trabajar simplemente para olvidar. ¿El verdadero coste de las largas luchas legales sería la pérdida de la juventud de Bobby? Señaló con la cabeza a Bobby y le preguntó: "¿Bobby? ¿Qué te parece?"

Bobby se quedó callado un momento. Se apartó el pelo rubio de los ojos. Si estaba preocupado, no se notaba en su voz de joven. Diez años de edad, pero franco. "Creo que deberíamos luchar", dijo. Dudó un segundo y luego añadió: "Arnold nunca se rindió. Él querría luchar". Bobby sonrió, como si un repentino y agradable recuerdo hubiera golpeado su imaginación. Betty también se imaginó a Arnold en el campo de juego. No era de los que se rinden, pensó. Nosotros tampoco.

"Muy bien entonces", dijo Carter. Sonrió. Toda la familia se tomó de la mano por un instante. "Seguimos con la lucha, hasta el Tribunal Supremo si es necesario, pero seguimos. Juntos".

Aproximadamente al mismo tiempo, a finales del otoño de 1976, aunque no lo sabían, el secretario del Undécimo Circuito Judicial, que abarca el condado de Dade, recibió la siguiente carta del director de la Unidad Forense del Hospital Estatal de Florida en Chattahoochee:

Re: Vernal Newland Walford

Comprometido: 1-31-75

Caso nº 75-179-CF-O3

Estimado Sr. Brinker:

Se le envía esta información para que la haga llegar al juez que actualmente preside este caso.

El Sr. Vernal Walford fue ingresado en el Hospital Estatal de Florida el 4 de febrero de 1975. Su tratamiento se ha completado y no está indicada una nueva hospitalización. Se le ha considerado competente para someterse a juicio.

Adjuntamos nuestro resumen clínico completo, que indica que está listo para volver a la corte.

Estará disponible para ser devuelto al condado de Dade cuando un ayudante del sheriff debidamente autorizado y con la debida orden judicial se presente en el hospital para hacerse cargo de su custodia.

Por favor, háganos saber si podemos ser de más ayuda.

Muy sinceramente suyo,

Benjamin R. Ogburn, M.D.
Director de la Unidad Forense.

Vernal Walford iba a ser enviado de vuelta al condado de Dade para ser juzgado. Un escuadrón de guardias de la cárcel de Dade, con el recuerdo del comportamiento maníaco de Walford aún fresco en su memoria, condujo hacia el norte para recogerlo, y luego regresó al sur de Florida con Walford encadenado de pies y manos. Le volvieron a meter en una celda de seguridad, donde contempló las mismas paredes institucionales pintadas de verde y blanco. Sin embargo, no era el mismo hombre que una vez había gritado y delirado y había sacudido toda la cárcel con su locura. Vernal Walford estaba solo, con los ojos alzados, en el centro de la celda, bajo la bombilla cubierta de malla de alambre, junto a la cómoda y el jergón de cemento que era su cama. Le temblaban las manos, los músculos de la cara se agitaban, los hombros se estremecían. Todo su cuerpo temblaba.

Nadie informó a los Zelezniks de este acontecimiento.

CAPÍTULO 8

“Vi al chico venir corriendo”

1. Pete el gato, Turk el tiburón y el surfista

Cuando Vernal Walford fue devuelto a la cárcel del condado de Dade a finales de 1976, alegando los médicos del hospital mental estatal de Chattahoochee que era competente para ser juzgado, sus dos primeros abogados habían abandonado la Oficina del Defensor del Pueblo de Dade para dedicarse a una lucrativa práctica de derecho penal. Sin embargo, antes de marcharse, Black y Denaro habían seleccionado a la pareja de jóvenes abogados para que se hicieran cargo del caso. También habían entregado un expediente listo para el juicio, que contenía todas las declaraciones, deposiciones, numerosos informes psiquiátricos y materiales de investigación totalmente cotejados, organizados y presentados. Para prepararse para Vernal Walford, lo único que tendrían que hacer los dos sucesores sería empezar a leer y conectar la cinta de vídeo a una máquina.

Esa fue la característica de la diferencia en el manejo del caso por parte de las dos oficinas contendientes, la Oficina del Defensor Público y la Oficina del Fiscal del Condado de Dade. Mientras que la defensa estaba preparada casi al instante, el fiscal al que se le asignó el caso cuando reapareció en el sumario sabía muy poco sobre él. No tenía conocimiento de primera mano del suceso ni de la investigación. Todo lo que sabía sobre la audiencia de competencia era lo que había leído en la transcripción. El expediente de la acusación era un batiburrillo de declaraciones y trabajos detectivescos incompletos. Nunca se había pedido a los policías de Miami que completaran algunos elementos

cruciales. Por ejemplo, las huellas dactilares latentes tomadas en la escena del crimen nunca se habían comparado con las tomadas en Walford. El trabajo de la sangre, el análisis de las muestras recogidas debajo de las uñas de Walford y de su ropa manchada, nunca había sido probado para compararlo con la sangre de Arnold. No se registraron las declaraciones del médico forense ni de otros testigos clave. El expediente no tenía los listados de direcciones actuales de muchos de los testigos, incluidas las personas que habían estado en el Crossways. La búsqueda del arma homicida nunca se había completado; no había ningún arma disponible. No había información sobre los antecedentes de Walford, ni documentos sobre su vida en Massachusetts y su estancia en Northampton. La fiscalía ni siquiera tenía una copia de la ahora famosa cinta de vídeo.

El fiscal asignado al caso era Michael John Korvick, un fiscal de delitos mayores alto, de pelo rubio y con experiencia, de unos treinta años. Ni siquiera se trataba de una situación en la que el caso estuviera realmente asignado a él; era el fiscal jefe de delitos graves que trabajaba en la división a la que se había asignado el caso mediante el sistema de asignación aleatoria utilizado por el Tribunal de Circuito de Dade.

Graduado en la Facultad de Derecho de la Universidad de Miami -como la mayoría de las personas implicadas en el caso-, Korvick llevaba tiempo ejerciendo la acusación de homicidios. Era un fiscal exitoso y eficaz. Tenía un estilo despreocupado, casi tranquilo, que contrastaba con la pedantería y la agresividad adoptadas por muchos abogados. Tuvo un éxito singular con los jurados. También era un hombre amable y extrovertido; era difícil entender por qué él y los Zelezniks llegaron a disgustarse.

Sin embargo, lo hicieron con una intensidad que no era propia de ninguna de las partes. Esa aversión acabó afectando al caso. Korvick veía a la familia como entrometida, exigente y poco conocedora de los asuntos y de la extraña situación médico-legal que se produjo.

Los zeleznianos lo consideraban condescendiente, arrogante, insensible e incompetente. Le llamaban burlonamente el Surfista.

Sin embargo, todo eso tuvo lugar más tarde, cuando durante unos días parecía que Walford iba a tener que enfrentarse a un jurado.

Michael Von Zamft y Michael Tarkoff fueron los dos defensores -públicos recomendados por Black y Denaro para que se hicieran cargo

del caso cuando pasaran a la práctica privada. Los dos hombres, graduados en Miami, jóvenes, pero con experiencia, estaban entusiasmados ante la perspectiva de llevar el caso; Walford, en cierto modo, se había convertido en una especie de causa favorita en la Oficina del Defensor Público. Ciertamente, el trabajo que Black y Denaro habían iniciado tuvo un efecto de arrastre. Ningún abogado que siguiera su estela quería ser conocido como la persona que había perdido el caso, después de haberse beneficiado del trabajo de base preparado por Roy Black y Jack Denaro.

Von Zamft, nativo de Miami Beach, un "beach boy" reformado, como le gustaba llamarse a sí mismo, era un abogado extraordinariamente agresivo. Era el guerrero por excelencia, un hombre que prefería tanto el papel de desvalido que era casi imprescindible para que se involucrara. Si Von Zamft disfrutaba siendo el desvalido, era rabioso. En la sala del tribunal actuaba, un segundo engatusando, al siguiente amedrentando, al siguiente elocuente y apasionado. Aportaba una intensidad excepcional a la sala, un nivel de emoción que marcaba su comportamiento en general. Era rápido de reflejos, extremadamente rápido de pensamiento. También era un consumado creyente en su propia capacidad y conocimiento de la ley; los jueces del Palacio de Justicia a menudo murmuraban en privado sobre su enfoque de apisonadora. A Von Zamft nunca pareció importarle mucho lo que los demás pensaran de él, siempre que hiciera su trabajo. Hombre complejo, contradecía toda su rudeza y prepotencia con una apreciación casi literaria de los acontecimientos. En la época del caso Walford su propio padre estaba en una granja de la prisión federal de Arizona, cumpliendo condena por delitos de cuello blanco. Es difícil adivinar cómo afectó eso al comportamiento de Von Zamft. Pero nunca estuvo lejos de su mente.

En su oficina había un archivo marcado como "Pete el Gato". Contenía los casos imposibles, los que no se podían ganar. Era el cajón del archivo en el que pasaba la mayor parte de su tiempo.

Michael Tarkoff era similar a Von Zamft en muchos aspectos. También él aportaba una postura florida y agresiva a la sala. La mezclaba con un sentido del humor autoflagelante; le gustaba hablar de un cliente que se enfrentaba a una acusación de asesinato en primer grado. El hombre nunca había hablado con Tarkoff, ni una sola vez, ni siquiera un saludo. Durante el juicio, el cliente llevaba la ropa hecha jirones y el pelo hasta los hombros recogido en peines, sin decir nada,

ignorando a Tarkoff y dando la espalda al jurado, excepto en algún momento en que encontraba tiempo para hacer una mueca en su dirección. Si hay un hombre con aspecto de asesino, ése es él. Tarkoff, sin embargo, continuó con su empeño. Gritó, se retorció, atacó a los policías y a los médicos forenses cuando subieron al estrado. Dio vuelta a los hechos hacia adelante y hacia atrás. Hizo piruetas verbales y saltos hacia atrás y terminó su caso con una súplica que hizo llorar a su cliente. Y, efectivamente, funcionó. El jurado volvió con una condena, pero por un cargo mucho menor que el que el cliente había enfrentado. La respuesta del acusado fue de sorpresa. "Fuera", dijo mientras se anunciaba el veredicto y el fiscal salía de la sala. "Oye", le dijo a Tarkoff, "tú te encargas de la apelación, ¿eh?". A Tarkoff le gustaba decir que era el mejor cumplido que había recibido.

Poco después de que Vernal Walford llegara a Miami y fuera - escoltado a la celda de seguridad de la cárcel del condado de Dade, fue recibido allí por Tarkoff y Von Zamft. Los dos hombres habían investigado el caso, revisado los documentos y visto la cinta de vídeo. Esperaban ver al mismo hombre, sus músculos ondulantes, sus ojos furiosos y penetrantes y una voz cargada de maldad cantarina.

Por un instante se quedaron fuera de la celda de Walford, sorprendidos.

Apenas reconocieron al hombre que había dentro.

Su pelo, antes militarmente recortado, colgaba ahora en mechones retorcidos sobre las orejas y se dirigía hacia los hombros. Una espesa barba negra ocultaba gran parte de su rostro. Su barriga de tabla de lavar ahora colgaba por encima de su cinturón. Era un hombre desplomado, de hombros redondeados. Su porte de buey y su precisión muscular habían desaparecido. En su lugar había pliegues de piel suelta que parecían agitarse cuando se movía. Sus ojos estaban ocultos tras unas gruesas gafas de montura negra. Miraba a los dos abogados con una mezcla de docilidad y curiosidad. Su voz había perdido el tono entrecortado de la ira y la arrogancia que le había caracterizado dos años antes.

Entonces Tarkoff se fijó en la pierna de Walford. Mientras la observaba, empezó a crisparse, los músculos se contraían y expandían rápidamente, sin control. Por un segundo pensó en un hombre que había corrido una carrera de cien yardas y de repente tenía que pagar por ello. Los temblores de las piernas parecían extenderse; parecían apoderarse del cuerpo de Walford. Los dos abogados vieron cómo las manos de su

cliente temblaban, los labios se movían y la cabeza se sacudía; parecía un pez en un anzuelo, sacado del agua.

Los dos abogados observaron cómo el cuerpo atlético, antes enloquecido, se agitaba sin control. Era como si todo su físico estuviera sometido a profundos y subterráneos temblores que afloraban al azar, un instante en las manos, el siguiente en la cara, el siguiente en las piernas. Sus ojos giraban, como si estuvieran fuera de control. Los músculos de la cara se agitaban, como si tuvieran una parálisis, lo que obligaba a Walford a sonreír, a fruncir el ceño, a enroscar la nariz, a hacer una mueca de enfado y a temblar. Su lengua salía de repente de entre los labios, chasqueando. Babeaba y luego se llevaba una mano temblorosa a la barbilla para intentar limpiarse la saliva.

Si el Walford de la cinta de vídeo había parecido cercano a algún animal violento de la selva, este Walford parecía una criatura fea, hinchada y casi benigna como un pantano.

"¿Sr. Walford?", preguntaron sorprendidos los abogados.

"Sí", respondió, con la lengua chocando los labios. Había una lentitud, una pasividad en su tono. "Ustedes deben ser mis nuevos abogados. ¿Qué quieren? ¿Qué puedo decirles?"

Los dos abogados se sentaron sorprendidos mientras Walford les contaba lo del asesinato.

2. La voz de Dios

"Entonces", dijo Tarkoff a Von Zamft, después de dejar a Walford en la cárcel del condado de Dade. Sus mentes estaban llenas de imágenes del asesinato, pero también les molestaba la apariencia que había tenido Walford. Contradecía tanto lo que habían esperado. Tarkoff no podía deshacerse de la visión de la pierna de Walford temblando. "¿Qué demonios le pasa? ".

Una buena pregunta. Una que llegaría a dominar la experiencia de este nuevo Walford en la corte.

Poco después de que Walford regresara al condado de Dade, el juez de circuito Gerald Wetherington ordenó a cinco psiquiatras -los mismos que habían examinado a Walford en los días y semanas posteriores al

asesinato- que volvieran a la cárcel y lo examinaran de nuevo, para determinar si era realmente capaz de ir a juicio por el asesinato de Arnold. Ese era el procedimiento habitual; en los tribunales de Dade era muy raro que los jueces aceptaran la palabra del sistema mental estatal sin comprobarlo con alguno de los psiquiatras que realizaban regularmente evaluaciones forenses. Simplemente no se confiaba en el sistema estatal; como todo sistema, necesitaba constantemente camas, y una forma de liberarlas, según creían los abogados y el personal de los tribunales, era inflar a los pacientes retenidos por el tribunal con tranquilizantes y anunciar que estaban listos para ser juzgados.

Los médicos de Dade vieron a Walford en su celda durante un periodo de varias semanas a finales de noviembre y diciembre de 1976. "Fue todo un cambio ver a este hombre en un estado controlado, agradable y cooperativo...", escribió un médico. "Cuando le pregunté por algunos de sus comportamientos anteriores, a veces se reía con cierta timidez...".

Es de suponer que no se rió cuando le preguntaron por el asesinato.

A Walford se le administró una mezcla de medicamentos antipsicóticos. En varios momentos, se le administraron las fenotiazinas Torazina y Mellaril por vía oral y Prolixin, un compuesto de clorhidrato de flufenazina -un fármaco excepcionalmente potente- por vía intramuscular. También se le administró Artane y Cogentin, ambos medicamentos diseñados para combatir los temblores y las sacudidas. Las dosis de los fármacos que le daban a Walford eran extraordinariamente altas. Por ejemplo, le daban una sola inyección de Prolixin cada semana que contenía 37,5 miligramos del medicamento. La dosis habitual a gran escala es dar esa cantidad cada *dos* semanas. Además, Walford recibía Artane o Cogentin cuatro veces al día y otros 200 miligramos de Torazina o Mellaril por la noche antes de acostarse.

Tarkoff y Von Zamft no tardaron en descubrir que los temblores corporales de Walford eran el resultado directo de los efectos sustanciales y acumulativos de los medicamentos. De hecho, todos los psiquiatras que atendieron a Walford señalaron que los síntomas de tipo parkinsoniano que éste presentaba estaban causados por la acumulación de los medicamentos antipsicóticos. Por supuesto, la misma acumulación

hacía que Walford fuera capaz de responder a las preguntas y le impedía oír voces.

La cuestión para los dos abogados se convirtió entonces en la importancia que podían tener las drogas en la capacidad de Walford para ser juzgado.

Los dos hombres empezaron a investigar exhaustivamente la cuestión.

* * *

Los exámenes psiquiátricos se realizaron en rápida sucesión. Cada uno de ellos duró entre sesenta y noventa minutos. Todos los médicos quedaron sorprendidos por la cooperación de Walford y su capacidad de respuesta. Se sentó tranquilamente, discutiendo los elementos de su pasado, su comportamiento y su crimen. Sus temblores iban desde ligeras sacudidas hasta un temblor incontrolable, un erratismo que surgió en los informes. Hablaba con la misma voz acentuada, pero sin la rabia y la arrogancia. Respondía a las preguntas, pero no se mostraba espontáneo y no ofrecía exactamente detalles. Por primera vez, los médicos pudieron tomar el historial de Walford.

Dijo que nació el 7 de enero de 1943, en St. Ann, Jamaica.

Era, dijo, el sexto de nueve hijos. Su padre, que aún vive a los noventa años, era agricultor. Su madre había muerto en 1955, pero dijo que no sabía por qué. Cuando tenía diez años, dijo, se fue a Kingston, para ser criado por una tía.

Había terminado la escuela secundaria, dijo a los médicos, pero sólo completó un año de universidad en una escuela adventista del séptimo día. Dijo que siempre había sido religioso, incluso de niño. Dijo que le habían expulsado del colegio privado después de su primer año porque se había peleado con otro joven por una chica. Entonces, dijo, se alistó en las Fuerzas de Defensa de Jamaica.

Tenía dieciocho años y sirvió hasta los veintisiete. Había alcanzado el rango de cabo, dijo.

También contó entonces que se había convertido en campeón de boxeo de peso medio del ejército y que en 1966 había ganado una medalla de plata en una carrera de velocidad en los Juegos Olímpicos de Jamaica. Tras dejar el ejército, dijo que había conducido un taxi.

Dijo que se había casado con su mujer, Noletha, en 1963. De sus diez embarazos, dijo que cuatro hijos habían nacido muertos y uno había

muerto a los dos años. Los demás estaban vivos, dijo, con edades comprendidas entre los dos y los trece años.

No recordaba ninguna lesión en la cabeza, epilepsia o cualquier otra enfermedad importante, ninguna, al menos, que admitiera. Sí mencionó que se había roto los pulgares durante el servicio militar y que una vez se le infectó una uña del pie. No admitió ningún antecedente psiquiátrico en su familia. Negó cualquier tipo de crueldad con los animales o piromanía, pero dijo que había mojado la cama por la noche hasta los doce años. No hubo manera de determinar la fiabilidad de los antecedentes que proporcionó a los médicos.

"Sr. Walford, ¿cómo se siente?" El Dr. Jacobson preguntó.

"Me siento mucho mejor", respondió Walford. "Estuve muy enfermo esos días, pero ahora estoy mejor".

"¿A qué días te refieres?"

"Estaba enfermo cuando me arrestaron", respondió.

Walford se sentó en la celda. De vez en cuando le temblaban las piernas y las manos, pero su voz era moderada, clara, todavía marcada por su acento caribeño y su cualidad cantarina y aguda. Permanecía tranquilo, aunque ligeramente distante y cooperativo. No era antipático. En todo momento, fue educado, no evasivo. No era desorganizado en sus pensamientos, ni saltaba de un lado a otro verbalmente, discutiendo y exagerando como antes. La única tensión que Jacobson pudo discernir apareció cuando preguntó por las creencias religiosas de Walford.

"¿Sabes qué día es?" Preguntó el médico.

"Sí", respondió Walford. "Hoy es el primer día de diciembre. Es... 1976".

"Dime, ¿quién ha sido elegido presidente de los Estados Unidos?"

"El Sr. Jimmy Carter. Ha derrotado al Sr. Ford".

"Y el primer ministro de Jamaica..."

"Es el Sr. Manley".

Jacobson dudó, tomando notas. Sabía, por la revisión de los registros de Chattahoochee de Walford, que había estado abiertamente psicótico desde su ingreso hasta principios de noviembre, cuando el efecto acumulativo de los fármacos había acabado con su psicosis. "¿Todavía oyes las voces?"

"No. La voz me dejó, hace tres o cuatro meses".

Prolixin, pensó el doctor. Acaba con la mayoría de las voces.

"¿Qué es trece sumado a cincuenta y nueve?"

Walford hizo una pausa. Pasaron varios segundos de silencio.

"Setenta y dos", dijo.

Jacobson se preguntó en qué estaría pensando Walford. Parecía preocupado.

"¿Cuánto es cien menos siete?"

Otra pausa.

"Noventa y dos", dijo Walford, incorrectamente.

"¿Menos otros siete?"

"Ochenta y siete".

"¿Menos siete?"

Pausa. "Setenta y ocho".

"Lo que es cinco veces veinticinco".

El silencio. Luego: "Doscientos veinticinco".

El cuerpo de Walford temblaba. Jacobson pensó en su primer encuentro. "¿Aún lees la Biblia?"

"Sí. Leo mi Biblia a menudo".

"Háblame de Adán y Eva". Jacobson pensó en la salvaje interpretación sexual de la manzana que había hecho Walford dos años antes.

"Dios tomó una de las costillas de Adán y formó a Eva".

"¿Qué significa eso para ti?"

"Significa que Adán y Eva están hechos de la misma carne. Es un símbolo, puesto ahí para que los niños pequeños no lo entiendan".

Jacobson volvió a pensar en los elementos de su primera conversación. "¿Los blancos lo escribieron así para engañar a los negros?"

"No", dijo Walford. "¿Qué quieres decir con eso?"

"Eso es lo que dijiste antes".

Walford sacudió la cabeza lentamente, como si tratara de despejar un recuerdo incómodo, pero no dijo nada. Jacobson siguió tomando notas. Más tarde informaría al juez Wetherington de que Walford era competente para ser juzgado, pero pondría en su informe la advertencia de que la remisión había sido causada por los productos químicos y que Walford seguía siendo un hombre muy peligroso.

El Dr. Charles Mutter fue a ver a Walford unos días antes que Jacobson. Tomó cuidadosas notas y citó a Walford en varios puntos clave. Al igual que con los demás, Walford fue educado, claro, poco evasivo y directo.

"Dime", preguntó Mutter, "cuándo oíste las voces por primera vez".

Walford dudó durante unos breves segundos y luego dijo: "Un día, cuando estaba en la prisión de Kingston en 1973, estaba leyendo mi Biblia. De repente, los pensamientos llegaron muy rápido; un día mi cuerpo se hizo grande, la habitación se iluminó y una voz me dijo que era Dios. Y tenía que hacer lo que Él decía. Me dijo lo que tenía que leer en la Biblia.

"Sentí que era un don especial. O poder. Solía salir a la calle y tomar un autobús; teníamos un pequeño servicio religioso en el autobús. Predicaba como si un poder me atravesara. El poder me decía que predicara. Era como si fuera la voz de otro hombre".

"¿Y viniste a Miami en el barco de la marihuana?"

"La voz y el poder me dijeron que estaba bien venir a Miami con esos hombres".

La cabeza de Walford tembló ligeramente, quizás por las drogas, quizás por el recuerdo.

"Cuando escuchaste la voz, ¿pudiste resistirte? ¿Qué pasaría si no obedecieras?"

"Estaba muy asustado. Sentí que mi cuerpo se expandía... ¡se hacía físicamente cada vez más grande! ¡La voz tenía el control total! No pude resistirme a lo que me decía. ¡Debo obedecer! ¡Debo obedecer! Estaba demasiado asustado".

El Dr. Mutter también diría que Walford era competente para ser juzgado, pero seguía siendo muy peligroso.

Todos los médicos le preguntaron a Walford sobre el asesinato.

No dudó en decírselo.

Algunos detectaron remordimiento en su tono.

Otros pensaron que seguía confundido.

Describió lo que hizo, brevemente, al grano.

Respondió a la pregunta, sin dar más detalles.

No mencionó el grito lastimero de Arnold, ni su lucha de pánico, ni el miedo en sus ojos cuando fue atrapado en ese agarre inexorable. Relató los detalles del asesinato con la misma frialdad desapegada que había tenido cuando había respondido inexplicablemente de forma incorrecta a la prueba de Jacobson sobre sus facultades mentales con las preguntas sobre suma, resta y multiplicación. Era como si no hubiera gran diferencia.

"Me desperté esa mañana y sentí que mi cuerpo se expandía. Se hacía grande y luego pequeño. Tuve la extraña sensación de que esa persona era Dios, que me decía lo que tenía que hacer. Me controlaba, me decía a dónde ir, qué hacer. Me dijo que fuera al aeropuerto y le hablara a la gente de Dios. Así que fui al aeropuerto y empecé a predicar a la gente de allí. Era alrededor del mediodía cuando me dijo que fuera a comprar un cuchillo. Me dijo que debía ir a comprar un cuchillo. Fui a la tienda. Compré un cuchillo. Volví a mi hotel para comer, tenía hambre. Llevé la comida a la habitación del hotel, pero no pude comer. Tomé unos sorbos de agua. Me dijo que leyera la Biblia. Era Isaías. Mi cuerpo empezó a crecer de nuevo. Me dijo que cogiera el cuchillo y me pusiera junto a la puerta. Esperé. Pasaron minutos. Diez minutos. Quince minutos. Entonces dijo: "¡Sal y toma lo que encuentres allí!". Abrí la puerta y vi que el niño venía corriendo. Me dijo: "¡Toma al niño!" y sujétalo. Lo hice. Me dijo: "¡Lleva al niño al baño! Lo hice. La puerta se cerró, como si Él la hubiera cerrado. Me dijo: "¡Corta el cuello del niño y déjalo allí! Lo hice. Dijo: "¡Ven ahora! Así que le seguí y salí. Había sangre en mis pantalones, pero Él dijo que no me importara. En el aeropuerto me dijo: "¡Sube al taxi!" y lo hice. Pero entonces vino el policía y me llevó a la cárcel".

Un médico escribió: "... Durante todo este tiempo estuvo oyendo voces y sabía lo que había hecho y se sentía arrepentido. Todavía no entiende por qué las voces le dijeron que hiciera esto.... De vez en cuando piensa en lo que ha hecho y afirma que tiene sentimientos de tristeza, lamentando lo ocurrido…"

Dijo cómo, pero no dijo por qué.

3. Los tres Michaels

Hubo dos audiencias clave ante el juez Wetherington en las que los dos abogados defensores y el fiscal discutieron sobre la cuestión de llevar a Walford a juicio. La primera audiencia, a principios de diciembre, fue para el Estado. La segunda, en enero, fue para la defensa.

Tras reunirse con Walford, Tarkoff y Von Zamft se lanzaron a la preparación del caso. Trabajaron sin parar, fines de semana, noches, preparándose para el juicio. Se dieron cuenta de que ya no podrían

argumentar, como habían hecho con éxito sus predecesores, que Walford no quería o no podía cooperar con los abogados de la defensa. De hecho, ahora no sólo cooperaba, sino que en ocasiones se mostraba arrepentido. Su volátil inteligencia quizás estaba enmascarada por las drogas, pero seguía siendo mucho más consciente que muchos de los clientes a los que los dos jóvenes abogados habían representado. Tampoco podían argumentar que él perturbaría el proceso del juicio. El "¡Dios, no el hombre!" había sido sustituido por un estado sedado y controlado.

Ellos pensaron: Vamos a ir a juicio.

Se volcaron en el caso.

Se pusieron en contacto con Evan Semerjian, el abogado de los Zelezniks en Boston, y éste les remitió copias de los registros de Walford en Northampton. Al principio pensaron que era una mina de oro de información, pero luego reconocieron que se trataba de una cuestión de doble filo. Por un lado, podrían demostrar a un jurado que la locura de Walford había precedido al asesinato, que había estado hospitalizado, que había sido agresivo, que se había comportado de forma psicótica durante semanas antes del asesinato. En ese contexto, la muerte de Arnold sería sólo un acto de locura más entre los muchos realizados por un individuo legalmente loco. Pero, por otro lado -y esto era un gran "pero"-, ¿no vería un jurado que Walford ya había sido hospitalizado una vez y luego había salido libre, sólo para asesinar a un niño inocente? ¿Y no sería un extraordinario acto de fe que los abogados defensores pidieran a un jurado que absolviera a su cliente, lo liberara de toda jurisdicción penal y lo entregara a un sistema mental que probablemente lo volvería a liberar?

Von Zamft y Tarkoff sabían la respuesta a esa pregunta.

Rastrearon a los médicos que habían visto a Walford en Massachusetts, encontrando uno a través de la Asociación Médica Americana en un hospital de Tennessee. Recogieron todos los testigos de la locura de Walford. Querían inundar al jurado con una secuencia masiva de actos salvajes y locos, colocando la muerte de Arnold en el medio. Era una buena defensa, pensaron, casi una defensa perfecta.

Pero uno que ellos temen es inevitablemente un perdedor.

Al mismo tiempo, Tarkoff y Von Zamft pasaron horas en la biblioteca jurídica junto a la Oficina del Defensor del Pueblo, en la octava planta del Palacio de Justicia. La cuestión que trataban de determinar era: ¿Era

la competencia química una verdadera competencia? ¿Tenía el Estado derecho a obligar a un hombre a tomar drogas para juzgarlo por asesinato?

También les preocupaba que las drogas perjudicaran su capacidad para representar al Walford de Vernal que había asesinado a Arnold Zeleznik. Querían que el jurado lo viera en su momento más loco y aterrador, el Walford de la cinta de vídeo, no el hombre regordete, dócil y de pelo desgreñado que ahora temblaba ante ellos.

Cuando llegaron los informes psiquiátricos, fueron uniformes: Todos los médicos dijeron que Walford era competente para ser juzgado. Fue un cambio irónico. En 1974-75, justo después del asesinato, los médicos habían estado del lado de la defensa. Ahora estaban alineados con la acusación. La tarea de Von Zamft y Tarkoff era manipular lo que decían para que fuera a su manera, no a la de la fiscalía.

Y las drogas se convirtieron en su espada.

Los dos hombres pasaron horas con los textos médicos examinando los efectos de los compuestos de fenotiazina y clorhidrato y los medicamentos contra el párkinson que Walford estaba recibiendo. Descubrieron que algunos de los síntomas que Walford manifestaba estaban a punto de ser irreversibles. Eso se convirtió en la grieta en la que volcaron sus energías.

Descubrieron que la cantidad de fármacos que Walford necesitaba para ser competente también dañaba su hígado, su estómago y su sistema cardiovascular. Los espasmos faciales involuntarios, en los que su mandíbula se movía de repente lateralmente y su lengua entraba y salía como una rana cazadora de moscas, estaban a punto de convertirse en algo que tendría el resto de su vida. Asimismo, experimentaba grados cada vez mayores de pérdida de control sobre los movimientos de su cuerpo. Los dos abogados descubrieron que no era raro ver, en los pabellones traseros de los grandes hospitales psiquiátricos estatales, a pacientes que manifestaban todos los mismos síntomas, atrapados en un torbellino creado por los medicamentos antipsicóticos y su locura.

Von Zamft buscó en la comunidad psiquiátrica de Miami un médico que examinara a Walford y analizara esos síntomas. Quería encontrar a alguien que no tuviera relación con los tribunales, preferiblemente alguien con altas credenciales, que impresionara al juez Wetherington. Descubrió a su hombre en el Dr. Brian Weiss, de la Facultad de Medicina de la Universidad de Miami. Un joven psiquiatra y neurofísico

formado en Yale, era un experto en los efectos de las sustancias químicas en el cerebro. Von Zamft lo reclutó y lo envió a ver a Walford.

Mientras tanto, se celebró la primera de las dos audiencias ante el juez Gerald Wetherington. Wetherington era un juez excepcionalmente brillante, un sureño con un grueso acento de chico bueno que periódicamente desaparecía cuando emitía una opinión para revelar a un erudito legal altamente informado y formado. Había sustituido al juez Williams como jefe de la División Penal del Tribunal del Circuito de Dade. Unos años después sería nombrado juez principal de todo el Undécimo Circuito Judicial. Era un hombre de integridad y dureza incuestionables.

El 13 de diciembre, un lunes, se celebró la primera vista en una sala del tamaño de un chaleco en la tercera planta del Palacio de Justicia. Fuera de la sala, los cinco médicos que debían testificar -Sanford Jacobson, Arthur Stillman, William Corwin, Charles Mutter y Albert Jaslow- intercambiaron saludos y repasaron sus informes y sus notas manuscritas. Michael Korvick se llevó a cada uno de ellos a un lado, comprobando que iban a mantener sus informes y que no iban a vacilar. Tarkoff y Von Zamft tenían las cabezas juntas en la pequeña mesa de la defensa. Su interrogatorio, acordaron, iba a estar dirigido a las cantidades de droga y a lo que hacían a Walford.

Me senté una fila detrás de ellos, haciendo lo que hacen los reporteros, que es esperar, garabatear, intentar escuchar algo de su conversación y tratar de pensar en la dirección de la historia. Pero, sobre todo, esperé a ver por primera vez a Vernal Walford.

El asesinato había llegado a fascinarme.

La primera vez que oí hablar del asesinato de Arnold Zeleznik fue en el otoño de 1976, un año antes, poco después de que me incorporara a la plantilla del *Miami News,* el segundo periódico de la ciudad. Mi cometido eran los tribunales penales del condado. Me pasaba los días deambulando por las salas, pasillos y corredores del Palacio de Justicia. Tenía veintiséis años. Descubrí que, dos años después del crimen, el asesinato seguía teniendo resonancia para los asiduos a los juzgados. Otros asesinatos se contraponían al recuerdo del de Arnold Zeleznik, una

brutalidad que se medía con un patrón creado en la sala 206 el 20 de diciembre de 1974.

Llegué a pensar en ello como un crimen de absolutos: la locura total se cruza con la inocencia total; el más mínimo contacto da lugar a la más inimaginable de las tragedias.

Dentro del sistema de justicia penal en el condado de Dade, el crimen lleva un impulso único. El mundo de los policías, los tribunales, los crímenes, los fiscales y los abogados defensores es una tierra dentro de otra tierra, una península de la sociedad y la ley que tiene sus propias normas y reglas. Es un lugar ilusorio, en el que lo que se dice forma parte de un drama, en el que los actores tienen papeles designados. Es un tópico que los tribunales penales se parecen a los teatros. Hay *dramatis personae*, un escenario, una escena, un diálogo necesario. La memoria y la acción se mezclan en el escenario del tribunal, con la diferencia de que lo que está en juego es más importante: la vida, la libertad y el futuro. En Miami, el asesinato de Arnold Zeleznik se recordó con un fervor inusual, no tanto por la víctima sino porque el asesino había tenido un efecto tan singular en la sociedad de la justicia.

Se recordó a Walford.

Si no era su nombre, bastaba con "el hombre que mató al niño". Como era habitual, las víctimas quedaban relegadas a la retaguardia del recuerdo. Walford era el foco, el centro de atención del sistema de justicia penal en Miami.

Había oído todas las historias que circulaban en el juzgado sobre Walford. Parecían de pesadilla y de fantasía: que había gritado durante treinta y seis horas seguidas; que habían necesitado ocho guardias de la cárcel para someterlo; que le habían inyectado suficientes tranquilizantes como para matar a media docena de hombres y había seguido enfurecido, sin inmutarse; que en su celda se había convertido más en un animal que en un hombre. Una tarde pregunté a un psiquiatra forense que iba a testificar en un juicio si conocía a Walford. El médico, un hombre respetado, había dudado ligeramente, con la boca abierta, seleccionando sus palabras. "Era", había dicho el médico lentamente, "el hombre más loco que he visto nunca".

Así que esperé, preguntándome qué aparición entraría en la sala del juez Wetherington.

Lo trajeron a través de una puerta trasera desde una celda de detención justo al otro lado de una pared insonorizada. Había cuatro guardias con él, cuyos recuerdos de Walford no parecían estar afectados por su aspecto y circunstancias actuales. Levanté la vista cuando pasó. Llevaba la cabeza gacha, arrastraba los pies, caminaba con la vacilación y la rigidez de un hombre golpeado duramente un día antes. Sus ojos, sin embargo, recorrieron la sala hasta posarse en sus abogados. Les saludó con la cabeza, sin sonreír.

Sabe lo que está en juego, pensé.

Se sentó en el palco vacío del jurado, respirando con dificultad. Los guardias le rodeaban. Sus ojos estaban abatidos. Parecía más digno de lástima que de maldad: desaliñado, paralizado, asolado por las drogas. Pude ver los espasmos y temblores involuntarios, la fasciculación de los labios y los temblores que sacudían su cara y su cuerpo. Pensé en el hombre que había visto en la cinta de vídeo y en el que tenía delante y negué con la cabeza. Eran dos hombres diferentes.

Y entonces entró el juez y comenzó la vista.

Los médicos subieron al estrado, uno tras otro.

Korvick mantuvo su interrogatorio simple y al grano. Preguntó qué habían revelado sus exámenes y luego a qué conclusiones habían llegado. Competente. Competente. Competente. Competente. Competente. Cuando Korvick terminó de interrogar a cada médico, se sentó con confianza.

Tarkoff y Von Zamft, por turnos, interrogaron a los médicos sobre la calidad irreversible de los medicamentos. Los expertos concedieron el punto, pero sostuvieron que las cantidades no estaban, como dijo Jacobson, "fuera de lugar". Cada uno de los médicos admitió con franqueza que, sin las drogas, Vernal Walford volvería lenta, segura y terroríficamente al estado excepcionalmente peligroso en que se encontraba en el momento del asesinato.

El testimonio duró varias horas. Wetherington limitó los argumentos y Korvick cumplió. Se mantuvo discreto y se ciñó a una única conclusión: Hubo consenso. Ordena una fecha para el juicio.

Tarkoff y Von Zamft adoptaron un enfoque diferente. Dijeron que era injusto exigir a su cliente que tomara drogas que le hacían daño para poder juzgarlo por asesinato en primer grado. Era un argumento de la Octava Enmienda, un castigo cruel e inusual. Afirmaban que se estaba castigando a Walford antes del juicio y que las drogas, en el mejor de los

casos, no lo hacían realmente competente, sino que sólo enmascaraban al verdadero Walford.

Wetherington no se lo creyó.

"Dicen que es competente, voy a ordenar la fecha del juicio", dijo a los abogados.

Von Zamft y Tarkoff explotaron.

"¡Esto es injusto para nuestro cliente!" dijo Tarkoff, casi gritando. "¡Quieren matarlo para matarlo!"

"Señoría", dijo Von Zamft, con la voz al borde del control, "¡no seré partícipe de ello! Si mi cliente es competente, le aconsejaré que no tome ninguna droga. Seguramente un hombre competente tiene ese derecho. A rechazar un tratamiento que no le conviene".

"No harás nada de eso", dijo Wetherington. Su acento sureño había disminuido notablemente. Miró fijamente a los dos abogados.

"¡No veo cómo, en conciencia, puedo permitir que mi cliente se deje juzgar por un asesinato en primer grado y se enfrente a la silla eléctrica tomando medicamentos que le hacen daño!" dijo Von Zamft. Se volvió hacia la mesa de la defensa.

"No me dé la espalda", dijo Wetherington, con una voz no elevada pero llena de exagerada calma, con cada palabra cargada de ira. "Si le da ese consejo a su cliente, se encontrará ocupando la celda de al lado. ¿Me explico perfectamente?"

Von Zamft aspiró su aliento. Podía ver 100 réplicas desafiantes en su cara. Se controló. "Sí, Su Señoría".

Se detuvo un segundo, antes de continuar. Miró a Tarkoff, que estaba agarrado al borde de la mesa. Entonces Von Zamft sonrió, una sonrisa sin humor. "Solicitamos una fecha de juicio inmediata, Su Señoría".

"Eso lo puedes tener", contestó Wetherington, con la voz todavía fría y enfadada. Comenzó a hojear las páginas de su expediente judicial,

"Solicitaríamos el próximo lunes, Su Señoría. El 20 de diciembre".

"Si lo quieres, lo tienes", respondió Wetherington con frialdad.

Korvick, que había permanecido callado durante todo el arrebato, se levantó de un salto. "¡Esto es indignante!", dijo. "¡No sólo necesitamos más tiempo para prepararnos, sino que es el aniversario del asesinato del pequeño!". Miró fijamente a Von Zamft.

"Fijaré una fecha el viernes", dijo Wetherington. Él también miraba con ojos de odio a los dos abogados defensores. "¡Este tribunal está en receso!"

Por fin tuve un momento para levantar la vista de mi bloc, donde había estado garabateando el intercambio entre el juez y los abogados, y mirar hacia donde estaba sentado Walford. Era difícil saber si los temblores de su cabeza se debían a las drogas o al conocimiento de que iba a enfrentarse a un jurado. Agarró brevemente las manos de Von Zamft, mientras los guardias lo escoltaban lenta, casi dolorosamente, fuera de la sala.

4. Una parte interesada

Nadie llamó a los Zelezniks.

Aunque la política de la Oficina del Fiscal del Condado de Dade es mantener a las víctimas del crimen informadas sobre los desarrollos legales, esa política no se cumplió sistemáticamente en su caso. No hay una explicación razonable de por qué no lo fue.

Carter se enteró de que el juicio de Walford estaba programado cuando unos amigos que habían oído las noticias en una cadena de televisión local de Filadelfia lo mencionaron de pasada. Su amigo Richard Innis, el abogado que había ayudado a supervisar lo que ocurría en Florida, tampoco había sido informado. Cuando Innis llamó en nombre de Carter, se enteró de que Wetherington estaba considerando comenzar el juicio el día 20. Al día siguiente, el abogado se enteró de que Wetherington había cambiado la fecha del juicio para finales de febrero o marzo.

¿Qué demonios está pasando ahí abajo? se preguntó Carter con rabia.

¿No le importa a nadie?

Escribió lo que podría considerarse una carta notablemente restringida, dadas las circunstancias, a Korvick:

5 de enero de 1977

Estimado Sr. Corvick:

Espero haber escrito bien su nombre y le agradecería que me informara sobre cualquier corrección necesaria. Me dirijo a usted en relación con el próximo juicio de un tal Vernal Walford, presunto asesino de mi hijo, Arnold Frank Zeleznik.... En la medida en que soy parte interesada en el proceso, me preocupan los preparativos que se están llevando a cabo para el juicio y mi papel en el mismo, así como el de mi esposa y el de mi hijo restante, Robert Carter Zeleznik.

Sin embargo, debo expresar de inmediato mi indignación por no haber sido debidamente informado de la evolución de este caso.... Me sorprendió saber [de su abogado] el 13 de diciembre que se esperaba que mi familia y yo estuviéramos en Miami el 20 de diciembre para que el juicio comenzara en esa fecha. El 20 de diciembre, por supuesto, es la fecha del aniversario de la muerte de Arnold. El corto período de tiempo también sugirió que habría poca oportunidad para los preparativos adecuados para el juicio por su parte.

[Mi abogado] me dijo que usted personalmente se pondría en contacto conmigo el 17 o el 20 de diciembre. Hasta este momento, no he recibido ninguna comunicación de usted o de su oficina ....

Creo que a mi familia y a mí se nos debe notificar la fecha del juicio con la misma antelación que al acusado es.... Cuando hablé con mi abogado, me aconsejó que cooperara plenamente con usted y su oficina. Tengo la intención de hacerlo a pesar de que será una causa de angustia y trastorno emocional para mí, y lo que es más importante, para mi familia. Sin embargo, por la misma razón, me gustaría tener la seguridad de que el caso preparado por su oficina será exhaustivo y diligente en todos los aspectos.

Mis observaciones de la audiencia inicial de competencia realizada... en enero de 1975, son que no fue ninguna de las dos cosas. Estoy preparado para documentar mis observaciones en detalle y tengo la intención de hacerlo. Me temo que la pobre muestra en el momento de la audiencia de competencia original en 1975 puede perjudicar seriamente su propio trabajo en este momento. Espero que, con un esfuerzo considerable por su parte ahora, se pueda superar algo de eso.

... Estoy dispuesto a ofrecer mis propios servicios en las áreas en las que puedan ser útiles. He hecho un estudio de la literatura médico-legal sobre el tema del examen de los testigos psiquiátricos expertos.... He identificado una serie de fuentes en este ámbito que confío en que usted conozca. Sin embargo, me parece que todas las referencias presentan graves deficiencias conceptuales.... Por lo tanto, he decidido escribir mi propio texto sobre el tema con la esperanza de que pueda ser útil para usted y para otras personas interesadas en estas cuestiones. Tengo la intención de utilizar el juicio [de Walford] como medio para demostrar los principios que se exponen en ese manual.... También estoy dispuesto, si lo desea, a ofrecerle la -oportunidad de ser coautor de la obra como una especie de compensación por sus esfuerzos.... Personalmente, me sentiría más cómodo si una persona de su profesión trabajara conmigo en este libro y, de todos modos, tengo la intención de obtener esa colaboración. En cualquier caso, me propongo utilizar el próximo juicio de Walford como vehículo principal de la obra para que, con el tiempo, se convierta en un clásico de cómo examinar a los testigos periciales psiquiátricos en los procesos penales.

Esperaré con interés el contacto inmediato de su oficina en la medida en que queda poco tiempo. Las indicaciones de un alto nivel de compromiso con la preparación para el enjuiciamiento de este caso servirán para disipar mis ansiedades.

Sinceramente,
Carter Zeleznik

La carta de Carter provocó un críptico memorando del Fiscal del Condado de Dade, Richard Gerstein, a Michael Korvick: "Estoy perturbado por el contenido de esta carta. Por favor, responda a ella inmediatamente con una copia para mí".

Una semana después Korvick envió esta carta a Carter:

Estimado Sr. Zeleznik:

Estoy llevando el caso contra Vernal Walford y estoy siendo asistido por el jefe de la División de Crímenes Mayores, Terrence McWilliams.

Terrence McWilliams ha tenido más experiencia y más éxito en el enjuiciamiento de casos de homicidio que implican defensas de locura que cualquier otra persona en la Oficina del Fiscal del Estado durante la última década. Estamos llevando a cabo de forma enérgica y esforzada los preparativos para el juicio, que son multifacéticos y existen en muchos niveles.

Le informamos que la fecha del juicio es el 21 de marzo de 1977, ante el Honorable Gerald Wetherington. Salvo imprevistos, el juicio se celebrará esa semana, a partir del lunes. Sus arreglos de viaje se harán en coordinación con esta oficina, para asegurar que usted y su familia no tengan inconvenientes.

Se harán arreglos con usted en el futuro inmediato para una conferencia previa al juicio, en una fecha de mutuo acuerdo, aquí en Miami.

Comprendo su gran interés en que se le mantenga debidamente informado de la evolución de este caso. Antes del 13 de diciembre, el tribunal había declarado al acusado incompetente para el juicio y éste había estado en el hospital psiquiátrico estatal. En esa fecha, el juez Wetherington, después de una audiencia de competencia completa, como exige la ley, declaró al acusado competente para el juicio, aunque el acusado está siendo tratado actualmente con una dosis extremadamente alta de medicación psicotrópica y su cuerpo tiembla visiblemente y sin control. El tribunal fijó entonces, a petición del acusado, una fecha de juicio para el 20 de diciembre, a pesar de mis enérgicas objeciones. Esa fecha de juicio era intolerable para el Estado y el 17 de diciembre de 1976, a petición del Estado, el tribunal reprogramó el juicio para una fecha en marzo.

Estoy totalmente de acuerdo con usted en que un juicio en la semana del 20 de diciembre de 1976 habría sido, como mínimo, inhumano para usted y su familia, y esa fecha ciertamente no habría permitido un tiempo de preparación adecuado para el

juicio. Fue por esas mismas razones que los abogados del acusado exigieron una fecha de juicio tan temprana.

Al hablar con su abogado, pensé que le había transmitido básicamente la misma información y que él hablaría con usted en consecuencia. Lo último que quería hacer era molestarle a usted y a su familia en ese momento concreto, e intencionadamente no me comuniqué directamente con usted ni con su familia. Me disculpo sinceramente por cualquier molestia o dolor que usted y su familia hayan sufrido y que yo haya podido evitar.

Me interesan sus ideas sobre la tramitación de este caso y me pondré en contacto con usted en un futuro próximo.

Atentamente,
Michael John Korvick
Asistente del Fiscal del Estado

Fui a ver a Korvick una mañana, no mucho después del intercambio de cartas. Tenía el expediente en un cajón de su escritorio. Lo sacó y empezó a hojear las fotografías en color de ocho por diez de la escena del crimen y del cuerpo de Arnold. "Jesús", murmuró para sí mismo.

Me mostró la carta de Carter y dirigió mi atención a la parte en la que Carter describía el texto que quería escribir. "Ves", dijo Korvick, "quiere escribir su propio libro". En su tono había una nota de desagrado, como si hubiera percibido que Carter deseaba aprovecharse de la muerte de Arnold. Al menos así fue como interpreté el tono de Korvick.

"No, no lo sabe, Mike", dije. "Quiere escribir algún tipo de texto académico o médico. ¿Qué hay de malo en eso?"

"Seguramente te sacará de apuros", respondió Korvick. Sonrió. Sabía de mi interés en el caso. A todos los fiscales que he conocido les ha gustado burlarse de los periodistas por las historias que persiguen.

Korvick miró el expediente. "Qué lío", dijo.

"¿Por qué?"

"¿No para una historia?"

"Bueno, ahora no".

"Bien. Mira esto. Quiero decir, casi atraparon al tipo con las manos en la masa, cierto. Se niega a declarar, pero no pasa nada porque lo tienen. Pero nadie hace el trabajo de huellas dactilares; nadie hace el trabajo de sangre; nadie entrevista a todos los testigos. Nadie encuentra el arma homicida.

"Y luego mira a todos los médicos. Todos coinciden en que Vernal estaba loco de remate. ¿Qué tengo yo para ir en contra de eso?"

"¿Y la opinión pública? "

"¿En un tribunal? ¿Cómo puedo superar un veredicto dirigido de locura? ¿Dónde hay alguna prueba para que el juez diga: ¿Vale, envíalo al jurado? Tengo que ser capaz de aportar algo que contradiga a todos los médicos. Ese es el problema".

Revolvió los papeles. "Es un perdedor", dijo. "Era un perdedor mucho tiempo antes de que yo me ocupara de él".

Se encogió de hombros.

"¿No hay posibilidad?" Pregunté.

"Fue un perdedor en el instante en que ocurrió".

Hablé con Edward Carhart, un brillante abogado litigante, que era el principal asistente de la oficina. ¿Es justo que el Estado exija a Walford que tome las drogas, aunque le estén matando, para que pueda ser juzgado? Yo pregunté. ¿Qué es lo que se sirve?

La respuesta de Carhart fue típicamente lacónica. "Fue un crimen salvaje. Un crimen despreciable. Exige que el jurado escuche los hechos. Si creen que debe ser excusado por su estado mental, que así sea. Pero un jurado debe escuchar los hechos". Puse su cita en un artículo para el periódico.

Tal y como lo veían los fiscales, el principal problema seguía siendo superar un veredicto dirigido desde el banquillo. Tenían que presentar algunas pruebas para contrarrestar las opiniones de los médicos de la defensa. En efecto, el Estado tenía que convertir el estado mental de Walford en el momento del asesinato en una cuestión que sólo podía resolver el jurado. Nunca superaron ese problema, y la duda pareció teñir todo el esfuerzo de la acusación. "Un perdedor", había dicho Mike Korvick, y no era el único en ese sentimiento. Años más tarde, Mike Tarkoff diría: "Siempre nos pareció que el Estado pensaba que teníamos un caso más fuerte que nosotros". Era como si pensaran que teníamos la defensa perfecta contra la locura, cuando no era así. Así que nunca argumentaron nada..."

Lo que los abogados defensores vieron fue a un cliente que había cometido un acto de locura, pero que sabía que estaba mal y tomó medidas para huir y evitar ser capturado y descubierto. Tal vez una voz

le había ordenado hacerlo, pero aun así actuó de forma culpable, desde el instante del asesinato en adelante.

Pero el Estado nunca lo vio así.

Las enérgicas palabras del asistente jefe Carhart fueron, en última instancia, totalmente vacías.

5. *Disquinesia tardía*

Brian Weiss era un hombre delgado, de pelo oscuro, con la palidez de un psiquiatra, un hombre que permanece demasiado tiempo en una habitación oscura cada día. Fue a la cárcel del condado de Dade el viernes 21 de enero para ver a Vernal Walford y pasó más de una hora hablando con él. Unos días más tarde escribió a Michael Von Zamft una breve carta en la que detallaba su experiencia.

Walford le dijo al Dr. Weiss que seguía sintiendo que tenía razón al obedecer a la voz cuando le dijo que asesinara a Arnold.

Entonces Weiss escribió:

... De particular interés es su reacción física a los medicamentos. Ha desarrollado efectos secundarios extrapiramidales, que han hecho necesario reducir la dosis y administrar simultáneamente Cogentin. Las fasciculaciones y los movimientos de la lengua, reforzados con los movimientos de los dedos, así como el chasquido de los labios, el temblor de las extremidades superiores y las muecas y movimientos involuntarios ocasionales de la boca, sirven para documentar una disquinesia tardía leve. Esta condición neurológica empeorará invariablemente con más quimioterapia antipsicótica y podría quedar incapacitado. El único tratamiento es retirar todos los -psicotrópicos en este momento, antes de que la condición sea irreversible.

Perfecto, pensó Von Zamft. Walford está al borde de una enfermedad irreversible. La medicación le está perjudicando a cada segundo que se continúa. ¿Qué juez va a tener eso en su conciencia?

Al mismo tiempo, Tarkoff encontró un caso del Tribunal Supremo de EE.UU. que parecía proporcionarles la ventaja legal que necesitaban. El tribunal había dictaminado en un caso de Massachusetts que el estado no podía obligar a los escolares a vacunarse contra la viruela en contra de los deseos de la familia. Vio un paralelismo con Walford. Estaba claro que ir a juicio iba en contra de sus intereses, así que ¿cómo podía el Estado exigirle que tomara los medicamentos?

Era algo que podían argumentar. Junto con el testimonio de Weiss, podría incluso tener éxito. También me filtraron exactamente lo que iban a hacer, y escribí la predecible historia: "¿Las drogas hacen que el acusado esté capacitado para el juicio?" Salió en la primera página del *Miami News.* Un poco más de presión sobre el juez, pensaron los abogados.

Korvick no se dio cuenta inicialmente de la táctica adoptada por la defensa. A pesar de su pesimismo, seguía esforzándose por resolver el caso. Envió notas a todos los especialistas y detectives forenses, al médico forense y a los encargados de las huellas dactilares, diciéndoles que completaran su trabajo en el caso y que se prepararan para el juicio. Organizó conferencias previas al juicio e hizo que el detective jefe Ed Carberry empezara a investigar los antecedentes de Walford en busca de actividades vudú o cualquier otra cosa que pudiera ayudar. Citó los registros del Servicio de Inmigración y Naturalización. Envió una citación al Consulado de Jamaica en Miami, solicitando su ayuda para obtener los registros médicos, escolares y militares de Jamaica. El consulado le devolvió una carta enfadada diciéndole que no le ayudaría en absoluto. Nunca logró obtener ningún registro, si es que existía.

Como en cualquier juicio, especialmente en uno tan potencialmente explosivo como el de Walford, hubo un aluvión de peticiones previas al juicio. El Estado solicitó muestras de sangre, pelo, uñas y escritura de Walford, que fueron concedidas. Tarkoff y Von Zamft enviaron un lote de peticiones, en su mayoría rutinarias, de listas de jurados, etc. Entre ellas estaba la "Moción de la defensa para impedir la administración de drogas".

Era su método para volver a la cuestión de la competencia. Se fijó para el 27 de enero.

Cuando Korvick empezó a hacer preguntas sobre las drogas, se encontró con el dilema esbozado por Weiss: Walford estaba atrapado en un aprieto infernal. Sin las drogas, volvería inevitablemente a la locura. Con las drogas, se estaba convirtiendo en una persona temblorosa y vegetariana. En efecto, las drogas lo estaban matando.

El tratamiento médico adecuado para la discinesia tardía consistía en suspender los medicamentos antipsicóticos y luego restablecerlos muy gradualmente, hasta el punto de que no indujeran los efectos motores manifestados por Walford pero siguieran controlando sus capacidades intelectuales.

Como fiscal, Korvick también se vio atrapado en un horrendo dilema ético. La venganza no es una razón legalmente suficiente para llevar a un hombre a juicio, especialmente cuando le cuesta tanto. A Korvick le quedaba poca salida. De nuevo sería abandonado por los médicos. Todos coincidirían con Weiss en el tratamiento adecuado de la discinesia tardía. Tratar adecuadamente a Walford significaba resignarse a ver cómo su competencia se evaporaba en un implacable curso de locura.

Vi a Korvick antes de la audiencia. Cuando empecé a hacerle una pregunta, se limitó a sacudir la cabeza con decepción.

El primer testigo fue el Dr. Casademont, el psiquiatra adscrito a la cárcel del condado de Dade. Fue interrogado brevemente por Tarkoff. Casademont dijo que había disminuido las cantidades de fármacos administrados a Walford con respecto al nivel en el que el hospital estatal lo había colocado cuando había visto las fases iniciales de la discinesia tardía.

"¿Por qué no le quitó los antipsicóticos al Sr. Walford?" Preguntó Tarkoff.

Casademont sacudió la cabeza. Él también recordaba al Walford de dos años atrás. "No tengo las facilidades para darle al Sr. Walford una supervisión adecuada…"

"Si tuvieran las instalaciones adecuadas, ¿habrían retirado la medicación?"

"Yo lo habría hecho".

Korvick se sentó en la mesa del fiscal. "No hay preguntas", dijo.

Sin embargo, el juez Wetherington interrumpió. "Espere un segundo. ¿Me está diciendo que los medicamentos que le está dando a este hombre le están causando esta condición, esta disquinesia tardía?"

"Sí, señor", respondió el médico.

"¿Me estás diciendo que hay una alternativa a eso?"

"Bueno, si me permite la expresión, señor, es una situación de malo si lo haces y malo si no lo haces".

"¿Qué quieres decir con eso?"

"Si se suspende la medicación, volvería este trastorno psicótico".

Minutos después, Weiss subió al estrado. Parecía ligeramente nervioso y hablaba en voz baja y difícil de escuchar. Von Zamft le interrogó. Primero repasó la impresionante lista de credenciales de Weiss; luego le preguntó por su examen de Walford.

"Sufre dos grupos de efectos secundarios. Uno se llama parkinsonismo inducido por fármacos, que es un efecto secundario neurológico extrapiramidal, caracterizado por la rigidez de los músculos, temblores parecidos al Parkinson. Y la discinesia tardía... un efecto irreversible de la administración a largo plazo de ciertos fármacos. Se trata de movimientos rítmicos involuntarios de la boca, la mandíbula, a veces el chasquido de labios, llamado maniobra de atrapar moscas con la lengua".

"¿Cuál es el resultado de una persona que sufre esto?" preguntó Von Zamft.

"Al final la persona no tiene control sobre estos movimientos musculares. Se vuelve similar a las personas que tienen la enfermedad de Huntington, que es más familiar".

"¿Hay algún tratamiento conocido?"

"El único tratamiento es retirar todos los medicamentos…"

"¿Le ha explicado al Sr. Walford las consecuencias de las drogas que está tomando?"

"He hablado con él sobre la discinesia tardía. Me ha dicho que desea dejar de tomar los medicamentos si van a causar los efectos secundarios".

"Si fuera tu paciente privado, ¿qué harías?"

"Lo hospitalizaría y le quitaría la medicina".

En el banquillo, el juez Wetherington parecía sumido en sus pensamientos. Se había inclinado hacia delante durante el testimonio de Weiss. Cuando el médico terminó, se echó hacia atrás, balanceándose en el asiento de cuero negro acolchado. Se volvió hacia Korvick. "¿Interrogatorio?"

Korvick apenas se movió. "Sin preguntas, Juez".

"¿Algo del Estado?"

"No, Su Señoría".

Von Zamft se presentó ante Wetherington. "Pedimos al tribunal que ordene que se le retiren los medicamentos y se le envíe de nuevo al hospital para que reciba el tratamiento adecuado".

Miré a Walford. Al igual que antes, estaba sentado en el palco del jurado vacío, temblando de vez en cuando, con espasmos y sacudidas. No mostraba nada más, aunque sus ojos permanecían fijos en el juez, como si lo midiera.

Korvick se levantó entonces y dijo: "Juez, no voy a intentar siquiera interferir en lo que un médico dice que debe recibir y en lo que otro médico puede estar en desacuerdo. Creo que es una cuestión que deben determinar los médicos. No podemos ponernos a dar tratamiento médico ni a aconsejarlo, debería decir…". Luego se sentó.

Wetherington dudó, pensando.

Miró fijamente a Tarkoff y Von Zamft mientras tomaba su decisión, no a Walford. El acusado estaba oculto por dos enormes guardias de la cárcel, que lo rodeaban mientras el juez hablaba.

"... Ya le he dicho que muchas personas llegan a juicio con ciertos niveles de medicación, al igual que la insulina devuelve a las personas con diabetes a niveles aceptables de salud. En cualquier caso, eso es apropiado; alguien puede llegar a juicio, a pesar de que esté recibiendo - medicación.

"Sin embargo, no haré que alguien reciba medicamentos con el fin de que sea juzgado si esto constituye un peligro significativo y sustancial para la salud de esa persona…"

El juez fijó sus ojos en mí y en varios otros miembros de la prensa.

"Aquí no tenemos ese tipo de sistema. No lo hacemos en este país, y no hay ningún valor social lo suficientemente importante como para llevar a este hombre a juicio a costa del deterioro sustancial de su salud, y eso no va a ocurrir mientras yo esté aquí sentado.

"Lo declararé en este momento particular no en condiciones de ir a juicio…"

Miré hacia Walford, pero seguía escondido.

Wetherington barrió desde el banquillo.

Korvick se levantó, respiró profundamente, recogió sus papeles y salió lentamente de la sala.

Tarkoff y Von Zamft se estrecharon la mano, con una amplia sonrisa.

Walford se puso de pie y avanzó con cautela por la sala. Se detuvo para estrechar la mano de sus abogados y murmurar su agradecimiento. Von Zamft dijo que él y Tarkoff irían a la cárcel a verlo, y Walford asintió. Luego, rodeado de guardias, salió arrastrando los pies por la puerta trasera de la sala, sin ninguna reacción exterior. Me pregunté si se había dado cuenta de lo que se avecinaba. Intenté imaginar ese primer momento de locura, cuando los efectos acumulados de las drogas desaparecieron y la habitación del hospital volvió a llenarse de una luz brillante de otro mundo y la voz le llenó de su pasión inviolable.

6. Una visita

Varios meses después, Michael Tarkoff fue a ver a Walford al hospital mental estatal de Chattahoochee. La orden final firmada por el juez Wetherington exigía informes periódicos sobre el estado de Walford. Tarkoff fue a recoger información para uno de esos informes. Le acompañaba Dennis Urbano, otro joven defensor público asistente, que tenía que tomar algunas declaraciones de testigos en Tallahassee. Tarkoff aceptó ayudar a Urbano con las declaraciones si éste le acompañaba al hospital.

Estaba lloviendo. El cielo del norte de Florida estaba encapotado, una masa sólida de color gris. Las enormes paredes del psiquiátrico estaban pintadas de manchas oscuras por la fuerte lluvia. Esto parece algo sacado de una película de Hollywood de grado B, pensó Tarkoff. El manicomio se alzaba sobre un acantilado que daba a un río, y su propia oscuridad se mezclaba con el cielo gris. La impresión de Tarkoff se acentuó cuando él y Urbano fueron conducidos al ala de máxima seguridad. Cada puerta cerrada con llave y cerrojo, la valla encadenada y el sistema de alarma aumentaron el peso de la impresión.

Un guardia con chaqueta blanca les hizo pasar a una pequeña sala de entrevistas. Había una pequeña mesa, donde esperaron. En unos segundos Walford entró por la puerta. Tarkoff notó inmediatamente los cambios en él. La complexión atlética de Walford estaba tomando forma, los pliegues sueltos de la piel volvían a convertirse en músculos, sus movimientos eran más precisos, más controlados. Sus ojos parecían más claros, penetrantes. La voz de Walford era directa, no fuerte, pero con una severidad evidente.

"¿Cómo estás?" preguntó Tarkoff.

"Estoy bien", respondió Walford.

"¿No hay medicación?"

"No, me dan algo. No es mucho".

Tarkoff se dio cuenta de que el temblor había disminuido mucho. Los temblores faciales de Walford eran ahora lo mismo que un tic nervioso.

"Tienes mejor aspecto", dijo Tarkoff.

"Hay una zona de ejercicios. Levanto pesas. Corro. Hago ejercicio. Es mucho mejor para mí".

"¿Recuerdas lo que pasó con el niño?"

"Sí. Lo recuerdo".

Se hizo un silencio. Tarkoff sintió que la mirada de Walford se clavaba en él. Tuvo la sensación de que la habitación se hacía más pequeña, o Walford más grande, y se sintió ahogado. Entonces pensó que no seguiría esa línea de interrogatorio.

"¿Oyes las voces otra vez?"

"Sólo hay una voz".

"¿Y?"

"Lo escucho muchas veces".

"¿Cuándo fue la última vez que escuchaste la voz?"

Walford sonrió.

"Lo escucho ahora mismo".

Tarkoff vio que los ojos de Urbano se abrían de par en par. El joven abogado se levantó tranquilamente de su silla y salió por la puerta.

"¿Qué te dice la voz?"

"Él me dice lo que tengo que decirte ahora. Él me dice lo que tengo que hacer".

Tarkoff vio cómo los músculos de Walford se tensaban y relajaban bajo su camiseta deportiva. No más preguntas, pensó. Salgamos de aquí. Sonrió y se levantó. "Gracias, Vernal. Ahora tengo que volver a Miami. Me pondré en contacto de nuevo pronto. Cuídate, ¿de acuerdo?"

Walford se puso de pie. Sus manos se cerraron en un puño y luego cayeron a sus costados. Asintió con la cabeza y cruzó la puerta. Un asistente se reunió con él allí, y Tarkoff observó cómo Walford desaparecía a través de un conjunto de puertas batientes y por un pasillo encalado, y fue para el abogado como si Walford hubiera sido absorbido de repente por un destello de brillo celestial, encapsulado en un estallido de calor blanco.

CAPÍTULO 9

Sólo un lado

Sólo hay un lado cuando se pierde el hijo...
-Peg Mullen, citado en *Friendly Fuego,*
por C. D. B. Bryan

1. *"Un pensador bastante lento y metódico"*

Cada tres meses, las computadoras que realizaban un seguimiento de los miles de acusados que se presentaban cada año en los tribunales del circuito de Dade ponían el nombre de Walford en la hoja del sumario bajo el título "Informe sobre el acusado". Estas anotaciones se traducían en unos minutos de tiempo en el tribunal; Michael Korvick se levantaba y decía que el estado no tenía información de que la condición de Walford hubiera mejorado, y el tribunal pasaba al siguiente caso. Walford, como un camaleón, se había mezclado con el sistema.

Los Zelezniks también estaban a la deriva.

Su esperanza de ver a Walford procesado con éxito se hizo añicos tras una visita a Miami a finales de abril de 1977. Fue una visita extraordinaria; Korvick había decidido completar muchos de los preparativos del juicio a pesar de que creía que con toda probabilidad eran inútiles, y como parte de ese trabajo previo al juicio, llevó a Carter, Betty y Bobby a Miami para reunirse con él. Sin embargo, esos preparativos carecían de vigor; no tenían la absorción y la intensidad casi ritualistas a las que se someten los fiscales antes de un juicio por asesinato en primer grado. Sus preparativos tuvieron lugar en un vacío creado por los caprichos de la locura de Walford. Los Zelezniks, totalmente inexpertos a la hora de entender las motivaciones del trabajo

en los tribunales penales, se adentraron en la situación esperando verse envueltos en una atmósfera agresiva, en la que el acento se pondría en llevar a Walford al estrado y obligarle a enfrentarse a los resultados de sus actos. No podían estar más equivocados. El Estado no estaba haciendo nada para llevar a cabo el juicio. La fiscalía estaba esperando a que los médicos de Chattahoochee les dijeran que Walford había vuelto a ser competente. Sin ese dato, no hicieron nada. No podían hacer nada.

Quizás "nada" sea una exageración. El Estado realizó algunas tareas rudimentarias. Michael Korvick me paró un día en el pasillo de la Oficina del Fiscal del Estado y dijo: "Sabes, hemos encontrado el arma homicida".

"¿Dónde?"

"Enterrado, en el jardín justo fuera de la puerta principal".

No parecía emocionado por el descubrimiento.

"Un jardinero estaba revisando los arbustos -ya sabes, raspando y rastrillando la maleza- y vio el mango clavado en la tierra. Lo sacó y se acordó del crimen y se lo dio a la policía".

"¿Se puede comprobar si hay sangre o huellas dactilares?"

"Lleva un par de años atascado en el suelo. No queda mucho de él. Lo envié al laboratorio de todos modos".

El arma homicida había sido descubierta precisamente en el lugar donde las brigadas de auxiliares de policía habían buscado. Al parecer, según se pudo determinar, al salir del hotel Walford se había agachado y había sacado parte de la tierra blanda del jardín. A continuación, había clavado el cuchillo, con la hoja hacia abajo, todo lo que pudo en el suelo y barrió más tierra por encima, de modo que todo el cuchillo había quedado efectivamente enterrado. La voz que le ordenaba parecía ciertamente conocedora de cómo huir de la escena de un asesinato.

Posteriormente, resultó que el laboratorio no pudo procesar los restos del cuchillo para determinar el tipo de sangre o las huellas.

A diferencia de lo que hacía, o no hacía, la Fiscalía del Estado, Carter estaba inmerso en las cuestiones de la responsabilidad penal de Walford. Se había lanzado a analizar los problemas que presentaba el caso de Walford y la defensa por demencia.

La idea del "libro" sobre el caso había sido sobre todo una manifestación de esa investigación, unida al dolor de Carter y a su -

impotencia jurídica. Toda su vida se había dedicado a esbozar preguntas y luego a buscar agresivamente respuestas; apenas podía tolerar la -aceptación encogida de la situación legal de Walford.

Su frustración se vio redoblada por su encuentro con Korvick.

Betty dijo más tarde: "Nos llamaron y nos pidieron que fuéramos. Hicieron todos los preparativos. Luego, cuando llegamos, actuó como si no supiera por qué estábamos allí. O por qué nos habíamos molestado en venir. Fue increíble".

Carter elaboró un documento extraordinario tras el viaje a Miami. Consistía en docenas de páginas de cavilaciones, preguntas, problemas y respuestas que había sacado de su estudio. Se centraba en lo que esperaba que fuera la batalla del juicio, que era el testimonio de los psiquiatras, que mantendrían que Walford había estado loco en el momento del asesinato. Es el tipo de documento que un fiscal podría preparar, para anticipar áreas problemáticas en un caso. En efecto, era la acusación de Carter contra Vernal Walford.

Carter escribió:

La cuestión que se plantea es si un individuo que realiza una acción ilícita, a sabiendas de que lo es, y que lo reconoce tanto verbalmente tras la acción como por su propio comportamiento antes, durante y después de la misma, puede ser eximido de responsabilidad penal en base al contenido particular de una alucinación que el individuo experimentó y que atribuye como base de sus acciones.

Carter preparó una presentación tabular de dos páginas, con diez elementos, en la que comparaba los elementos comunes de una defensa por demencia clásica con los presentes en el caso de Walford. Demostró las diferencias en la mayoría de las categorías señaladas.

También escribió:

Cuestiones que debe considerar el jurado:

1. ¿Los hechos de este caso se ajustan perfectamente a la ley?
2. ¿Es la propia ley explícita y libre de ambigüedad, confusión o incoherencia en este ámbito para que pueda aplicarse mecánicamente a los casos individuales?
3. Cuando la ley es ambigua, no es explícita, o está sujeta a confusión o incoherencia, ¿qué principio puede aplicarse?
4. ¿Cómo se puede aplicar ese principio en este caso?

Página tras página de la presentación de Carter trataba de lo que él llamaba "Problemas". Delineó todas las incertidumbres sobre Walford: de dónde venía; qué hacía en Estados Unidos; todas sus declaraciones

contradictorias; todas las preguntas sobre su estado mental. Esencialmente, Carter tomó todos los elementos que se conocían sobre Walford y cuestionó la fiabilidad o exactitud de la información. Consideró los problemas médicos, el mayor riesgo de suicidio y daño cerebral y los problemas creados por la separación de Walford de su familia en Jamaica, cuestionando si este último factor podría haber tenido alguna relación con el comportamiento del hombre y el caso contra él. Se preguntó sobre las declaraciones de Walford de que cinco de sus hijos habían muerto. ¿Habían existido realmente? ¿Habían nacido realmente muertos, como había afirmado Walford? ¿O Walford los había matado? ¿Qué sentía él por esas muertes?

¿Por qué nadie había interrogado de cerca a Walford sobre esas supuestas muertes? No podía creer que un psiquiatra o un policía, al hablar con un hombre acusado del asesinato de un niño, no diera un salto en la información. Tal vez había habido algún vínculo, unos celos fuera de control o una ira no resuelta, algo dentro del recuerdo de Walford que conectaba con el asesinato aparentemente aleatorio de un niño no relacionado en Miami.

Carter escribió páginas de "suposiciones" y las respaldó con otras preguntas o declaraciones de hechos. Enumeró treinta y ocho elementos distintos del comportamiento de Walford, extraídos de los informes psiquiátricos; enumeró once áreas en las que había una "base de datos inadecuada". Redactó una "lista de problemas" de dieciocho elementos, detallando los factores aplicables al encarcelamiento de Walford.

Envió todo el material a Korvick, junto con una carta de cuatro páginas:

... Comprendo que personas emocionalmente implicadas como yo y mi esposa pueden complicar su propio trabajo en la preparación de este caso, pero del mismo modo, podemos tener ideas y perspectivas útiles que de otro modo faltarían. Además de mi implicación emocional directa, tengo un compromiso personal con las cuestiones que están en juego. Por lo tanto, estoy deseando compartir con ustedes los resultados de muchas horas de trabajo, de discusiones con colegas y de la revisión de numerosos aspectos de la literatura relacionada con los temas en cuestión. Espero que esta información pueda ser de ayuda en su difícil tarea de planificar el juicio. Aunque muchos de los puntos que expondré ya habrán sido considerados por usted, se los envío para darle mis ideas.

Como habrás observado, soy un pensador bastante lento y metódico....

Sin embargo, eso fue después de que el fiscal se reuniera con los Zelezniks.

No fue una reunión propicia. Korvick trató la reunión más como una obligación para con la afligida familia de la víctima que como un medio para obtener realmente sus opiniones. Pidió a Betty que recitara su experiencia en la búsqueda de Arnold. Repasó la rueda de reconocimiento en la que Bobby había identificado a Walford.

Explicó la situación legal para ellos tal y como la percibía. Walford se encontraba en una especie de limbo del sistema de justicia penal, en el que todo dependía de los resultados de su tratamiento en el sistema mental estatal.

Enfureció a los zelezniks con esta pasividad.

Cuando Carter sacó a relucir las acusaciones de que Walford había estado involucrado en el contrabando de drogas y quizá en la venta ilegal de armas y, desde luego, había sido un inmigrante ilegal, y sugirió que se solicitara la ayuda del FBI, Korvick respondió que dudaba que la agencia estuviera muy interesada. Cuando Carter sugirió tratar de averiguar más sobre el comportamiento de Walford en Massachusetts antes del asesinato, Korvick replicó que probablemente sólo ayudaría a la defensa. Cuando Carter trató de examinar los informes psiquiátricos en busca de incoherencias e ineficacia, Korvick se limitó a señalar su conclusión: que todos los médicos coincidían en que Walford estaba loco en el momento del asesinato. Carter, que consideraba los informes inadecuados en el mejor de los casos y criminalmente ineficaces en el peor, sólo pudo controlarse con dificultad.

A Korvick no parecía importarle lo que pensaran.

Más tarde se quejó de que los Zelezniks eran insistentes y estaban desinformados. Sugirió que parte de la frustración de Carter estaba causada por la ruptura de las relaciones maritales con Betty. Alegó que Carter se lo había confesado. Se burló de los estudios que Carter había realizado. Korvick sólo vio esos informes psiquiátricos. Como eran los típicos que se preparan en el Undécimo Circuito Judicial y como habían sido elaborados por el grupo de médicos más comúnmente utilizado por los tribunales, y no estaban en desacuerdo, no pudo ver ninguna forma de evitarlos.

Así que no escuchó a Carter.

De hecho, me advirtió que tendría dificultades para tratar con ellos.

2. *Dos males legales*

Uno de los elementos del caso criminal que más perturbó a Carter fue que los médicos reconocieron de manera uniforme que Waiford había - comprendido lo que estaba haciendo, reconocido que estaba mal a los ojos de la sociedad, que sabía que era ilegal y que, sin embargo, siguió adelante y llevó a cabo el asesinato porque no pudo resistirse a la voz.

En los meses posteriores a su reunión con Korvick, meses que pasó estudiando la literatura jurídica, a Carter le pareció que los médicos estaban describiendo un caso clásico de la defensa del "impulso irresistible". Esa defensa, conocida como la regla Durham, había sido formulada en el Distrito de Columbia por el juez de circuito David Bazelon en un esfuerzo por sustituir la antigua norma M'Naghten. En esencia, sostenía que un acusado no era culpable si, debido a su defecto mental, era incapaz de resistirse al comportamiento que sabía que era incorrecto. Llamada así por el acusado en un caso de 1954, el ladrón de casas convicto Monte Durham, la norma fue considerada un experimento legal hasta 1972, cuando fue rechazada por el Tribunal Supremo de Estados Unidos. Sin embargo, la norma se mantuvo en vigor; había tenido un impacto excepcionalmente amplio en el sistema de justicia penal, y su influencia podía verse en las normas de procedimiento de los tribunales penales de muchas jurisdicciones. Sin embargo, la regla de Durham era una ley real en muy pocos lugares. Florida no era uno de ellos.

Llevó a Carter a un punto de desenfreno intelectual. Leyó, releyó y volvió a leer la norma de M'Naghten sobre el bien y el mal y la capacidad de ajustar los actos propios a las normas de la sociedad. Prácticamente memorizó el manual del tribunal penal de Florida sobre la locura.

Cuanto más lo miraba, más pensaba que Walford era procesable. Y condenable.

Y cuanto más lo pensaba, más veía que nadie hacía nada al respecto.

Tras el viaje de abril de 1977 a Miami, la familia regresó a Ambler y se instaló de nuevo en la incómoda rutina de la recuperación. Bobby se unió a un equipo de la liga infantil, Betty continuó con sus estudios de arte y Carter se volcó en su trabajo. En su despacho, las cajas de documentos seguían multiplicándose, algunas con la leyenda "Walford",

otras con la leyenda "Inmunidad soberana", cada una de ellas un testimonio de frustración.

Las noticias de Boston eran tan malas como las de Miami.

El pleito contra los médicos de Northampton y el Estado de Massachusetts seguía estando sujeto a la doctrina de la inmunidad soberana. Aunque un juez especial nombrado por el tribunal de primera instancia que había revisado la disputa entre el estado y los Zelezniks había decidido a su favor, esa decisión fue rápidamente anulada por un tribunal de apelación. Posteriormente, en 1978, la legislatura de Massachusetts aprobó una Ley de Reclamaciones por Agravios, que eliminó la doctrina, pero la ley sólo era retroactiva a la decisión *Whitney* de 1977 *[Whitney* contra *la ciudad de Worcester]. La* demanda de los Zelezniks era anterior a Whitney. Para ellos, la doctrina seguía intacta.

A veces le parecía a Carter que estaba atrapado por dos males legales aceptados habitualmente: la inmunidad soberana en Massachusetts y la regla M'Naghten en Florida. La literatura jurídica estaba repleta de escritos y opiniones académicas que criticaban ambas doctrinas. Era como si todos los abogados estuvieran sentados reunidos, sacudiendo la cabeza y murmurando sobre los males implícitos en cada regla de derecho, y sin embargo no se pudiera hacer nada al respecto. Una frustración biliosa y al rojo vivo se apoderaba de Carter por momentos, y se sonrojaba de frustración. Le parecía tan elemental: Arnold había sido asesinado injustamente, y su familia merecía un foro para asignar la culpa en esa muerte.

Tal vez en su tenacidad, en su persistencia que iba mucho más allá de lo que otros podrían reunir, había una compensación para sus propios sentimientos de culpa y dolor. Sea como fuere, se negó rotundamente a abandonar.

También Betty siguió adelante. A su manera, poseía una fuerza interior que la hacía avanzar. Mientras Carter reflexionaba sobre todas las sutilezas y detalles de su doble impasse, sentía una enorme, inabarcable e inmensa tristeza. Le preocupaba y le enfurecía que Arnold hubiera muerto en el vacío: un momento único y horrible, debidamente registrado e informado en términos exagerados por los periódicos y que luego se evaporara, absorbido por la siguiente tragedia. Arnold significaba más que eso. Estaba decidida a que la muerte de Arnold no se convirtiera en un mero encogimiento de hombros.

También Bobby sacó conclusiones. Sentía la pérdida de Arnold con una intensidad que sólo los hermanos podían comprender. Cuando salía al campo de béisbol y Arnold no estaba allí, cuando cogía una pelota y no había nadie con quien jugar a la pelota, los momentos le pesaban.

También vio la frustración de sus padres. Se alineó con ellos, como era natural, pero también fue muy consciente de la diferencia que la pérdida y la ausencia de Arnold habían creado entre su familia y los demás. Si pensaba que las luchas legales eran en parte misión, en parte obsesión, en parte dolor por su madre y su padre, entonces estaba bien, porque todas esas cosas eran válidas.

Más que válido. Imprescindible.

Era una formulación difícil para un chico joven, pero Bobby la hizo, sin embargo, y nunca vaciló.

Todos estos sentimientos -los de Bobby, Betty y Carter- quedaron ocultos entre los días, las semanas, los meses y los años que se asentaron sobre la familia. Nadie, al parecer, les prestaba atención. No sabían cuándo, ni dónde, encontrarían una salida, un foro para sus sentimientos, pero la búsqueda continuaba.

Fue en esa lucha donde me metí.

3. *Un intercambio de cartas, una reunión en Filadelfia*

Me persiguen las imágenes del caso.

El asesinato de Arnold Zeleznik parecía tener muchos misterios: ¿Cómo se había convertido Walford en lo que era? ¿Qué iba a pasar con él? ¿Qué le había llevado a Miami? ¿Por qué se había visto obligado a secuestrar a Arnold en ese pasillo?

En el plano opuesto, consideré la situación que les había tocado vivir a los zelezniks. Habían sido víctimas de un singular salvajismo. Pertenecía al reino de lo que no puede suceder, no sucederá, no podría suceder. No me parecía posible concebir, ni siquiera dejar que el pensamiento entrara en la conciencia, que el hijo de nueve años, sano, inteligente y maduro, pudiera ser secuestrado en el vestíbulo de un agradable y moderno hotel de clase media en los pocos segundos en que uno estaba de espaldas y ser ejecutado violenta y despiadadamente de acuerdo con los dictados de alguna retorcida imaginación.

Fue más allá del azar.
Fue horrible y trágicamente único.
Los crímenes parecen a veces conspiraciones del azar. Un factor X por aquí, combinado con un factor Y por allá, y abruptamente todas las acciones caen juntas en una ecuación invisible, inquebrantable y mortal. El asesinato de Arnold Zeleznik fue un cociente tan cruel. No podría imaginar un golpe mayor que el sufrido por la familia Zeleznik. La muerte de cualquier niño es un dolor especial, una agonía de emociones. Si Arnold hubiera muerto de leucemia infantil, pensé, la familia podría haberse quejado de las intransigencias de la medicina moderna, tan sofisticada y a la vez tan inadecuada, pero al menos habrían tenido la oportunidad de intentar salvarlo y en ese esfuerzo habría habido algo de alivio.
Consideré a esos padres lisiados por la muerte de un hijo en la guerra. Supongamos que a Arnold se le hubieran concedido esos pocos años extra para precipitarse al borde de la edad adulta, sólo para que se lo arrancara una bomba o una bala. De nuevo, sin embargo, vi salidas: la aceptación en los rituales envueltos en banderas de la muerte militar o quizás los ataques al mal que es la guerra.
Había otros accesos a la agonía. Arnold podría haber estado jugando alegremente al aire libre, como tantos otros niños de nueve años, y haber sido atropellado por un coche mientras perseguía una pelota en la calle. Podría haberle caído un rayo. Los Zelezniks podrían haber encontrado consuelo en la explicación más común y eficaz de lo repentino: Fue el destino. Fue la voluntad de Dios.
(Betty, con los ojos llenos de lágrimas, pero con un borde de ira en sus palabras, dijo unos meses más tarde: "¿Cómo pudo ser el asesinato de Arnold la voluntad de Dios? ¿Qué Dios le haría eso a un niño? ¿Qué Dios nos haría pasar por lo que hemos vivido? No creo que Dios, ningún Dios, lo hiciera. Ni por un instante").
Pero la muerte de Arnold Zeleznik quedó fuera de los parámetros de la razón. La enfermedad, la guerra y los accidentes forman parte de la vida cotidiana. Uno puede tomar el periódico de la mañana un día cualquiera y leer la letanía de tragedias, violencia y muerte que es nuestra herencia. Pensé en cuántas veces había contribuido yo a esa recitación diaria; había escrito sobre tantas muertes, gente disparada, gente ahogada, gente apuñalada, gente estrangulada, gente destrozada en los coches, por las balas, por los demás. Hay un conocimiento común

compartido que encasilla cualquier muerte y, en última instancia, conduce a un tipo de aceptación y comprensión. Pero la angustia en la que estaban atrapados los Zelezniks parecía diferente.

¿Cómo puede alguien sobrevivir a lo que le ha sucedido?

En el otoño de 1978 escribí a Carter una amable carta preguntándole por la posibilidad de entrevistar a la familia. Me contestó en octubre:

Acabo de recibir su carta. Le agradezco su cortesía al escribirme en lugar de llamarme por teléfono "de sopetón", ya que la propia carta me produjo una notable reacción de estrés. De repente, he vuelto a sentirme abrumado por sentimientos y pensamientos que prácticamente me aplastaron hace cuatro años.

Mi impulso inmediato es querer hablar con cualquiera que tenga un interés legítimo en lo ocurrido en Miami. Me encantaría hablarles de mi hijo, Arnold, con la esperanza de que puedan sentir la belleza de ese niño y la profundidad no sólo de nuestra pérdida, sino de la pérdida del mundo. También me gustaría que conocieran a nuestro hijo restante, Bobby, a quien le va bien en la escuela, en la natación, en el béisbol, tocando el violonchelo, pero que tiene cicatrices que puedo discernir. Siento que ha sido el más fuerte de todos nosotros.

Sin embargo, como comprenderá, ha habido litigios en relación con lo ocurrido en Miami, no sólo en Miami, sino también en Boston. Me he visto obligado, en consecuencia, a controlar lo que digo sobre éste y otros asuntos relacionados (y a veces no relacionados) para no perjudicar a la justicia en esos pleitos. A la larga, creo que es esencial que se cuente la historia completa....

Carter deseaba desesperadamente contar su historia, pero se sentía limitado por el posible enjuiciamiento de Walford y la demanda en Massachusetts contra Northampton y el sistema estatal de salud mental. Las cartas fluyeron entre nosotros y su abogado de Boston. Tentativamente acordamos reunirnos, no exactamente para una entrevista, sino más bien para tantear el terreno. Sería en Filadelfia después de las vacaciones de Navidad.

La voz de Carter inundó la sala de estar de la Facultad de Medicina Jefferson, un fuerte "Tú debes ser John", y me asaltó su poderoso apretón de manos. Era alto, delgado, de barba gris, pero con unos hombros anchos que hablaban de una fuerza oculta. Betty, aparentemente de la mitad del tamaño de Carter, de pelo oscuro y cara abierta, se preocupó al instante: "¿Has estado esperando mucho tiempo?

¿Cómo fue el viaje? ¿Pudiste aparcar? Oh, sabía que Carter debería haberte hablado del aparcamiento para visitantes al otro lado de la calle…"

Detrás de ella rondaba Bobby.

Era tímido, atrapado en esa edad difícil, doce años que van a ser trece.

Era delgado, rubio, con una pequeña sonrisa que parecía arrugar su rostro con dificultad. Me estrechó la mano con firmeza y se retiró tras unas palabras de bienvenida.

En el comedor de la facultad comimos rodajas de carne asada e hicimos una pequeña charla: el tiempo en Filadelfia, el tiempo en Miami. Los periódicos de Filadelfia, los periódicos de Miami. La comida. Las vacaciones. La economía. Los precios de la gasolina.

Le pregunté a Carter sobre la demanda en Massachusetts. "La responsabilidad", dijo. "De eso se trata. El dinero no significa nada. Es sólo una cifra que ponemos para llamar su atención. La responsabilidad es la cuestión.

"Verás, realmente no culpo a Walford…" Vi a Betty asentir con la cabeza. "Loco". Lo tenían. No realizaron ningún tipo de examen rudimentario y lo dejaron ir, sin más. Fue un colapso, todo un colapso moral, físico e intelectual. Fue indicativo del camino que llevamos en esta sociedad. Por eso es esencial obligarles a admitir su responsabilidad. El hospital tiene la culpa. Los médicos tienen la culpa. El Estado tiene la culpa. El sistema tiene la culpa. La responsabilidad".

Le pregunté a Bobby sobre el béisbol. ¿Equipo favorito?

"Los Phillies", dijo.

"A Bobby le gustaría ser un jugador de béisbol profesional", añadió Carter.

"Es lo único de lo que habla en verano", dijo Betty.

Bobby tenía la cabeza baja. Empujó la comida con un tenedor.

"Eso era lo que Arnold quería", dijo Carter. "Incluso cuando era pequeño, era lo único de lo que podía hablar. Crecer y convertirse en un jugador importante". Vi que la cabeza de Bobby colgaba una muesca más abajo. Carter rodeó suavemente los hombros de Bobby con un brazo. "No todo el mundo llega a ser un jugador de béisbol profesional que quiere serlo. A veces espero que Bobby se dedique a la abogacía.

"Verán, actualmente estamos atascados en los tribunales con la doctrina de la inmunidad soberana. Se trata de un término jurídico que

significa básicamente que no se puede demandar al rey, o en este caso al Estado, por hacer algo malo. Espero que tengamos que luchar contra esto hasta el Tribunal Supremo. Mi opinión es que puede llevar años.

"No es inimaginable que tarde quince o veinte años. Y en ese tiempo Bobby, si no se convierte en jugador de béisbol, puede convertirse en abogado. ¿Y no sería algo que el primer caso que tuviera ante el Tribunal Supremo de los Estados Unidos fuera la demanda de su hermano?"

Carter pronunció el discurso de forma cálida y afectuosa; el brazo permaneció alrededor de los hombros de su hijo. No vio que los ojos de Bobby cayeran y su espalda se doblara como si le pesara mucho.

Y ahí, pensé, está la mayor batalla.

La reticencia inicial de Carter a ser entrevistado se disolvió ese mismo año con las derrotas en los tribunales de Massachusetts. Hablamos por teléfono a finales de agosto de 1979. Habían pasado ocho meses desde que nos conocimos. Carter y Betty dijeron que habían decidido seguir adelante y ser entrevistados. Se ofrecieron a alojarme mientras hablábamos. Parecía haber emoción en sus voces, casi una sensación de liberación.

No me cabe duda de que esperaban que lo que finalmente produjera ayudara a centrar la atención y la indignación en lo que consideraban que eran las dobles injusticias legales que habían sufrido. Carter, que a la postre se convertiría en una persona muy hábil con la prensa, vio mi participación como un medio para dar a conocer su historia. No había absolutamente nada malo en ello, por supuesto. También esperaban, creo, que al hablar conmigo podrían sintetizar algunos de sus sentimientos y sacar a la superficie algún dolor subterráneo. En un momento dado, Betty se volvió hacia mí y me dijo: "Todo esto parece tan terapéutico". También creo que, al hablar conmigo, sintieron que ayudaría a Bobby a no tener miedo de sus sentimientos ni a verse limitado por ellos. Tanto Carter como Betty creían firmemente que los sentimientos en la familia debían ser ventilados; ocultar un pensamiento era quedar paralizado por él. Esperaban que hablar conmigo les haría salir de los caparazones que habían creado.

4. Alguien a quien lanzar golpes

Betty comenzó a disculparse unas cuadras antes de que llegáramos a la casa y continuó, a pesar de mis protestas, hasta el momento en que cruzamos la puerta. La casa estaba desordenada, dijo, Carter tiene esa cualidad de ratón de biblioteca que acumula cosas y no soporta tirarlas, quería ordenarla, pero.... le decía que no se preocupara.

La casa de los Zelezniks imitaba sus vidas; era un museo salvaje, lleno de guantes de béisbol y transcripciones legales apiladas sobre materiales de pintura y cuadernos de dibujo, con libros por todas partes. Los muebles eran sencillos y elegidos al azar, dispuestos de forma que hubiera espacio para hablar y espacio para moverse libremente. No vivían en una casa especialmente grande, y las cosas acumuladas de sus vidas la llenaban a rebosar. Era una casa de extraordinaria comodidad y facilidad; había una palpable amabilidad al estar rodeados de todos los papeles y cuadros. Betty tenía razón; reflejaba la cualidad de ratón de biblioteca de Carter. No era un hogar frágil ni ordenado, un hogar rígido. Una de las cosas que más llegué a admirar de Carter, Betty y Bobby fue que, en todas las veces que los visité, nunca trataron de ocultar su forma de vivir, los sentimientos que tenían, las emociones que sentían. Nunca me sirvieron una comida diferente a la que ellos mismos habrían comido o trataron de poner una luz sobre algo cuando otra era real. Desde el principio fue como si dijeran: "Así es como somos. Acéptanos como somos". Estaba tan acostumbrado, por mis historias en el periódico, a que las cosas no fueran como parecían, que era casi relajante estar con gente que no intentaba hacerme ver lo negro cuando el mundo era rojo. Nunca se quejaron por ninguna pregunta que les hiciera, por muy personal que fuera. Nunca se quejaron cuando el tiempo requerido para producir este trabajo se alargó de un año, a dos, a tres, a casi cinco. Nunca exigieron, nunca negaron. Nunca me pidieron nada. Siempre estuvieron abiertos.

Cuando Betty y yo hablábamos, se sentaba en el sofá del salón, haciendo algunos gestos nerviosos hasta que se relajaba e ignoraba las notas que yo tomaba y la grabadora que estaba sobre la mesa entre nosotros. Bobby entraba y salía, escuchaba, miraba, se aburría, se levantaba y se iba, volvía, añadía unas frases o un comentario, se

levantaba y se iba, volvía... en fin, actuaba como el joven inquieto que era.

Noté cambios que reflejaban los ocho meses transcurridos desde que lo conocí; estaba en esa edad en la que uno nunca debe quitarle los ojos de encima a un chico, por temor a que mientras lo hace haya crecido 15 centímetros, su voz haya bajado dos octavas y haya empezado a afeitarse. Bobby parecía mucho más crecido, mucho menos tímido. Era, en efecto, más alto y grueso, con una complexión de atleta joven, enjuto, musculoso, rápido.

Betty respondió con facilidad. De vez en cuando tenía que hacer una pausa; había momentos en los que la pesada tristeza parecía llenar la habitación.

"Una de las cosas que aprendí, al crecer, fue que creo que los niños deben y pueden aceptar cualquier cosa que ocurra. Sea cual sea un hecho. Creo que aprendí que no se puede dar la espalda a un hecho, a un hecho verdadero. Si es un hecho, debes ser capaz de afrontarlo. Pero darle la espalda no cambia el hecho.

"Criamos a Arnold y Bobby de esa manera.

"Sabían que cualquier cosa que hicieran era un reflejo de ellos. -Indirectamente sobre nosotros, pero directamente sobre ellos. Al hacer algo malo, pueden herirnos a nosotros, pero mientras tanto, a ellos les duele más que a nosotros, porque cualquier cosa que haga una persona, tiene que ser responsable de ella. Y tienen que asumir las consecuencias de ello.

"Creo que he sido mucho más libre con mis recuerdos que otras personas. Solía hablar de ello, de la muerte de Arnold, todo el tiempo: lo que significó para nosotros, lo mucho que nos cambió, lo que hemos tenido que pasar. Recuerdo que una vez estaba hablando con una amiga, que nunca me había dicho nada, y empecé a hablar de ello, de la tristeza que nos produjo la muerte de Arnold. Y ella se sorprendió mucho de que yo pudiera hacerlo, y dijo: 'Ahora que lo has sacado a colación, tengo que decirte lo mal que me he sentido al respecto'. Verás, nunca planeaba cuando hablaría de ello. Simplemente me emocionaba.

"Siempre está ahí, ya ves".

Betty lloró por un instante.

"No ha habido ningún dedo que señale a nadie. Arnold estaba perfectamente sano y feliz. No quería morir. No hizo nada para merecerlo. No había ninguna razón para que ocurriera".

Se secó los ojos. "Lo siento", dije, pero ella negó con la cabeza. "Háblame de volver a …"

"Tuve la horrible sensación de dejar a alguien atrás. De repente estábamos tan incompletos.

"No duró", dijo. "Fue mucho tiempo, más de un año, quizá dos. Todavía duele; eso siempre está ahí. Pero hay que seguir adelante".

Entonces sonrió, pero aún estaba mezclada con lágrimas.

Betty se levantó y me mostró un gran cuadro que había hecho de los dos niños. Iban vestidos de azul y sonreían desde el lienzo. También me mostró un busto de Arnold que había esculpido y que había servido de base para el relieve de la medalla del premio. Se acercó a la esquina de una estantería y sacó un sombrero azul redondo de una pila de álbumes de fotos. "Este es el sombrero de director de orquesta que le regalaron", dijo. Una leve sonrisa se dibujó en su rostro al recordarlo. "Estaba tan orgulloso de él. Desfilando, gritando los nombres de las paradas del tren…". Devolvió el sombrero a la estantería y se acercó a una mesa apoyada en la pared del salón. En la mesa había un mosaico grande y redondo. Me puse a su lado. Había dos figuras en el centro, un niño de pelo oscuro y otro de pelo rubio, ambos vestidos con trajes de béisbol. Estaban atrapados en pleno juego, balanceando un bate, atrapando una pelota; en la espalda de sus camisetas estaban los números 10 y 9. "Esas son las edades que tendrían Arnold y Bobby cuando hice esto", dijo. Betty se quedó congelada junto al borde de la mesa, mirando los tonos marrones y tostados de la arcilla, y sus ojos se llenaron rápidamente de lágrimas. Levantó la vista hacia mí, mordiéndose el labio. Pude ver cómo luchaba por mantener la compostura durante un instante; luego se secó las lágrimas y esbozó una pequeña sonrisa agridulce. "Lo siento", dijo.

"No tienes que disculparte", respondí.

Ella asintió. "Es cierto. No lo sé".

Carter llegó a casa más tarde, haciendo una broma sobre el coche italiano de mi hermano, que me había prestado para ir a Filadelfia. Le ofrecí venderle el pedazo de chatarra en el acto. Se rió y rechazó la oferta. Betty, Carter y yo volvimos a sentarnos en la sala de estar, e inmediatamente empezamos a discutir de nuevo sobre el asesinato. Era una característica de Carter; tan cercanos eran sus sentimientos y pensamientos sobre lo que había sucedido que podía pasar, literalmente, en un instante, de las bromas y las réplicas a un nivel de memoria

excepcionalmente intenso. Al principio me desconcertó, como si pensara que primero debía haber una puesta en escena apropiada, pero luego, me pregunté, ¿por qué? ¿A quién le importa? ¿Qué propiedad hay después de que tu hijo haya sido asesinado? Los tres seguimos hablando. Como antes, Bobby entraba y salía de la habitación.

"Verás, John, hay muchos principios involucrados en este asunto. No puedes separarlo y verlo como algo distinto. Sigo hablando de la sociedad, de la dirección de la nación en su conjunto y lo relaciono con la muerte de Arnold. Es difícil de simplificar, pero déjame intentar mostrarte lo que quiero decir. Por ejemplo, si no tuviéramos este problema de drogas en todo el país, entonces Vernal Walford no habría estado introduciendo narcóticos en Estados Unidos y no habría estado aquí.

Entonces, ¿por qué tenemos este problema de drogas? ¿Por el comportamiento del gobierno? ¿Porque hay una fibra moral inherentemente débil en nuestra sociedad? Es posible. Es posible.

"Se va un poco por las ramas. ¿Por qué se liberó a Walford de Northampton? Bueno, la incompetencia absoluta es una respuesta. Tenían miedo de él, de lo que pudiera hacerles, aunque es cuestionable que pudiera hacer mucho más. Pero no es tan simple como eso. Es una explicación demasiado fácil. Hay que examinar todos los factores que intervienen en la situación. ¿Qué ocurría con nuestros sistemas de prestación de servicios de salud mental a finales de 1974? Así es: la desinstitucionalización. Una palabra larga y grandilocuente para describir el hecho de poner a la gente en la calle sin controles, sin cuidados. Era la política del gobierno, equivocada, errónea. Y condicionó las decisiones tomadas en el caso de Walford.

"Así que nos encontramos con una situación en la que un hombre peligroso está en un hospital donde la política oficial es sacarlos, sacarlos de las salas y devolverlos a la sociedad. Y eso se combina con los médicos del hospital. ¿Qué tipo de médicos suelen ocupar los puestos de los hospitales psiquiátricos estatales? Otra vez. Médicos formados en el extranjero.

"Ahora, hay muchos buenos médicos educados en buenas universidades fuera de los Estados Unidos. Dios, en Jefferson los vemos todo el tiempo. Pero también hay algunos que no saben mucho y apenas pueden hablar una palabra de inglés. Y tiendes a encontrarlos en lugares como Northampton.

"De nuevo, ¿a qué has reducido la cuestión? A una de política nacional, de política estatal. Los dilemas de la sociedad. Arnold murió; Walford lo mató. Pero a veces pienso en él sólo como un animal salvaje. Ahora bien, incluso un animal salvaje mata por una razón: miedo; hambre; para protegerse. Podrían haber descubierto eso de Walford, también. Así que cuando digo que no lo culpo, no es exactamente correcto. Ciertamente no quiero verlo recompensado. Él carga con un tipo de culpa. Pero muchas otras personas, otros sistemas, cargan con la misma culpa.

"Walford era, en muchos sentidos, sintomático de tantos males que tenemos en este país. De los crímenes, de las drogas, de la inmigración ilegal, de la desinstitucionalización, de la falta de responsabilidad del gobierno.

"Responsabilidad. Responsabilidad. Sigo usando esa palabra. Considero que el estado de Massachusetts es moralmente responsable. Por eso presentamos la demanda allí".

Carter hizo una mueca. "Inmunidad soberana. Se esconden detrás de ella. Primero dicen que no es buena, que está mal y que es ofensiva. Pero eso no les impide utilizarla en su beneficio. Creo que son unos cobardes. El fiscal general del Estado de Massachusetts y su personal. Saben que la doctrina ha sido desacreditada y ya no puede ser empleada. Pero eso no les impide citarla en nuestro caso porque han tenido la suerte de ganar algunas decisiones judiciales. Es ética e intelectualmente deshonesto". Golpeó la palma de su mano con el puño abierto. "Simplemente, una deshonestidad a la antigua".

Cuando Carter dudó, le pregunté: "¿Sería realmente así? Supongamos que el estado de Massachusetts, no sé, el gobernador, el fiscal general, alguien, se levantara y dijera: 'Lo sentimos. No deberíamos haberle dejado marchar. Metimos la pata. Fue nuestra culpa. Nuestras políticas fueron un error, y lo sentimos mucho', eso sería todo, ¿estarías satisfecho?"

Betty comenzó a asentir enérgicamente con la cabeza.

"Sí", dijo ella. "Sólo una admisión, creo que es todo lo que realmente nos importa. ¿No es así, Carter?"

Carter también asintió. "Sí. Eso al menos sería una parte. Una parte importante. Tendría que haber un compromiso por su parte para asegurarse de que algo así no vuelva a ocurrir. Pero, sobre todo, creo que hay que aceptar la responsabilidad. Eso es lo que quiero que hagan.

"Y hay que asumir las consecuencias. Si parece que va a llover pero no te llevas el paraguas y empieza a llover fuerte, pues te vas a mojar. Es tan sencillo como aceptar esa consecuencia. No pienso en esto como un castigo, simplemente como un resultado lógico".

"¿Y Walford?"

"John, no es muy diferente. Aceptar las consecuencias".

Carter hizo una pausa, pensando.

"Supongo que soy un padre muy extraño. Si mi hijo hiciera algo malo, tendría que sufrir las consecuencias. Cuando Arnold hacía algo malo, lo hacía. Siempre se levantó, me miró a los ojos y asumió lo que se merecía. No quiero que el estado de Massachusetts tenga un nivel de exigencia más alto que el que tuve con mi hijo.

"Hablo del Tribunal Supremo y de llevar la demanda allí. Verás, creo que el gobierno, el sistema, en Massachusetts fue malicioso en su comportamiento. El hospital fue malicioso con su falsa investigación positiva de la liberación. Fue tan intelectualmente deshonesto como el Watergate. Creo que la doctrina de la inmunidad soberana es maliciosa. Creo que su invocación, por muy desacreditada que esté, es maliciosa. Y no puedo creer que el más alto tribunal de nuestro país permita que un grupo de personas actúe con tanta malicia. Si lo permitiera, significaría para mí que no hay sociedad, que han destruido la sociedad, la ley, la equidad".

Carter suspiró profundamente. Echó la cabeza hacia atrás y tomó una gran bocanada de aire, que luego expulsó lentamente.

"Tengo recursos limitados", dijo lentamente. "No soy el hombre más rico del mundo. No tengo la mayor cantidad de tiempo, energía y demás…"

"¿Cuánto?" Pregunté. "¿Tiempo? ¿Dólares? ¿Energía?"

"Mucho".

Apoyó la barbilla en el pecho, pensando.

"Miles de horas. Miles de dólares".

Hizo una pausa.

"He puesto, si quieres, una cantidad equivalente de todas aquellas cosas que pondría para engendrar un hijo".

De nuevo dudó.

"Creo que he tenido dos hijos y sigo teniéndolos. Siento que mi vida sigue dividida entre los dos hijos".

Me volví hacia Betty. "¿Sientes lo mismo?"

Ella no dudó. "Sí, absolutamente. En cierto modo, debido a que la vida de Arnold fue tan corta, siento que tenemos esta responsabilidad. No hay manera, realmente, de saber qué marca dejará un niño en el mundo. Supongo que sentimos que tenemos que dejar esta marca por él. Vivirla por él".

Carter asintió con la cabeza.

Betty dijo: "Varias personas nos han aconsejado que estamos perdiendo el tiempo".

"La mayoría de la gente", intervino Carter.

"Pero no creo que sea así. Y con la parte del dinero, bueno, llegaremos hasta donde dure el dinero".

"Recuerdo", dijo Carter, "cuando Jim Shanks [un periodista del *Boston Real Paper*] estuvo aquí después de que presentáramos la demanda, dijo: 'No hay forma de que perdáis esto'. Bueno, yo veo una manera. La manera es que cuando la persona que toma las decisiones es aquella contra la que intentas trabajar, entonces es terriblemente difícil que sean rectos en esto. Así son los tribunales de Massachusetts. Después de todo, también son parte del gobierno de ese estado".

"¿No crees", pregunté, "que a lo que se refería era a la cuestión de la responsabilidad, cuando se somete a un jurado de doce personas? Entonces no perderá…"

"Pero se está llegando a ese punto. Y si el Tribunal Supremo de Estados Unidos dice que es más importante proteger la santidad de la doctrina de autoinmunidad de Massachusetts que asegurar los derechos de un niño inocente..."

Otra respiración profunda.

"Bueno, digamos que no es algo que presente el estilo de vida estadounidense de forma favorable al mundo".

Carter se dirigió a una de las estanterías repletas de libros y sacó una pila de álbumes de fotos. Bobby se unió a nosotros y todos miramos las fotos. Carter y Betty siguieron una narración continua.

"Aquí está Arnold, antes de que Bobby naciera, caminando un poco. Oh, Dios mío, ¡me veo como embarazada! Y aquí estamos en la playa, supongo que mi hermana tomó esta. Ves, ese es Carter sin la barba. Se la dejó crecer después de que Arnold fuera asesinado, el verano siguiente. Estaba tan sorprendido cuando llegó en gris…"

"Ves, Bobby". Carter empujó las costillas de Bobby. “Mira los músculos de tu hombre viejo…”

"No es tan bueno", dijo Bobby.

"¡No es tan genial! ¡No es tan grande! Por qué, tú..." Agarró a Bobby, y los dos lucharon, riendo, durante un minuto.

Sacó otra serie de fotos. Había una foto de Arnold y Bobby sentados con un Papá Noel de la tienda. Los dos niños sonríen a ambos lados del hombre de traje rojo. "Esta fue tomada el 18 de diciembre", dijo. "Es la última foto que tenemos de Arnold. Siempre solíamos hacerlo, cada año, hacer que los chicos posaran con un Papá Noel. Supongo que parece un poco trillado, pero era una forma de medir su crecimiento, año tras año. Al año siguiente Bobby tuvo que ser llevado solo. Creo que eso no le gustó mucho". Miró a Bobby, que no respondió. "¿No es curioso lo que los padres recuerdan y lo que se vuelve importante...?"

Cuando Bobby se fue a la cama, seguimos hablando. Les pregunté a Carter y a Betty sobre la experiencia en Miami, y repasaron el asesinato y el hallazgo del cadáver.

"¿La policía llegó rápidamente?"

"Supongo que sí", respondió Carter. "Pero el tráfico del viernes por la tarde retrasó las cosas. Ni siquiera pudieron hacer llegar la ambulancia. Supongo que lo único que se puede decir es que, si hubieran llegado antes, la brigada de salvamento hubiera puesto una vía, reanimación cardíaca, adrenalina, quizás..., interrumpió Betty.

"No, Carter, no había ninguna posibilidad. Lo recogí. Sabía que... no había ninguna posibilidad".

Su voz estaba teñida de una firmeza sin discusión, sin espacio para la duda.

"Arnold estaba muerto. Lo supe cuando lo toqué".

Marido y mujer se miraron a través de la habitación. Tenían lágrimas en los ojos, pero siguieron hablando y la conversación se prolongó hasta bien entrada la noche.

"En cierto modo", dijo Carter en un momento dado, "creo que Arnold salvó la vida de su madre y de su hermano".

"¿Cómo es eso?"

"Bueno, supongamos que él y yo hubiéramos continuado, en lugar de que yo diera la vuelta. ¿Quiénes habrían sido los siguientes en el pasillo? Betty y Bobby. ¿Qué oportunidad habrían tenido contra el loco? Recuerda que era un campeón de boxeo. Así que a veces pienso que Arnold se llevó la peor parte por todos nosotros…"

Su voz se apagó entonces, y de nuevo se secó las lágrimas.

A la tarde siguiente, después de dormir un poco y de seguir hablando, nos tomamos un descanso. Carter había vuelto a Jefferson, y Betty y yo habíamos llenado cintas y cuadernos. Bobby entró, lanzando una pelota de béisbol en un guante. "¿Tienes una extra?" Le pregunté. Sonrió.

"Claro". Me encontró un maltrecho guante de beisbol. "Me gustaba mucho ese", dijo, "pero tengo uno nuevo para esta temporada". Me lo enseñó. Salimos al patio trasero, nos alejamos unos quince metros y empezamos a lanzar la pelota de un lado a otro.

"¿Lanzas?" Llamé.

"Y el shortstop".

"Las posiciones de glamour", dije.

Se rió. "Supongo que sí".

Bobby se puso en marcha y disparó la pelota. Me picó la palma de la mano.

"No está mal". Le devolví la pelota, y él volvió a sonreír mientras se agachaba para sacarla de la tierra.

El balón iba de un lado a otro. Los lanzamientos de Bobby eran duros, directos, con ritmo, golpeando el guante de cuero. Los míos salpicaban, y él sonreía mientras se retorcía y saltaba para lanzar la pelota. Después de unos treinta minutos, me rendí. "Vamos, Bobby, dejémoslo. Me estoy haciendo viejo".

"No eres tan malo", dijo.

"Gracias. Me viene bien un estímulo así".

Volvió a sonreír. Era una sonrisa que parecía medida, difícil.

"¿Logras lanzar el balón lejos?"

"No demasiado. Me gustaría poder hacerlo más. El problema es que a mi padre no se le da muy bien", dice, "y a veces mi madre lo intenta. Pero ella es peor, y no puede atrapar la pelota si la lanzo con fuerza…".

Pero sabía que ese no era el verdadero problema.

CAPÍTULO 10

Tribunales superiores, tribunales inferiores, ganancias y pérdidas

Arnold ha hecho las paces. Somos nosotros, sus supervivientes, los que aún tenemos que hacer la nuestra.
-En la Corte Suprema de los Estados Unidos,
término de primavera, 1981, Carter Zeleznik.

1. *"Una buena persona que ama a la gente".*

Los Zelezniks nunca fueron lo que esperaba.

A veces, al principio, no estaba seguro de quién había resultado más perjudicado por el asesinato de Miami. Walford, ciertamente, había naufragado, con su mente atada por las drogas y su locura, pero al principio pensé que los Zelezniks se habían vuelto igual de locos por el acto.

Me pareció que algunas de las cosas que decía Carter eran descabelladas, especialmente cuando condenaba a toda la sociedad con su razonamiento cíclico e indirecto. Con tan poco tiempo, Carter se lanzaba a este gran esquema, asignando la culpa de la muerte de Arnold a todas las debilidades y flaquezas de la sociedad. Todos éramos culpables, argumentaba, con las manos apretadas con intensidad, al igual que todos éramos culpables de la guerra de Vietnam o de la debilidad de la economía de la nación o de la preocupación nacional por las drogas y el alcohol o del fracaso en el control de las armas de fuego. Equiparaba esas cosas, viendo la muerte de Arnold no sólo como un golpe específico para

él mismo, sino también como un símbolo de un mal más universal, un mal dentro de todos nosotros.

Cuando Carter divagaba, en esos argumentos, establecía paralelismos con algunos de los grandes juicios sociales de la historia. Más de una vez mencionó el Watergate, utilizándolo de nuevo como símbolo de la anarquía y del gobierno que se equivoca. Dijo que el mismo espíritu estaba en Massachusetts, con su aplicación inmoral de la doctrina de la inmunidad soberana. Varias veces había hablado de Dreyfus y de cómo la sociedad francesa se había visto sacudida por ese famoso juicio. Tal vez, dijo, nuestra sociedad debería ser sacudida por la muerte de un inofensivo niño en Miami. Habló con pasión de las personas dispuestas a enfrentarse al fascismo, especialmente en la Alemania nazi en los años anteriores al inicio de la Segunda Guerra Mundial. Citó un ejemplo tras otro de hombres que se levantaron y lucharon por lo que creían: Concord y Lexington, Harpers Ferry y Gettysburg, los *Freedom Riders*, Miss Jane Pittman y Martin Luther King, Jr.: "Yo tengo un sueño". Habló del Juicio de *Scopes*, de la Revolución Francesa, de la Batalla de Inglaterra y de Churchill: "... lucharemos en los campos y en las calles, lucharemos en las colinas; nunca nos rendiremos".

Sus argumentos me desconcertaron.

Al principio pensé que no eran más que las manifestaciones superficiales de su enorme dolor y culpa inconscientes. Pero eso era sólo ver las cosas psicológicamente, no políticamente. Tardé mucho tiempo en darme cuenta de que no era injusto que Carter viera la muerte de Arnold como algo simbólico, y tardé años en reconocer que, efectivamente, había una gran medida de verdad en lo que Carter decía. Sin embargo, tuve que ser testigo de la insensibilidad de los sistemas de justicia para apreciar lo que Carter sentía.

Además, si Carter veía la muerte de su hijo como un acontecimiento de magnitud comparable al Asunto Dreyfus, bueno, ¿qué maldad había en ello? Para él seguramente lo era; de hecho, un acontecimiento mucho mayor. Al final llegué a estar de acuerdo con él, y yo también deseé que la complacencia de la sociedad se viera sacudida por los últimos y crueles momentos de Arnold en Miami.

Los Zelezniks desafiaron las categorías.

Cubriendo los tribunales penales, había sido testigo de un lamentable desfile de víctimas. Siempre los dividí en dos grupos: los que tenían la cabeza agachada, aparentemente destrozados por lo que les había ocurrido; los que tenían los dientes al aire, al borde de la ira por lo que habían sufrido. Los zelezniks no encajaban en ninguno de los dos grupos. A veces se inclinaban por el peso del recuerdo del asesinato de Arnold, y a veces rechinaban los dientes de frustración por lo que había sucedido, pero iban mucho más allá de estas emociones al ordenar sus vidas después del asesinato de Arnold.

Aun así, me preguntaba: ¿Por qué murió Arnold?

Mientras volaba de vuelta a Miami después de visitar a los Zelezniks, vi dos respuestas: Algo había ocurrido dentro de Vernal Newland Walford; algo había ocurrido dentro de la sociedad.

He seguido muchas pistas falsas.

En la carátula de una parte de la historia clínica de Chattahoochee obtenida por los abogados de la Oficina del Defensor del Pueblo, había una anotación de una de las trabajadoras sociales que había hablado por teléfono con la Sra. Noletha Walford de Penn Street, Kingston, Jamaica. Se la citó diciendo: "Es una persona agradable que ama a la gente y siempre quiere ayudarla".

Noletha Walford también escribió a los hombres que representaban a su marido. Dirigió la carta a Phillip Hubbard, que para entonces ya no era el defensor público de Dade, sino que había sido elevado a un puesto en el Tribunal de Apelación del Tercer Distrito.

Estimado Sr. Hubbard

Hola a usted señor, he recibido una copia de su carta contándome lo que ha estado haciendo por mi marido Vernal Newland Walford. Muchas gracias, señor. No puedo hacer nada para ayudarle, tengo cinco hijos que cuidar con la ayuda de mi madre. Por favor, dé mis saludos a todas las personas que han estado ayudando en nombre de mi marido. Mi agradecimiento a ellos, señor.

Sr. Hubbard me gustaría venir a buscar a mi marido. Tengo una tía que vive en los Estados Unidos desde hace años y me dijo que debería intentar conseguir una carta de usted o de los médicos encargados de mi marido. Por favor, señor, ¿podría enviarme una carta que pueda llevar a la oficina de inmigración aquí en Kingston para conseguir un visado?

Muchas gracias Sr. Hubbard.

Que Dios le bendiga. Espero su respuesta.

Muy atentamente,
Noletha Walford

No hubo respuesta.

Los esfuerzos por encontrar a Noletha Walford en la dirección de Kingston que proporcionó fueron infructuosos. A un investigador le dijeron que había obtenido un visado canadiense y había emigrado a esa nación, pero no se pudo confirmar, aunque Walford había mencionado que allí estaba en una entrevista con un psiquiatra. Por lo que pude determinar, no había vuelto a tener contacto con nadie relacionado con el caso de su marido.

Del mismo modo, los esfuerzos por contactar con Carl Walford en la zona de Hartford-Springfield fueron infructuosos. Envié cartas certificadas. Llamé por teléfono. Un investigador llamó a la puerta de la única dirección que tenía. Sin respuestas, sin réplicas. El bugaboo de todos los periodistas.

Mientras tanto, Walford ocupaba su tiempo en el hospital psiquiátrico, recibiendo un mínimo de terapia individual, terapia de grupo, terapia recreativa y formación laboral. Sobre todo, como se puede determinar en sus registros, estaba montando un carrusel mental impulsado por las drogas psicotrópicas.

Periódicamente, las autoridades de Chattahoochee enviaban primero al juez Wetherington, y luego a su sucesor, el juez Wilkie Ferguson, informes con formularios crípticos que documentaban los "progresos" de Walford:

... La interacción con el personal y los compañeros es adecuada y las habilidades de socialización son buenas. Parece que el Sr. Walford padece esquizofrenia de tipo paranoide (crónica) con una personalidad explosiva subyacente (DSM II 295.3 y 301.3). Actualmente, el Sr. Walford se presenta como un individuo agradable y educado que es algo desconfiado. Sus procesos de pensamiento siguen siendo desorganizados, con fragmentación de asociaciones y creencias delirantes persecutorias. Refiere experiencias alucinatorias de carácter grandioso y religioso....

En dos ocasiones, en noviembre de 1977 y en julio de 1979, Walford fue enviado desde el hospital psiquiátrico estatal de Chattahoochee de nuevo a la cárcel del condado de Dade, considerado por los médicos de los hospitales suficientemente competente para ser juzgado. En cada una de esas ocasiones, Walford fue entrevistado de nuevo por los mismos médicos que lo habían visto desde el principio. En cada ocasión constataron que Walford, aunque lúcido, se encontraba en un mal estado

de lo que se denominaba remisión química. Es decir, su esquizofrenia y las manifestaciones externas de la enfermedad -su comportamiento extraño y su carácter perturbador- estaban siendo controladas en un grado limitado por los medicamentos antipsicóticos.

Pero en 1977 la voz se quedó con él.

"¿Oyes voces?" Preguntó el Dr. Jacobson.

"Oigo una voz. A veces, cuando es débil, oigo muchas voces, pero la mayoría de las veces es una sola", respondió Walford.

"¿Qué dice la voz?"

"Me dice cosas. Me dice las respuestas a tus preguntas. Me dice lo que tengo que hacer. Me dice lo que tengo que decir. Me dice grandes cosas, ¡de las que no tenía conocimiento! He aprendido sobre los tiempos antiguos. Me ha metido dentro de la Biblia".

"¿Quién te habla?"

"Él es nuestro Padre. Santificado sea su nombre".

"¿Qué medicamentos está tomando actualmente?", preguntó el Dr. Mutter.

"Necesito más. Todavía oigo las voces, pero no tan fuertes como antes. Vienen de Dios. A veces me asustan. A veces el sueño hace que me despierte asustado. Nunca sueño con el niño, pero pienso que tal vez estaba mal o que estaba bien. Las voces me hablan todo el tiempo. Saben mucho más que yo".

"¿Alguna vez piensas en ir a juicio?"

"Si surge, iré. No tengo miedo. Tengo un sentimiento dentro de mí. No temo al hombre, porque puede matar el cuerpo, ¡pero Dios puede matar el cuerpo y el alma!"

Walford, en 1979, había vuelto casi a su estado de diciembre de 1974. Estaba bien arreglado, llevaba barba y vestía ropa de calle limpia y sencilla. Había perdido más peso y ganado más tono muscular. Las autoridades de la cárcel del condado de Dade no dejaban a los médicos entrar en la celda con él; no dejaban a nadie entrar en la celda con él. "Está a punto de volver a ser peligroso..." El Dr. Weiss escribió.

Walford volvió a pasearse, incapaz de quedarse quieto.

A veces emitía sonidos parecidos a los de los pájaros.

Durante algunas entrevistas se acercaba a la cómoda para consultar con Dios antes de responder a ciertas preguntas.

A lo largo de las conversaciones, Walford volvió a puntuar su debate con alusiones a la Biblia y citas de las Escrituras.

"¿Con quién hablas?", preguntó el Dr. Mutter.

"El Padre Celestial. Él dice: 'Si te digo lo que tienes que hacer, hazlo'. Como le dijo a Abraham".

"¿Puedes desobedecer la voz?"

"Sus poderes son mucho más grandes que los míos. No puedo hacer eso". "¿Por qué mataste al niño? ¿Por qué hiciste el sacrificio?"

Walford se detuvo, considerando.

"Me dijo que no tuviera miedo. Me dijo: 'Yo estoy contigo'. Así que no tuve miedo".

"¿Por qué querría Dios matar a alguien?"

"¡Lo ha hecho, muchas veces! ¡Sodoma! ¡Gomorra! Ha visitado las plagas en Egipto y en el Faraón".

El Dr. Mutter escribió después: ".... Se siente completamente poseído por una fuerza espiritual que tiene el poder de destruir a voluntad y está sujeto al capricho de las voces que controlan su mente y su pensamiento.... Estoy bastante desconcertado de que haya sido dado de alta del hospital en su actual estado mental".

Walford estaba tranquilo cuando el Dr. Jacobson fue a verlo.

"¿Qué tienes en mente?", preguntó el médico.

"Pienso en Dios con mi mente. Todo el día, toda la noche. ¡Y amo a Dios todo el día, toda la noche! ¡Rezo y le doy gracias por el placer que me ha dado en la vida! Me ha concedido la vida y se lo agradezco".

"¿Qué más se te ocurre?"

"Sólo pienso en Dios, nuestro Padre Celestial".

"¿Crees que has estado enfermo?"

"¡No puedes hacerme creer que estoy enfermo!" La voz de Walford se elevó bruscamente. "¡Dios está conmigo!"

"¿Extrañas tu casa en Jamaica?"

"¡Sólo pienso en Dios!"

"¿Crees que puedes soportar el juicio?"

"Dios está conmigo. Habla conmigo día y noche".

"¿Qué dice Él?"

Walford agitó la mano, desestimando. "¡Sabemos lo que sabemos!", respondió.

Jacobson escribió más tarde: "... el acusado está convencido de que tiene razón y de que su manera es la mejor. Hay pocas restricciones internas que puedan controlarlo en situaciones de estrés".

En ninguna de las dos ocasiones, ni en 1977 ni en 1979, Walford se acercó seriamente al juicio. Como antes, nadie de la Oficina del Fiscal del Condado de Dade se puso nunca en contacto con los Zelezniks sobre nada de esto, y como antes, todos los informes realizados por los distintos médicos sostenían que en el momento del asesinato Walford era psicótico y, por tanto, no cumplía la prueba de M'Naghten para la responsabilidad penal. Lo que se desprende de esos exámenes es la calidad de la enfermedad de Walford. La cantidad de fármacos necesarios para controlar completamente el aspecto violento de su esquizofrenia también empezaría a destruirlo físicamente, con un retorno lento, constante e inevitable de la discinesia tardía. El curso médico abierto a Walford era continuar con las drogas, pero no en grandes cantidades. Lo suficiente como para evitar que lo mataran, pero no lo suficiente como para que lo asesinaran. Era el clásico dilema existencial, un problema de seguridad infernal. Walford, al parecer, estaba destinado a cabalgar al borde de su locura para siempre. "Pronóstico, vigilado, perspectiva a largo plazo pobre, este hombre es capaz de una violencia extrema".

La pregunta obvia era: ¿Qué se iba a hacer con él?

2. *Una tabla de probabilidades*

En algún momento antes del asesinato de Arnold, Carter había encontrado un panfleto. Gran parte del trabajo de Carter en la Oficina de Educación Médica tenía que ver con la acreditación, y estaba estrechamente vinculado a la Comisión Conjunta de Acreditación de Hospitales, con sede en Chicago, la fundación privada que estudiaba y calificaba la atención y los procedimientos empleados por los hospitales del país. A Carter le habían ofrecido una vez un puesto en la comisión, pero lo había rechazado para seguir en el Jefferson. Le resultó sencillo hacer algunas llamadas telefónicas y determinar que el Hospital Estatal de Northampton, del que Walford había salido tan precipitadamente, siempre había tenido grandes dificultades para cumplir las normas de la

comisión conjunta. En realidad, muchas instalaciones estatales tenían ese problema.

Sin embargo, el panfleto apareció en otras investigaciones y, tras el asesinato de Arnold, Carter recurrió a él. Se llamaba *Tablas de probabilidad de muertes en los próximos diez años por causas específicas.* Había sido publicado por el equipo de Evaluación de Peligros para la Salud del Hospital Metodista de Indiana en Indianápolis en 1972.

El folleto tomaba varios grupos de edad y étnicos y medía las probabilidades de muerte de cada uno por diversas causas. Por ejemplo, según las tablas, un varón blanco de entre sesenta y sesenta y cuatro años tenía 13.759 posibilidades de morir de cardiopatía arteriosclerótica en un grupo de control de 100.000 personas. Esto la sitúa como la principal causa de muerte en ese grupo de edad, mientras que los accidentes de tráfico ocupan el noveno lugar, con sólo 400 posibilidades de 100.000. La principal causa de muerte para un varón negro de entre veinticinco y veintinueve años era el homicidio, con 1.395 probabilidades de 100.000, superando con creces los accidentes de tráfico y las enfermedades cardíacas, las dos categorías siguientes. Las tablas de Carter corresponden al año 1968, el último año examinado.

Antes del asesinato, Carter había examinado la categoría de los varones blancos de cinco a nueve años. La principal causa de muerte eran los accidentes de tráfico, tres veces más que la segunda causa, los accidentes por ahogamiento.

El homicidio ocupa el decimosexto lugar, con sólo 5 posibilidades de cada 100.000.

Esa era la poca posibilidad que tenía Arnold de convertirse en una víctima. Carter mostró las tablas para demostrar la precaución que él y Betty habían mostrado. En los coches y alrededor de las piscinas siempre habían sido vigilantes y cuidadosos. Los chicos habían llevado el cinturón de seguridad. Habían tomado clases de natación y cursos de protección contra el ahogamiento. Carter había estudiado lo que les amenazaba y había tomado medidas para evitar que algo sucediera. Excepto lo inimaginable.

3. *Ganadores y perdedores*

Cuando la legislatura de Massachusetts eliminó la doctrina de la inmunidad soberana y aprobó la Ley de Reclamaciones por Agravios en 1978, la demanda de los Zelezniks contra el Estado quedó efectivamente emasculada. A pesar de la recomendación del más alto tribunal del estado de hacer su decisión retroactiva a 1973, la legislatura optó por establecer 1977 como fecha límite. El abogado de los Zelezniks, con su caso atrapado en ese periodo de interrupción, acudió de nuevo a los tribunales, luchando sólo para que se le permitiera ir a juicio.

Pero sin éxito.

En 1979 perdieron el juicio en el Tribunal Superior del Condado de Suffolk. Ese mismo año perdieron el primer asalto a nivel de apelación.

En noviembre de 1980, perdieron su intento de reanudación en la instancia de apelación. El tribunal de apelación de Massachusetts comparó la petición de los Zelezniks con un caso de hace décadas. Era un caso de divorcio, y en esa instancia el tribunal había calificado el asunto de "acción frívola". La palabra "frívola" es una palabra que se utiliza con frecuencia en los tribunales, generalmente por una de las partes que intenta degradar a la oposición, para llamar la atención sobre la absoluta ineptitud de la oposición. Sin embargo, cuando se aplicó a la demanda de los Zelezniks, la palabra enfureció a Carter. Su voz se volvió dura, áspera, rígida de furia.

"¡Me enfurece! ¿Cómo pueden llamar frívola a la muerte de un niño?"

Respiró profundamente, luchando por el control.

"¿Quiénes son estas personas para decir tales cosas? ¿No tienen sentimientos? Son despreciables".

Sus manos temblaron ligeramente y las apretó, para mantenerlas en su sitio.

En enero de 1981, el Tribunal Judicial Supremo de la Commonwealth de Massachusetts rechazó la celebración de nuevas audiencias sobre la demanda.

Ese fue, según dijeron los abogados a la familia, el final de la línea.

El impacto de la decisión fue inmediato. Carter siempre había creído que el caso tendría que llegar al Tribunal Supremo de EE.UU., y ahora ese era el único paso que tenían abierto. Lo que no había previsto era la reticencia de los abogados a llevar el caso allí.

En Boston, Evan Semerjian explicó a Carter que cualquier otra apelación era una conclusión inevitable. Todas las decisiones habían sido contrarias a ellos; no tenían ningún derecho ni cuestión constitucional que presentar ante el más alto tribunal del país. No tenían casos precedentes que argumentar, ni decisiones sobre las que construir un caso. Sería poco ético, explicó a los Zelezniks, que él llevara un caso al más alto tribunal, sabiendo estas cosas y conociendo la inevitabilidad del fracaso. Se negó a aceptar el dinero de los Zelezniks y su caso. Estaba fuera.

Carter llevó su problema a un amigo, un destacado abogado de Filadelfia, que examinó el expediente. Les dijo a los Zelezniks que estaban perdiendo el tiempo.

Carter se puso en contacto con un abogado y profesor de derecho de Harvard experto en el campo de la inmunidad soberana. Después de veinte horas a 75 dólares la hora, el abogado le dijo a Carter que lo dejara.

Durante todo ese tiempo, Carter estuvo sometido a considerables restricciones de tiempo. Era necesaria una respuesta sobre la última y más dura sentencia en un plazo de noventa días.

Simplemente no aceptaba que se acabara.

También Betty y Bobby sintieron la agonía por las decisiones de los tribunales y la posterior dispersión de los abogados. De repente se encontraban completa y absolutamente solos. La demanda contra Massachusetts había sido un aspecto tan importante de su reconstrucción como familia. Por lo que sabían, Walford estaba perdido en el sistema de justicia penal de Miami; era totalmente inalcanzable, pero Massachusetts no lo era, habían pensado. Les dio un enfoque, un lugar donde poner sus sentimientos. Desde el principio habían estado dispuestos a pasar años luchando. Ahora parecía que ni siquiera iban a tener el lujo de un defensor que luchara en los tribunales por ellos.

Carter pasaba las noches inquietas. Se paseaba por el dormitorio, por el piso de arriba, por el de abajo. A veces se sentaba en la oscuridad; a veces se tumbaba en la cama, retorciéndose bajo la tensión de la situación. A su manera, era casi como si significara abandonar a Arnold.

Finalmente, una mañana anunció: "Lo haré yo mismo".

Y Betty y Bobby se animaron.

4. *Viernes trece*

Sin embargo, no se habrían alegrado si hubieran tenido conocimiento de lo que ocurría casi al mismo tiempo en Miami con Vernal Walford.

En 1975, Michael Von Zamft había sido nombrado miembro del Comité de Reglas Penales del Tribunal Supremo de Florida. El comité era un gran cuerpo de fiscales, defensores públicos y abogados privados que se reunían periódicamente para examinar y revisar las *Reglas de Procedimiento Penal de Florida,* el manual que regía el comportamiento de la mayoría de los casos penales. Von Zamft, experto en cuestiones relacionadas con la locura -así como con la pena de muerte y otras áreas- fue un miembro contundente del grupo. Hacia la última parte de la década trajo consigo a otro joven defensor público adjunto, Barry Weinstein. Weinstein era uno de los dos abogados de la oficina de Dade encargados de la ley de salud mental.

Una de las normas que se estaban revisando era la 3.210, la subsección que trataba de la incompetencia y la locura. Von Zamft y Weinstein impulsaron una nueva norma. En primer lugar, la definición de incompetencia debía ser mucho más precisa; los médicos que examinaran a los acusados debían responder a preguntas específicas sobre la capacidad del acusado para asistir a un abogado. Esa revisión no tendría ningún efecto en el caso de Walford.

Pero la otra revisión que los dos abogados impulsaron sí lo haría.

En virtud de las nuevas normas de procedimiento penal, un abogado que represente a un acusado que haya sido sistemáticamente incompetente para someterse a juicio durante un período de cinco años, sin probabilidad sustancial de llegar a ser competente en un futuro previsible, puede solicitar que se desestimen los cargos contra su cliente y que se le entregue al sistema estatal de salud mental en virtud de las disposiciones de la Ley Baker de Florida, la ley que rige el internamiento involuntario de casos mentales.

Con el nuevo sistema ya no existía la causa penal, y el único control sobre el antiguo acusado era la opinión de los médicos de los hospitales psiquiátricos que lo trataban.

Algunos de los fiscales del comité de reglas querían que la regla incorporara un período continuo de diez años de incompetencia, pero fueron superados en el comité por Von Zamft y Weinstein.

Por supuesto, esos otros miembros del comité no sabían que los dos hombres representaban a Vernal Walford. Cuando llegó enero de 1980, las nuevas normas regían el caso de Walford. Había sido incompetente durante cinco años consecutivos. Sólo había que esperar el momento oportuno para que Von Zamft y Weinstein llevaran el asunto a los tribunales. El momento adecuado lo definiría Walford. En 1979 había estado peligrosamente psicótico. Según el patrón cíclico de su comportamiento, debía entrar en un estado de rabia menor, al aumentar ligeramente su dosis de droga.

En ese momento no había nadie a cargo del caso de Walford en la Oficina del Fiscal del Condado de Dade. Michael Korvick había dejado la oficina para dedicarse a la práctica privada. El expediente del caso estaba en la cámara acorazada de la oficina. Nadie era consciente del efecto que el cambio de reglas tendría en su caso. Cuando, a finales de 1980, Barry Weinstein presentó una moción para desestimar los cargos, tomó a la oficina completamente por sorpresa.

Dos nuevos fiscales fueron asignados al caso. Arthur Berger, un abogado de apelación alto, calvo e intelectual, y Robert Kaye, un fiscal de larga trayectoria y jefe de delitos mayores de la oficina. Poco después sería nombrado por el gobernador Bob Graham para un puesto en el Tribunal de Circuito de Dade. Kaye trajo a Berger para ver si había algo que pudieran hacer para luchar contra la aplicación de la nueva norma.

Se les ocurrió un plan: no uno bueno, pero algo.

Le dijeron a Weinstein que el Estado aceptaría -estipular era el término legal- todos los informes psiquiátricos presentados durante la media década que los médicos habían estado examinando a Walford. Estipularía un veredicto de no culpabilidad por razón de demencia en el caso. En virtud de esas disposiciones, aunque la acusación de asesinato en primer grado quedaría efectivamente desvirtuada, el juez seguiría teniendo jurisdicción sobre cualquier liberación contemplada por los médicos de los hospitales psiquiátricos.

En el mejor de los casos, el control era escaso, pero pensaron que era mejor que nada.

Weinstein aceptó el acuerdo.

El 13 de febrero de 1981, se fijó el caso de Walford.

Fue una audiencia de lo más inusual.

El juez del caso era el nuevo jefe de la División Penal, James Jorgenson, un ex policía devoto, que pronto se convertirá en juez del tribunal de apelación. La vista estaba programada para las 2:00 pm y se celebró en una sala vacía de espectadores. Los únicos presentes eran los dos fiscales, Weinstein por la defensa, el juez, el secretario, el alguacil, el taquígrafo y un escuadrón de omnipresentes guardias de la cárcel, que rodeaban a Walford.

Kaye se levantó y leyó rápidamente la pila de informes, citando las opiniones de todos los médicos de que en el momento del asesinato Walford había estado loco. "El estado en este momento está dispuesto a estipular el contenido de esos informes..." dijo Kaye.

"La defensa estipulará el contenido de los informes que datan de 1975 hasta el presente, Su Señoría", dijo Weinstein.

"Sobre esa base", respondió Jorgenson, "el tribunal encontrará y - declarará al acusado no culpable por razón de locura".

Unos segundos más tarde, Jorgenson internó a Walford en virtud de lo dispuesto en las reglas 3.217 y 3.218, por lo que mantendría la jurisdicción sobre cualquier liberación.

"El tribunal considera que el acusado sigue representando un peligro continuo tanto para sí mismo como para la comunidad en general..." dijo Jorgenson.

Miró a Walford, que estaba sentado en silencio, con los ojos mirando de un lado a otro, absorbiendo la acción que tenía delante.

"Vernal, ¿entiendes lo que está pasando?"

Se puso de pie. "Sí, Su Señoría".

"Vamos a enviarte de vuelta al hospital. ¿Lo entiendes?"

"Sí, señor", dijo Walford.

Jorgenson se dirigió a Weinstein. "Abogado, ¿está totalmente satisfecho con estos procedimientos y con que su cliente lo entienda?"

"Sí, Su Señoría, lo sé completamente", respondió Weinstein.

Hubo una gran ironía en la audiencia: Para poder celebrar el proceso, era necesario que Walford fuera declarado competente para ser juzgado. Eso era parte del trato. Tras seis años de lucha por la competencia, la defensa accedió a admitir que Walford era competente.

Walford estrechó la mano de Weinstein y fue escoltado de vuelta a la cárcel del condado de Dade. No era un hombre libre, exactamente, pero sin duda estaba mucho más cerca de la libertad de lo que había estado durante años.

En total, el juicio de Vernal Walford duró veinte minutos.

No llamé inmediatamente a los Zelezniks para comunicarles la noticia. Esperé a ver si alguien del Estado se molestaba. Cuando pasaron dos semanas, escribí a Carter, Betty y Bobby sobre lo sucedido, describiendo la vista, los últimos informes psiquiátricos y las maniobras del Estado y la defensa. Casi inmediatamente recibí una larga carta de Carter:

... No tenía ni idea de lo que estaba pasando en Miami con respecto a Walford, pero no me sorprende en absoluto. Esperaba algo de este tipo, ya desde la noche en que Arnold fue asesinado. Recuerdo haber amonestado con lágrimas en los ojos a los detectives que vinieron a vernos al hotel que si iban a dejar escapar a este hombre por un tecnicismo... habrían hecho un débil favor a la justicia, o palabras por el estilo. Tal vez uno de ellos recuerde mejor lo que dije. En realidad, no importa, pero esperaba que después de un tiempo, las "autoridades" quisieran dejar de lado el asunto y seguir con cosas nuevas y más emocionantes.

No me sorprende que no se hayan puesto en contacto conmigo. Me resulta difícil aceptar la idea de que pueda haber sido un "error". Cuando escribí al Sr. Korvick, que entonces llevaba el caso, me sorprendió su insensibilidad y su egocentrismo. También le comuniqué algunos comentarios críticos con respecto a cómo se había "examinado" a Walford y cómo se estaba interpretando la ley. Creo que los fiscales de distrito prefieren una mayor pasividad en las personas con las que tratan. Dada la "nueva ley" (aplicada retroactivamente, por supuesto), puede que no hubiera habido opciones, pero me preocupa la aparente naturaleza superficial del "juicio". Me pregunto sobre el estado mental real de Walford, la importancia de las alucinaciones, lo que tenía que decir sobre sí mismo y lo que hizo, la seriedad de los exámenes del estado mental, etc. Evidentemente, es más barato que el Estado haga lo que ha hecho, que lo dé de baja y que lo deporte a Jamaica, donde es probable que lo maten o que mate a otra persona, a menos que decida volver a visitar este país.

Mis sentimientos. Algo de rabia. Algo de expectación y la consiguiente resignación. Algunas (más) lágrimas. Las lágrimas son siempre las más difíciles de explicar y llegan cuando no siempre estoy preparado para ellas. Sin embargo, compadezco a los que no son capaces de llorar cuando hay que hacerlo. No estoy segura de que Bobby sea capaz de llorar y eso me molesta, pero no puedo obligarle y no lo intento. Tal vez lo haga cuando no estoy cerca o tal vez lo haga más tarde. No creo que haya que aguantar en todo.

Mi enfado es menos hacia Walford que hacia la burocracia insensible que, a mi juicio, es más responsable de estas cosas. No estoy convencido de que la sociedad humana sea viable. Es posible que una guerra atómica acabe con todo. Hemos demostrado nuestra disposición, si no nuestro afán, para ello. Sin embargo, veo una mayor posibilidad de que nos vayamos con un gemido y no con una explosión. Viene

de la falta de sentimiento, de la falta de fe en los valores sociales esenciales, de la falta de liderazgo, de la falta de dignidad y de la falta de compromiso con los objetivos comunes. Somos largos en procedimientos. Nuestra tecnología es estupenda. Pero no veo ninguna dirección. Creo que las abejas nos sobrevivirán.

Si les damos la oportunidad, también lo harían los gansos canadienses.

Unos dos meses después del "juicio" fui a ver a Bob Kaye a su oficina. Se quejó de la nueva norma, sin conocer la historia de su creación. Describió cómo el Estado se había visto forzado a entrar; la única forma en que podía mantener algún tipo de control futuro sobre Walford era a través del esquema de no culpabilidad por razón de demencia que había sido aceptado por la defensa.

"Fue un gran desastre", dijo. "Trágico".

"¿Has estado en contacto con las víctimas?" Pregunté.

Se llevó la mano a la frente. "Oh, Dios mío, no, me olvidé de hacer eso".

"He oído de ellos recientemente…"

"¿Están enfadados?"

"No creo que sepan mucho al respecto. Están preocupados por su demanda…"

"Les escribiré ahora mismo. ¿Tienes su dirección?"

"Sí, es sencillo. Carter Zeleznik, director asociado de la Oficina de Educación Médica, Jefferson Medical College..."

"Oh", dijo Kaye, garabateando la dirección, "no sabía que era un pez gordo".

Nunca escribió.

Como siempre, nadie se puso en contacto con ellos.

Pero para entonces ya estaban inmersos en su propia lucha.

5. *Una chaqueta marrón claro*

Era finales de mayo, una brillante y cálida tarde de principios de verano en Filadelfia. Me senté con Carter en su despacho mientras hablaba de las derrotas en los tribunales de Massachusetts, sus palabras de alguna manera subrayadas por las cajas de documentos que abarrotaban la pequeña habitación.

"Verás", dijo Carter, "todos esos abogados competentes me habían dicho que no podía ganar. 'Deberías renunciar', dijeron. 'Arregla con Massachusetts si puedes. Escribe un libro'. Uno, mi amigo, me dijo que era una neurosis obsesiva. 'Déjalo', dijo. Quería que aceptara la demanda. Dijo que su bufete exigiría cinco mil dólares por adelantado. Pero en realidad no querían el dinero; dijo que le parecía poco ético aceptarlo. No paraba de decir: 'Queremos que te rindas'.

"Habíamos sido amigos, ya ves, pero ahora hablábamos con cierta frialdad…"

Carter hizo una pausa, pensando.

"Decían que estábamos persiguiendo molinos de viento. Uno me dijo que teníamos menos de una oportunidad entre diez mil y que renunciara. Me dijeron que nuestras posibilidades eran nulas. Bueno, no son nulas, pero pueden ser pequeñas". Entonces sonrió. "Muy pequeñas". Hizo un gesto con la mano, descartando el concepto.

"Bueno, tal vez sea obsesivo. Obsesivo, sí, pero una neurosis, no. Una neurosis, por definición, es un comportamiento autodestructivo. No estoy seguro de que esto no sea constructivo.

"Claro, hay veces que digo que tal vez no, que lo olvidemos. Entonces digo que no".

Carter se inclinó hacia delante en su silla y se golpeó con un puño en la palma de la mano abierta, obligando a que las palabras cobraran fuerza en la pequeña sala y reverberaran, con la fuerza de un eco.

"La cuestión no es si vas a ganar o perder, sino si crees que tienes razón".

"Tal vez he intelectualizado mis emociones. Dudo que seamos capaces de vencer las probabilidades. El Tribunal Supremo recibe cuatro mil casos al año y atiende doscientos. Eso es el cinco por ciento. De ellos, la mitad son demandas presentadas por el gobierno. Eso deja cien casos fuera. Son muchas probabilidades.

"Bueno, me doy cuenta del egocentrismo que supone que incluso piense, que espere, que rece, que pueda vencer las probabilidades. Pero" - y dudó, para añadir énfasis a lo que estaba diciendo- "no se puede abandonar las cuestiones cruciales".

Pensó y luego añadió: "Estarías alejándote de la vida".

Después de que los Zelezniks tomaran la decisión de redactar su propia apelación ante el Tribunal Supremo de los Estados Unidos, Carter

obtuvo todas las transcripciones y registros y pasó una semana intensa y atareada en su oficina de Jefferson y en su casa, hasta altas horas de la noche, construyendo el informe legal.

Betty y Carter -por suerte, un experto mecanógrafo- hicieron el mecanografiado en un día. Carter había obtenido las normas que rigen la presentación ante el Tribunal Supremo de uno de los abogados que había rechazado la tramitación del recurso. Una impresora imprimió las cuarenta y siete páginas del escrito en pocos minutos. En casa, Betty y Bobby ayudaron a reunir las cuarenta copias necesarias, encuadernándolas ellos mismos en una cubierta marrón claro. El sábado 28 de marzo, los tres se dirigieron a Washington.

El tiempo era ventoso, borrascoso, típico del comienzo de la primavera, esa época en la que la naturaleza parece indecisa, inconstante y desordenada. Betty se detuvo, detenida en la base de los amplios escalones que conducían al gran y oscuro edificio del Tribunal Supremo, y su corazón se aceleró con un repentino recuerdo. Por un instante vio a los cuatro, en aquel día nevado de hace más de seis años, en los mismos escalones; en su mente vio a Arnold corriendo con la exuberancia de un niño pequeño hacia las puertas principales y bajo el lema tallado. Luego se sacudió el recuerdo de la cabeza, aunque sus ojos se llenaron brevemente de lágrimas. "Sólo el viento", murmuró, y siguió a Carter y a Bobby por los escalones.

Carter depositó las copias del escrito en la mesa del secretario. "Aquí tenemos", dijo. "Cuarenta copias".

El empleado los miró rápidamente. "Estos no servirán", dijo.

Carter se quedó con la boca abierta por la sorpresa.

La cubierta era del color equivocado.

Tenía que ser blanco.

El tamaño de la impresión era correcto, pero el espaciado era incorrecto.

Carter había colocado la sección "Cuestiones planteadas" detrás de la -declaración jurisdiccional, en la página 3. Ahora tenía que estar al principio, aunque había un índice que decía en qué página estaba.

Se les informó de que las correcciones debían realizarse antes del -martes siguiente.

Como todo en el mundo legal, parece que había una salida. Carter tuvo que presentar una petición de indigencia, que, al ser presentada a uno de

los jueces, le daría una prórroga de sesenta días. (El juez William Brennan concedió la petición de Carter el lunes).

Carter dijo después: "No me gustó presentar la petición de indigente, pero desde luego, si hubiera tenido que pagar para que las correcciones se hicieran el martes, eso es precisamente lo que habría sido".

Cuando el secretario le explicó a Carter los cambios en las reglas, le dijo que cuatro o cinco de cada diez documentos presentados al Tribunal Superior eran rechazados por su formato inadecuado. Carter también se enteró de que las normas se habían modificado después de noviembre de 1980 y que el escrito de Carter había sido correcto según las antiguas normas, que su abogado le había entregado sin saberlo.

Había un abogado de la corporación Texaco en la oficina del secretario con Carter. Había volado desde Nueva York esa mañana para pegar en su documento un párrafo que tenía que estar en la página 3 y no en la 1. Carter se dirigió a él y le dijo: "Bueno, 'igualdad de justicia bajo la ley', siempre que se cumplan todos los requisitos de formato…".

Todos se habían reído de eso.

El hecho de que el secretario del Tribunal Supremo de los Estados Unidos rechazara la apelación de Carter, Betty y Bobby porque la chaqueta era del color equivocado resultó ser una de las mejores cosas que les ocurrió a los Zelezniks. Era tan mezquino, tan escandaloso, tan ridículo en comparación con lo que la familia había sufrido, que se convirtió en una especie de punto de encuentro, símbolo de todo lo que le había sucedido a la familia en el abrazo de la ley. A los periódicos y a la televisión les encantaría.

En primer lugar, como me reconoció Carter, les hizo ganar tiempo. Carter pudo enviar las copias de su escrito a sus amigos para que hicieran comentarios y revisiones. Adjuntó una carta de presentación al documento:

Bueno, como ahora tenemos un poco (no mucho) de tiempo, estoy enviando copias de la versión rechazada a los amigos para que reaccionen. Me gustaría que el abuelo de Arnold estuviera aquí para haber ayudado en la preparación del recurso o incluso para argumentarlo si se diera la ocasión. Creo que se habría alegrado de que hayamos procedido por nuestra cuenta como hasta ahora. Y espero que lo mismo pueda decirse del propio Arnold.

Por cierto, debido al problema de tiempo, esto ahora tiene que ser una petición de *certiorari* en lugar de una apelación. Así que donde dice "apelante" tengo que poner "peticionario" y donde dice "apelado" tengo que poner "demandado". Estoy seguro de que debe haber algún otro truco que no me han contado.

Realmente dudo que el Tribunal Supremo se interese por un caso que involucra a un niño pequeño, pero en el caso de que el Tribunal acceda a escuchar el caso, esto sería una noticia nacional y si decidieran a nuestro favor, esto sería una noticia nacional sin precedentes. No aconsejaría a nadie que se sentara junto al televisor a esperarla....

El escrito de Carter citaba veintinueve casos que consideraba relevantes, incluidos los casos *Morash* (1973), *Whitney* (1977) y *Vaughn* (1979) de Massachusetts, que controlaban la demanda de los Zelezniks. Citó la Quinta Enmienda y la Decimocuarta Enmienda de la Constitución de EE.UU. y los códigos de EE.UU. y Massachusetts. También citó cuatro artículos de revistas de derecho, el último de los cuales se titulaba "El mito de que el rey no puede equivocarse".

Las dos "cuestiones" que Carter esperaba plantear al Tribunal eran:

1. ¿Una doctrina global y absoluta de inmunidad soberana que no tiene en cuenta el fondo de cualquier caso particular en el que los empleados del Estado han actuado de forma negligente y gratuita, y para el que no se proporciona ninguna justificación o incluso se reconoce que existe, viola los requisitos constitucionales para el debido proceso y la igualdad de protección?

2. ¿Es una combinación de decisiones judiciales y una promulgación legislativa que crea múltiples clases de litigantes con respecto a su derecho a demandar a la -Commonwealth de Massachusetts, de nuevo sin ninguna justificación ofrecida o posible, en violación de los requisitos constitucionales para el debido proceso y la igualdad de protección?

Pero la verdadera clave de todo el escrito, que Carter consiguió presentar a tiempo, sin errores de cubierta ni de forma, se encuentra en realidad en los párrafos finales que Carter escribió:

La demanda contra la Commonwealth de Massachusetts es el último testamento y legado de Arnold al mundo en el que vivió y al que amó. Arnold ha hecho las paces. Somos nosotros, sus supervivientes, los que aún tenemos que hacer la nuestra. El mal que se le hizo no puede deshacerse, pero las condiciones que lo provocaron aún necesitan ser corregidas.

Aunque se ha sostenido que el derecho legal a demandar por la muerte injusta de otro no es en sí mismo un derecho fundamental o constitucional *(Parham* v. *Hughes,* 99 S. Ct. 1742) debe entenderse que la compensación monetaria no podría producir una reparación adecuada en la presente situación, en cualquier caso. Lo que se busca es el derecho a litigar, para poner a la Commonwealth de Massachusetts en aviso inequívoco de que su derecho a actuar de forma irracional y arbitraria y en violación

de la Constitución de los Estados Unidos está sujeto a ser cuestionado y que su negligencia está sujeta a ser revelada en un tribunal de justicia.

Por lo tanto, incluso si el Tribunal Supremo de los Estados Unidos, en su sabiduría, permitiera la demanda sólo con el fin de demostrar públicamente la verdad de las alegaciones hechas por el peticionario sin ninguna oportunidad de obtener una indemnización monetaria, el último derecho constitucional posible de Arnold, el de ser escuchado, estaría asegurado.

La motivación de esta demanda radica en la noción de que en una sociedad libre, el ciudadano no sólo tiene el derecho de protestar contra la injusticia, sino la obligación de hacerlo, a pesar del poder del gobierno para impedir esa protesta en un tribunal de justicia. Más aún, dado el poder del gobierno para impedir que esa protesta se produzca en un tribunal de justicia, la obligación es aún más imperiosa.

Arnold Frank Zeleznik, si se hubiera enfrentado directamente a una situación que le hubiera exigido sacrificar su vida por el bienestar de los demás, lo habría hecho sin dudar, como tantos otros han hecho de hecho, aunque hubiera querido decir adiós y "te quiero". Lo habría hecho porque era un hijo de la compasión y del valor. Pero ni él, ni ninguna otra persona debería ser llamada a sacrificar ningún derecho, y menos su vida, por un fin no bueno o por un fin negativo como es la protección de la incompetencia, la negligencia y la irresponsabilidad de un Estado y sus funcionarios.

Eran palabras valientes, escritas con lágrimas que nublaban la visión de Carter.

CAPÍTULO 11

Una historia que vale 10 millones de dólares

1. "...no tengo derechos"

En su despacho, Carter y yo seguimos hablando de lo que le había ocurrido a Walford en el sistema de justicia penal. Le dije: "Sabes, Carter, no sería posible que Walford comprara el tipo de representación que recibió. Roy Black y Jack Denaro son dos de los abogados penalistas mejor pagados y más respetados de Miami. Denaro tiene incluso una reputación a nivel nacional. Von Zamft, Tarkoff... no están tan lejos. Barry Weinstein era un especialista. Un millón de dólares no podría comprar ese tipo de ayuda".

Carter asintió. Se frotó la frente durante un instante.

"Me molesta. No es que hayan hecho un trabajo tan magnífico por él, sino en comparación con el Estado. El sistema puede permitirse que se protejan sus derechos, puede permitirse obtener una justicia adecuada, pero parece que la ayuda de Walford fue tan desproporcionada con respecto a lo que recibimos. Reconozco que, en cierto sentido, no tengo derechos.

"Sin embargo, debería prestarse cierta atención a los derechos de las familias afectadas por estas decisiones. Pero, de nuevo, al igual que en Massachusetts, la cuestión es la responsabilidad. En cierto modo, los fiscales del Estado no me deben nada. Pero sí se lo deben a la sociedad".

"¿Y si Walford sale?" Pregunté.

"Tengo la responsabilidad de haber gritado. De haber hecho algo de ruido".

Carter pensó un momento. Era característico de él tomarse unos segundos para ordenar su pensamiento.

"No veo esto como Walford el hombre, sino Walford el conjunto de -procedimientos".

Vacilación.

"Veo todo el asunto de la locura como... bueno, una locura".

Vacilación.

"Es como si tuvieran desprecio por la vida de un niño".

De nuevo hizo una pausa.

"No siento odio o animosidad personal. Supongo que Walford también es una víctima".

Pero él no sabía entonces lo que yo sabía.

Betty, sonriendo, me estrechó la mano calurosamente, solícita al instante, como siempre. Una ráfaga de preguntas: "¿Qué tal el vuelo? ¿Cómo está tu mujer? ¿Cuándo nacerá el bebé? Ohhhh, ¡debes estar emocionada! No te olvides de enviarnos fotos. ¿Se encuentra bien?" Sus ojos estaban vivos, inquietos.

"Espera a ver a Bobby", dijo. "Se está haciendo más grande y mayor y… oh, ya verás".

"¿No hay más Academia Renacimiento?" Pregunté.

Sacudió la cabeza. "Fue toda una decisión", dijo.

Bobby y el hijo del vecino, los únicos alumnos de la escuela que Carter había establecido, se habían graduado esa primavera en una pequeña ceremonia. Ahora tenía catorce años y estaba instalado en el noveno grado. Había sido una época difícil. Recordaba haberle preguntado, antes de la graduación, qué iba a hacer.

"No estoy seguro", había dicho Bobby.

"¿Qué opciones tienes?"

"Bueno, hay escuelas privadas y secundarias públicas. Supongo que podríamos seguir con Renacimiento…"

"¿Cuál es tu preferencia?"

Negó con la cabeza. "Simplemente no lo sé".

Entonces pensé en lo difícil que debe ser.

Carter y Betty no habían forzado la situación. Habían comprendido que Bobby tenía que llegar a sus propias conclusiones. Cualquier búsqueda que hiciera, la hacía solo, en su habitación. Optó por una escuela privada. Hizo pruebas, obtuvo excelentes resultados y fue aceptado en la Penn Charter School, una escuela preparatoria de considerable reputación. Betty dijo que Bobby había entrado en la

escuela el primer día en silencio, con determinación y sin mirar atrás. La transición había sido rápidamente absorbida por la novedad de la escuela, los nuevos estudiantes, los nuevos amigos, el trabajo duro. Sus notas eran superiores; la Academia Renacimiento preparaba bien a sus alumnos.

Carter, Betty y yo nos quedamos en el vestíbulo de la Penn Charter School esperando a que Bobby salga de entre la multitud de vaqueros, camisas de trabajo, reglas de cálculo, libros de texto hechos jirones, palos de lacrosse y energía que fluye a nuestro alrededor. Hay un tono único en el núcleo de una escuela de varones, una mezcla de voces que se entremezclan fácilmente en la incómoda transición de la adolescencia a la juventud. Los sonidos nos envolvían, docenas de retazos de -conversación, todo ello ayudado por esa particular excitación que conlleva el inminente fin de curso; los chicos hablando de béisbol, de latín, de exámenes aprobados y suspendidos, de trabajos trimestrales y de vacaciones de verano, de viajes al extranjero y de chicas y de los cursos del próximo año. Carter, Betty y yo destacábamos en aquella multitud como ballenas varadas.

Bobby pareció materializarse de entre la masa de chicos que corrían, se pavoneaban y se paseaban, casi como si se hubiera separado de una masa viva y en constante movimiento, y maniobró hacia nosotros. Me estrechó la mano y enseguida iniciamos una conversación sobre béisbol. Su pelo rubio parecía indeciso, sin saber si debía ser ondulado o rizado; lo tenía apartado de la frente en una exageración de enredos. Sus ojos me miraron de frente. Lo noté al instante. Tal vez fuera la familiaridad, pero me pareció que había crecido más que un peldaño en ese año de escuela. También era más alto y enjuto, con una gracia fácil y coordinada. Saludaba a otros chicos. Su rostro era abierto, sonriente, sus ojos vivos. Sus hombros eran cuadrados, y busqué en su aspecto el peso que había visto por primera vez, el día que él y yo nos habíamos conocido. Está en algún sitio, pensé. Pero está en su sitio.

Cuando tuvimos unos segundos a solas, le pregunté: "Bobby, cuando piensas en todo lo que ha pasado, ¿qué sientes?".

Dudó, no de forma incómoda, sino buscando una precisión. Como su padre, pensé.

"A veces siento que soy diferente. Diferente de los demás".

"¿Qué quieres decir?"

"Bueno, había unos tipos que consiguieron unos cuantos paquetes de seis cervezas y bajaron al bosque a bebérselos. Y luego iban a conducir a casa. Ahora supongo que iban a estar bien, pero yo no iría. Es como si tuviera que ser un poco más cuidadoso. Me siento un poco más responsable. No es que me crea especial o más importante ni nada, por lo que ha pasado, pero sí diferente. Tal vez sé un poco más. No estoy seguro".

Pude ver sus ojos reflejando la ordenación que estaba intentando con sus emociones.

"¿Tiene algún sentido?", preguntó.

"Mucho", respondí.

Esa noche Carter, Betty y yo nos sentamos a hablar. Como de costumbre, Bobby entraba y salía de la sala de estar, uniéndose de vez en cuando y desapareciendo luego a su habitación. Tenía que estudiar.

"Sabes", dijo Betty, "en Miami nunca se nos tuvo en cuenta para nada. Nos trataron muy mal".

"Creo", dijo Carter, "que es la sociedad la que sufre. Un fiscal tiene una obligación con la sociedad. No hubo pruebas de que los fiscales de Miami reconocieran ese derecho".

Ambos parecían resignados por lo ocurrido.

No fue un acontecimiento que les hiciera explotar de ira o disolverse en lágrimas. Supongo que sentían que era inevitable la forma en que Walford había evitado la responsabilidad penal.

"Supongo que Walford también es una víctima del sistema", reflexionó Carter, repitiendo su comentario anterior.

"No actuó así", dije.

"Ohhhh", dijo Betty. "¿Fuiste a verlo?"

"Sí".

Su rostro cambió entonces, un repentino cambio de viento, de una aceptación rencorosa y frustrada a una fascinación temerosa. Se acercó al borde de su asiento, juntando las manos en su regazo, expectante. "¿Qué ha dicho?"

"¿Importa?" Dijo Carter. Parecía repentinamente deprimido, como desinflado.

Betty respondió rápidamente. "Me importa".

Hubo un segundo de silencio y ella se inclinó hacia delante.

"Quiero saber qué ha dicho", exigió.

2. *Lo que dijo*

El Centro de Evaluación y Tratamiento del Norte de Florida está situado a unos pocos kilómetros de Gainesville (Florida), a poca distancia de una granja penitenciaria. Es una zona de pastos ondulados interrumpidos por rodales de altos pinos y sauces llorones cargados de zarcillos. El centro se construyó a mediados de la década de 1970 y actualmente alberga a unos 200 hombres. Se considera de máxima seguridad; un trabajador social del lugar dijo que nunca se había producido una fuga de la institución.

Hay un pequeño cartel que dice NFETC al lado de la carretera del condado que sale de Gainesville y una modesta calle de macadán negro que atraviesa un amplio campo. El ganado pasta a la luz del sol. No se ve ningún edificio desde la carretera.

A unos cientos de metros hay un gran cartel que dice que cualquier persona que introduzca armas, sustancias controladas o licor en las instalaciones será perseguida. Un poco más allá hay una línea amarilla de un metro de ancho pintada sobre el asfalto y un cartel que dice que cualquier persona que cruce la línea da implícitamente su consentimiento para ser registrada. De pie sobre la línea, se puede distinguir a lo lejos el complejo de edificios de color gris y cemento. Las instalaciones están situadas en el centro de un campo; detrás se levanta un muro verde de árboles.

Mientras conducía hacia los edificios, el sol reverberaba en el capó del coche, cegándome. El calor era insistente, inflexible, llenando con rabia el aire quieto.

Dentro, me pidieron que firmara un papel en el que aceptaba que no revelaría la identidad de ningún paciente que no fuera la de Walford. Me acompañó al centro una mujer joven, una de las trabajadoras sociales asignadas a la unidad de Walford. Estaba alojado en el edificio 13 en un módulo con otros ocho hombres. Un guardia, situado en una oficina de cristal a prueba de balas, accionó una puerta electrónica y nos permitió salir del vestíbulo del centro al recinto.

El recinto estaba rodeado por una valla de eslabones de cadena de cuatro metros de altura, rematada con varias filas de alambre de espino, curvado hacia atrás en un ángulo para impedir que nadie saliera. Caminamos por una calle dentro del recinto, rodeados por los reclusos,

que se arremolinaban libremente bajo el sol y el calor. Hacía casi 100 grados a la sombra. Todos los edificios estaban numerados; había dormitorios y salas de terapia, desolados en su similitud. Tenía el aspecto de una pequeña y funcional comunidad de cemento gris.

Dos hombres estaban tocando una guitarra. Uno mostraba al otro cómo formar los acordes, animándole. Algunas notas parecían subir al cielo azul sin nubes. "No entiendo por qué quieres hablar con Vernal", dijo la joven trabajadora social. Tenía un ligero acento sureño. "Es decir, no entiendo por qué crees que su caso es algo especial".

No respondí.

Otra joven se unió a nosotros. Ella también era trabajadora social y las dos querían asistir a la entrevista. El consultorio médico, un pequeño cubículo fuera de una zona de recreo, se había reservado para la entrevista. Los tres tomamos asiento y esperamos.

Walford llegó, sin escolta, unos segundos después.

Su apretón de manos era flojo, desinteresado, pero sus ojos eran intensos.

Medía 1,80 metros, pero era ligeramente encorvado. La línea de nacimiento del cabello retrocedía desde la parte delantera, pero su pelo era largo y enjuto, echado directamente hacia atrás y enroscado sobre las orejas. Llevaba un bigote espeso y tupido. El pelo del labio y de la cabeza estaba teñido de gris. Llevaba unas gruesas gafas de pasta marrón, pero a veces miraba por encima de ellas, lo que le daba un aspecto ligeramente inquisitivo y extrañamente distinguido. Era fornido, con un rollo de barriga que sobresalía por encima de un par de vaqueros azules nuevos. Llevaba una camisa deportiva blanca, recién lavada, y botas de desierto nuevas. Sus brazos eran gruesos y poderosos, los músculos de un estibador.

Se sentó frente a mí, nuestras rodillas casi se tocaban, nuestros rostros a sólo un metro de distancia.

Su pierna izquierda tembló ligeramente y apretó las manos con fuerza. Fijó sus ojos en los míos, con una mirada inquebrantable, aunque se balanceaba hacia adelante y hacia atrás en la silla. De vez en cuando, sus labios chocaban entre sí, pero no de la forma pronunciada que yo había visto hace tantos años.

Me presenté y empecé a hacer una rápida explicación de lo que me interesaba, pero me interrumpió bruscamente, con un rudo movimiento de mano.

"Lo que quiero saber, hombre, es qué hay para mí".

Fueron sus primeras palabras.

Su discurso era directo, sin tapujos. El acento jamaicano era leve, mezclándose fácilmente con los americanismos.

"¿Qué quieres decir?"

"Quiero hablar de dinero. Estoy sin plata, ya sabes, necesito dinero. ¿Cuánto hay para mí?"

"¿Qué estabas buscando?"

"Creo que vale quince mil dólares".

Me reí. "No he ganado nada con esto. Quizás algún día, pero no hasta ahora. Desde luego, no tengo quince mil dólares".

Walford no se rió. "No me estás diciendo la verdad".

"Sí, lo estoy".

"No lo eres. ¿Crees que esto es un asunto de broma? Tienes el dinero, lo sé. ¡No puedes venir volando hasta aquí, vestido con un traje como ese! Te estás conteniendo. No puedo hacer eso. Estoy atrapado aquí. Cuesta dinero, lo sé. ¡Así que piensas en esto como un asunto de broma!"

Entonces tampoco sonreía. "No lo considero una broma".

"Tengo que sufrir tanto, todos estos años en el hospital, en la prisión, hombre. ¡Eres codicioso, hombre! ¡Sé que pagan dinero por estas historias! Esta es una historia real, no inventada".

"El mundo editorial no funciona así".

Sacudió la cabeza. "Vienes aquí con la historia de que no hay dinero. ¡Tu parte del trato suena divertida! ¡Sólo eres codicioso, hombre! ¡Yo conozco la historia! Sólo yo. Yo era el que estaba allí; ¡nadie más sabe como yo! Eres un tonto; me haces perder el tiempo. Esto es la realidad, no es un invento".

"Lo siento..." Empecé, pero él me interrumpió.

"Yo era el que estaba allí, pero ellos se quedarán con todo el dinero. ¡Sé de ese hombre! ¡Los está demandando en el estado de Massachusetts por cuatro millones de dólares! ¡Se llevará cuatro millones de dólares! ¡Y yo no obtendré nada!"

"Creo que prefiere a su hijo. Y perderá la demanda".

"¡No lo sabes! Lo conseguirá. Cuatro millones".

Nos miramos en silencio.

"Muy bien, Vernal, no tienes que decirme nada. Pero no puedo pagar por la historia. Pertenezco a la plantilla del *Miami Herald* y el periódico no permite que la gente pague por sus historias".

"¡Oh, sé lo de ese periódico *Gleaner*! Crees que soy un tonto. Sé que deben pagar; ¿cómo crees que ganan dinero? ¿Crees que cualquiera puede venir con una historia y simplemente ponerla en el periódico? No, ellos pagan. Sé lo de ese *Gleaner.* Me estás contando una historia absurda, tío. Contaré mi historia en otra parte".

Hice una pausa, enfadado.

"Vernal, dime, ¿ves una fila de periodistas ahí fuera esperando para escuchar tu historia?" Hice un gesto hacia el frente del recinto.

"Oh, hay muchos, hay otros interesados".

"Vernal, voy a escribir la historia de todos modos".

"Entonces te demandaré y obtendré todo tu dinero".

De nuevo nos miramos fijamente.

Después de un momento su voz se retiró del borde de nuestra discusión. Pareció reflexionar durante un segundo. "¿Conoces ese hospital de Chattahoochee? Me enviaron una factura de cincuenta mil dólares. ¿De dónde saco ese dinero? No tengo dinero. Estoy arruinado".

"¿Qué crees que harán al respecto?"

Hizo una pausa. "Supongo que pueden venir a matarme".

Parecía desanimado. Intenté una táctica diferente. "¿Qué pasa con -Massachusetts?"

"Ya sabes que en ese hospital me metieron sin cargos; por eso tuvieron que darme el alta".

"Te golpearon en el ojo".

"Sí. Me ha roto las gafas".

Entonces levantó la mano, como si fuera a cortarnos a los dos. "Quiero que me paguen", exigió.

Sacudí la cabeza. "¿Cuánto crees que vale tu historia?"

Se sentó rígidamente. "¡Vale diez millones de dólares!"

Volví a negar con la cabeza. "No estamos llegando a ninguna parte", dije. Cerré mi cuaderno.

Se levantó, con los ojos muy abiertos, llenos de ira. "Me haces perder el tiempo, tío", dijo.

Se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo y se giró. "¿Cuánto tienes contigo? ¿Cuánto puedes conseguir ahora mismo? Ahora mismo. ¿Cuánto?"

Pensé por un instante en los 35 dólares que tenía en la cartera. Le miré. Se conformaría con eso, pensé. Luego volví a pensar. Que me

maldigan antes de entregarle un centavo para que me cuente sobre el asesinato de Arnold Zeleznik.

"¿Cuánto tienes?", preguntó.

"No", dije.

Me miró. "He sufrido. En la cárcel durante años y años. Esta es mi historia, hombre, y he sufrido. Mis abogados, Black y Denaro, dicen que hacen falta cincuenta mil dólares para sacarme. En vez de eso, tengo al abogado de oficio".

"Pero te bajaste", respondí.

Se encogió de hombros. Se dirigió a la puerta.

Me puse de pie. "Bueno, Vernal, si cambias de opinión, ya sabes cómo ponerte en contacto conmigo".

"Sí. Si cambio de opinión". Frunció el ceño y apretó los puños.

"El dinero habla, ¿eh, Vernal?"

"¡Eso es!"

Salió de la habitación. La entrevista había terminado. Me volví hacia los dos trabajadores sociales, que habían observado en silencio todo el enojoso intercambio. "Diez millones de dólares", dijo uno. "Quizá deberíamos aumentar un poco su dosis. Eso parece un poco grandioso".

"¿Era cierto lo de la factura de Chattahoochee?" Pregunté.

Ella asintió con la cabeza. "Eso fue lo más enojado que lo he visto", dijo. Su voz era tímida; por primera vez me pregunté si había habido algún peligro. Probablemente no sea una práctica inteligente, pensé en retrospectiva, discutir con psicóticos homicidas.

Recogí mi cuaderno y salimos a la calle. La oficina estaba a oscuras y por un momento me cegó el destello de la luz del sol que se reflejaba en los edificios. Cuando mis ojos se adaptaron, vi que Walford, a unos cinco o seis metros de distancia, se volvía y me miraba fijamente. La ira en sus ojos se mezclaba libremente con las ondas de calor que surgían de la calle de alquitrán negro. Mientras lo observaba, nuestras miradas se cruzaron y pareció gruñirme. Luego giró sobre sus talones y se alejó decididamente hacia la implacable luz del sol, desapareciendo alrededor de una esquina, marchando sin descanso.

3. Betty

Betty se sentó con fuerza en el sofá. "Quería dinero", dijo.

"Bueno, quería algo de dinero. Quince mil, diez millones, o tal vez treinta y cinco dólares, era difícil de decir".

"Y pensó que lo único que nos importaba era hacernos ricos".

Asentí con la cabeza.

Las lágrimas se formaron en la entrada de sus ojos.

"Todo el dinero del mundo...", empezó a decir, pero luego se detuvo. "Nadie podría compensar nuestra pérdida", dijo. Era un hecho simple y declarativo. Sacudió la cabeza y respiró profundamente. Pude ver cómo se planteaba lo que iba a decir. "Sabes" -me miró- "es un instinto tan común, pero nunca sentí que quisiera ponerle las manos encima y matarlo yo misma. Siempre pensé que era más bien un animal, supongo, y que, en cierto modo, no sabía lo que estaba haciendo. Es decir, no creía que hubiera que disculparle por lo que hacía, sino que había que tener en cuenta su locura.

"Pero parece tan..." Ella tanteó. "No sé, codicioso. Malvado. ¡Pensar que sólo queremos el dinero! ¡Oh, Dios! Qué cruel".

Hizo una pausa.

Había palidecido; ahora estaba recuperando el color. "Un abogado nos dijo que Walford habría tenido una demanda mejor que la nuestra". Sacudió la cabeza, como para despejar una pesadilla compactada. "Supongo que, antes, él nunca pareció real. Era sólo un nombre en un documento, una descripción, alguien de alguna manera desconectado de nosotros. Pero ahora parece, no sé, vivo. Piensa en nosotros". Se estremeció.

Carter había metido la cabeza entre las manos y permaneció en un silencio poco característico durante toda la reacción de Betty. Observé cómo él también inhalaba profundamente, ordenándose. Se recostó en su silla, con los ojos hacia el cielo momentáneamente, suspirando.

"¿Querrías verle ejecutado?" Pregunté.

Betty hizo una pausa. "Es difícil", dijo. "Hay una parte odiosa en mí". Se recompuso de nuevo. "Recuerdo, una vez que estaba en mi clase de arte.

La mayoría de los presentes sabían lo de Arnold y lo que había pasado, pero algunos no. Fue durante una sesión de dibujo, y todos estábamos hablando mientras dibujábamos. Salió el tema de la pena de muerte, y había una chica sueca, una estudiante de arte, y todo el mundo estaba expresando sus opiniones. Y recuerdo que ella empezó a hablar y dijo: "No puedo entender vuestro sistema. Como ese hombre que mató al niño

en Florida. ¿Qué derecho tiene a vivir?' Y todos se callaron porque lo sabían. Y yo dije: 'Ese era mi niño', y empecé a llorar, al igual que ella y muchas de las personas de la clase. Pero también dije: "No veo cómo puede mejorar la situación", y creo que sigo pensando lo mismo. No veo cómo el hecho de quitar otra vida corrige algo. Es difícil. Quiero decir, ahora mismo, escuchando lo que has dicho, lo odio. Pero aun así, no veo cómo quitarle la vida soluciona algo".

Betty asintió con la cabeza.

Carter habló entonces, su voz lenta, profunda, retumbando desde sus emociones, deliberada.

"Una cosa que me enseñó la muerte de Arnold", dijo, "es que hay que tener una reverencia por la vida, por todos los seres vivos de esta tierra. No se puede ganar esta reverencia con el odio. No puedes ganarla degradando la vida....

"No puedes convertirte en lo que odias".

4. “Un hijo que era bueno y murió”.

Por la mañana, Carter, Betty y yo nos dirigimos a la Escuela Montessori Nuevos Horizontes. Llegamos temprano y vimos cómo los niños empezaban a entrar en el viejo edificio de ladrillo. Carter estaba vibrante, entusiasmado; había algo en los niños que hacía aflorar en él un extraordinario entusiasmo. Saludó y se agachó a hablar con los niños en la zona de recreo antes de que se interrumpieran las clases. Vestido con una vieja chaqueta de tweed y una corbata, con su barba gris y su pelo despeinado por un viento cálido y suave, Carter parecía en parte el Flautista de Hamelín y en parte el abuelo. Los niños se agolpaban a su alrededor, riendo y pendientes de sus palabras. Tenía la habilidad de hablar a los niños a su nivel sin parecer condescendiente o aburridamente adulto. Betty lo observó conmigo. "Él es así", dijo sin presentación. "Simplemente parece florecer". Se rió con ganas.

Era el séptimo año del premio Arnold Frank Zeleznik.

Carter y Betty me presentaron al profesorado, que parecía encantado de tenerlos allí. Fuimos de aula en aula, repartiendo hojas mimeografiadas para que los alumnos las rellenaran. Los papeles contenían estas preguntas:

1. "¿Qué cosa buena puede hacer un niño para hacer de éste un mundo mejor?"

2. "¿Qué niño de esta escuela crees que debería ganar el Premio Arnold Frank Zeleznik este año?"
3. "¿Qué ha hecho este niño que le hace pensar que debe recibir el premio?"

Carter entraba en las aulas, esperaba impaciente mientras cada profesor hacía una pequeña presentación y luego reunía a los niños a su alrededor. Se sentaba cómodamente en sillas diseñadas para niños. En la primera aula nos vimos inmediatamente rodeados de niños de tercer grado. Carter comenzó preguntándoles por un reciente programa de pernocta en el que habían estado en un camping. Las voces lo inundaron de emoción.

"¡Me gustó la hoguera!"

"¡Me han gustado las historias de fantasmas!"

"¡El paseo nocturno fue aterrador!"

"¡Comimos pescado fresco!"

"¡Me gustaron los malvaviscos!"

Un coro de asentimiento a ese comentario.

Carter levantó la mano. "¿Qué vamos a hacer esta mañana?"

Las manos se alzaron a su alrededor. Señaló a uno.

"¡El premio Zeleznik!"

Carter asintió. "Sí. Esta es la escuela donde comenzó. ¿Alguien sabe por qué?"

Ethan, nueve años: "Porque" -hizo una pausa, mirando a su alrededor a los demás alumnos, y luego continuó- "le das el premio a la persona más simpática del colegio porque antes tenías un hijo que era simpático y se murió".

Carter asintió de nuevo. "Así es", dijo. "Dígame, ¿cuáles son algunas de las cosas buenas que pueden hacer los niños?"

Todas las manos se dispararon.

"¡Debes ayudar a alguien si tiene un problema!"

"¡Debes mantener el mundo limpio!"

"¡No mates a los animales!"

"¡Si otro niño está herido, puedes ayudarle!"

"¡Puedes compartir cosas!"

"Bien, bien, bien, bien, bien, todas esas son cosas buenas", dijo Carter mientras la lista salía de las jóvenes voces a su alrededor. La mano de una niña se levantó de nuevo. Carter asintió hacia ella.

"¿Qué edad tenía su hijo?"

"Tenía nueve años", dijo Carter. Su voz siguió siendo la misma.

"¿Cómo murió?", preguntó otro niño.

"Fue asesinado... por un loco", dijo Carter.

"¿Cómo lo mató?"

Carter dudó. "No hablemos de las cosas malas; hablemos de las cosas buenas de la vida".

"Disculpe", pidió una niña pequeña, mirando el papel mimeografiado, "tengo una pregunta".

"¿Sí, querida?" Dijo Carter.

"¿Hay algunas respuestas especiales?"

"No, cariño", respondió Carter. "No hay respuestas correctas ni incorrectas".

CAPÍTULO 12

Tic… Tic… Tic

1. "¿Estamos rodando, Rob?"

Carter creía de verdad que la petición que había escrito sería escuchada por el Tribunal Supremo de Estados Unidos. No lo diría en ningún foro público; por el contrario, citaría las estadísticas y las probabilidades de - éxito. Diría que los mejores juristas que pudo encontrar le habían dicho de manera uniforme que no tenía ninguna posibilidad y que, en realidad, no tenía ninguna esperanza. Sin embargo, en su interior, más allá de cualquier declaración o pronunciamiento público, Carter creía que los nueve miembros del más alto tribunal escucharían su petición.

Pensó en ellos como padres y abuelos; pensó que reconocerían al instante que lo que la familia buscaba no era la oportunidad de ganar dinero a través de una demanda, sino la oportunidad de asignar la culpa por el asesinato de Arnold. ¿Cómo podían negarle eso? Por muy fría y analíticamente que investigara el asunto, no podía hacerse a la dura idea de que los nueve jueces del Tribunal Supremo, encargados, en su opinión, de defender los derechos de todos los ciudadanos, no acudirían en su ayuda. En la ecuación que produjeron las emociones de Carter, él vio su alegato como los derechos del individuo, por un lado, y los derechos de la burocracia, por otro.

Se trataba de Arnold, su inocente hijo, frente a una norma anticuada y despreciada del gobierno. Visto en esos términos antijurídicos y simplistas, Carter, en ese reino de fantasía de esperanzas y sueños, creía que la elección era obvia.

Me preguntó repetidamente: "¿Realmente leen los casos?".

Consideraba que ningún jurista podía dejar de ver que, en cualquier medida, los derechos de la familia de un niño asesinado eran mucho más importantes que los de un gobierno estatal enorme e insensible.

Preguntó: "¿Hay alguna manera de saber con certeza que los jueces realmente leyeron los documentos presentados?"

Le contesté que no había forma de determinar con certeza quién leía qué. Le dije que sospechaba que los sumarios eran revisados por los secretarios judiciales y resumidos para los jueces, pero que, a pesar del abrumador número de demandas presentadas, el Tribunal Supremo se esforzaba por examinar cuidadosamente cada solicitud. Le dije que no creía que el escrito de Carter se perdiera en ninguna grieta judicial.

"Si lo leyeran", dijo, "verían".

Uno de los aspectos intrigantes de la demanda fue la insistencia de Carter en llevar a juicio al gobierno de Massachusetts. Muchos abogados le habían dicho que siempre podía proceder contra los médicos y trabajadores sociales individuales de Northampton; sería una demanda más fácil de argumentar. Además, no estarían necesariamente amparados por la doctrina de la inmunidad soberana, aunque ya habían invocado ese derecho en los documentos judiciales.

Carter se negó.

Los médicos de Northampton formaban parte de un sistema, dijo.

Era un sistema creado por la burocracia, la incompetencia y la insensibilidad. Era un sistema basado en la aplicación errónea de teorías refutadas, como la desinstitucionalización. Las personas que se vieron obligadas a perpetrar una política tan insensata, equivocada, errónea e intrínsecamente malvada también fueron víctimas, en la mente de Carter. Sin embargo, eran víctimas culpables. Él los quería en el banquillo de los acusados, pero al lado del estado de Massachusetts. Por eso los habitantes de Northampton figuraban en la demanda junto al estado, intrínsecamente unidos.

Prácticamente no había habido publicidad sobre la lucha de los Zelezniks contra Massachusetts hasta que optaron por llevar ellos mismos sus argumentos al Tribunal Supremo. En la *Gaceta local de Ambler* había aparecido alguna historia ocasional, pero nada que tratara

de documentar los extraordinarios esfuerzos en los que estaba empeñada la familia.

En Miami las noticias que había se centraban en Walford. Tanto el *Miami Herald* como el *Miami News* no publicaron su absolución. El -*Philadelphia Inquirer,* el principal periódico de la ciudad, y el *Philadelphia Daily News* no publicaron prácticamente nada sobre la familia entre 1975 y 1981.

Sin embargo, la decisión de acudir al máximo tribunal cambió ese sombrío panorama. Un periodista del *Ambler Gazette* escribió un extenso artículo en primera página sobre la familia, ilustrado con uno de los dibujos de Betty sobre Arnold. Esa atención provocó más atención: Un programa de radio local se interesó; una cadena de televisión local se puso en contacto con la familia.

Había tantos detalles externos en la historia de la familia que la hacían natural. Habían sido tan maltratados, no sólo por el asesinato en Miami, sino en todo momento por alguna burocracia. Eran elocuentes; eran abiertos; eran capaces de describir con detalle el impacto de todas las pequeñas plagas que se habían abatido sobre ellos. Todo eso era polvo para los medios de comunicación. La chaqueta de color equivocado en su expediente, por ejemplo. El hecho de que la Fiscalía del Condado de Dade no les dijera nunca a los Zelezniks lo que estaba pasando con Walford. La palabra frívola que aparentemente asignó el tribunal de apelación de Massachusetts a su demanda. En un escrito de respuesta, la Fiscalía había escrito sobre el asesinato de "Robert Zeleznik..." en Miami. Se habían equivocado en la fecha del asesinato. Y había otra cita, en otro escrito de respuesta, que se citaría una y otra vez: "Ningún psiquiatra... tiene ninguna prueba, método o experiencia para predecir la peligrosidad futura. El arte de la psiquiatría está a un paso del arte de la magia negra".

Estas insensatas palabras acabarían siendo ridiculizadas ante una -audiencia de millones de personas.

Carter siempre había reconocido la importancia de aliarse con los medios de comunicación y él, Betty -y Bobby también, aunque en menor grado- adquirieron un conocimiento sustancial de su forma de trabajar. Carter tenía una forma instintiva de tocar la fibra sensible. Tal vez fuera sólo la calidad de su historia; después de todo, ni una sola vez Carter o

Betty tuvieron que fingir en sus emociones. No importaba mucho quién les preguntara sobre el asesinato y la lucha contra Massachusetts. Su respuesta, ya fuera la primera o la quincuagésima vez que la decían, siempre salía directamente del corazón. En cierto modo, ganaban con el proceso. No es que repetirlo disminuyera tanto la potencia de su pérdida. Pero la fuerza de la pérdida se vio en cierto modo humillada por la familiaridad que creció al expresarla tantas veces. Fueron coherentes, constantes, reflexivos y expresivos.

Las lágrimas, cada vez, eran reales.

Un día de esa primavera, Carter y Betty fueron a los estudios de la filial de la *National Public Radio* en el centro de Filadelfia. Les condujeron a través de un laberinto de pequeñas oficinas y cámaras de sonido para reunirse con Ric Peters, que había visto algunas de las historias locales que empezaban a surgir sobre los Zelezniks. Hubo una pequeña charla, un tiempo de calentamiento, mientras Peters repasaba algunos detalles contundentes. Luego Carter fue llevado a un estudio de radio con paredes negras e insonorizadas. Betty se sentó en la sala de control de al lado, detrás del técnico de sonido y del ingeniero, observando a Carter a través de una gran ventana de cristal.

"Es emocionante", dijo Betty. "Lástima que Bobby esté en la escuela. Le encantan estas cosas". Señaló los bancos de diales y medidores encendidos en un tablero que tenía delante.

Carter y Peters tomaron asiento ante los micrófonos. Hubo una comprobación de voz y Peters dio algunas instrucciones de última hora: "Mantente cerca del micrófono, relájate y no te preocupes. No estamos en directo, así que podemos repetirlo si nos equivocamos". Carter asintió.

Peters se giró, señalando al ingeniero. "¿Estamos rodando, Rob?" El ingeniero levantó el pulgar y el índice en el signo universal. Peters giró de nuevo hacia Carter. Su voz cambió de una amabilidad jocosa a ese tono estudioso y practicado de la estación de radio. Hizo una breve presentación: "Nuestro invitado de hoy es...", y luego dijo: "Muy bien, Carter, ¿por qué no nos cuentas qué pasó para que este caso se prolongue durante años y años...?”

Peters no necesitaba haber advertido a Carter. Todas sus respuestas fueron directas, al grano.

"¿Buscas cinco millones de dólares?" preguntó Peters.

"La cuestión es sacar a relucir en un tribunal la responsabilidad. No se puede establecer el coste de una vida. La parte del dinero no es la cuestión central. Esta doctrina de la inmunidad soberana disuade a la gente de actuar con responsabilidad.

Todos los demás son responsables de su forma de actuar. Tú lo eres. Yo lo soy. El gobierno federal lo es. ¿Por qué no el estado de Massachusetts?" Dijo Carter.

No se dijo el nombre de Vernal Walford.

Peters preguntó: "¿Por qué has empezado esto?"

"Bueno", respondió Carter, "empezó como un trabajo de duelo, para aliviar la tristeza, la depresión, el abatimiento. Pero se ha convertido en algo más que eso". Hizo una pausa, ordenando sus palabras.

"Claro", continuó, "soy un Don Quijote. Pero no creo que perseguir molinos de viento sea algo tan malo después de todo".

Tras media hora de conversación, Peters hizo un gesto al ingeniero, haciendo un gesto de corte con la mano. Se quitó los auriculares y estrechó la mano de Carter. "Estupendo", dijo. "Aquí hay más, mucho más, de lo que puedo utilizar. Te has manejado bien".

Fuera, Carter se encogió de hombros. "Tal vez pueda ayudar", dijo.

La mayor ayuda, sin embargo, vino de un hombre llamado John Tarquinio en WCAU-TV, Canal 10. La cadena de televisión tenía un programa de asuntos públicos llamado "Alive at Five". Se puso en contacto con los Zelezniks y organizó una entrevista con la familia en su casa. El reportero Bill Baldini, el productor Bill Wagner y un equipo de cámaras se presentaron y prepararon un largo reportaje para la televisión sobre la lucha legal de la familia. Fueron unos momentos excepcionalmente conmovedores, que no son los habituales en los informativos de televisión. A la larga, el impacto de la entrevista se dejaría sentir ampliamente. Tarquinio, director de asuntos públicos de la cadena de televisión, era amigo de Don Hewitt. Hewitt no tenía un nombre tan conocido como la gente que trabajaba para él, pero dentro del negocio de las noticias tenía un gran peso.

Fue productor ejecutivo del programa "60 Minutos" de la CBS.

Los Zelezniks estaban a punto de convertirse en una historia nacional.

Pero antes tuvieron que soportar otro golpe.

2. Dos tribunales superiores

El Tribunal Supremo de EE.UU. comenzó su mandato de otoño el 5 de octubre de 1981. En esa fecha se anunciaron los casos que los jueces revisarían.

La petición de Carter fue rechazada en un comunicado de una sola frase que Carter sospechaba airadamente que había sido producido por ordenador. Decía simplemente que el Tribunal se negaba a asumir la jurisdicción en el asunto.

Como todos los abogados les habían advertido, habían perdido.

Pero esta pérdida era irrevocable.

En ese momento su única vía legal era volver al punto de partida, en el Tribunal del Condado de Suffolk en Massachusetts, y demandar a los médicos de Northampton individualmente. La probabilidad de llegar a un acuerdo con el Estado probablemente había desaparecido, pero ésa nunca había sido la intención de Carter. Al principio de la demanda, la Oficina del Fiscal General del Estado había hecho una oferta tentativa de acuerdo de aproximadamente 25.000 dólares. Pero el Estado no quiso hacer al mismo tiempo una declaración aceptando su responsabilidad. No quiso reconocer públicamente que la liberación de Walford de Northampton había sido errónea y había provocado la muerte de Arnold. Tras breves discusiones, Carter, Betty y Bobby habían rechazado de plano la oferta. Pero eso había sido años antes, en 1976.

Carter se sumió en una negra depresión.

También Betty estaba atrapada por la duda y el desánimo.

Bobby, en medio de las tareas escolares, del emocionante comienzo del nuevo curso, estaba confundido. Comprendía la importancia de lo que buscaban; creía en ello; creía en su padre. Le entristecía ver a Carter tan abatido. Era incomprensible para él. Sus estudios, sobre todo de historia americana, hacían hincapié en los derechos de los ciudadanos, en el acceso a los tribunales. Le resultaba imposible leer sobre *Marbury N. Madison* o, de hecho, recordar *Jaworski* v. *Nixon,* y no pensar que algo estaba equivocado. Los tribunales siempre habían defendido valientemente lo que era correcto, y ahora aquí no lo habían hecho. Para un niño de quince años, la ecuación era simple y directa. Bobby observaba, preocupado y ansioso, para ver qué elegiría hacer su padre. Sólo sabía una cosa con certeza: Carter encontraría algo.

Cuando hablé con Carter durante esos meses, parecía amargado por primera vez. El rencor, el sarcasmo y la ira sin límites nublaban su voz. Carter afirmaba una y otra vez: "No creo que lo lean".

"No creo que se hayan molestado en absoluto".

"No creo que hayan visto lo que escribí".

Por primera vez todos los muchos casos en los que Carter había hablado de la rendición de cuentas y la responsabilidad le parecían inútiles, las palabras le daban un sabor ácido. Dijo: "¿Cómo puedo, como padre, enseñar estas cosas a mi hijo cuando no veo que nadie, ni siquiera el Tribunal Supremo de los Estados Unidos, las defienda?". La fantasía de presentarse ante el más alto tribunal de la nación y expresar su ira, su dolor y su pérdida había tenido un poderoso efecto en Carter. Ahora, repentinamente despojado de ese sueño, estaba a la deriva.

"No sé qué vamos a hacer", me dijo Carter ese invierno en una conversación telefónica. No tenía ninguna sugerencia.

Fue una soledad agonizante para los tres.

De repente, todas las esperanzas y aspiraciones se habían desvanecido. Habían depositado gran parte de su recuperación en la ira contra el estado de Massachusetts. La lucha había tenido una fuerza tan simbólica; había sido su forma de gritar al mundo que habían sido injustamente dañados y robados de alguien a quien amaban. Había llegado a dominar tantas emociones para ellos. Lo que no podían entender era: Ellos eran los perjudicados. ¿Por qué el sistema de justicia estaba tan inclinado a favor del loco asesino y del incompetente gobierno estatal? Era más que injusto. Intentaron buscar dentro de sí mismos algún significado, para llegar a algún tipo de entendimiento. De repente, con una negativa de una sola línea, habían sido cortados, abandonados, solos con sus preguntas y sus frustraciones.

Betty pensó en ello como una sentencia horrenda. Era casi como si ellos fueran los culpables e iban a tener que pagar con sus vidas, encarcelados para siempre por una conspiración de males, el mundo al revés.

No sabían qué hacer.

Sin embargo, en el pantano de la depresión, cabalgó la proverbial caballería al rescate: "60 minutos".

Tarquinio, de la WCAU-TV, había enviado a Hewitt la cinta del programa "Alive at Five" en el que aparecían los Zelezniks. Hewitt se lanzó a la historia con presteza. Se la asignó a Norman Gorin, un veterano productor, y a Morley Safer. Gorin, un hombre simpático y agradable, con una sensación de familiaridad desaliñada que contradecía la imagen de los informativos de televisión, reflejaba su medio: Ese instante era cuando quería hacer las cosas, en un segundo era un estorbo frustrante, y mañana un retraso imposible. Esa insistencia iba unida a un jocoso sentido del humor y a una persistencia por conseguir una historia. A Carter, Betty y Bobby les parecía que apenas Gorin había llamado a la familia para concertar la entrevista, ya estaba en la puerta, seguido de enormes luces, cámaras, metros de cableado eléctrico negro, técnicos de sonido, micrófonos en plumas y, por supuesto, el afamado Sr. Safer.

Y con la misma rapidez, Carter se dio cuenta de que lo que había fracasado en un foro podría tener éxito en otro.

3. El archivo perdido

Gorin se sentó en mi estudio y hablamos de los Zelezniks. Estudió detenidamente muchos de los documentos que yo había obtenido sobre Walford y me pidió detalles, percepciones y observaciones. Tomó notas, enumerando con quiénes debía hablar y cómo encontrarlos.

Ya había tomado la precaución de reservar habitaciones en el Crossways, diciendo al recepcionista que quería la habitación 206. Era un procedimiento de reserva; preveía que los nuevos propietarios del hotel les permitirían filmar en el pasillo en forma de L. Eso resultó ser cierto, aunque la cadena hotelera Best Western, que había comprado el Crossways, obtuvo una declaración firmada por Gorin de que el hotel no sería identificado en la emisión. Los investigadores de "60 Minutos" también se ocuparon de localizar a los médicos que habían estado en Northampton y que habían dado el visto bueno a la liberación de Walford. Se estaba contactando con todas las personas cuyos nombres habían llenado la conversación de Carter y Betty durante tantos años. Los que estaban directamente implicados en la liberación, y que aún se enfrentaban a la posibilidad de emprender acciones legales, se negaban a salir en cámara. Gorin y yo bromeamos sobre el impacto de una llamada

de "60 Minutos"; incluso los inocentes rompen a sudar frío, dije, y él se rió.

Hablamos durante varias horas. Gorin estudiaba con gran rapidez; captaba los nombres y los papeles al instante. Conocía la dirección que tomaba el espectáculo; era la dirección definida por la ira de los Zelezniks.

Al día siguiente, él y yo nos reunimos en el Palacio de Justicia, en el centro de Miami. Necesitaba la cinta de vídeo de Walford y cualquier otra fotografía que pudiera obtener. Le dije que no creía que los abogados defensores fueran a entregar ninguna foto, pero que la cinta de vídeo se utilizaba para el entrenamiento. Estaría disponible.

No era tan sencillo.

Barry Weinstein, que sigue representando a Walford a pesar de haber obtenido la absolución, se opuso enérgicamente a que Gorin copiara la cinta. El asunto se pospuso para una vista judicial de urgencia. De mis archivos saqué la transcripción de la audiencia original de competencia de Walford en la que se había introducido la cinta como prueba. Acompañado por el ayudante del fiscal José Quinon, que no sabía casi nada del caso, nos presentamos ante el juez de circuito Arthur Snyder.

Weinstein argumentó que permitir que "60 Minutos" tenga la cinta violaría la privacidad de Walford. Dijo que centraría una atención indebida en Walford. Se abstuvo de decir que la publicidad de una emisión de "60 Minutos" probablemente mantendría a Walford en el -hospital psiquiátrico durante más tiempo y abortaría los esfuerzos que Weinstein estaba haciendo para liberarlo y deportarlo a Jamaica.

Gorin, poniéndose en pie, sin estar familiarizado y sin ser abogado, explicó que la cinta era una prueba y que se había mostrado públicamente una vez. ¿Por qué no otra vez?

El juez Snyder vio unos veinte minutos de la cinta. Leyó la transcripción. Luego ordenó que la cinta se adjuntara al expediente judicial y que se pusieran copias a disposición del Estado y de "60 Minutos". Un técnico de la oficina del fiscal del Estado copió la cinta esa misma tarde.

Las fotografías eran una historia diferente.

José Quinón no tenía ninguna objeción legal para darnos copias a Gorin y a mí. El problema era que no sabía dónde estaban. Cuando había pedido el expediente del caso 75-179 en la cámara acorazada de la

Fiscalía, no estaba allí. Los empleados habían buscado en la zona sin éxito. Era, tal vez, el símbolo más apropiado de la forma en que el caso había sido manejado por esa oficina. El expediente, con todas las declaraciones, transcripciones, pruebas e informes, se había perdido.

4. En la cámara

La emisión, tal y como la concibió Gorin, utilizaría a Carter, Betty y Bobby como núcleo. Safer haría una descripción narrativa del asesinato, recorriendo el hotel desde la piscina hasta el exterior de la habitación 206. Habría un momento de dramatismo cuando abriera la puerta de esa suite y entrara, su camino sería el mismo que el de los Zelezniks. A continuación, el programa se pondría en marcha con su principal objetivo, la inoportuna salida de Walford de Northampton.

Ninguna de las autoridades del hospital quiso salir en cámara.

Tampoco lo haría nadie de la Oficina del Fiscal General de Massachusetts.

Sin embargo, documentar lo sucedido no fue demasiado difícil. La enfermera Carol Bombard y los celadores del hospital Jack Bourgeois y -Edward Kubasek no sólo estaban disponibles, sino que estaban ansiosos por hablar. Eran los tres que habían visto a Walford explotar durante una sesión de la sala e intentar atacar a Bombard. Los dos hombres, con la ayuda de otros pacientes, habían forcejeado con Walford en una celda de seguridad, en una pelea de veinte minutos que los dejó magullados, maltrechos y conmocionados. Kubasek estuvo a punto de morir asfixiado. Después, habían oído a Walford amenazar con matar a otros; le habían oído entonar cánticos y hablar con su Dios. Sabían que era peligroso y agresivo. Habían querido que lo trasladaran al psiquiátrico de Bridgewater, una institución de máxima seguridad. No fueron escuchados. Los tres se habían opuesto enérgicamente cuando Walford había sido puesto en libertad; habían sido citados (no por su nombre) en los periódicos locales describiendo el suceso en los días y semanas inmediatamente posteriores al asesinato en Miami. Cuando "60 Minutos" se puso en contacto con ellos, estaban preparados, con los recuerdos de Walford todavía muy frescos en su memoria.

Gorin también concertó una breve entrevista con el Dr. Abraham Halpern, distinguido presidente de la Academia Americana de Psiquiatría y Derecho. Debía comentar la acusación de "magia negra" formulada por la Fiscalía General de Massachusetts en un escrito legal.

Se asignó un título a la emisión. Se llamó "No tenía que ocurrir...".

* * *

El único cambio que hizo el equipo de cámara en el salón en el que los Zelezniks se sentaban con Morley Safer fue cambiar la ubicación del gran cuadro que Betty había hecho de los dos niños. El equipo quería que el cuadro estuviera en la repisa de la chimenea, en el centro de la habitación, y no en la esquina que ocupaba normalmente. El cuadro servía de telón de fondo para la conversación; mientras la cámara se movía entre Carter, Betty, Bobby y Safer, entraba y salía del cuadro, un sutil contrapunto a las palabras que se pronunciaban.

Carter, el principal portavoz como siempre, fue el que más habló. Enumeró todas las cosas que habían sucedido, desde escuchar el grito de auxilio de Arnold hasta la chaqueta de color equivocado. Describió las frustraciones sufridas en los tribunales. Contó que había escrito a la Unión Americana de Libertades Civiles pero que nunca había recibido ni siquiera la cortesía de una respuesta, que se había puesto en contacto con la Asociación Americana de Psiquiatría pero que había oído que no podía intervenir. Tosió una o dos veces para contener las lágrimas.

Safer preguntó: "... ¿Por qué sigues adelante con esto? Quiero decir, ¿no te estás infligiendo aún más dolor con esto?"

"No vivimos en un mundo sin dolor..." Carter comenzó, pero Betty lo interrumpió.

"Bueno, en aquel momento llegamos al acuerdo de que llegaríamos hasta donde pudiéramos y utilizaríamos todo el dinero que tuviéramos. En aquel momento pensamos que, si teníamos que vender todo lo que teníamos, lo haríamos para llegar al Tribunal Supremo, que en aquel momento pensé que nos escucharía. No hemos utilizado todo nuestro dinero. Tenemos un poco más y podemos seguir en....".

"Pero", dijo Carter, con un suspiro audible, "si pudiera estar convencido de que se ha hecho justicia, de que no ha habido negligencia,

nunca habría entrado en el caso, o lo dejaría. Lo que veo es un encubrimiento tras otro. Y siento que Arnold querría esto…"

"Lo sé, no creo ni por un minuto que estés haciendo esto por el dinero", dijo Safer. Unos segundos después se volvió hacia Bobby y le preguntó: "¿Qué opinas de esta, esta cruzada, si puedo llamarla así, en la que se han embarcado tus padres?".

Betty y Carter no sabían qué iba a decir Bobby. En realidad, nunca había expresado a sus padres si creía que valía la pena o no. Los había apoyado, los había acompañado, pero Betty, especialmente, había notado un tipo de cercanía, tal vez de disimulo. No habían instruido a Bobby sobre lo que debía decir a Safer.

"Bien", dijo. Su voz era firme, directa. "Definitivamente estoy a favor. Es decir, estoy de acuerdo con lo que ha dicho mi padre, y he intentado ayudar. Es un poco difícil para mí porque no lo entiendo tanto como ellos. Pero ciertamente trato de darles el apoyo que puedo, supongo que moral o mentalmente. Definitivamente estoy de acuerdo con ello, y me gustaría que lo hicieran, y tal vez, si llega, yo lo haría cuando sea mayor y me sienta más cómodo con la situación…"

"Lo que pregunto", dijo Safer, "es realmente: En cierto sentido, ¿no estáis sacrificando vuestras vidas, vuestras propias vidas, con esta obsesión, supongo que algunos podrían llamarla...?"

"Sí, es una obsesión", respondió Betty, "y creo que estamos - sacrificando nuestras vidas. Lo siento por Bobby porque tiene que acompañarnos, porque no tiene otra opción, pero...", interrumpió Carter. "Sí, tiene una opción".

"Él tiene una opción, tú dices que tienes..." Safer comenzó, pero ahora Bobby los interrumpió a todos con un torrente de palabras.

"Tengo una opción, pero estoy de acuerdo con ella... el párrafo que leyó mi padre [el resumen de su escrito] es exactamente lo que siento yo también. Es como si él hubiera renunciado a su vida, y en cierto sentido no tiene sentido, porque no está recibiendo nada por ello y el mundo está perdiendo realmente algo porque es un encubrimiento. O no un encubrimiento, pero... y si no se hace algo, ¡fue una vida desperdiciada! Y eso sería... ¡y la vida de mi hermano era una vida importante! ¡Era una buena persona que habría hecho algo en este mundo! Así que dejarlo pasar, dejarlo caer, no sería correcto, y ciertamente me gustaría dar algo para tratar de hacer algo con él. ¡Tiene que haber un punto bueno en

ello! Aunque eso suene tal vez morboso o algo así. Pero hay que intentar encontrar el punto bueno, ¡aunque vaya a ser duro, agotador y doloroso!"

Bobby se recostó en el sofá, como si estuviera agotado, y por uno de esos momentos brillantes en la vida de todo padre, Carter y Betty se llenaron de un orgullo inagotable.

CAPÍTULO 13

"Todo lo que tengo que decir"

1. Un teléfono que no deja de sonar

La emisión de "60 minutos" tuvo lugar el 28 de febrero de 1982. Fue el primer segmento del programa. Fue visto por más de 33 millones de personas. Yo había volado al norte para ver el programa con Carter, Betty y Bobby. Estaban emocionados y más que un poco nerviosos antes de salir al aire. Carter se disculpaba de antemano. "La televisión no puede hacer tanto", decía. "Incluso Gorin me dijo que no podían esperar conseguir todas las facetas de esto. Puede ser superficial, pero espero que tenga algún impacto. La gente escribirá, espero". Betty estaba en vilo, emocionada, al igual que Bobby. Les preocupaba cómo aparecerían, qué se diría. Era un tipo de preocupación deliciosa; como dijo Betty, eran, después de todo, gente corriente que, en virtud del único acontecimiento, había sido separada de la masa común. Era una separación que ella hubiera preferido no tener, pero que, sin embargo, estaba ahí.

No había sabido realmente cómo comportarse en las semanas posteriores a la finalización del rodaje por parte del equipo, a la espera del espectáculo.

Le pareció poco apropiado ir por ahí diciendo: "Asegúrense de ver '60 Minutos' el domingo. Vamos a salir". Habría parecido incorrecto. Al final se lo dijo a muy poca gente. Una persona a la que se lo dijo fue a una joven negra que estaba en una clase de arte con Betty. La joven se había disgustado mucho por los asesinatos de Atlanta y pasó mucho tiempo hablando con Betty sobre el miedo y la frustración que sentía por esos asesinatos brutales y sin sentido. Después de un tiempo, Betty le

contó a la joven sobre el asesinato de Arnold. Al día siguiente, la joven había traído un lazo verde para Betty. Los lazos eran un símbolo de la pérdida que sentía la comunidad negra. Betty había llevado el lazo verde hasta que el caso concluyó con la detención del hombre posteriormente condenado por algunos de los asesinatos, Wayne Williams.

Los sentimientos contradictorios siempre habían preocupado a Betty. Había existido el deseo de esconderse con su dolor y sus recuerdos en los días posteriores al asesinato y periódicamente después, y ella había luchado contra ello, sustituyéndolo por una insistencia en la restauración. Y ahora había otro sentimiento. "En cierto modo", dijo sobre la investigación de "60 Minutos", "me siento culpable de recibir tanta atención. Hay tanta violencia, tanta gente victimizada en el mundo". Hizo una pausa. "Es difícil considerarse tan importante como para que otras personas se interesen por lo que dices". Era como una polilla, atraída y herida por la llama.

Carter se sentó en un sillón, Betty y Bobby juntos en el sofá. La familiar cara del cronómetro apareció en la pantalla del televisor. Betty dio un pequeño sobresalto, apenas perceptible, cuando apareció Safer, sentado junto a una de las portadas de revista simuladas que el programa utilizaba para introducir su historia. La familia permaneció en silencio durante toda la emisión. Bobby miraba en silencio, con la atención centrada en la pequeña pantalla del televisor familiar.

"Esta tragedia no tenía que ocurrir..." dijo Safer.

La cámara siguió a Safer mientras caminaba por la escena del crimen. Estaba en las afueras de Northampton, en la nieve. Los viejos muros de ladrillo, de aspecto cansado, se alzaban tras él. La cámara siguió al corresponsal dentro de la unidad de Springfield, ahora vacía y abandonada. Safer se abrió paso entre los cristales rotos y los escombros que ensuciaban los pasillos en los que una vez resonó la furiosa voz de Walford. Siguiendo a Safer, la cámara enfocó un pequeño ojo de buey en una puerta; Safer explicó que dentro estaba la celda de aislamiento donde el drogado y encorsetado Walford había gritado a su Dios. Fue a través de esa pequeña abertura que el médico a cargo de la unidad había entrevistado a Walford el día después del ataque a la enfermera. Walford había insistido entonces en su libertad y había demostrado lo mejorado que estaba. Aunque tenía miedo de estar en la misma habitación que

Walford, explicó Safer, los médicos habían aprobado su liberación, menos de cuarenta y ocho horas después de su llegada al hospital.

El psiquiatra Abraham Halpern fue entrevistado. El corresponsal le leyó la cita de "magia negra" del escrito del fiscal general de Massachusetts. Halpern respondió directamente: "La afirmación del fiscal general del Estado de Massachusetts es ridícula y absurda. No hay ningún psiquiatra en Estados Unidos que sea responsable y esté mínimamente capacitado que haya dado de alta en cuarenta y ocho horas a un paciente gravemente psicótico y con delirios. No podría haber sucedido sino ante una negligencia extrema".

La imagen de Carter apareció en la pantalla. La cámara se desplazó hasta Betty y Bobby, sentados en el sofá en los mismos asientos que ocupaban mientras veían el programa. De repente, Bobby estaba solo en la televisión, hablando de encontrar algún sentido a la muerte de su hermano. Mientras Bobby se veía a sí mismo hablando en el programa, Betty se inclinó y le dio una pequeña palmadita en la pierna.

De vuelta a Carter. "El estado de Massachusetts está libre de responsabilidades..."

Entonces Safer estaba solo, de vuelta en el set. "Vernal Walford fue absuelto del asesinato de Arnold Zeleznik por razón de locura. Ahora está en una institución mental del estado de Florida".

El cronómetro hizo tic, tac y tic, y el programa pasó a una pausa publicitaria.

Los ojos de Carter estaban rojos. "Han hecho un buen trabajo", dijo.

Hubo un segundo de descanso y los tres respiraron profundamente. Carter exhaló repentinamente y se rió, con la alegría de un hombre aliviado de repente de una gran preocupación.

"¿Qué te parece, Bobby, hacen un buen trabajo?"

"Sí".

"Te veías bien", le dijo Carter a Betty.

"Ohhhhh...", dijo ella, moviendo la cabeza. Sus ojos también estaban llenos, pero sonreía, y sus palabras se precipitaban por la excitación. "Debo de tener muy mala pinta, porque yo pensaba que mi aspecto era patético…" Se reía y lloraba al mismo tiempo. Se volvió hacia mí. "Es curioso, pero se te mete en la cabeza cómo te ves. Supongo que, debido a las cámaras..."

"No tenía ni idea de dónde estaban las cámaras", intervino Carter.

El teléfono sonó y Carter se levantó de un salto.

"Fue rápido", dijo Bobby.

"Creo que hicieron un trabajo sustancial para sólo quince minutos", dijo Betty. "Nunca había visto esas fotos de Walford". Se detuvo, -pensando. "Saber algo y ver algo es diferente".

"Me pareció buena", me dijo Bobby. "Me gustaba que la gente que salía fuera fuerte en lo que decía".

Carter colgó. "Esas fotos", dijo. "Era un animal enjaulado".

Le pregunté a Bobby si ver a Walford le había hecho recordar. "Así era él. Todavía puedo verlo, su cara, sus manos…"

El teléfono volvió a sonar. Carter se levantó de nuevo de un salto.

"¿Te asusta?" Pregunté.

Bobby negó con la cabeza.

Carter colgó con las palabras "Escriba una carta a Norman Gorin, productor de '60 Minutos', CBS-TV, Nueva York. Gracias por llamar, reunámonos pronto".

"Eso fue...", comenzó. El teléfono volvió a sonar.

Habló durante unos minutos y luego colgó, habiendo dado la misma dirección. En un momento sonó de nuevo. Era un antiguo vecino, alguien a quien los Zelezniks no habían visto en una década. Después llamó un antiguo colega. Luego otro antiguo amigo. Uno de los antropólogos que había acompañado a Carter a Etiopía antes de su matrimonio llamó. En una pausa de la embestida, Carter se dirigió a mí y me preguntó: "John, ¿puedes pensar en otro país desarrollado en todo el mundo con nuestro nivel de inhumanidad y violencia?".

El teléfono sonó. Miré a Betty y a Bobby y dije: "Salvados por la campana proverbial". Nos reímos todos juntos.

En el teléfono, Carter decía: "Bien, excelente. Gracias". Colgó y dijo: "Era Joan. Ella ya ha escrito su carta".

"¿Qué ha dicho?" Preguntó Betty.

"Oh, cómo pudo ocurrir y por qué el Tribunal Supremo no cumplió con su deber... y bien por ella, digo yo".

Se rió a carcajadas, una breve liberación de la tensión.

"Bien por ella, bien por ella, bien por ella", dijo.

2. Al día siguiente y otros días en Massachusetts

Al día siguiente, un lunes, el senador republicano David Locke, líder adjunto de la minoría, se levantó en el pleno del Senado del Estado de Massachusetts y dijo que la emisión de "60 minutos" había planteado serias dudas sobre la actuación de los funcionarios del Estado y las -responsabilidades de la Commonwealth en la liberación de Walford de Northampton. Sugirió al cuerpo de hombres y mujeres que el Senado financiara su propia investigación de las cuestiones esbozadas por el programa y de la liberación de Vernal Walford. Esta sugerencia recibió un apoyo considerable.

Esa misma semana, la senadora demócrata Patricia McGovern, una ex defensora pública con un interés permanente en los sistemas de salud mental, se dirigió a los líderes de la mayoría en el Senado para solicitar que se le encargara la investigación, suponiendo que ésta tuviera un alcance suficientemente amplio y estuviera debidamente financiada. Recibió esas garantías y se le encomendó la tarea. "Massachusetts está fuera de peligro..." Carter le había dicho a Safer en la transmisión. Pues bien, Massachusetts volvía a ponerse voluntariamente en el anzuelo.

De repente, mucha gente se interesó por lo que tenían que decir los zelezniks.

Associated Press y *United Press International* cubrían la formación de la comisión de investigación desde Boston. La reportera *del Boston Globe* que años antes había escrito artículos citando a Kubasek, Bombard y Bourgeois sobre la liberación, volvió a ponerse en contacto con los Zelezniks. Viajó a Ambler para reunirse con ellos y escribió una serie de artículos sobre su situación. Otros periodistas de los periódicos de Massachusetts también se unieron para entrevistar a la familia. Un periodista de la revista *Boston* pasó un fin de semana con la familia. Las cadenas de televisión también filmaron a los tres, especialmente cuando fueron a Boston a reunirse con el comité. El *Philadelphia Inquirer* finalmente descubrió la historia; la reportera Emily Lounsberry escribió un extenso reportaje que se publicó en primera página. Otra reportera, Martha Woodall, comenzó a preparar un artículo aún más largo sobre la familia, que se publicaría en la revista dominical del *Inquirer*. "60 Minutos" se vio inundado de correos de todo el país, denunciando lo que les había sucedido a los Zelezniks. Betty me había dicho que tenía miedo

de que la CBS no obtuviera una respuesta. Sus temores resultaron infundados.

Fue una conversión extraordinaria. En el transcurso de unos minutos, los Zelezniks pasaron del anonimato casi total al centro de una gran publicidad. No alteraron mucho su estilo para adaptarse a esta ola. Carter, Betty y Bobby siguieron repitiendo las mismas cosas que habían estado diciendo durante los últimos siete años. El lenguaje no cambió, sólo los medios de expresión. De repente, por fin, parecía que la gente les escuchaba.

- En Boston, el senador McGovern reunió a su personal. Eligió como director a un joven con el que había trabajado anteriormente, Gregory Torres. Los dos previeron una investigación en dos fases; primero una investigación específica sobre las circunstancias que rodearon la admisión y posterior liberación de Vernal Walford en Northampton; luego una segunda fase en la que se investigarían los procedimientos generales de internamiento y liberación empleados por el Departamento de Salud Mental de Massachusetts.

Greg Torres era un hombre alto, de pelo oscuro y barba negra, de unos treinta años. De vez en cuando se le escapaba una amplia *a* en su conversación, contradiciendo su origen como hijo de un inmigrante de Nicaragua. Era un investigador tenaz y agresivo, un hombre que se encontraba igualmente a gusto utilizando su considerable encanto o formulando preguntas directas, airadas y duras. Desde que se graduó en la universidad y obtuvo su maestría en gobierno, había trabajado en una serie de empleos estrechamente relacionados con el gobierno del estado de Massachusetts; era un experto en la particular naturaleza entrelazada de la política de Massachusetts. La oportunidad de investigar el sistema de salud mental fue algo que aceptó de buen grado.

La puesta en marcha de la investigación se prolongó más de lo previsto. Las sesiones de apertura se fijaron para el 21 de junio. Sin embargo, antes de esa fecha, Greg Torres estaba profundamente involucrado en lo que había sucedido en noviembre y diciembre de 1974. Carter había viajado a Boston para reunirse con la comisión antes de que se celebraran las audiencias abiertas. Llevó consigo todas sus cajas, todos sus documentos, deposiciones, declaraciones, -investigaciones, recortes y opiniones. Se reunió con Torres una mañana a finales de la primavera. Torres no sabía qué esperar de Carter. Lo que

obtuvo fue la furia sintetizada y controlada de siete años de ira e indignación almacenadas. Los dos hombres habían entrado en una pequeña sala de entrevistas junto a las cámaras del comité para empezar a hablar. Torres, tomando notas, leyendo papeles mientras Carter los empujaba por la mesa, escuchó durante una hora tras otra cómo Carter delineaba sus experiencias y formaba sus argumentos. Más de una vez los ojos de Carter se llenaron de sus recuerdos. Con su estilo directo y lineal, Carter repasó la historia de su tormento. Esto sucedió; esto sucedió; esto sucedió. Pum, pum, pum, sobre la mesa cayeron los documentos de la obsesión de Carter. Todas las palabras pronunciadas tantas veces -responsabilidad, responsabilidad- llenaron la pequeña habitación, colgando vivas en el aire quieto. El almuerzo pasó, ignorado. Los dos hombres ("ojo con ojo", dijo Torres más tarde, riendo) permanecieron en la habitación durante todo el día y hasta las primeras horas de la noche, hasta que se agotaron y las cajas de papeles se terminaron.

Gregory Torres volvió a casa esa noche y miró la forma dormida de su propio hijo recién nacido y se preguntó: ¿Sería yo diferente?

3. La pregunta de Bobby

Cuando se convocaron las audiencias abiertas de la comisión de investigación en junio, se pretendía escuchar a más de treinta testigos. Se había reservado para la comisión una sala amplia y de techo alto, no muy lejos del suelo del Senado. Los miembros se sentaron en un banco de sillas detrás de un amplio escritorio de madera. Los testigos se sentaron justo delante de ellos en una mesa cargada de micrófonos. Un problema importante surgió casi al instante: El comité no tenía ningún poder de citación ejecutable, y varios testigos clave, las personas de Northampton que habían tomado la decisión de liberar a Walford, se mostraban reacios a declarar. Después de todo, todavía se enfrentaban a la demanda de Carter. Se habían presentado documentos preliminares en el Tribunal del Condado de Suffolk para demandarlos a todos individualmente. Carter y su abogado se habían acogido a la única vía legal abierta. Greg Torres le explicó a Carter este dilema; la investigación seguiría adelante

sin los testigos. Al fin y al cabo, las deposiciones y otras declaraciones relacionadas con el tribunal estaban disponibles, aunque parte del impacto, obviamente, se perdería.

Carter habló de la situación con Betty y Bobby, y los tres se pusieron rápidamente de acuerdo sobre el camino a seguir. Retiraron la demanda y acordaron públicamente no volver a presentarla.

Fue una decisión importante. En efecto, puso todas las esperanzas de la familia en el único foro de la investigación legislativa. Sin embargo, a los Zelezniks nunca les había gustado la idea de perseguir a los médicos individualmente; lo que buscaban era la mancomunidad. Ahora iban a tener su momento, ante la prensa, las cámaras y las luces de la televisión y el público.

Lo aprovecharon al máximo.

Betty testificó primero. La transcripción de su declaración tiene doce páginas. Sólo dudó una vez para apartar las lágrimas.

"Me gustaría comenzar mis comentarios describiendo la escena que tuvo lugar hace más de siete años. La nuestra había sido una familia muy unida y, a mi juicio, cariñosa. Arnold había muerto, asesinado por Vernal Newland Walford. Estábamos angustiados. El hermano menor de Arnold lloraba y decía una y otra vez lo siguiente: 'Ya no escucho la voz de Arnold al tocar. No tengo a nadie con quien tocar y ¿por qué tenía que ser Arnold? ¿Por qué? ¿Por qué?

"Sostengo que el propósito de esta investigación es responder a la pregunta de Bobby por fin y completamente".

Betty continuó, describiendo la "investigación" que el hospital había hecho de su liberación de Walford. Describió lo exasperante que era, cómo la familia no se habría visto sometida a años de litigios si los responsables hubieran admitido su error. Luego leyó la carta que había recibido del profesor de Arnold, Terry Young, en los días posteriores al asesinato. Hubo un silencio absoluto en la sala de audiencias.

"Lo maravilloso de Arnold era que quería tanto de la vida y que estaba dispuesto a dar tanto a la vida para conseguir lo que quería...

"Arnold no era ni tímido ni atrevido; sabía cuál era su lugar y se aceptaba a sí mismo como lo que era. Era un niño orgulloso y bueno…"

Betty entonces describió los eventos del asesinato.

"...lo único bueno que hubo, que pudo haber sido, fue que fue repentino y el sufrimiento de Arnold fue breve. Había vivido la vida con el valor de un joven precavido y confiado. Y así es como murió…"

Betty buscó a tientas el control mientras describía el funeral. El senador McGovern le preguntó si no quería una pausa, pero ella negó con la cabeza y se lanzó hacia adelante, citando la carta de Carter para sí mismo.

"...Era, en la muerte como en la vida, un niño precioso. Desde entonces, y en cierto modo durante el resto de nuestras vidas, hemos llorado nuestra pérdida, la de Arnold y la del mundo. El 2 de enero de 1975, Carter volvió por fin al trabajo. Bobby y yo le acompañamos a la estación de tren. Carter partió hacia el tren con el corazón encogido. Mientras lo hacía, Bobby me dijo: "Cuando Arnold se fue, nos dejó su valor. Ahora todo lo que tenemos que hacer es usarlo'.

"Y desde entonces nos hemos esforzado por hacerlo. Eso es todo lo que tengo que decir".

La declaración de Carter fue larga. La transcripción tiene más de setenta páginas. Atacó al sistema de salud mental y al sistema de justicia. "El sistema falló...", dijo una y otra vez. Y luego preguntó por qué. Abordó las audiencias con el mismo estilo tenaz y detallado que había caracterizado sus propias investigaciones desde el principio, más de siete años antes. No dijo nada sensiblemente diferente de lo que me había dicho a mí o a Morley Safer y Norman Gorin o de lo que había escrito en su informe jurídico. Las palabras "negligencia" e "incompetencia" se extendieron por la mesa ante él, subrayadas por el sonido de la taquígrafa, que anotaba cada palabra. Siguió hablando, ajeno a las luces de las cámaras, a todo lo que no fuera su tarea. Cuando terminó, se levantó, un hombre agotado.

Bobby era tan corto como Carter había sido largo.

Con un aspecto ligeramente incómodo bajo las luces y vestido con chaqueta y corbata, Bobby ocupó su lugar en la mesa ante la comisión. Tenía una gavilla de notas delante de él, y se esforzó por no precipitarse, concentrándose en hablar directa y claramente. "Para que conste, por favor, diga su nombre", dijo el senador McGovern.

"Soy Robert Carter Zeleznik".

"¿Cuántos años tienes, Robert?"
"Tengo quince años".

"¿Quince años? ¿Y vives con tus padres?"
"Sí".
"Muy bien. Y su familia ha indicado que le gustaría hacer una declaración en este momento".
"Sí".
"¿Por qué no te adelantas, por favor?"
"Vale. Te hablo como hermano de Arnold y me resulta difícil hacerlo porque era un amigo mío muy cercano, una persona maravillosa. Pienso en él como un niño modelo y como una persona modelo y también como un hermano modelo. Esto se debe a que fue educado con una serie de ideales. Los llamo ideales humanos, porque el fondo de cada uno de estos ideales sería que estos ideales le permitirían ayudar a la sociedad, que serían un beneficio para la sociedad.
"Uno de sus ideales típicos era el de la responsabilidad. Sabía que estaba bien que se equivocara. Sin embargo, también creía que cuando se equivocaba, le correspondía reparar sus errores y tomar medidas para evitar que se repitieran. De este modo, el mundo sería mejor que antes de que él cometiera el error.
"Esta comisión se enfrenta ahora a la oportunidad de redimir la responsabilidad tentativa de mi hermano. El resultado esperanzador de dicha acción por parte de este comité sería la disminución de las posibilidades de que algo así tenga que volver a suceder. Si así fuera, si esto ocurriera, la profesión de la salud mental estaría mejor que cuando él estaba vivo; por lo tanto, la muerte de mi hermano no habría sido un sacrificio inútil. Estaría muerto, pero sus ideales vivirían y seguirían beneficiando a la sociedad y eso es lo que él siempre había esperado y eso es lo que yo espero.
"Y eso es todo lo que tengo que decir".
Bobby se levantó, miró a los miembros del comité a los ojos y luego se volvió y caminó lentamente hacia el banco donde estaban sentados su madre y su padre, secándose las lágrimas de los ojos. Sin embargo, esta vez, quizá por primera vez en mucho tiempo, no eran lágrimas de -desánimo, ni de frustración, ni de rabia, sino de otro ti

CAPÍTULO 14

El misterio de Jack Denaro

1. "... Ningún hombre actúa sin razón"

Todavía no sabía por qué había muerto Arnold Zeleznik.

Carter había canalizado lo que consideraba las razones de la muerte de Arnold en la investigación de un sistema; siempre había visto el asesinato como parte de toda una serie de acontecimientos, que habían comenzado meses antes, cuando Walford había sido introducido en Estados Unidos. En su mente, muchas personas podrían haber evitado el asesinato, y llegó a sentir que eran igualmente responsables. Walford, pensó, era una granada que se pasaba descuidadamente de mano en mano, con una ignorancia sin sentido del peligro. Cuando explotó y Arnold cayó, ¿no eran tan culpables como Walford todas aquellas manos que habían tratado de evitar cualquier relación con el suceso? En cierto sentido, rompí con los Zelezniks en ese momento. Pude ver su furia con el hospital y con toda la gente que había tenido la oportunidad de evitar el asesinato. Lo vi como un informe de *emperor's absence of clothing*[1]. Después de hablar con Greg Torres y quedar impresionado por la sinceridad de su esfuerzo por determinar por qué no se había mantenido a Walford en el hospital, sentí que la verdad acabaría

[1] N.T. Esta expresión se utiliza para describir una situación en la que la gente tiene miedo de criticar algo o a alguien porque la sabiduría percibida de las masas es que esa cosa o persona es buena o importante.

saliendo a la luz. Sólo era cuestión de ordenar los hechos. Sin embargo, la investigación legislativa en Massachusetts sólo respondería a la pregunta de por qué Walford había estado disponible para matar a Arnold Zeleznik. Había otro por qué, que permanecía dentro del propio asesino.

Seguía fascinado por el hombre que había llevado a cabo el asesinato, tal vez, de forma inusual, incluso más que por los Zelezniks. Pensé muchas veces en lo que podría haber dicho, o haber hecho, cuando él y yo hubiéramos estado cara a cara. ¿Qué combinación de palabras podría haberle impulsado a responder en lugar de discutir?

Repetí todas las cosas, en todas sus encarnaciones, a través de todos los diversos grados de psicosis y lucidez, que había contado a los -psiquiatras. Intenté imaginármelo con los ojos de mi mente, tal y como se había descrito a sí mismo, de pie detrás de la puerta de su habitación, esperando, cuchillo en mano. Me pregunté cómo se habría sentido, con su cuerpo rígidamente tenso, con los músculos estirados hasta romperse, al pensar que se estaba contrayendo y expandiendo incontroladamente. ¿La luz celestial de la habitación era cegadora o iluminadora? ¿La voz era fuerte e insistente, o era suave, suavemente engatusadora, seductoramente persuasiva? ¿Le susurró al oído la orden de abrir la puerta y tomar lo que encontró allí? ¿O fue una orden gritada, emitida en medio del choque y la furia de la batalla?

Algo no me sonaba.

Algo, pensé, faltaba.

Y así fui a ver a Denaro.

La primera vez que había contactado con Jack Denaro, se había mostrado reacio a hablar del caso. Había dicho que todavía sentía que, de alguna manera antigua, Walford seguía siendo su cliente, y hasta que se resolviera la acusación de asesinato, consideraba más prudente no hablar de su participación. No era exactamente una relación cliente-abogado lo que le mantenía reticente, sino un tipo diferente de ética, una formada en la atmósfera sobrecalentada de la cárcel del condado de Dade cuando Denaro había preguntado a Walford: "¿Eres tú el enviado de arriba...? "Sin embargo, ese obstáculo se eliminó cuando Walford fue

declarado inocente por razón de demencia en su "juicio" de veinte minutos en febrero de 1981. Denaro y yo nos reunimos un tiempo después en su despacho con vistas a la Bahía de Biscayne. A su manera enérgica e intensa, Denaro giraba de un lado a otro en la silla de su escritorio, gesticulando de vez en cuando con las manos, mirándome a través de unas gafas tintadas.

"Sabes, el misterio me poseyó durante un tiempo", dijo. "Y este, como cualquier otro asesinato, era una especie de novela policíaca. Sólo que esta vez era un por qué. Me fijé en los hechos. Está en el hospital de Massachusetts y sale. Entonces su comportamiento se vuelve más extraño. Está huyendo de algo. Viene a Miami. Luego, después del asesinato, ¡explotó! Se convirtió en un perro rabioso con un diálogo que giraba en torno a la Biblia.

"Verás, ningún hombre actúa sin razón. Siempre hay una razón. Puede ser una gran locura, pero tiene sentido dentro de ese contexto. Debe haber una razón. Y ese era el misterio. Descubrir la razón".

Existe un desacuerdo en la profesión médica sobre las causas exactas de la esquizofrenia. Algunos médicos creen que es de origen orgánico; otros, psicológico. La herencia parece ser un factor importante; el hijo de un padre esquizofrénico tiene un riesgo considerablemente mayor de desarrollar la enfermedad. Hay escuelas de pensamiento que sostienen que la enfermedad se ve afectada por el entorno sociocultural. Otros creen que está causada por desequilibrios químicos en el cerebro. Algunos quieren tratarla con la terapia psiquiátrica tradicional; otros, con diferentes fármacos; otros, con una combinación. Aunque la enfermedad sigue caminos ampliamente definidos, mantiene un carácter altamente individualista; los esquizofrénicos no se comportan necesariamente igual en circunstancias similares. La enfermedad se encuentra en todas las culturas; aunque los estudios difieren, en Estados Unidos afecta hasta al uno por ciento de la población general. Contribuye a más del veinte por ciento de los ingresos en hospitales psiquiátricos, y en un momento dado cerca de la mitad de las camas de los centros de salud mental del país estarán ocupadas por esquizofrénicos.

La esquizofrenia paranoide, aunque no es infrecuente, afecta a un número mucho menor de personas que la esquizofrenia simple, y la mayoría de los esquizofrénicos paranoides atendidos por los médicos suponen el mayor peligro de dañarse a sí mismos. Es raro, por suerte, que un esquizofrénico paranoide se vuelva peligroso para los demás. La combinación de agresividad y rabia que experimentó Walford fue extraordinariamente rara.

He mirado gran parte de la literatura de la esquizofrenia paranoide. Había docenas de ejemplos de esquizofrenia de tipo paranoide. Las -descripciones de hombres o mujeres engañados pensando que Dios o su vecino de al lado o los rusos les estaban escuchando eran numerosas, pero esos ejemplos me decían poco sobre Walford.

No era tan simple como decir con suficiencia freudiana, bueno, Vernal Walford fue abusado y torturado de niño, creando en él la -necesidad de desarrollar un sistema delirante para protegerse del terror, y cuando esos sentimientos de ira e insuficiencia eventualmente surgió en Miami, Florida, mató a un niño pequeño para compensar, y así realmente, psicológicamente hablando, se estaba matando a sí mismo.

No había respuestas fáciles.

No hay patrones de comportamiento fáciles de seguir.

No hay acceso real a la hoja de ruta emocional que condujo finalmente a la habitación 206.

Carter siempre arremetió contra los informes psiquiátricos realizados en Miami. Le pregunté muchas veces por qué estaba tan molesto con ellos; como siempre, respondió que no realizaban tareas elementales ni proporcionaban información básica. Con el tiempo llegué a comprender que lo que le enfurecía era que esos hombres nunca parecían considerar el motivo por el que Walford había actuado. Sólo se habían preocupado de averiguar lo que había hecho y de encajarlo en el marco, ciertamente inviable, de la regla de M'Naghten. Incluso cuando se enteraron de que Walford oía voces, lo que querían saber era qué decían las voces. Eso era importante, por supuesto, tanto desde el punto de vista legal como psicológico -de hecho, yo también quería saber qué decían las voces-, pero nadie averiguó nunca por qué oía las voces. Pensé en el momento

de relativa lucidez en que Walford había mencionado casualmente la muerte de sus propios hijos.

Incluso para los hombres encargados de investigar el funcionamiento de la mente, Walford seguía siendo un enigma.

2. La historia de un periódico

Denaro:

"Iba, día tras día, a hablar con él. Me daba información, pero me daba cuenta de que seguía reteniendo algo. Había algo ahí. El misterio de por qué lo hizo seguía ahí. Lo sabía. Lo sentía en mis entrañas".

Pensé en la carta.

Poco después del asesinato, Walford había enviado una carta a su amiga Lucille Fernández. Estaba escrita en papelería blanca con el título y la dirección del hospital psiquiátrico en la parte superior. Su letra fluye furiosamente por las líneas rayadas de la página.

> Estimado L Fernández A100819
>
> Te extraño solo por el tiempo, pero sé que hiciste justo lo que tenías en mente hacer, porque es la misma forma en que tratas a tu esposo. Un día antes de que me vaya de este mundo, te voy a matar, lo creas o no, porque me tratas como a un perro, pero yo soy justo con mi juicio, por eso no te he matado desde hace mucho tiempo, porque me predispones tanto que pienso en ello, cada vez, pero es el Dios vivo que te salva de mi así que cuando me veas de nuevo sabes sentirme que te trataría mejor que cualquier hombre que hayas tenido en tu vida pero por el amor al dinero me sacas sin pensar pero es solo cuestión de tiempo porque si no te mato a ti y a tu *hijo* Dios sabe que no estoy bien
>
> Firma de Walford

Lucille Fernández había garabateado en la carta: "Veo por esta carta que vuelve a estar como cuando salió del hospital estatal de Massachusetts."

Denaro:

"El hospital. Ser bautizado en la iglesia de allí. ¡Le dijo a Lucille Fernández que iba a matar a su hija! ¡Tuvo un verdadero impulso irresistible de matar a un niño!

"¡No había nada que pudiera hacer para evitarlo! Le dijo que tenía el deseo de matar a su hijo, así que se fue inmediatamente. Y eso le llevó a Miami. Estaba huyendo de ese impulso homicida. Trataba de alejarse, de volver a Jamaica, tratando de escapar de las exigencias que su mente le imponía. Entonces lo vemos en el aeropuerto, predicando. Es evidente que ha tomado la decisión de matar porque va y compra el arma homicida. La decisión de sacrificar a un niño estaba formulada. Pero, ¿de dónde viene eso?"

Después de su salida de Northampton, como Lucille Fernández había contado a los abogados de la defensa, Walford se había involucrado en la Iglesia Bautista Alden de Springfield. El pastor que había bautizado a Walford unos días antes del asesinato era el reverendo Miles Crawford. Crawford dijo a Greg Torres y a los investigadores de la investigación del Senado de Massachusetts que Walford había mostrado un interés inusual por la hija de diez años del pastor. En una ocasión, se le había visto observando a la niña cuando se bajaba en la parada del autobús escolar y la había seguido hasta su casa. En otra ocasión había estado jugando cerca de Walford en el despacho del pastor cuando Crawford se había dado cuenta de que el escritorio le separaba de su hija y del loco. Sus ojos, que mostraban un repentino pánico, se habían fijado en los de Walford. El jamaicano había sonreído, una sonrisa maníaca y malvada, y había dicho al pastor que no se preocupara, que no iba a hacerle nada al niño.

Pensé en la Biblia abierta sobre la cama. Había estado leyendo el Libro de Daniel. Daniel, el último de los videntes y profetas del Antiguo

Testamento que previó la llegada del Salvador; el intérprete de sueños y revelaciones en el que residía el Espíritu Santo. Daniel, arrojado por los celos al foso de los leones por sus profecías y predicaciones. Pensé en las multitudes que habían pasado por delante de Walford en el aeropuerto, girando las cabezas al oír su voz alzada con la Palabra que corría eléctrica a través de él. Vi a toda la gente alejarse a toda prisa, a paso rápido, ignorando su mensaje. Cómo debieron enfurecerle todas esas miradas repentinas y los ojos rápidamente desviados. En la boca del lobo, pensé.

Denaro:

"Va a la cocina y sale con el plato de comida. Recuerda que lo encontraron en la mesa, sin tocar. Es entonces cuando ve al niño. Entra en la habitación, deja la comida, toma el cuchillo, abre la puerta y atrapa al niño".

¿Parado junto a la puerta, escuchando voces? Abre la puerta y coge lo que encuentres allí. No, pensé. Eso era un delirio, la memoria de la mente jugando trucos. Así era como Walford quería recordarlo, como un milagro proporcionado por Dios. Pensaba en Abraham, con la mano detenida por el ángel, sus ojos desviados de la garganta de su propio hijo hacia donde podía ver el carnero, con los cuernos enredados en un arbusto cercano. Un sacrificio fue suministrado. Vernal Newland Walford, no menos que Daniel o Abraham o el propio Jesús en su mente, quería creer que Dios le había dado su víctima. Era parte del proceso de justificación al que Walford se había sometido después. Incluso en su versión más bestial y gruñona, Walford seguía siendo humano y sabía que lo que había hecho era terrible a muchos ojos, y quizá también a los suyos. Había tenido que justificar lo que había hecho. Pensaba en el encogimiento de hombros cuando le habían preguntado si iría a juicio. El juicio de los hombres no le preocupaba tanto como el de Dios.

Sin embargo, la voz había estado allí, tan real en ese instante como mi voz o la de cualquier hombre. Cómo debió de gritar para llamar la

atención cuando los ojos de Walford se posaron en Arnold Zeleznik, solo en el pasillo.

Denaro:

"Tienes que entender que me está contando estas cosas, pero sé que todavía se está conteniendo. Los últimos días ha estado divagando sobre Juan el Bautista y Cristo. En un momento dado me dijo: "¿Quién eres tú y por qué debería decírtelo?" y luego preguntó: "¿Y cuál es tu autoridad?". Las palabras se me quedaron grabadas. Pensé: Quiere matar por Dios.

"Y entonces traté de ponerme en su lugar. Como un esquizofrénico. '¿Eres tú el que ha sido enviado desde arriba...?' Verás, puse su existencia mental en juego; recuerda, este es un hombre inteligente. Sabía que estaba loco. Había luchado y luchado mentalmente para escapar de sí mismo. Pero había sido incapaz de hacerlo. Y ahora tenía que justificar lo que había hecho ante Dios.

"Así que le dije que me habían enviado desde arriba. Le dije que necesitábamos la información para ver si lo que había hecho estaba justificado a los ojos de Dios. Y le dije que era un ángel. Él sabía, como ves, incluso la derivación griega. Pensamos en los ángeles como personas vestidas de blanco, con alas. Pero en el Antiguo Testamento son mensajeros. Y eso es lo que le dije que era.

"Y así me lo contó todo. Lo llevé de vuelta -no físicamente, sino mentalmente- al aeropuerto y luego al restaurante y luego al pasillo y finalmente a la habitación dos-o-seis.

"Me lo contó todo. Pero seguía sintiendo que faltaba algo. Ya no trataba de evadirme. Simplemente no podía recordar. Lo repasé una y otra vez con él: ¿Qué hiciste cuando te despertaste? ¿Cómo te vestiste? ¿Qué hiciste cuando saliste? No sabía qué buscaba, pero algo. ¿Qué hiciste cuando desayunaste? Y entonces lo dijo. Dijo: 'Me senté en el sofá y leí el periódico'. Y pensé: ¡Ha leído algo!

"Recuerda lo que dijo en la nota que la policía encontró en su bolsillo. ¿Cuándo tuvo tiempo de escribir eso? No después del asesinato. ¡Las cosas estaban sucediendo demasiado rápido! Antes, antes, antes.

"Tienes que pensar como un esquizofrénico".

La nota en el bolsillo. Las palabras garabateadas erráticamente en un sobre de correo aéreo vacío: “El Dios de Israel, lo dice. El Dios de Israel dice que este templo no debe ser usado para ninguna *voilencia* ni ninguna oficina de policía ofrece sacrificio de niños”.

Denaro:

"Estaba atrapado en medio de una compulsión por hacer algo que sabía que lo destruiría. Debe haber sido algo terrible, estar atrapado, destruir una vida por esta idea que no podía controlar. En ese momento, habría matado a cualquier niño que viera".

Pensé en el comentario de Carter. "En cierto modo, creo que Arnold salvó la vida de su hermano y de su madre…"

Denaro:

"Busca en el periódico. Verás el artículo".

* * *

Fui a los archivos de microfilm del *Miami Herald.* Revisé la mañana del día 20. Nada. Revisé el 19, el 18, el 17, el 16, el 15. Nada. Volví a llamar a Jack Denaro. "Está ahí. Piensa en la nota. Tienes que pensar como un esquizofrénico", dijo.

Volví a mirar.

Y ahí estaba.

Era una pequeña columna, escrita por el editor del *Tallahassee Democrat,* Malcolm Johnson. La columna tenía apenas 300 palabras. Ocupaba un pequeño espacio en la página de opinión del *Herald*. A la mayoría de los lectores les debió parecer inocua, sólo unas pocas palabras más en la masa de papel prensa que el periódico vomitaba cada día. Algo que los ojos y la mente escudriñan rápidamente y que, con la misma rapidez, consideran y olvidan. Pero no para Vernal Walford. Podía imaginar al instante el impacto que debía tener. Explosivo:

El tribunal y la iglesia no están separados
UNA CONDENA DE 5 AÑOS: CHRISTIANITY

Reflexionando sobre las noticias:

Una joven, condenada por homicidio involuntario por degollar a su marido, fue condenada por un juez de Miami a impartir una clase de escuela dominical durante cinco años en lugar de ir a la cárcel.

Ahora, la mejor rehabilitación para esta mujer de 23 años puede ser la de preparar su lección de escuela dominical y recitarla durante los próximos 260 domingos.

Pero, ¿qué derecho tiene ese juez a imponer tal sentencia a la Escuela Dominical y a los que espera atraer mediante el estudio sincero del Evangelio?

Suponiendo que haya una iglesia dispuesta a poner a esta mujer al frente de una clase de escuela dominical a pesar de su historial de haber matado a su marido más los antiguos arrestos por cargos de prostitución y violaciones de la ley de narcóticos, hay una cuestión más profunda involucrada aquí.

La sentencia equivale a un cristianismo obligatorio, y -aunque puede llevar a la conversión sincera de un pecador- no está en el ámbito de la judicatura estadounidense obligar a nadie a participar en la actividad religiosa más sana.

Pero mientras elijamos a nuestros jueces por elección popular, como hacemos en Florida, tendremos a los dobles judiciales jugando a las bandas con este tipo de sentencias desde el banquillo....

La columna continuaba con otras "reflexiones sobre la noticia".

El templo. La oficina de la policía. Cortando la garganta. Una mujer. Pensé en lo que habían escuchado los asistentes en Northampton: Los hombres eran importantes, las mujeres menos y los niños apenas cuentan. Lo dice el Dios de Israel. Justo en el oído de Vernal Walford.

"Es una locura", dijo Denaro. "En cierto modo esa es toda la cuestión. Como su abogado lo vi como la pieza que faltaba. Teníamos la cinta de vídeo, los médicos, el acto en sí. Y luego está increíble y loca lógica derivada de la lectura de ese inocuo artículo. Sería inconcebible que alguien se inventara eso. Y, en conjunto, pensé que cuando el caso volviera a ser juzgado, sería capaz de persuadir al jurado de que no siguiera sus emociones, sino que siguiera su juramento y emitiera lo que yo creía que era el verdadero veredicto en este caso."

Denaro dejó de dar vueltas en la silla de su escritorio y miró por la ventana, hacia el azul vacío y pálido del cielo de Miami. Respiró profundamente y suspiró.

"Fue algo tan aterrador”.

"He llevado cientos de casos de asesinato y he visto cientos de fotografías de la escena del crimen y de la autopsia. Pero cuando vi las fotos de ese niño -dudó, buscando las palabras-, me produjo un efecto singular. Era absolutamente hermoso, un niño perfecto. Fue la única vez, en cualquier caso, de asesinato, en que las fotos me llegaron al corazón”.

"Verá, así es como preparo mi defensa. Lo investigo y llego a conocer los hechos tan bien que es como una imagen en movimiento en mi mente. Eso ocurrió en este caso, y fue terrible. Pude verlo, las caras, los movimientos, las acciones y el diálogo congelados en mi mente. Pude ver a Barbarino, al gerente y a la madre buscando frenéticamente al niño perdido. Podía verles abriendo la puerta, y podía ver a Barbarino entrando y, de reojo, captando la vista en el baño, justo a la derecha, y girándose, tratando de impedirlo, pero no se dejaba y pasaba de largo, y al padre viéndolo y cayendo desmayado. Pude ver todo eso".

Volvió a dudar.

"Mucha gente cree, erróneamente, que, por ser abogado penalista, de alguna manera simpatiza con los delincuentes. Nada más lejos de la realidad. A usted se le encarga una defensa, y eso es lo que hace, hasta el límite de sus capacidades. ¿Saben quiénes son los más duros a la hora de dictar sentencia cuando se sientan en el banquillo? Los antiguos abogados defensores. Creo que, si yo fuera juez, atribuiría escrupulosamente al acusado todos sus derechos durante un juicio. Pero si creyera, después de todos esos testimonios, de todas esas pruebas, que más allá de la sombra o del atisbo de una duda razonable esa persona ha cometido un asesinato o cualquier crimen vicioso, entonces mi castigo sería rápido, temible e impresionante".

Volvió a hacer una pausa.

"Esa gente", dijo, y supe al instante que hablaba de los Zelezniks, "experimentó el verdadero horror, el horror del destino. Creo que se

vieron inmersos en la pesadilla más fea a la que cualquier hombre o mujer puede verse sometido". Esperó, ordenando sus pensamientos.

"Tal vez, excepto un campo de concentración".

CAPÍTULO 15

Victoria, o una declaración de lo obvio

1. Ocho años más

La comisión de investigación del Senado de Massachusetts celebró ocho audiencias públicas en junio, julio y octubre de 1982. Siete de las audiencias tuvieron lugar en Boston; una se celebró en el Hospital Estatal de Northampton. La última audiencia, el 4 de octubre, fue para considerar la información sobre Walford y el Servicio de Inmigración y Naturalización de los Estados Unidos. Los Zelezniks asistieron a casi todos los minutos de las audiencias.

Hubo muchos momentos individuales que marcaron las sesiones: La Dra. Angelina Supan, que había autorizado la liberación de Walford tras sólo dos breves sesiones con él, describiendo con lágrimas en los ojos cómo, el día en que Walford insistió en su liberación, ella había sido la única médica responsable de tres de las cinco unidades del hospital, más de 300 pacientes; la descripción del psicólogo Robert Sharon de la arrogante negativa inicial de Walford a aceptar cualquier atención de seguimiento si era liberado; Jack Bourgeois, Ed Kubasek y Carol Bombard contaron al comité la explosión de Walford en la reunión de la planta, en la que saltó hacia Bombard y finalmente fue recluido por los dos asistentes y varios pacientes; la enfermera Phyllis Dandineau describió cómo se sentó a escuchar a Walford la noche después de su explosión, mientras él le informaba de forma casual, tranquila y lúcida que estaba en el hospital bajo un alias, que había entrado en el país de forma ilegal, que estaba involucrado en el contrabando de pasaportes y de marihuana; todos los hechos que ella había anotado obedientemente en las notas de evolución de su enfermera, pero que habían sido

ignorados al día siguiente por los responsables de la liberación de Walford.

Todos los momentos se sumaron precisamente a lo que Carter había estado diciendo durante todos esos años.

El Hospital Estatal de Northampton se construyó en la década de 1870. Es un complejo de edificios imponentes de estilo georgiano de ladrillo rojo, replegado unos veinticinco metros respecto a la calle que lo atraviesa. Está situado a poca distancia del centro de Northampton, Massachusetts, sede del *Smith College*. De hecho, los terrenos del exclusivo colegio femenino lindan con los del hospital. Aunque se construyó para albergar a unos 500 pacientes, el hospital ha albergado a cerca de 2.000. Cuando Walford estuvo allí durante sus cuarenta y tantas horas, había unos 700 pacientes en el hospital. No es un lugar especialmente distinguido; en una pequeña ciudad universitaria de Nueva Inglaterra, podría confundirse fácilmente con más dormitorios, salvo por las omnipresentes y gruesas mallas metálicas que cubren las ventanas.

La comisión de investigación escuchó finalmente a treinta testigos. Oyeron hablar de Walford, de su comportamiento en Milton Bradley, de la pelea, del despido y de su posterior descompensación psicológica. Hicieron un seguimiento de su estancia en el hospital hora a hora, de su salida y de algunos de sus extraños comportamientos posteriores. Analizaron los procedimientos vigentes en el hospital (apenas ninguno) y las opciones legales que tenían los médicos de Northampton para haber mantenido a Walford en el hospital (varias). Lo que escucharon fue increíble.

En septiembre recibí una carta de Carter. Había hablado con él unos días antes sobre la investigación, y parecía entusiasmado y optimista sobre el resultado. Como siempre, definió el éxito puramente en términos de que la verdad saliera a la luz.

Querido John,

Dije que te llamaría cuando supiera la fecha del informe preliminar... naturalmente, no encuentro su número de teléfono ahora que lo necesito. Hace unos minutos me he enterado de que habrá otro día de audiencias el 4 de octubre y un proyectil de bomba puede explotar en ese momento.

Recordarás que mi reacción casi inmediata tras la muerte de Arnold fue que de alguna manera estaba relacionado con las drogas y que había que llamar al FBI. Nadie me escuchó. Hice la misma sugerencia al fiscal del estado, el Sr. Korvick, en 1977 y me trataron de loco…

Bueno, Greg Torres me ha llamado hoy para contarme una información relativa a Walford que ahora ha verificado. Resulta que el 2 de diciembre de 1974, Walford se entregó a las autoridades de inmigración en la oficina de Springfield. Contó toda la historia a la recepcionista, que la grabó debidamente. Contó cómo se había dedicado al contrabando, cómo había estado en el hospital estatal, mostró su pasaporte falso y su tarjeta de la seguridad social (iba con el nombre de Robert Grant). Le contó a esta persona cómo había estado fuera del país del 16 al 19 de noviembre y que había ido a Jamaica a por otro cargamento de droga. Sin embargo, en ese momento, "Dios le dijo que contara toda la historia" y eso fue lo que hizo. Anotó toda esta información y la plasmó en un memorándum que fue remitido al jefe de la investigación. Donde se quedó. Por razones presupuestarias, supuestamente, era un procedimiento estándar que los casos de Springfield se mantuvieran hasta que hubiera varios y entonces se enviara a alguien por días desde la oficina de Boston.

El pasaporte de Walford, al parecer, fue entregado al Departamento de Estado, que no tomó ninguna precaución especial.... Lo extraordinario de esto es que tenía antecedentes que se remontaban (al menos) a 1972, cuando fue rechazado en la frontera de las cataratas del Niágara. Fue detenido en Vermont seis semanas después y deportado a Jamaica en 1972. En enero de 1973, fue detenido en Detroit en posesión de certificados de nacimiento falsos.

La pregunta de Greg ha sido qué hacer con la información. Planean traer a la persona que escribió el memorándum (aunque la mujer no tiene un recuerdo preciso de Walford). Ella puede testificar que tenía entendido que él podría haber sido arrestado ese día.

Para mí, la noticia es asombrosa. ¿Para ti? ¿Para los demás?

De repente veo ocho años más delante de mí.

Con mis mejores deseos, Carter

Cuando leí la carta de Carter, recordé algo que Walford le había dicho al Dr. Jacobson, en enero de 1975, en la cárcel del condado de Dade, unos días después del asesinato. Cuando lo escuché por primera

vez me había parecido una simple divagación en medio de sus aberrantes acciones y extrañas explicaciones sobre la Biblia. Ahora adquiría una importancia totalmente diferente.

"Llevé los papeles a Inmigración en Massachusetts y dije: '¡Creo en Dios, no en el hombre! Esto es falso. Envíenme de vuelta a Jamaica. Envíenme de vuelta a mi país. Llegué aquí ilegalmente y tengo estos papeles. Me trajeron aquí ilegalmente, pero Dios me enseña allí'".

También pensé en el argumento de Denaro: Estaba huyendo. Intentaba escapar. Estaba atrapado en la agonía de una demanda mucho peor que cualquier otra, la compulsión de matar a un niño. Estaba luchando contra ella, tratando de llegar a casa. Se entregó, sabiendo que sería deportado. Pero las autoridades no se hicieron cargo; lo dejaron ir. Qué sorpresa debió de llevarse. Así que fue al aeropuerto por su cuenta y se acercó a Jamaica hasta Miami. Sólo que no llegó al resto del camino.

Cuando hablé con Carter, parecía indignado por esta pieza adicional de lo que calificó de irresponsabilidad. (Greg Torres, estando de acuerdo, me señaló que la oficina de Inmigración a la que Walford había acudido para confesar su participación en graves delitos estaba a un tramo de escaleras por debajo de la sucursal del FBI en Springfield. Todo lo que alguien tendría que haber hecho era llevar a Walford arriba y hacer que empezara a repetir su historia. Una simple comprobación informática de la información nacional sobre el crimen habría revelado sus arrestos anteriores). A Carter le parecía incomprensible; cómo podía uno sentarse alegremente a escuchar a un psicótico describir su participación en los crímenes y limitarse a escribir un memorándum, saludando con la mano mientras salía por la puerta. Francamente, parecía casi incomprensible para todos los relacionados con la investigación.

Sin embargo, había otra emoción en Carter que era paralela a su indignación. Por primera vez percibí que, en parte, la noticia lo había vigorizado. Pensé en lo que había dicho a lo largo de los años, sobre que Walford era la manifestación de las fallas de tantos sistemas, cómo el asesinato había simbolizado tantos males. ¿Cómo se puede debatir eso?

me preguntaba. Cada vez que Carter se daba la vuelta, parecía que otro grupo o autoridad encargada de mantener el bien público había fracasado estrepitosamente a la hora de ejercer cualquier juicio o responsabilidad. "De repente veo ocho años más…" había escrito Carter. Y, pensaba, habrá ocho más después de eso. Y así sucesivamente.

2. El informe

Volé a Boston el 11 de noviembre, un día antes de que se publicara el informe final de la comisión de investigación. Estaba nublado, pero hacía calor para la época del año. Era el Día de los Veteranos; las banderas sobresalían de los viejos edificios de ladrillo y piedra de Beacon Hill; el Common estaba lleno de paseantes, corredores, músicos callejeros y jóvenes que pasaban el rato con tiempo y, probablemente, problemas en sus manos. Las oficinas del gobierno estatal estaban cerradas y vacías, y mis pasos resonaban por los pasillos vacíos. Los edificios estaban oscuros, sin vida en la tranquilidad de la tarde.

Me encontré con Greg Torres en la sala de personal de la comisión de investigación. "Aquí está", dijo, entregándome un grueso fajo de papeles grapados. Miré las palabras: "Primera fase. La salida de Vernal Walford del Hospital Estatal de Northampton el 27 de noviembre de 1974". El informe tenía ochenta y ocho páginas. "Empieza a leer", dijo Greg. Me dejó a solas con la copia mientras iba a hablar con un reportero ansioso de detalles y que intentaba adelantarse a la oposición.

Me senté en un escritorio y empecé a trabajar.

La mayor parte del informe consistía en la descripción de cincuenta "hechos" relacionados con el ingreso y el alta de Walford. El resto del informe resumía la importancia de los hechos y los situaba en el contexto de la forma en que se había gestionado el hospital en 1974, y a continuación formulaba conclusiones y recomendaciones. Leí primero el resumen narrativo de los cincuenta hechos.

El 25 de noviembre de 1974, Vernal Newland Walford fue internado involuntariamente en el Northampton State Hospital por un psiquiatra del Bay State

Medical Center. Al ser admitido en Northampton, Walford, que utilizaba el alias de Robert Miller Grant, se encontraba en un estado psicótico. Se quejaba de oír voces fuertes que le hacían perder el control, gritaba de repente, reconocía que la gente pensaba que estaba "loco" y le tenía miedo, y mostraba el comportamiento de un fanático religioso. Walford fue medicado y pasó la noche sin incidentes.

A la mañana siguiente, durante una reunión de todos los pacientes de su sala, Walford intentó agredir a la enfermera jefe que presidía la reunión. Cuando dos asistentes le impidieron llegar a la enfermera jefe, les agredió. Se produjo un violento forcejeo de entre diez y quince minutos. Los dos asistentes acabaron sometiendo a Walford con la ayuda de varios pacientes. Aislaron a Walford, le duplicaron la medicación y pasó las cinco horas siguientes rezando. Los dos asistentes que participaron en el forcejeo sufrieron lesiones.

Esa misma tarde, Walford fue liberado de su reclusión en un estado relativamente lúcido. Informado de su derecho, según la ley, a solicitar su puesta en libertad presentando una "notificación de tres días" de intención de abandonar el centro, Walford comenzó a informar al personal de que había firmado dicha notificación. (Nota: Según la ley, el hospital tenía entonces tres días completos para evaluar a Walford. Si, tras la evaluación, se determinaba que Walford era un peligro para sí mismo o para los demás debido a su enfermedad mental, el hospital podía solicitar al tribunal de distrito un internamiento involuntario. La petición por sí sola impide que el paciente abandone el hospital hasta que el tribunal vea el caso).

Mientras tanto, el personal de enfermería, que había presenciado la violenta agresión de Walford, intentó convencer a los funcionarios del hospital de que trasladaran a Walford a la (Massachusetts Institución Correccional) Bridgewater. Aunque dicho traslado estaba claramente permitido por la ley, la recomendación del personal de enfermería fue denegada.

El médico de Walford, que suponía que se había presentado realmente un aviso de tres días, empezó a discutir con el paciente la posibilidad de darle el alta.

Aunque el paciente pasó el resto del día y la noche en un estado bastante lúcido, a la mañana siguiente se le observó cantando incoherencias en dirección a la puerta de salida en un extremo de la sala.

Varias horas más tarde, aproximadamente cuarenta horas después de haber sido - internado involuntariamente en estado psicótico, y sólo veinticuatro horas después de agredir violentamente a varios miembros del personal, Vernal Walford fue dado de alta del Hospital Estatal de Northampton. Se le recetó torazina; se le dijo que se pusiera en contacto con el centro de atención comunitaria para recibir tratamiento adicional; y abandonó el hospital en un taxi. El hospital nunca siguió su caso, ni siquiera después de que un representante del empleador de Walford llamara por

teléfono al hospital varios días después para informar de un comportamiento extraño y perturbador por parte de Walford, y tratara de devolver a Walford a Northampton.

El 2 de diciembre de 1974, Walford se entregó en la oficina de Springfield del Servicio de Inmigración y Naturalización. Walford afirmó seguir instrucciones de Dios y admitió ser un extranjero ilegal. Entregó un pasaporte ilegal y un certificado de nacimiento a nombre de Robert Miller Grant, se identificó como Vernal Walford y confesó su participación en actividades delictivas, proporcionó su dirección actual y un resumen de sus actividades durante los últimos meses y abandonó la oficina. Su caso nunca fue investigado por el Servicio de Inmigración y Naturalización.

El 20 de diciembre de 1974, en el Crossways Motor Inn de Miami, Florida, Vernal Walford asesinó a Arnold Zeleznik.

Una investigación interna sobre la liberación de Walford iniciada por el Departamento de Salud Mental varias semanas después del asesinato no encontró ninguna negligencia por parte del personal de Northampton.

HALLAZGOS

El comité considera que el internamiento involuntario de Vernal Walford por parte del Dr. William Linson del Hospital de Springfield, de acuerdo con (Massachusetts General Laws) Ch. 123, sec. 12, se manejó de manera apropiada. Se realizó un diagnóstico preciso, se siguieron los procedimientos establecidos por la ley y se alertó a los funcionarios del Hospital Estatal de Northampton sobre el estado del paciente.

El comité considera que el ingreso de Vernal Walford en el Hospital Estatal de Northampton reflejó un trato poco profesional y deficiente por parte del hospital. Los procedimientos de admisión del hospital eran vagos o inexistentes. Los exámenes del estado físico y mental de Walford, exigidos por la ley al ser admitido en un hospital estatal, fueron de naturaleza superficial. Y no se hizo ningún intento de recopilar información relevante sobre los antecedentes de un paciente que llegó al hospital en un estado psicótico y que era incapaz de comunicarse de forma lógica y coherente.

El comité considera que el "tratamiento" recibido por Vernal Walford consistió casi exclusivamente en refugio, medicación y restricción. Prácticamente no se le administró ningún tratamiento médico o psiquiátrico bien prescrito. De hecho, el único tratamiento recibido por Walford que cumplía o superaba la norma era el proporcionado por el personal de enfermería.

El comité considera que Vernal Walford fue dado de alta de forma inapropiada del Hospital Estatal de Northampton aproximadamente cuarenta horas después de su ingreso y unas veinticuatro horas después de agredir violentamente a miembros del

personal del hospital. Walford no había sido evaluado por un equipo de tratamiento, sus registros no habían sido revisados por el médico que le dio el alta, su comportamiento agresivo del día anterior fue prácticamente ignorado y se elaboró un plan de "cuidados posteriores" totalmente inadecuado.

El comité encuentra que en 1974 el Hospital Estatal de Northampton:

a) funcionaba bajo una grave escasez de médicos y psiquiatras cualificados.

b) se basó casi exclusivamente en los médicos graduados en escuelas de medicina extranjeras que ejercían en Estados Unidos con una licencia limitada.

c) funcionaba sin políticas y procedimientos operativos escritos relativos a la supervisión médica.

d) funcionaba sin el beneficio de la formación jurídica relativa al nuevo estatuto de salud mental promulgado tres años antes.

e) no ha proporcionado formación previa o en servicio al personal del hospital.

f) no definió claramente el papel de los clínicos asignados a los pacientes de forma rotativa.

g) funcionaba con una estructura organizativa experimental que estaba mal implementada y conducía al caos organizativo.

h) no ha establecido políticas y procedimientos que regulen la admisión, la toma de historiales de los pacientes, el alta, el mantenimiento de registros y la atención posterior.

i) funcionó sin la dirección de procedimiento, el apoyo y la supervisión administrativa adecuados de la oficina central, la oficina regional y las oficinas de área del Departamento de Salud Mental.

j) funcionaba bajo una enorme presión para reducir el censo a un ritmo que ponía en peligro tanto a los pacientes como al personal y reducía la calidad de la atención en el hospital.

La comisión considera que la investigación interna sobre la liberación de Walford, llevada a cabo por el Departamento de Salud Mental, ha sido totalmente deficiente y engañosa.

He examinado los cincuenta hechos descubiertos por la comisión y enumerados en el informe. Los hechos se exponen con toda naturalidad, en una prosa sencilla y directa. Era la aglomeración de detalles, uno tras otro, lo que presentaba el retrato de la incompetencia y el error. El informe mencionaba que, tras su salida del hospital, Walford había regresado a la empresa Milton Bradley, quejándose en voz alta de un cristal en el ojo. Había dicho que el cristal le hacía oír ruidos extraños

dentro de su cabeza. La empresa había intentado que el hospital aceptara a Walford de nuevo, pero le habían dicho que sólo un médico podía organizar el ingreso. A pesar del comportamiento aterrador y amenazante de Walford, el director de personal de la empresa se había encargado de organizar un examen ocular. Efectivamente, un médico competente había descubierto una diminuta astilla de vidrio en el párpado de Walford.

Supongo que eso me enfureció tanto como cualquier otra cosa.

Después de todo, incluso en medio de su psicosis Walford se había quejado de dolor en el ojo. Y nadie en el hospital había echado un vistazo de cerca.

Fuera de la pequeña oficina donde leía el informe, se había vuelto negra la noche de Nueva Inglaterra. La sensación de soledad crecía, una inquietante sensación de aislamiento. Sólo los ecos ocasionales de los pasos en los pasillos lejanos me indicaban que no estaba sola en la enorme Casa de Estado.

Me levanté y me paseé por la habitación.

Me invadió un sentimiento de excitación. Todo lo que había leído era lo que sabía y había sabido durante años. Era todo lo que Carter había dicho y repetido. Por fin tenía en mis manos el resumen impreso. Me dirigí a la sección de conclusiones del informe y leí: "El paciente Vernal Walford fue dado de alta del Hospital Estatal de Northampton de forma precipitada e inapropiada. El paciente no debería haber sido dado de alta".

Había otras conclusiones, por supuesto. El informe no dejaba de concluir que las operaciones en el hospital habían sido gravemente negligentes y caóticas, que el hospital y el Departamento de Salud Mental no habían estado a la altura de su responsabilidad de proteger al público, que la investigación interna había sido una farsa y un fraude, y así sucesivamente. Pero lo emocionante fue ver que las palabras *no debían ser publicadas*. Lo obvio finalmente declarado. De no ser por la incompetencia y el error de juicio, Vernal Walford no habría estado en ese pasillo cuando Carter dejó solo a Arnold durante esos terribles segundos. Durante ocho años Carter, Betty y Bobby habían luchado para

que alguien con autoridad en el estado de Massachusetts admitiera ese simple y desgarrador hecho.

Y alguien finalmente lo hizo.

Los Zelezniks habían ganado.

Pero aún no lo sabían.

3. *Distribución de medallas*

Por la mañana me reuní con Carter en el despacho del personal de la comisión de investigación. Estaba entusiasmado, animado, lleno de energía. Me cogió la mano, la estrechó vigorosamente durante un instante, me presentó a un periodista del *Boston Globe* y luego salió corriendo a comprobar algún que otro detalle. Betty y Bobby estaban arriba, en una cafetería, dijo, y cuando Carter volvió corriendo, fuimos a buscarlos. La familia llevaba levantada desde las 4:30 am. Habían conducido desde Ambler, al norte, hasta Newark, Nueva Jersey, para tomar un transporte de madrugada hacia Boston. A pesar de toda la planificación y la precaución, habían estado a punto de perder el vuelo y habían conseguido los tres últimos asientos del avión de People Express sólo en los últimos minutos antes del despegue. Carter y yo no pudimos encontrar a Betty y Bobby, así que entramos en la gran sala con paneles de madera donde se habían celebrado las audiencias durante el verano y donde estaba prevista la conferencia de prensa de la mañana. Vimos cómo los equipos de televisión instalaban sus cámaras y micrófonos, y su actividad aumentaba la emoción del momento.

"¿Has visto el informe?" Le pregunté a Carter.

"No. Greg Torres se ofreció a dejarme entrar antes y leerlo, pero lo rechacé. Quiero que mi reacción sea espontánea".

"¿Así que no sabes lo que dice?"

"Ni idea".

Carter me miró. "¿Lo has visto?", preguntó.

"Sí". No ofrecí ningún detalle.

"Bueno", dijo, "no tardará mucho".

Me giré y vi a Betty y Bobby entrar en la sala de audiencias. Betty llevaba un elegante traje de negocios marrón. Sonreía y saludaba. Bobby era un cuadro en contraste, todo un adolescente. Llevaba unos pantalones de pana y una camisa de manga corta, unas zapatillas de deporte que parecían ir en direcciones distintas al resto de su cuerpo, y se había echado una maltrecha parka gris al hombro. Sonrió y se acercó.

En unos segundos estábamos inmersos en una profunda discusión sobre los efectos psicológicos dañinos de una caída sin fútbol. No dejaba de bromear sobre lo buenos que habían sido los Miami Dolphins antes de que la Asociación de Jugadores de la Liga Nacional de Fútbol se declarara en huelga. "Mala suerte", dijo, con la voz llena de falsa lástima.

"Bobby", respondí, "¿cómo puedes ser tan cruel como para patear a un compañero cuando está en el suelo?"

Se rió y dijo: "Bueno, mira hacia adelante. Quizá los Yankees lo hagan mejor este año que el cuarto puesto".

"Bobby", dije, "¿qué he hecho para merecer esta tortura?". Y en menos de un minuto habíamos cambiado el tema a los ordenadores.

Quería saber todo sobre el programa de procesamiento de textos que estaba usando. "Ahora escribo mis propios programas. Nada realmente - complicado, ya sabes, sobre todo diferentes formas de arte, como hacer que el ordenador dibuje diferentes patrones de estrellas", dijo. "

"Apenas estoy empezando a entenderlo".

Asentí con la cabeza. "Muy pronto estará dirigiendo tu vida".

Betty estaba escuchando. "A veces desaparece", dijo sonriendo, "y lo único que oímos es ese clic, clic, clic que sale de su habitación. Siempre nos dice que está haciendo sus deberes..."

Interrumpí: "¿Pero crees que está jugando al *Asteroids*, o al *Star Invaders* o a la Masacre en la Luna o a lo que sea que sean esos juegos?".

Betty asintió, dando un codazo a Bobby en las costillas. "Bien."

Bobby negó con la cabeza: "¡No!", dijo.

"¿Prueba del detector de mentiras?" Dije.

Sonrió. "Vaya, tal vez no". Nos reímos todos juntos.

Detrás de nosotros, Carter estaba sentado en la primera fila de los asientos del público, respondiendo a las preguntas preliminares de los diversos reporteros asignados para cubrir la conferencia de prensa. Los hombres de la prensa, la radio y la televisión se acercaban, se presentaban, comprobaban si Carter estaba al corriente de lo que decía el reportaje, intentando, de esa manera indefinible que tienen los reporteros, evaluar el estado de ánimo de un acontecimiento antes de que se produzca. Betty miró el reloj. "No debería tardar mucho", dijo.

Las puertas de la sala de audiencias se abrieron entonces y Greg Torres entró con una pila de informes grapados, seguido por la presidenta de la comisión, Patricia McGovern, y por su colega senador David Locke, el hombre cuya moción había creado la comisión de investigación. Atravesaron la sala y tomaron asiento detrás de un largo escritorio en un pequeño estrado. "Pongamos esto en marcha", dijo la senadora McGovern con un directo y marcado acento bostoniano. "¿Están todos preparados?"

Betty se sentó junto a Carter y yo me desplomé al lado de Bobby. Miré a sus dos padres. Betty apretó la mano de Carter. Cuando la soltó, noté que la suya temblaba ligeramente. Se inclinó hacia adelante, para captar cada palabra.

Después de haber leído el informe la noche anterior, y de haberlo vuelto a leer para asegurarme de que lo que yo creía que estaba ahí, efectivamente lo estaba, Greg Torres y yo nos fuimos a un bar cercano. Se suponía que iba a ser una entrevista, le decía, pero en lugar de eso, simplemente hablamos una y otra vez de los Zelezniks, de nuestros propios hijos (ambos bebés, con unos meses de diferencia) y de lo deliciosamente difícil, aterrador, divertido y exasperante que era criar a un hijo. Debí felicitarle una docena de veces por el informe, por su integridad y exactitud. Le dije que había leído muchos informes emitidos por organismos gubernamentales, pero que era la primera vez que veía uno tan abiertamente crítico, que se negaba a suavizar sus opiniones. Greg habló de las decisiones que se habían tomado al redactar el informe, de cómo se habían probado y descartado varias construcciones, hasta que sólo quedó la declaración más simple y

directa: "... no debería haber sido liberado". Dijo que todos los miembros de la comisión habían sentido el impacto del testimonio de los Zelezniks; nunca se habían comprometido, dijo, así que ¿por qué debería hacerlo el informe? Nos miramos al otro lado de la mesa y nos reímos juntos, aliviados. Pedimos otra ronda de bebidas y brindamos por los hijos de cada uno. "Sabes", dijo Greg, "trabajas en algo, investigas, te acercas tanto a ello y luego no sabes si realmente has logrado lo que te proponías".

"Me pregunto", dije, "cómo reaccionarán los Zelezniks".

"Eso es lo que me tiene preocupado", dijo. "En cierto modo, este es el informe de Carter. Ha hecho muchas aportaciones. Les han cerrado tantas puertas en la cara; no quieres ser otra puerta. No quieres ser otro fracaso".

Pensé en la carta más reciente de Carter. Ocho años más.

"No lo sé", dije. "No sé si algo puede satisfacerlos. No sé cómo ese informe podría ser diferente o más duro, si se quiere. Pero si les satisface..." Dudé. En mi mente me imaginé a la familia en la habitación 216 del Crossways, cada segundo marcando los últimos momentos de Arnold, y lo repentino del grito que había penetrado en sus vidas. "No lo sé. Has hecho lo que has podido. Y es muy bueno. ¿Pero será suficiente? Tendremos que ver".

Greg asintió. "Lo entiendo", dijo.

Betty juntó las manos con fuerza y Carter se inclinó aún más hacia delante, posándose en el borde del asiento, casi como si fuera un pájaro dispuesto a lanzarse precipitadamente. Había colocado ambas manos sobre las rodillas, como si tratara de mantener su cuerpo unido, a raya.

El senador McGovern miraba a través de la sala directamente a los Zelezniks, ignorando las cámaras. Les estaba agradeciendo su participación en la investigación.

Sin su tenacidad, su diligencia, su voluntad de entregarse para mantener vivo este caso durante ocho años, no estaríamos hoy aquí.

"Al principio de esta investigación le pregunté al Dr. Zeleznik qué quería que saliera de ella. Respondió: 'La verdad'. Espero sinceramente que lo hayamos hecho hoy aquí".

De vez en cuando un reportero de radio se levantaba para ajustar un micrófono. A nuestro alrededor, los reporteros escribían en sus cuadernos.

El senador Locke estaba hablando. No perdí de vista a Carter y a Betty. Escuché fragmentos de frases: "confusión y dolor" y "perseguido implacablemente".

Y entonces el senador añadió inesperadamente otra sugerencia. "Creo que lo apropiado sería que la legislatura votara fondos para crear la cátedra Arnold Zeleznik en la Facultad de Medicina de la Universidad de Massachusetts en los departamentos de psiquiatría o psicología clínica. El objetivo de la cátedra sería supervisar la atención sanitaria pública. De este modo, demostraríamos la actuación perpetua por parte del gobierno para asegurarse de que este tipo de angustia no vuelva a afectar a nadie".

Betty se inclinó y agarró la pierna de Carter. Estaba moviendo la cabeza de arriba abajo. Se volvió al instante hacia Bobby, sin decir nada, pero sin dejar de asentir enérgicamente.

El senador McGovern comenzó a revisar el informe. Miró directamente a los Zelezniks y dijo: "No debería haber sido liberado".

Carter se sentó. Puso su mano en la pierna de Betty. Cerró los ojos por un instante, inclinando la cabeza hacia atrás. Estaba pálido y lo vi respirar lentamente. Luego se inclinó sobre Betty hacia Bobby, señalando una pequeña mochila que la familia llevaba consigo. "Las medallas", dijo. "Repartidlas".

La voz rasposa de McGovern describía cómo el comité recomendaría a la legislatura que se hiciera un pago de 50.000 dólares a los Zelezniks en reconocimiento a su lucha de ocho años. Luego empezó a responder a las preguntas de la prensa.

"Bueno", dijo, "la posibilidad de tales errores siempre existe. Pero lo que también me enfurece es que ni siquiera nos molestamos en tratarlo. Y simplemente le dejamos marchar. Un individuo muy enfermo".

Hubo una pregunta sobre los 50.000 dólares. Ella respondió rápidamente. "La cuestión no ha sido la cantidad de dinero. La cuestión aquí ha sido conseguir que la mancomunidad se levante y diga que ha cometido un error. Eso es lo que estamos haciendo".

Hubo una pausa en el interrogatorio. "Eso es todo", dijo el senador McGovern. Empezó a reunir los papeles para marcharse.

De la mochila que tenía a sus pies, Bobby sacó tres pequeñas cajas. Las reconocí enseguida. Contenían las pequeñas medallas de plata con la imagen y el lema de Arnold. Bobby dudó por un instante al pensar en penetrar las brillantes luces de la televisión y caminar frente a la gente reunida. Luego cuadró los hombros y se puso delante de los dos senadores y de Greg Torres. Les entregó a cada uno la pequeña caja y volvió a su asiento. Las cámaras se dirigieron a la familia, que se acomodó a los fotógrafos poniéndose de pie y tomando asiento en el estrado.

Las preguntas volaron hacia ellos.

"Creo que han hecho lo correcto", dijo Bobby.

"La cuestión es la responsabilidad", dijo Carter por quizá la millonésima vez. "Tenía los hechos. Sólo se trataba de saber si la comisión tendría la integridad necesaria para afrontarlos. Lo hicieron. Estoy muy satisfecho".

"Oh, sí, yo también estoy contenta y feliz", dijo Betty. "Especialmente por la sugerencia del senador Locke de crear una cátedra en la universidad. Eso realmente me emociona, creo que es una idea maravillosa y apropiada".

Carter dijo a todos los periodistas que el Estado debería nombrar a Greg Torres nuevo director del Departamento de Salud Mental. Greg se sonrojó. Carter repitió su declaración.

Hubo apretones de manos por todas partes.

La familia se quedó, respondiendo pacientemente a cada pregunta, pero siempre era la misma, y sí, estaban muy contentos y felices con el informe de la comisión. Llamé la atención de Greg Torres y ambos sonreímos aliviados.

Hubo más apretones de manos.

La sala empezó a vaciarse, los reporteros se fueron a escribir para las primeras ediciones, los equipos de televisión a hacer las primeras transmisiones. Carter, Betty y Bobby posaron para los camarógrafos, sosteniendo las medallas y el informe. Carter repitió su entusiasta agradecimiento en los micrófonos de los reporteros de radio, que

necesitaban realidades para sus emisiones. Betty se volvió y me dijo de nuevo: "Esa idea de la silla, es una gran idea".

Y entonces se acabó.

Llevados todavía por el entusiasmo, la familia bajó a toda velocidad el tramo de escaleras hasta las oficinas de la comisión de investigación. Capturaron a Greg Torres para el almuerzo; Carter entró para dar las gracias al senador McGovern, y luego salió, con una amplia sonrisa, aplaudiendo y agitando los brazos para recoger a todo el mundo. Greg nos sacó por la puerta lateral y nos dirigimos a un restaurante para comer. "Un lugar donde se reúnen todos los viejos políticos", dijo. Carter estaba ocupado señalando las vistas arquitectónicas a Bobby, que consiguió zafarse al cabo de un minuto y venir a hablar más de béisbol. Martha Woodall, del *Philadelphia Inquirer*, estaba allí, sonriendo, contagiada por el alivio y la emoción de la familia. Comimos sándwiches, y Carter insistió en pagar, aunque todos los demás iban a cuenta de gastos. Contó su historia de ir a Oriente Medio en la expedición de la CIA, y todos se rieron al pensar en Carter el espía. Betty preguntó si alguien del comité había conocido la sugerencia del senador Locke, y Greg dijo que había tomado a todos por sorpresa. A él también le gustó la idea. Carter y Greg describieron su primera reunión, con todos los documentos, a solas en la pequeña habitación. Se rieron juntos de la idea, ahora tan extraña, de saltarse el almuerzo, atrapados en la intensidad de ese momento. Salimos del restaurante y volvimos a la Casa del Estado. Junto a las enormes puertas de la entrada, entre grandes pilares dóricos falsos, Carter se convirtió en un turista. Organizó las fotografías: "Primero Bobby y Greg y Betty, eso es, ahora sólo Betty y Greg, bien, y ahora Betty y Bobby, tienen que tener una, ahora Bobby, ven a tomar una de mí y Greg y Betty y Martha, ven a meterte en una de estas, tú también, John. No hay que contenerse". Hubo un último viaje a las oficinas de la comisión de investigación, y unos cuantos apretones de manos y agradecimientos más, y Carter le dijo a Greg que estaría más que dispuesto a ayudar de cualquier manera cuando la comisión entrara en la segunda fase de su investigación sobre el sistema de prestación de servicios de salud mental. Carter se alejó un momento con Bobby y Betty se volvió hacia Greg Torres y hacia mí. Llevaba una sonrisa

pequeña y bellamente delicada, y su voz era suave pero entusiasta, con una fuerza de liberación que no había escuchado antes.

"Hace poco leí algo en el periódico", empezó diciendo, “supongo que era el *Inquirer.* Y no recuerdo quién lo dijo exactamente, pero era sobre el dolor y la pérdida, y decía algo así: que cuando sucede algo malo y terrible y pierdes a alguien cercano, es como un círculo que rodea todo en toda tu vida, de modo que está en todo lo que haces y dices y piensas. Pero después de un tiempo te haces mayor y el tiempo pasa y la vida continúa un poco y ese círculo sigue ahí, pero se desarrollan nuevos círculos, expandidos más allá de ese círculo de dolor. Así que entran en tu vida cosas nuevas que no forman parte de tu tristeza. Ese círculo de dolor nunca te abandona realmente; siempre está ahí para recordarlo. Pero ahora hay otros círculos en tu vida, lo cual es bueno, y ese primer círculo nunca desaparece, pero se va haciendo más pequeño hasta que sólo está ahí en el núcleo, supongo".

Nos miró a Greg y a mí, y volvió a sonreír de la misma manera a los dos. Pero había una pequeña lágrima en la comisura del ojo, que se limpió rápidamente.

CAPÍTULO 16

Círculos

Al echarle de menos ahora, me atormentan mis propios defectos, lo mucho que le fallé. Creo que todo padre debe tener una sensación de fracaso, incluso de pecado, por el mero hecho de seguir vivo tras la muerte de un hijo. Uno siente que no es correcto vivir cuando su hijo ha muerto, que debería haber encontrado de alguna manera la forma de dar su vida para salvar la suya....

Ojalá hubiéramos querido más a Johnny cuando estaba vivo. Por supuesto que queríamos mucho a Johnny. Johnny lo sabía. Todo el mundo lo sabía. Querer más a Johnny. ¿Qué significa eso? ¿Qué puede significar, ahora?

Los padres de toda la tierra que han perdido hijos en la guerra han sentido este tipo de preguntas y han buscado una respuesta. Para mí, significa amar más la vida, ser más consciente de la vida, del prójimo, de la tierra.

Significa borrar, de forma curiosa, pero real, las ideas de odio y de enemigo, y transmutarlas, con la alquimia del sufrimiento, en ideas de claridad y de caridad.

Significa preocuparse cada vez más por los demás, en casa y en el extranjero, en toda la tierra. Significa preocuparse más por Dios.

Espero que podamos amar a Johnny más y más hasta que nosotros también muramos, y dejemos atrás, como él, el amor del amor, el amor de la vida.

-Frances Gunther, en un epílogo de *Death Be Not Proud* de John Gunther

1. “Como viene"

El 19 de diciembre de 1982, cuando llegué a la entrada de la casa de los Zelezniks, el cielo estaba gris y nublado y la temperatura estaba bajando. Salí del coche pisando fuerte y aspiré un aire teñido de escarcha. Betty estaba en la puerta, haciéndome señas para que me apresurara a entrar. Vi a Carter y a Bobby justo detrás de ella.

"Subimos la calefacción", dijo Betty. "Teníamos miedo de que tus huesos de Florida empezaran a traquetear y se congelaran".

"Estoy agradecido", respondí, riendo.

Carter me dio la mano con su habitual intensidad. Bobby y yo nos reñimos, como siempre, sobre los equipos que ganaban y los que perdían. Miré por la casa y vi que nada parecía haber cambiado. En el salón me di cuenta de que habían devuelto el cuadro de Arnold y Bobby a un lado de la habitación. El mosaico de los dos jugadores de béisbol estaba sobre la mesa. La gorra de director de orquesta de Arnold seguía en la estantería.

"Como puedes ver", dijo Betty, gesticulando, "hemos hecho nuestro habitual y deslucido esfuerzo por arreglarnos para tu visita".

Volvimos a reírnos. Todo el mundo se sentó en los asientos habituales, y yo pasé fotografías de mi mujer y mi hijo. Todos dijeron lo bien que se veían. Me quejé de que el bebé estaba resfriado, y Carter me dijo: "Ahora, John, sabes la diferencia entre un resfriado y una fiebre. Los niños tienen fiebre, y en la mayoría de los casos eso está bien. No le des ninguna aspirina porque la fiebre es lo que el cuerpo está haciendo para deshacerse de la infección-"

Betty interrumpió. "Ahora, Carter, lo sabe. Y de todos modos, no se puede decir nada a los padres jóvenes porque tienen que descubrirlo por sí mismos. Así éramos nosotros".

Carter, en medio de la conferencia, se detuvo. Miró a su mujer y sonrió. "Tienes razón. Pero, John, si tienes alguna pregunta, no lo dudes".

"Carter", respondí, "los consejos no son algo que escaseé en mi casa". Saqué la grabadora de un maletín y la puse en marcha sobre la mesa de café. "Entonces", dije, "dime qué piensas de lo que ha pasado".

* * *

La familia había estado de enhorabuena tras salir del complejo gubernamental de Boston. Se habían quedado esa noche en casa de unos amigos. Habían comprado los periódicos y leído las historias; se habían visto en los noticiarios de la noche. Parte de ese entusiasmo se mantuvo al día siguiente, cuando regresaron al aeropuerto de Newark y luego condujeron hasta la casa de Ambler.

Pero le siguió una decepción.

Aunque la historia había tenido una gran repercusión en las cadenas de televisión de Filadelfia y en los periódicos locales, no hubo mucha gente que les dijera nada a los Zelezniks. Dos chicos del colegio de Bobby lo mencionaron; uno de ellos había perdido a un hermano en un accidente en la piscina, y Bobby me contó cómo el chico había buscado a Bobby y simplemente le había dicho que había visto el periódico y que era una buena historia. Carter no podía pensar en nadie que hubiera hablado con él; Betty, sólo en una o dos personas. "Si hubiera sido una ocasión alegre, quizá la gente lo habría mencionado, pero como se basaba en algo triste..."

Betty vio la depresión que siguió al informe de la comisión de investigación como el resultado inevitable de que tantos sentimientos llegaran a su fin. Tanto tiempo, tantos pensamientos, tantas emociones se habían encapsulado en la lucha contra Massachusetts. Ahora, con esas cosas desactivadas, pensó que era el momento de decidir qué hacer con el resto de sus vidas. Y era una realización deprimente a la que llegar. Carter, sin embargo, negó la depresión, o al menos la mantuvo a distancia, mientras consideraba qué hacer ahora.

Carter se encogió de hombros. Me miró a través de la habitación.

"El asunto, John, como sabes, no está resuelto".

Debí parecer asustado. Siguió adelante.

"Está resuelto en lo que respecta a la legislatura de Massachusetts. Quizá produzca cambios en el sistema de salud mental. Tendremos que ver eso. Sé que ha producido una serie de cambios en Northampton. Eso es bueno. Pero me sigue preocupando el panorama general del gobierno. La fiscalía general, por ejemplo, aún no ha dicho nada".

Sólo hay un lado cuando pierdes a tu hijo, pensé.

"¿No lo ves como una finalización?"

"No, porque..." Dudó.

"¿Siguen existiendo problemas mayores?"

"Sí, los problemas más importantes siguen existiendo. Me preocupa que todo esto no hubiera surgido si no fuera por las decisiones judiciales que les otorgaron un poder desmedido. Y luego está el Servicio de Inmigración y Naturalización.

"¿Vas a cambiar tu énfasis hacia ellos?"

"Bueno, estoy hablando con otro abogado. No tienen inmunidad general. ¿No deberían estar obligados a tomar medidas razonables para protegernos? Podrían decir, 'Oh, ahora están enfadados con el INS. Ve a por ellos'. Pero esa no es la cuestión. La cuestión es que tienes un sistema que funciona totalmente sin responsabilidad y que se llama a sí mismo gobierno. Eso es una contradicción en términos en lo que a mí respecta. Pero es lo que vemos..."

"Responsabilidad, creo, fue la primera palabra que me dijiste".

"Sabes, John, puede que ni siquiera terminemos este día porque algún idiota puede hacer volar el mundo. Tenemos la capacidad de hacerlo. ¿Cómo? ¿Por qué podemos hacer estas cosas? Porque tenemos esta noción de soberanía que dice: 'No soy responsable ante nadie'. Hay que obligar al gobierno a ser responsable. Tenemos que ganar, o no sobreviviremos".

"¿Esa tarea queda?"

"Esa tarea queda pendiente".

"¿Y Walford?"

"Walford es un síntoma de un síntoma de un síntoma. Digamos que lo liberan de nuevo. Va a ser liberado de nuevo. Hay una probabilidad muy alta de que lo haga de nuevo".

"¿Sientes una amenaza personal?"

"No. Tengo más confianza en la policía de Ambler que en el Departamento de Salud Mental de Massachusetts. Pero ya sabes, podemos predecir lo que pasará. Volverá a Jamaica. Recuerda, ha sido condicionado por su tiempo aquí. ¡Nunca ha sido tratado mejor en su vida! Tiene buena ropa y buena comida, y le están enseñando habilidades ocupacionales. Puede ver la televisión. Es un clima cálido y agradable. No hay trabajo. Así que vuelve a Jamaica, y no le va a ir bien. Probablemente volverá a Estados Unidos con otro cargamento de marihuana. Es como una paloma mensajera. Volverá a Florida, a Miami, porque es lo que conoce. En Miami nadie se fijará en él. En Northampton", añadió con amargo sarcasmo, "nadie se fijaría en él", intervino Betty. "No veo ninguna razón para que venga aquí. Quiero decir, no le hemos hecho nada".

Carter continuó, cambiando el tema de nuevo a la INS. "Es más grande. Más gente, más presupuesto. No hay controles sobre ellos. Pueden hacer lo que quieran. Eso engendra arrogancia. Si tenemos que hacer una declaración allí..." Su voz se apagó, y parecía estar pensando mucho.

Me volví hacia Betty.

"Me siento personalmente muy aliviado por el informe. Sin embargo, puede parecer trillado, pero nunca pensé que ganar me haría muy feliz. Porque todo fue por la muerte de Arnold. Tengo sentimientos encontrados al respecto. Quieres que algo ocurra, pero odias la razón por la que lo quieres. ¿Tiene sentido?"

Me miró y luego sonrió. Sus ojos eran claros, radiantes. De repente, en su voz no había ninguna carga de emoción, sólo una objetividad liberada.

"No creo que tuviera la misma profundidad de sentimientos si hubiera otra demanda. Lo que más pienso es que lo de Massachusetts está directamente relacionado con la muerte. Ahora estaríamos atacando las condiciones generales, algo así como un vástago de los puntos originales. Es más universal, no tan personal".

Hizo una pausa. Se recostó en el sofá, gesticulando con las manos.

"Personalmente quería que alguien estuviera de acuerdo con nosotros. Me molestó mucho tener que intentar convencer a la gente de que ese hombre no debería haber sido liberado. Pensé que era tan obvio, pero era tan difícil conseguir que alguien estuviera de acuerdo.

"Pero ahora se ha hecho, y me siento liberado".

"¿Y tú, Bobby?" Pregunté.

Su respuesta fue directa. "Me alegré. Me alegré de que hubiera terminado porque era muy parecido a lo que había ocurrido con la muerte de Arnold. Los dos casos estaban tan cerca. Creo que especialmente la idea de la silla es buena porque es algo que puede ser realmente positivo.

"He aprendido que cuando el gobierno se equivoca, hay que intentar cambiarlo. Será más fácil, si demandamos al INS, más fácil de tratar porque no está tan cerca. Es algo un poco alejado. Podemos atacarlo en un estado menos emocional".

"¿Sientes una liberación emocional?"

"Sí, creo que sí. El hecho de que admitieran que estaban equivocados. Mi madre dijo que era importante que alguien admitiera que se había equivocado. Bueno, yo pensé que era importante *que lo admitieran*. Yo mismo sabía que eran negligentes. Lo importante era que por fin pudieran decirlo.

"Si no lo hubieran dicho, pues habría perdido la fe en el propio gobierno. Habíamos pasado por los tribunales y no habían hecho nada. Esta era la última oportunidad para que el gobierno demostrara que tiene algo de integridad. Si no lo hubieran dicho, habría sido un gran golpe para mí.

"Ahora estamos estudiando la historia de Estados Unidos. Hemos estado leyendo sobre cómo los creadores de la Constitución nos dieron estos derechos. Si no lo hubieran dicho, me habría demostrado que la Constitución no tiene ningún sentido. Era importante para mí ver que el gobierno sí tiene integridad".

Y Betty intervino entonces: "Supongo que ahora tenemos que volver a ponernos de pie y tomar la vida como viene".

2. Por qué murió Arnold

Hay muchas razones por las que Arnold Zeleznik murió, todas elusivas.

Si Carter y Betty no hubieran sido unos padres tan fuertes y cariñosos, y Arnold hubiera crecido menos independiente y menos seguro de sí mismo, menos curioso y menos autosuficiente, tal vez hubiera preferido tomar la mano de su padre y trotar junto a él de vuelta a la habitación 216 para devolver la llave. Segundos después, Vernal Walford habría pasado de largo, sin saber quién más ocupaba ese pasillo. Habría dejado su cena de pollo, abierto su Biblia en el Libro de Daniel y se había puesto a comer, y otro niño pequeño, en otro lugar, probablemente habría muerto. Odiaba esa ironía: que todo el amor y la crianza de un niño tan despreocupado, entusiasta y brillante lo hubieran

convertido en el tipo que se ganaba automáticamente la confianza de sus padres, de modo que no era nada fuera de lo normal dejarlo solo durante esos pocos instantes. ¿Habrían hecho algo diferente criando a Arnold? No, lo dudo. Carter y Betty criaron a dos hijos y les proporcionaron a ambos mucha más fuerza de la que mostraban por fuera.

Si Northampton hubiera mostrado aunque sea unas pocas preocupaciones básicas por la humanidad, Walford no habría estado disponible para estar en ese pasillo...

Si el hospital hubiera proporcionado incluso una atención médica mínima a Walford...

Si las enfermeras que lo vigilaban en la sala y tomaban nota de su comportamiento hubieran sido escuchadas en lugar de ignoradas...

Si el hospital hubiera tomado la opción sugerida de trasladar a Walford a un centro de máxima seguridad...

Si las autoridades del hospital hubieran llamado a la policía y presentado cargos por agresión tras su ataque a los asistentes...

Si los médicos que dieron el alta hubieran revisado el historial médico de Walford, si hubieran entendido las leyes que rigen el alta del centro, si hubieran contactado con el médico que envió inicialmente a Walford al hospital...

Si el hospital hubiera escuchado al supervisor del personal de la compañía Milton Bradley que llamó, suplicando que se le permitiera traer a Walford de vuelta al hospital...

Si su hermano o su amiga hubieran llamado a la policía en Hartford o Springfield cuando empezó a actuar de forma tan extraña...

Si esa secretaria del INS en Springfield lo hubiera llevado por las escaleras hasta el FBI...

Si hubiera habido un vuelo directo a Jamaica desde la ciudad de Nueva York, el 19 de diciembre de 1974, o si un vendedor de billetes en La Guardia hubiera sugerido algún destino distinto de Miami, tal vez Atlanta o Fort Lauderdale, o simplemente hubiera sugerido esperar hasta el vuelo del día siguiente, Walford no habría estado en el Crossways a las 4:45 pm del 20 de diciembre...

Si un policía hubiera visto a Walford predicando en el aeropuerto la mañana del asesinato...

Si *Sirgany International* no hubiera vendido cuchillos de caza...

Si la cena de pollo hubiera tardado un poco más en cocinarse...

Si Carter no hubiera tomado la llave...

Si el destino no fuera tan caprichoso...

¿Por qué Vernal Walford mató a Arnold Zeleznik?

Porque pensó que Dios se lo había dicho.

Porque Arnold estaba allí en el momento en que cualquier capacidad residual para rebatir las exigencias de la voz se evaporaba, dejando sólo una pura esencia homicida.

Porque en su anudado punto de vista, "los niños no contaban para nada".

¿Por qué? Quizá la respuesta esté en la pérdida de sus propios cinco hijos. Tal vez porque había visto a Dios llevarse a sus propios hijos con tanta facilidad, tan casualmente, tan inocentemente e insignificantemente. Tal vez esa voz provenía de los giros de su propia tristeza. Sin embargo, esto es una especulación por mi parte. En última instancia, Walford y la voz que lo coacciona siguen siendo enigmáticos. Sin embargo, ese pensamiento se une a todos los demás desequilibrios de su pasado, los conocidos y los desconocidos y probablemente mucho peores. Sumados, produjeron una furiosa guerra de sustancias químicas dentro de su cerebro, y Vernal Walford agarró su cuchillo y arrancó una gran belleza de la tierra.

¿Y qué hay que hacer con él?

Creo que el sistema de justicia penal engañó a los Zelezniks. Sufrieron una gran pérdida, y merecían la oportunidad de levantarse y expresar esa pérdida en un tribunal de justicia. Esto se aplicaría tanto al proceso penal en Miami como a los esfuerzos por demandar a Massachusetts. El argumento en contra en el primer ámbito, el tribunal penal, es que sus emociones, su pérdida personal eran en realidad irrelevantes para el procedimiento. En la visión idealizada del sistema judicial, queremos que nuestros criminales sean procesados simplemente por los hechos y la ley, en un vacío desprovisto de sentimientos. Por supuesto, la realidad es que un juicio penal a menudo oscila en torno a hechos extralegales, emociones, prejuicios y fuerza de

la personalidad. Eso, a su manera imperfecta, es lo que mantiene la equidad esencial de nuestro sistema judicial.

Desde el principio del caso penal, los abogados defensores asignados para defender a Walford comprendieron que era muy importante en un sentido simbólico, que el crimen era más que impactante, emblemático, uno que pondría a prueba el sistema. No hubo un reconocimiento similar por parte de los abogados de la acusación, que es la razón por la que fueron constantemente superados, preparados y argumentados.

La defensa de Walford fue capaz de manipular los procedimientos en prácticamente todas las etapas. Considere esta ironía: En su primera audiencia de competencia, Jack Denaro y Roy Black argumentaron de forma elocuente y persuasiva que el comportamiento extraño e incontrolable de Walford lo convertía en un riesgo demasiado grande para llevarlo a juicio, y que sería injusto juzgar a un hombre en esa condición; dos años más tarde, Michael Von Zamft y Michael Tarkoff argumentaron de forma elocuente y persuasiva que sería injusto juzgar a Walford porque entonces era un cuasi-zombie tembloroso, deforme y drogado, y un posible jurado debería tener derecho a ver cómo era realmente Walford cuando se cometió el crimen.

Todos ellos son individuos honorables.

Denaro, Black, Von Zamft, Tarkoff y Weinstein por la defensa; Glick, Yedlin, Korvick y Kaye por el Estado; los jueces Williams, Weth erington, Ferguson y Jorgenson; los doctores Mutter, Corwin, Jacobson, Jaslow, Weiss y Stillman. Muchos otros hombres y mujeres también contribuyeron a las situaciones que se produjeron. Todos son respetados en la comunidad. Todos tienen reputación de honestidad. Sabiendo lo que los Zelezniks sentían por él, Michael Korvick nunca dudó en responder a cualquier pregunta que yo tuviera y, de hecho, se esforzó por que yo tuviera un registro completo del caso. Fue él quien me mostró la correspondencia, repleta de la ira de Carter. No ocultó nada de lo que hizo. Del mismo modo, los abogados defensores, Von Zamft, Denaro, Black, Tarkoff y Weinstein, nunca se negaron a responder, a pesar de saber que sus acciones en el caso Walford serían vistas por mucha gente como malvadas y manipuladoras. Ellos tampoco se avergonzaron nunca.

Nadie parecía dudar de que Vernal Walford estaba legalmente loco cuando mató a Arnold Zeleznik.

Sin embargo, eso no es una respuesta a una pregunta. Esa declaración debería plantear preguntas. Gran parte del esfuerzo realizado por los abogados de la defensa fue evitar exponer los hechos de la locura de Walford a un jurado por miedo a que éste reaccionara emocionalmente. Eligieron un camino mucho más seguro y exitoso. Sin embargo, con el resultado del caso, creo que la comunidad fue engañada. Si las pruebas de la locura de Walford eran tan abrumadoras, deberían haber sido presentadas al jurado. Un crimen, en particular un asesinato despreciable y atroz como el de Arnold Zeleznik, disminuye a todos los miembros de la comunidad en la que se produce; de manera infinitesimal, reduce el alma de esa comunidad. La comunidad nunca tuvo la oportunidad de reparar ese mal. Si la comunidad, representada por un jurado, creía que Walford estaba tan loco que debía ser indultado por ese asesinato, que así sea. Debería haber sido la tarea de la defensa exponer sus argumentos y sus pruebas periciales a la comunidad, en lugar de hacerlo en el foro de un tribunal penal.

Creo que lo que me enfureció tanto del caso fue la forma en que se olvidó a Arnold Zeleznik. Los psiquiatras que examinaron a Walford sólo trataron de entender la motivación del crimen dentro del limitado contexto de la competencia mental y la regla M'Naghten. Incluso con ese alcance mínimo, los médicos asumieron una gran importancia. Sus impresiones fueron las que dictaron las decisiones de los cuatro jueces que llevaban el caso. La comunidad fue ignorada.

Jack Denaro me dijo una vez que Walford era "el clásico impulso irresistible". Por supuesto, reconoció que el impulso irresistible, la regla de Durham, no era la ley en Florida. Las restricciones de M'Naghten se aplicaban a Walford sólo de forma cuadrada y redonda. Tanto Denaro como Roy Black me dijeron que habían pensado que, cuando llegara a juicio, el caso de Walford allanaría nuevos caminos en la ley. Estaba tan loco, dijeron, y sin embargo el crimen era tan terrible. ¿Cómo trataría la ley esta intersección de absolutos?

La realidad es que no fue así.

Eso también parecía cierto en Massachusetts.

La posición jurídica defendida por la fiscalía general del Estado estaba diseñada para evitar que el Estado se expusiera a una decisión de un jurado cuyas emociones pudieran otorgar a los Zelezniks una gran suma de dinero. La estratagema utilizada por el Estado -invocar la desacreditada doctrina de la inmunidad soberana- fue un buen consejo legal. Una escuela de pensamiento diría que fue un consejo legal perfecto: Ganó. Si hubiera perdido esa causa y se hubiera visto obligado a ir a juicio, el Estado se habría apoyado en el argumento de que era imposible que los médicos de Northampton hubieran podido predecir el comportamiento de Walford. La psiquiatría moderna profesa no estar en el negocio de predecir el comportamiento, pero a menudo se le pide que haga precisamente eso. El valor de la afirmación del Estado es cuestionable, pero es igualmente cuestionable que los abogados de los Zelezniks pudieran han aportado la causalidad directa necesaria para probar su caso. Podrían haber demostrado que no debería haber sido puesto en libertad, pero aún así había transcurrido un periodo de tiempo de más de tres semanas entre la puesta en libertad y el homicidio. Cuando planteé esta cuestión a muchos abogados, hubo un gran desacuerdo.

El problema es, por supuesto, que no tuvieron la oportunidad.

En cuestiones de derecho, soy ingenuo. No soy un abogado ni un verdadero estudioso del derecho. Soy un periodista que ha pasado gran parte de su carrera viendo cómo los abogados y las leyes funcionan y no funcionan. He visto casos ganados que no merecían ser victorias, casos perdidos que fueron trágicas derrotas. De los cientos, tal vez miles, que he cubierto, me he llevado una impresión duradera, una que es ridículamente trillada y simple: Un juicio es un horno en el que se cuecen los hechos, la emoción, el juicio, la ley, la personalidad y los prejuicios. El resultado final suele ser imperfecto, pero al menos todos los factores están contenidos en el producto. A menudo hay injusticias: En un caso, los prejuicios son una carga demasiado grande; en otro, la emoción; en otro, los hechos insuficientes o los abogados menos competentes. En definitiva, es un sistema que refleja a las personas que entran por las puertas de los tribunales, y eso es algo que no hay que temer.

Los Zelezniks no tuvieron miedo de exponer su caso, tanto en un foro penal como civil. Se les negó esa oportunidad, y eso es lo que, para mi mente excesivamente simplista de periodista, parece injusto. El hecho de que fueran capaces de persistir y descubrir un foro diferente en el que airear su pérdida es un testimonio del poder de esa pérdida y de las reservas inherentes de fuerza a las que se vieron obligados a recurrir. También es un testimonio del poder de la televisión y, en concreto, de "60 Minutos". Sin embargo, el programa sólo arregló lo obvio para los espectadores; fue la fibra de la familia la que dominó las ondas.

Tuvieron la suerte de tener la oportunidad ante la comisión de investigación. Tuvieron la suerte de contar con personas ansiosas por ver surgir la verdad en la comisión. A los Zelezniks les ocurrieron tantos hechos desafortunados que podrían haber sido engullidos y arruinados por las repetidas frustraciones. Podrían haber entrado en un estado de ánimo y de ser más allá de la amargura, un reino de acidez, paralizado por los poderes acumulados de tantas pequeñas decepciones mezcladas con tantos grandes enfados.

No lo hicieron.

Y eso es realmente notable.

* * *

Todos los "si" y "por qués" dan vueltas y vueltas, de un lado a otro, hacia delante y hacia atrás. Quería que todo fuera directo, lineal, una ecuación matemática de las emociones con una respuesta simple y poco enigmática. Quería que Carter, Betty y Bobby se liberaran, de alguna manera, de su dolor y su pérdida. Pero entonces me di cuenta de que eso no sólo era imposible, sino irreal.

Los Zelezniks necesitan su pena. Necesitan su culpa. Necesitan su ira. No había nada que pudieran haber hecho para evitar el asesinato. No hicieron nada malo. Pero los sentimientos permanecen. Si no hubieran permitido que se expresaran, habrían sido absorbidos por el asesinato, asesinados ellos mismos.

Creo que Carter nunca olvidará que dejó a Arnold en ese pasillo y seguirá persiguiendo a cualquier institución que le quede por examinar, encontrarle defectos y atacarla. Tal vez, de este modo, desvíe el dolor, la

decepción y la rabia que siente en su interior. Es un hombre extraordinario, con un hambre voraz de honestidad y conocimiento. No es un hombre que consienta nunca lo que percibe como malo o que se acobarde ante una lucha. Cuanto más aprende, más errores ve para corregir. El hecho de que su energía provenga de la profundidad de su pérdida es una dura realidad, pero la soporta con humor, gracia e ingenio. Y si elige inclinarse con los molinos de viento impulsado por la culpa y el dolor, bueno, eso no es algo terrible. El sistema de salud mental de Massachusetts, el Hospital Estatal de Northampton, el Servicio de Inmigración y Naturalización, el gran gobierno, lo que sea, son cosas que necesitan una reforma. Si este impulso, independientemente de la emoción que lo haya creado, lleva a Carter a forzar la atención sobre esas instituciones y a engendrar algún cambio, ya sea pequeño o grande, entonces quizás se evite la tristeza de algún otro hombre o mujer o niño. Hay legados mucho más malos que dejar en este mundo.

Creo que Betty ha llegado a un lugar emocional diferente. Estaba más satisfecha con los resultados inmediatos de su lucha. La admisión por parte de la comisión de investigación en Boston cortó más los lazos que atenazaban su corazón. De manera directa cerró algo que estaba abierto, ulcerado y que la hería constantemente. Creo que ella también está ansiosa por seguir luchando contra esas otras instituciones, pero lo ve más bien como una opción, mientras que la lucha inicial -el obligar a Massachusetts a admitir las irregularidades- salió directamente de su corazón. Durante muchos años había vivido con la idea de que la muerte de Arnold había sido resultado de una negligencia específica; cuando alguien finalmente aceptó, fue una enorme carga que se quitó de encima, una liberación de una sentencia de angustia. Creo que el éxito (qué palabra tan inapropiada) le ha permitido situar a Arnold y esa pérdida en un contexto diferente. Dudo que haya muchos minutos al día en los que no recuerde su tristeza, en los que ésta no forme un núcleo de lágrimas dentro de ella, pero no la congela en un pozo de depresión. Es libre de recordar los muchos momentos que Arnold le dio; puede deleitarse con esos demasiado pocos años y recordar la felicidad que había en ellos sin sentir una frustración incontrolable por el asesinato y las secuelas.

Cuando se lamenta, lo hace sin problemas.

3. *La habitación de Bobby*

La conversación volvió a girar en torno a la ley y los abogados. Carter citó las dos reglas de comportamiento ético que su amigo el difunto filósofo Warren McCulloch había formulado:

1. Quieres jugar. Quieres ganar.
2. Quieres jugar más que ganar.

"No están mal", dijo. "Más gente debería aprenderlos. Más abogados, sobre todo". Dudó; luego se rio, como si el concepto de enseñar normas de comportamiento ético a los abogados, con sus estrictos -pero a menudo violados- códigos deontológicos, fuera de algún modo ridículo.

Carter miró hacia donde estaba sentado Bobby. Bobby había cogido un texto de matemáticas y lo estaba hojeando. "Sabes", dijo, "realmente espero que Bobby no quiera convertirse en abogado". Sacudió la cabeza con desagrado ante la idea. "O si lo hace, es el tipo de abogado que trabaja para hacer el bien y no simplemente para ganar casos".

Taché las palabras de Carter. No dije nada, pero recordé lo que Carter había dicho al final de nuestra primera conversación, más de cuatro años antes, sobre lo que esperaba que Bobby llegara a ser.

Betty dijo que ella y Carter se habían unido a dos grupos: los Padres de Niños Asesinados y los Amigos Compasivos. Estos grupos se ocupaban de las pérdidas ocasionadas por la muerte de seres queridos, pero sacudió la cabeza y dijo que en una reunión del primer grupo se había expresado tanta amargura, tanta gente que se quejaba y quería venganza, que se había sentido abrumada. Dijo que pensaba que ella, Carter y Bobby pensaban de forma muy diferente. No envidiaba las emociones de la gente, dijo, pero odiaba ver toda esa energía desperdiciada en la ira.

Entonces se hizo un pequeño silencio.

Cerré el cuaderno y me incliné sobre la mesa de café para apagar mi poco fiable grabadora.

"¿Te quedas a comer?" Preguntó Betty.

Sacudí la cabeza. "Vacaciones. Regalos. Tengo un número aparentemente interminable de primos y suegros que requieren alguna - muestra navideña. Mi maltrecha cuenta bancaria tiene que sufrir más sobresaltos".

Betty echó la cabeza hacia atrás y se rió. "¿Qué tal un sándwich para el camino? ¿O una manzana? ¿Lo que sea?"

"Sobreviviré bien", dije.

"Deja que te enseñe primero el ordenador", dijo Bobby. Asentí, y todos subimos a la habitación de Bobby. Encendió una luz contra la palidez gris del cielo que se colaba por las ventanas. "Aquí vamos", dijo.

En un segundo, Bobby estaba sentado en su escritorio, tecleando - instrucciones en el ordenador. En la pequeña pantalla de televisión que tenía delante, aparecían varios términos matemáticos e informáticos. Vi pasar las palabras *Program de Robert Carter Zeleznik*; luego el ordenador empezó a dibujar diseños en forma de estrella, en colores brillantes, uno tras otro, cada línea fluyendo junto a otras líneas, formando puntos, para luego salir corriendo en nuevas direcciones, sólo para unirse con otra línea en un constante ballet de conexión. "No está mal, ¿eh?"

"No está nada mal", dije.

"Sólo soy un principiante", dijo Bobby.

"¿Te dan créditos en la escuela?"

"Estamos trabajando en ello".

"Ahora hace gran parte de sus deberes en la máquina", dijo Carter. Bobby se revolvió un poco. "Enséñale lo que puedes hacer", instó Carter, siempre el padre orgulloso. Bobby comenzó a demostrar otros programas y otras funciones en la máquina.

Miré la habitación. Había una cama en la esquina, casi una idea de último momento en medio de pilas de libros, equipos de béisbol, fotografías, carteles, trofeos de natación, medallas y otros premios. Un violonchelo se apoyaba en una pared, perdiendo, sospeché, frente al ordenador. Señalé el póster autografiado en la pared de Manny Trillo, el

segundo base de los Phillies. Acababa de ser traspasado. Bobby bromeó sobre la mala suerte que da tener una foto en su pared. Se levantó del ordenador y me mostró su colección de pelotas de béisbol autografiadas, que admiré.

Me fijé entonces en que, colgando por encima de la colección de béisbol, había una marchita hoja de palmera marrón de un metro de largo. Estaba clavada en la junta entre la pared y la caja de la colección. "Eso parece algo de Florida", dije.

"Sí", dijo Bobby. "Lo es."

"Cuando estábamos todos en la piscina, cuando Arnold y Bobby estaban jugando en el agua, los chicos lo encontraron", dijo Betty. "Arnold especialmente estaba jugando con ella, empujándola por el agua, ya sabes cómo son los niños pequeños". Asentí con la cabeza.

"Después del asesinato, no sé cuándo", continuó, "Bobby salió a buscarlo. ¿Cuándo fue eso, Bobby?"

"Simplemente salí a buscarlo y lo traje de vuelta", dijo. Sonrió a su madre.

"¿Y ha estado en la pared desde entonces?" pregunté.

"Así es", dijo.

Carter, Betty y Bobby me acompañaron hasta el coche. La temperatura seguía bajando y el aliento de Carter nublaba su cara con vapores mientras todos nos dábamos la mano. No llevaban abrigos, pero Carter parecía ajeno al frío que se estaba acumulando. "Tengo un chiste", dijo. "Escuchen, este les va a gustar mucho". Era un chiste terrible, pero Carter gritó al contarlo.

Bobby me miró y adoptó una falsa expresión de dolor, como si la mayor carga de cualquier adolescente fuera compensar el ridículo comportamiento de sus padres. Metió las manos en los bolsillos de sus vaqueros y negó con la cabeza. Cuando Carter terminó la broma, Bobby estalló riendo. "¡Papá! ¡Eso no es gracioso! Es una broma terrible".

"¡No lo es!" Carter contestó con un enfado fingido. Rodeó a Bobby con los brazos y trató de hacerle una llave de cabeza. "¡Dios!", gritó. "¡El chico está creciendo demasiado!" Betty se agarró a cada uno de sus

brazos, de modo que los tres quedaron unidos por un momento, compartiendo su calor.

"Vamos", dijo, sonriendo hacia mí, reprendiendo suavemente la payasada. "John tiene que irse, y nosotros tenemos mucho que hacer antes de Navidad".

Me puse al volante del coche y empecé a retroceder en el camino de entrada. Parecía que el cielo gris estaba enmarcado por las ramas negras y vacías de los árboles del patio. Antes de retroceder, miré una vez más hacia la familia. Se dirigían al interior, pero seguían unidos del brazo. Se giraron y me saludaron.

Aquella noche, la decimonovena, nevó con fuerza, la oscuridad rota por una suave y húmeda capa de blanco intenso. A media mañana, el sol había quemado las nubes grises restantes y brillaba libremente, iluminando una gran extensión de cielo azul brillante. Había sido un día muy parecido a aquel, ocho años menos tres días antes, en el que Arnold había sido enterrado. Su cuerpo, vestido con su querido uniforme en miniatura de los *Philadelphia Phillies*, había sido incinerado. Sus cenizas se habían colocado en una pequeña urna y se habían llevado a un panteón en el noreste de Filadelfia donde estaban enterrados la madre y el padre de Betty. Hay una pequeña lápida en su tumba. Dice:

Arnold Frank Zeleznik
7 de abril de 1965 - 20 de diciembre de 1974
"Con Dios podemos"

EPÍLOGO

Bobby a los 16 años

> ... Puede que haya pasado una hora, o más o menos, después de que dejara el tabaco, cuando, habiendo descendido a una gran distancia por debajo de mí, hizo tres o cuatro giros salvajes en rápida sucesión, y, llevando a mi querido hermano con él, se precipitó de cabeza, de una vez y para siempre, en el caos de la espuma de abajo. El barril al que estaba atado se hundió muy poco más de la mitad de la distancia entre el fondo del golfo y el lugar en el que salté por la borda, antes de que se produjera un gran cambio en el carácter del remolino. La pendiente de los lados del vasto embudo se hizo cada vez menos pronunciada. Los giros del torbellino se hicieron gradualmente menos violentos. Por grados, la espuma y el arco iris desaparecieron, y el fondo del golfo pareció levantarse lentamente. El cielo estaba despejado, los vientos habían amainado y la luna llena se ponía -radiante en el oeste cuando me encontré en la superficie del océano....
>
> -Edgar Allan Poe,
>
> *Un descenso a la vorágine*

1. Juegos de ajedrez

Antes de la muerte de Arnold, Carter enseñó a ambos niños a jugar al ajedrez. Bobby, en particular, era idóneo para el juego; su tranquilidad, su introspección y su capacidad para concentrarse en silencio en un problema lo adaptaban a los rigores especiales que exigía el ajedrez. A los cinco años ya era un experto en las guerras del tablero.

Sin embargo, Carter tenía una regla. Nunca jugaría a menos de su capacidad. Se aseguraba, antes de jugar con los chicos, de que entendían

que su padre no iba a compensar su edad. Les explicaba pacientemente que él era mayor, más experimentado, mejor jugador y que sus probabilidades de ganar eran muy escasas. Decía que se negaba a ser condescendiente con ellos. Arnold aceptaba esa situación más fácilmente que Bobby; jugaba, perdía y no le daba importancia, pasando rápidamente a otra partida. Sin embargo, Bobby sentía mucho más esas pérdidas; se concentraba más en el juego y preveía sus movimientos con más cuidado. Cuando perdía, como ocurría invariablemente, a veces lloraba de frustración. Carter se llevaba a Bobby a un lado en esos momentos y le explicaba que no había que avergonzarse de perder contra alguien mejor; la única vergüenza era no esforzarse al máximo. A veces le dolía a Carter seguir ganando al chico cuando era evidente que se esforzaba tanto. Sin embargo, Bobby seguía regresando con el tablero en la mano, queriendo jugar. Carter también se dio cuenta de que, -establecida su regla, Bobby la reconocería al instante si Carter intentaba lanzarle la partida.

Un día, cuando Bobby tenía tal vez seis años, llevó el tablero de ajedrez a Carter y jugaron. Betty estaba en la cocina; Arnold se paseaba por la casa, jugando al azar. Recuerda que, de repente, oyó un grito de alegría y sorpresa mezclados en el salón; luego hubo un rugido de risa que supo que era de Carter. Segundos después, oyó el rodar de unos pies escurridizos que corrían hacia la cocina. Bobby, radiante, se lanzó por la habitación a los brazos de su madre, gritando: "¡He ganado! ¡He ganado! Yo solo". Carter estaba detrás de él, radiante. Miró a su marido, con los ojos fijos por un instante, buscando. Él conocía su pregunta.

"No hay arreglo", dijo. "Bobby simplemente me superó".

Bobby se volvió hacia su padre. "He ganado, ¿verdad?"

"Así es", dijo Carter. "Justo y limpio. En las mejores condiciones, sin tapujos, sin golpes". Abrazó a su hijo. "Has ganado", dijo. "Claro que sí".

A finales de marzo de 1983 conduje hacia el oeste a través de la gran extensión acuosa de los Everglades y el Gran Pantano de los Cipreses hacia la costa del Golfo de Florida. Bobby estaba en Clearwater, a varios cientos de millas de Miami, donde él y los demás miembros del

equipo de béisbol de la *Penn Charter School* estaban realizando su viaje anual de prácticas de primavera. Los diecinueve miembros del equipo habían volado hacia el sur desde el todavía nevado y borrascoso noreste para entrenar antes de que empezara la temporada. Durante diez días se alojaron en un motel cercano al complejo de béisbol diseñado para el equipo de los Filis de Filadelfia y sus filiales de la liga menor. Los chicos de Penn Charter se ejercitaron en un campo adyacente y por las tardes se enfrentaron a algunos de los profesionales más jóvenes.

Era la primera vez que Bobby hacía el viaje; era la primera vez que hacía un viaje largo, de más de una noche, lejos de sus padres.

Me registré en el motel y llamé a Bobby. Me estaba esperando y se reunió conmigo en mi habitación. "¿Has estado en la playa un poco?" Le pregunté.

Se rió y se frotó medio cohibido la nariz roja y pelada. "Bueno, no tanto como me gustaría. Nos tienen trabajando bastante".

"¿Todavía rígido?"

Volvió a reírse. "Mejorando. Pero lo de correr..." Sacudió la cabeza.

Nos subimos a mi coche y nos dirigimos a un asador cercano. Uno de los equipos de las ligas menores de los Phillies también estaba comiendo allí. Bobby y yo hablamos de las sutiles diferencias entre alguien que se quedará en las ligas menores y los que pueden llegar a las mayores: una bola rápida que se mueve un poco más, un poco más rápido; un poco más de velocidad de pies; un brazo más fuerte o una liberación más rápida. "A veces es sólo el estómago", dijo Bobby. "Ya sabes, los nervios. Ser capaz de aguantar contra una bola rápida de noventa millas por hora".

"¿Cómo te ha ido?"

"Bueno, el bateo... no es tan bueno. Pero el lanzamiento ha sido bueno. Especialmente los lanzamientos de relevo. Eso me gusta mucho".

"Eso requiere nervios".

"Sí, pero me gusta. La presión es mayor. Sabes lo que tienes que hacer. No hay nada más que pensar, sólo hay que hacerlo. Me gusta mucho. Me gusta la responsabilidad. Siempre me ha gustado estar un poco solo. A mí mismo. De eso se trata el lanzamiento de relevo".

Sonrió. "Un poco loco, supongo".

Pedimos filetes gruesos, cócteles de gambas, ensaladas, patatas al horno, todo. Bobby inhaló el suyo. Su cuerpo ágil y musculoso apenas se dio cuenta de que había comido lo suficiente como para que yo

estuviera perezoso durante una semana. Le pregunté entre bocado y bocado.

"Bobby, ¿cambiarías algo de lo que has hecho?"

"No. Quiero decir, preferiría que Arnold estuviera aquí, pero no, no haría nada diferente. Tienes que luchar. Eso siempre fue muy -importante. Creo que lo que dijimos es cierto. Arnold habría sido algo. Lo sé. Habría hecho algo en el mundo. Creo que es cierto que nos correspondía a nosotros dejar su huella. Me alegro de que lo hayamos hecho".

"¿Piensas mucho en él?"

Se quedó callado.

"Sí. Mucho".

"¿Crees que tienes una responsabilidad, no sé, de vivir por dos, supongo?"

Pensó profundamente antes de responder.

"No es exactamente eso. Verás, en cierto modo, siento que él sigue ahí. Está conmigo. Así que no es que yo haga las cosas por él. Es más bien como si él hiciera las cosas junto a mí. Todavía lo extraño. Supongo que siempre lo haré. Como cuando salgo al campo de béisbol. Le gustaba tanto el béisbol. Pienso en lo bien que se lo pasaría, en lo bien que nos lo pasaríamos los dos. Así que, en cierto modo, sigue estando ahí. Es como si lo viviera por los dos".

"¿Pero te ha dado algo?"

Bobby sonrió. "Sí, mucho". Consideró por un segundo. "En cierto modo, me siento un poco más viejo, un poco más experimentado que algunos de los otros chicos. Es como si, debido a la muerte de Arnold, hubiera visto un poco más de la vida. Sé que la vida es un poco más..." Buscó la palabra.

¿"Tenue"?

"Es cierto. Supongo que me siento un poco más vulnerable. Y eso significa más responsabilidad. Tal vez un poco más maduro".

Bobby me dijo que seguía pensando en la muerte, que todavía le daba miedo. Sospecho que tendrá este miedo durante mucho tiempo. Después de todo, se ha acercado a ella más de lo que lo hace la mayoría, viendo la muerte en su peor y más fea forma. Nadie que esté cerca de su hermano negará jamás que la muerte del hermano se apodera de un trozo de su propia alma y se la lleva a la tumba.

Sin embargo, si Bobby camina cada día con esta carga, al menos la lleva sobre unos hombros rectos y fuertes y se enfrenta a una mirada sin complejos.

Cambié de tema mientras esperábamos el postre. Bobby había pedido una inmensa tarta de helado de dulce de leche que habría intimidado a la mayoría de la gente, quizá incluso a los ejércitos. Me había olvidado de la capacidad del adolescente para devorar más comida de una sola vez que algunas naciones enteras. Le pregunté a Bobby sobre la escuela y si había empezado a pensar en la universidad. Me dijo que sí, pero sólo de forma tímida. En cuanto a su trabajo escolar, bueno, tenía dificultades para encontrar retos. Los As se conseguían con demasiada facilidad. Me molestó por esto. Pasaba la mayor parte de su tiempo libre con el ordenador o leyendo. Le dije que leyera más. Dijo que eso era previsible. Le pregunté si tenía alguna idea sobre lo que quería ser. Dijo que tenía demasiados pensamientos. En realidad, aún no tenía nada concreto. Le fascinaban los ordenadores, pero quería dominar la química. Al mismo tiempo, le gustaba leer y escribir. A veces pensaba en el periodismo; eso, por supuesto, lo animaba. La carrera de Derecho seguía siendo una posibilidad, dijo. Pero no estaba seguro. No le preocupaba especialmente su indecisión. Tenía mucho tiempo para pensar en el futuro, dijo.

"¿Cuál fue el momento más difícil?"

"Creo que volver a la escuela, solo, justo después de su muerte. Siempre estaba ahí, y de repente no estaba. Pero hubo muchos momentos difíciles".

"¿Tuviste pesadillas?"

"Sí". No dio más detalles.

"¿Qué pasa con Walford? ¿Te asusta ahora?"

"No, en realidad no. A veces pienso que podría haber sido yo. Podría haber estado listo antes. O quizá papá no hubiera tomado la llave y yo podría haber estado en el pasillo. Eso me asusta".

Siempre es injusto ser el superviviente.

El azar siempre roza la memoria en carne viva. No hay un alivio real de eso.

Pero cuando salimos a la oscuridad de la noche de Florida, Bobby dijo: "No puedes tener miedo de seguir".

Y por supuesto, tenía toda la razón.

Más tarde hablamos de béisbol y de su decisión de correr a campo traviesa en otoño. Le dije que se asegurara de conseguir unas buenas zapatillas para correr, y él empezó a contarme con pesar que había empezado a practicar con zapatillas de tenis, y los dos echamos la cabeza hacia atrás y nos reímos de la imagen que debían presentar sus pies después de unas cuantas vueltas al campo.

2. Un anacronismo

En décimo grado Bobby escribió un trabajo titulado "La locura de la defensa de la locura".

Escribió:

... La regla M'Naghten establece que el acusado debe haber estado trabajando bajo una razón tan defectuosa, por enfermedad de la mente, como para no conocer la naturaleza y la calidad del acto que estaba haciendo, o si no lo conocía, y que no sabía que lo que estaba haciendo era incorrecto.

La norma, tal y como está planteada, implica muchos términos indefinidos y supuestos implícitos que son, como mínimo, ambiguos. Por ejemplo, se asume tácitamente que el conocimiento de las sanciones refuerza las facultades de autocontrol. Además, muchas palabras necesitan una definición operativa, como, por ejemplo, la palabra "conocer". ¿Se limita el conocimiento a una conciencia intelectual aislada o se pretende que incluya una apreciación emocional del impacto de un acto sobre el infractor y la víctima? ¿"Incorrecto" alude a las implicaciones morales o legales?

Y continuó:

... Una de las principales razones por las que se debería abolir la defensa por demencia en nuestro sistema judicial es que ya no se producen las frecuentes ejecuciones legales que se producían antes, cuando se estableció la norma. Su justificación original puede entonces dejar de tener sentido. En consecuencia, la defensa por demencia ha tendido a degenerar hasta el punto de no ser más que un método de alegación. Muchos abogados reconocen haber recurrido a psiquiatras que testifican regularmente sobre la "locura" de prácticamente cualquiera.... Incluso los fiscales han declarado utilizar esta defensa en ausencia de pruebas adecuadas sobre la culpabilidad real del acusado.

Otra razón importante para la abolición de la defensa por demencia es que los psiquiatras no son capaces de determinar eficazmente quién está loco según las normas legales. En el caso *Washington* v. *United States se* concluyó que "los psicólogos.... no pueden proporcionar suficientes datos relevantes para determinar la responsabilidad penal, independientemente de cuáles sean nuestras normas sobre pruebas". Esta incapacidad de los psicólogos para producir cualquier criterio que pueda ser validado empíricamente hace que la defensa por demencia carezca de sentido. Incluso si los psiquiatras fueran capaces de hacer tales determinaciones, la norma no reconoce diferentes gradaciones de locura y su aplicación se convierte en "todos" o "ninguno". Es probable que haya pocos individuos completamente locos y sin capacidad para diferenciar el bien del mal o para apreciar la naturaleza de sus acciones....

Bobby continuó analizando algunos de los diferentes sistemas propuestos para tratar a los delincuentes con enfermedades mentales. Concluyó el documento con estas palabras "...La defensa por demencia, cualesquiera que sean sus méritos, cuando se planteó originalmente, es en este momento un anacronismo que haríamos bien en eliminar".

El trabajo recibió un sobresaliente.

Vernal Newland Walford, en el momento de escribir este artículo, permanece en la sección de máxima seguridad del Hospital Estatal de Florida en Chattahoochee, a las afueras de Tallahassee.

Todavía oye la voz.

Las únicas restricciones reales que lo mantienen detrás de la malla metálica y los barrotes del hospital son los caprichos de su propia enfermedad mental. En virtud de las disposiciones de su veredicto de no culpabilidad por razón de demencia, la jurisdicción de control sobre su caso sigue correspondiendo al juez del circuito de Dade en cuya división recae el caso. Antes de que Walford pueda ser puesto en libertad, ese juez tendría que hacer una declaración judicial de que Walford ya no representa una amenaza para sí mismo o para los demás. Esta calificación podría mantenerlo tras los muros del hospital psiquiátrico indefinidamente, pero inevitablemente llegará el día en que sea puesto en libertad. No se sabe si faltará un mes o una década. Pero el día llegará. Sin duda, ocurrirá después de que el hospital lo haya estabilizado con fármacos psicotrópicos y lo haya enviado de vuelta a Miami. Allí, en la cárcel del condado de Dade, como tantas veces,

Walford volverá a ser examinado por una procesión de psiquiatras. La misma rueda de la locura. Como antes, sus informes determinarán su futuro, pero el supuesto escenario de Carter es probablemente tan bueno como cualquier otro. Waiford ocupa espacio en el hospital, con un gran coste, en una época en la que el espacio es escaso. Cuando no se pueda hacer nada más por él, es probable que las autoridades opten por deportarlo y dejar que su tierra natal se ocupe de él, si es que decide hacerlo.

¿Qué será de él entonces?

Cualquiera puede adivinar.

¿Volverá la voz?

Sí.

¿Y qué le dirá entonces?

3. Un paseo en bicicleta

A veces, cuando tiene algo de tiempo libre, Bobby se sube a su bicicleta y va hasta la vieja casa de Fort Washington donde Arnold y él eran niños. Si no hay nadie cerca, aparca la bicicleta junto a la calle y camina lentamente por el patio, recordando los momentos que ambos compartieron allí.

Me lo dijo de forma sencilla, directa.

Sabía que no era algo de lo que avergonzarse.

Por la mañana tenía que salir, para volver a Miami. Bobby se levantó a las seis de la mañana para devorar el desayuno con los demás miembros del equipo, cuya juventud y entusiasmo se tragaron las pocas horas de sueño que habían tenido. Después de desayunar, el equipo se cambió rápidamente y corrió en masa el kilómetro y medio que faltaba para llegar al campo de entrenamiento. A medida que el sol se adentraba en un día de postal en Florida, los chicos se reunieron en grupos y llevaron a cabo esos ritos particularmente americanos de la primavera: -Practicaron los movimientos de recogida a primera y el salto sobre el lanzador; cómo cortar la segunda base, para pasar de primera a tercera en un sencillo; cómo golpear al hombre de corte y cómo mantener al corredor cerca; cómo sacrificar al corredor en posición de anotar; cómo marcar y anotar en la bola volante media. Todas esas cosas, y muchas más, que conforman los pequeños momentos del béisbol. Es un ballet de

jóvenes, interpretado en medio de los inconfundibles sonidos familiares del bate en la bola, la bola en el guante, las voces elevadas en un acompañamiento cantarín.

Bobby estaba en medio, manteniendo la misma charla, la misma constancia de ruido. Cuando hizo algo bien -el rápido movimiento del relevista a primera que atrapó al corredor por el pequeño medio paso que es la esencia del juego- hubo el habitual chapoteo de aplausos y vivas. Esos se mezclaron con el flujo del día, nada fuera de lo común, pequeños sonidos, perdidos entre muchos.

Pero cuando pensé en esas pocas y entusiastas palmas, deseé que hubieran crecido. El sonido debería haberse multiplicado rápidamente y haber cobrado impulso, volviéndose rítmico. El ruido debería haber ganado gran fuerza y poder y haber llenado el aire como los sonidos de un estadio en ese exquisito momento de la victoria, cuando el trueno de los aplausos se eleva y se hincha y barre las corrientes de aire hacia el cielo, sacudiendo las nubes y remachando el claro techo azul, corriendo hacia arriba para golpear los cielos, antes de volver en grandes olas de hurras sobre Robert Carter Zeleznik, un joven jugando con otros jóvenes, en su elemento, indomable.

John Katzenbach es escritor de la revista *Tropic del Miami Herald* y autor de la aclamada novela *Al calor del verano.* Anteriormente, fue reportero de tribunales penales del *Miami Herald* y, antes, del *Miami News,* y su trabajo ha aparecido en muchos otros periódicos, como el *Boston Globe, el Washington Post, el Chicago Daily News* y el *Newsday.* Nacido en Princeton, Nueva Jersey, es hijo del ex fiscal general de los Estados Unidos Nicholas deB. Katzenbach, y vive en Coral Gables, Florida, con su esposa, la periodista Madeleine Blais, y su hijo pequeño, Nicholas